

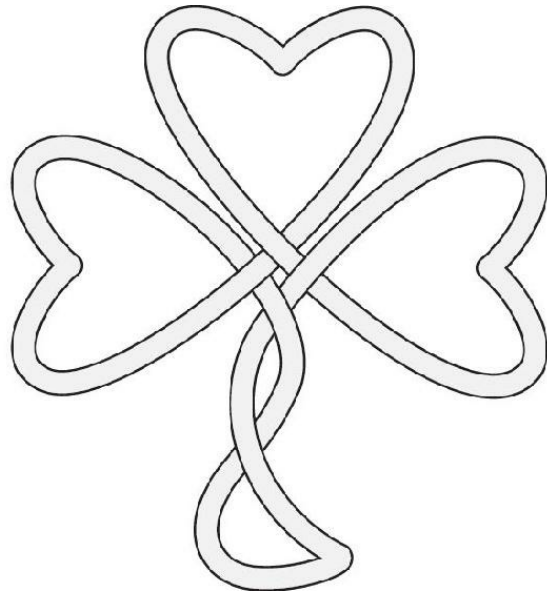


LA FIERA
DE LAS
HIGHLANDS

GUERRERAS II

EMMA G. FRASER

LA
FIERA
DE LAS
HIGHLANDS
GUERRERAS II



EMMA G. FRASER

© Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ni su incorporación a un sistema informático, sea esta electrónica, mecánico, por fotocopias, por grabación y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público sin el permiso previo del autor.

Título: La fiera de las Highlands

©Emma G. Fraser, 2019.

Diseño de la portada: Ana B. López.

Corrección del texto y maqueta: Ana B. López.

Imagen tomada de Depositphotos, Pixabay y Shutterstock.

PRÓLOGO

Fort William, primavera de 1740

Sentía escalofríos y dolor por todo el cuerpo. El frío que hacía en aquella celda le calaba el vestido, hecho girones, y llegaba hasta sus huesos. No sabía con exactitud cuántos días habían transcurrido desde que los soldados ingleses habían llegado a su casa y la habían casi arrastrado hacia la prisión de Fort William. No había tenido un juicio justo, solo se habían basado en lo que su padre había hecho en el pasado y en su amistad con Keith Cameron.

Keith... Recordarlo le hizo cerrar los ojos... El dolor aún estaba instalado en su pecho y se negaba en rotundo a abandonarla por completo. El recuerdo de todo lo ocurrido la torturaba una y otra vez todas las noches desde que estaba en prisión. No había dejado de maldecirse continuamente y a todas horas por haber aceptado el papel de líder en aquella maldita idea de dar su merecido a los soldados ingleses que arrasaban con todo lo que encontraban a su paso, especialmente con las ingentes cantidades de dinero que se llevaban a Inglaterra después de haberlas “robado” a los escoceses y haberlos sumido en la más completa miseria. Los impuestos que su majestad había impuesto a los escoceses se habían convertido en una auténtica pesadilla para las personas que disponían de pocos medios para subsistir y apenas les había quedado dinero para comprar una poca harina con la que hacer pan o algo de carne con la que cocinar un soso estofado para calentar sus estómagos y los de sus vástagos.

Muchos escoceses habían acabado viviendo en la calle y mendigando un mendrugo de pan para sus familias. Los más atrevidos se habían decidido a robar ganado en los clanes vecinos para después repartir la carne entre sus familias. Sin embargo, aquellos que eran apresados por ello acababan colgando de una horca para dar ejemplo a todos aquellos por cuyas cabezas rondara la idea de aventurarse a robar.

Sin embargo, en la cabeza y en el corazón de su padre, el gran ladrón Iain Campbell, no había cabida para el sentimiento de miedo. En su juventud había

logrado ser el mejor ladrón de todas las Highlands y había sido el orgullo de toda la familia. Gracias a eso, no habían pasado hambre como muchos otros, sino que habían logrado llenar sus estómagos y vivir una vida más o menos digna hasta que la guardia de su majestad consiguió acorralar a la banda de Iain y ajusticiar a casi todos, excepto a su padre, que había logrado escapar de los ingleses para esconderse Dios sabe dónde.

Y así, Morrigan Campbell Murray, al igual que su padre, también había logrado burlar a la guardia inglesa durante unos meses, sin embargo, el destino había querido que adivinaran que ella era la líder de la banda que tantos estragos había causado a lo largo de todo el valle cercano a Fort William. Y allí estaba, metida en aquella asquerosa y mugrosa celda en la que ya nada quedaba de los mullidos colchones sobre los que reposaba su cuerpo en su enorme casa, ni siquiera el vestido con el que había decidido vestirse aquella funesta mañana conservaba el brillo y la belleza de días atrás.

La joven estaba a punto de quedarse en los huesos. Apenas probaba bocado desde que estaba encarcelada y había perdido toda esperanza de salir con vida de aquel escalofriante lugar. Había tenido la enorme suerte de estar sola en su calabozo, ya que las celdas que la rodeaban estaban repletas de lo que los ingleses llamaban jacobitas. Al parecer, los soldados tenían la orden de apresar a todos aquellos que tuvieran ideas revolucionarias, especialmente después de los nuevos impuestos, y ajusticiarlos sin juicios justos.

Morrigan volvió a taparse los oídos desesperadamente. En sus escasos veintidós años jamás había escuchado esos sonidos tan terroríficos como los que oía en aquella prisión en Fort William. Cerró los ojos con fuerza e intentó imaginar que se encontraba en cualquier otro lugar de Escocia, sin embargo, los gritos de los otros presos podían escucharse incluso fuera de los muros de la prisión. Muchos de ellos estaban siendo torturados en otras celdas o habitaciones contiguas para intentar sacarles información sobre un posible nuevo levantamiento contra el rey inglés. Sin embargo, la gran mayoría de los que allí estaban eran simples granjeros que lo único que habían querido era conseguir un trozo de pan para sus hijos.

Cuando un nuevo gemido escandaloso volvió a introducirse por sus oídos, Morrigan se arrebujó contra la pared más alejada de los barrotes y volvió a recordar cómo era su vida antes de todo aquello. El rostro de su marido llegó a su mente, produciéndole un inmenso dolor en el pecho y un deseo abrumador de salir de allí para poder abrazarlo. Sin embargo, durante un segundo solo

pudo odiarlo. ¿Qué demonios había ocurrido con Craig para que aún no la hubiera sacado de la cárcel? ¿Acaso iba a dejar que la ajusticiaran por haberlo desobedecido? Intentó pensar que algo importante le había sucedido a Craig Murray para que no pusiera la prisión patas arriba para lograr sacarla.

Y luego la imagen de Keith volvió a su mente. Las lágrimas regresaron a sus ojos, provocando que la joven los apretara con fuerza para no llorar. Se sentía culpable por lo sucedido. Ojalá pudiera volver atrás para cambiar todo...

CAPÍTULO 1

Inverlochy, invierno de 1740

Aquella era una de las noches más oscuras y frías de todo el invierno. Su padre no podía haber escogido una noche peor que aquella para mandarla llamar y verla después de varios meses escondido en alguna montaña donde la guardia real inglesa no pudiera encontrarlo. Tras varios meses en los que no sabía si su padre, Iain Campbell, seguía vivo, Morrigan Campbell Murray había recibido una misiva esa misma mañana escrita del puño de su viejo padre en la que requería verla en casa de Keith Cameron. Morrigan aún no había logrado explicarse cómo había logrado burlar la doble guardia que los ingleses hacían por la zona desde que nuevos levantamientos de los llamados jacobitas habían surgido cerca de Fort William y a los que la joven le habría encantado unirse para luchar por su país y conseguir el respeto y el trato que su gente merecía. Iain Campbell estaba siendo buscado desde hacía muchos años por los dragones ingleses para dar cuenta de los actos y fechorías llevados a cabo a lo largo de muchísimos años en los que se había dedicado a robar a los capitanes y oficiales más ricos de toda la zona. Desde que sobre su cabeza pesaba una orden de busca y captura, el viejo Iain se había escondido cerca de una montaña, cuyo emplazamiento real solo conocían los más allegados, excepto su hija Morrigan. Iain se negó en rotundo a decirle a su única hija dónde iba a esconderse, pues temía que su marido, Craig Murray, se fuera de la lengua y contara a los ingleses dónde se encontraba.

Morrigan se había convertido en el ojo derecho de su padre desde su primer día de vida. La joven había nacido después de muchos años de matrimonio en el que pensaban que su mujer no podría quedarse embarazada jamás. Pero después de intentarlo incansablemente, Lis se quedó embarazada de Morrigan cuando ya habían pasado la cuarentena, por lo que amaba a su hija por encima de todas las cosas y, especialmente desde que su mujer murió, Iain se había centrado en la felicidad y educación de su hija, a la que había enseñado todo lo que sabía de la lucha con la espada, mano a mano e incluso

el uso del arco. Por eso, Morrigan, a pesar de estar casada, no había podido dejar a un lado su lado guerrero, esa mujer indómita que se había criado entre hombres y había aprendido todo de ellos, por lo que no temía cabalgar en medio de la noche con Bryan Buchanan, al que conocía de toda la vida por ser amigo de Keith Cameron, el único amigo que había tenido desde muy pequeña y al que había visto crecer hasta convertirse en un hombre que era perseguido por todos los ojos femeninos de las Tierras Altas y cuya fama de excepcional amante había llegado incluso a los barrios de Edimburgo, algo que en sus sueños más recónditos había deseado descubrir si era verdad o formaba parte del mito en el que se había convertido Keith. Sin embargo, aquella idea tuvo que enterrarla en lo más profundo de su ser en el momento en el que se vio obligada a casarse con Craig Murray.

Morrigan nunca había considerado el matrimonio como algo en lo que pensar en un futuro cercano. Incluso se había planteado la idea de vivir sola, ya que había sido criada para poder hacerlo, aunque después de conocer que había sido comprometida con el futuro heredero del clan Murray sabía que su matrimonio llegaría tarde o temprano, y con ello el voto de obediencia que debía hacerle a su futuro marido, del no conocía más que el nombre. Ni siquiera había podido ver un retrato suyo para saber cómo era, cuántos años tenía o al menos conocer algo de su educación. Nada. Su padre había guardado estricto silencio sobre ello. Morrigan a veces pensó que su padre tenía la esperanza de que Craig muriera de alguna enfermedad o en la lucha antes de que llegara la fecha de su casamiento. Sin embargo, no había sido así.

Craig había recibido una educación estrictamente inglesa en los barrios más céntricos de Londres a pesar de que su madre era una escocesa de pura cepa y acérrima jacobita. No obstante, su padre, inglés, había decidido enviarlo a un colegio de Londres para que recibiera la misma educación que él en su juventud. Por lo que cuando Craig regresó a las Tierras Altas y apareció en casa de Morrigan para cumplir con lo que su padre había pactado con Iain por el bien de los clanes, Morrigan, con tan solo diecinueve años, se había sorprendido enormemente. Le habían dicho que casi era más inglés que escocés, algo que no le gustó nada en absoluto, pero cuando lo vio entrar por la puerta de su casa y caminar con aquellos aires al salón de sus padres, Morrigan sintió dentro de ella como si la atravesara una espada a la altura del estómago, algo que no había sentido jamás con nadie. Morrigan fue apartada de la conversación que mantenían su padre y Craig, pero pudo escuchar

perfectamente todo lo que hablaban, por lo que fue consciente de que su futuro marido tampoco estaba muy de acuerdo con lo que habían pactado sus familias cuando ellos apenas levantaban un palmo del suelo. Les habían dicho que sería por el bien del clan, para que la amistad que habían forjado no se viera resentida por nada, pero Craig no estaba de acuerdo, e hizo todo lo posible para que Iain desistiera. Sin embargo, sus argumentos no dieron resultado y la conversación acabó con el novio saliendo de la casa de su futuro suegro casi echando pestes por la boca, aunque con la promesa de aparecer al día siguiente para la boda.

Desde su posición, Morrigan había deseado, incluso rezado, para que su padre le diera la razón, y así ella poder vivir tranquila sin la obediencia que debía guardarle a su marido. Y no pudo evitar rechinar los dientes y apretar las manos cuando vio que aquel joven, de su misma edad y sucio por el polvo del camino, finalmente aceptaba y se casaría con ella.

Al día siguiente, con las primeras luces del alba, Morrigan fue despertada por las criadas y acicalada para el gran día. Con desgana, la joven se dejó hacer y finalmente apareció la primera en la capilla que su familia tenía en la parte trasera de su hogar. A la hora convenida, Craig Murray apareció solo y con una apariencia totalmente diferente al día anterior. Se había cortado el pelo y lavado a conciencia, dejando ver su rostro por primera vez a Morrigan. La joven sintió que se quedaba sin habla al instante. No podía dejar de mirar al que en unos minutos se convertiría en su marido. Jamás había visto un hombre tan hermoso. Craig era alto, tan solo unos centímetros más que la joven, de complexión musculosa y vestía el típico kilt que los hombres de los clanes solían llevar a los actos importantes. Sin embargo, su vestimenta, y lo bien que le quedaba, no era lo que más llamó su atención, sino su hermoso rostro. Craig tenía la cara cuadrada, los ojos de color oscuro y desde su posición parecían peligrosos, la nariz afilada y una boca tan sensual que hizo suspirar internamente a Morrigan. Su cabello era oscuro y en ese momento estaba tan peinado que ni siquiera el aire podía moverlo de su sitio. A diferencia del resto de hombres allí presentes, Craig había optado por afeitarse, dejando al descubierto todo su rostro y provocando más de una exclamación de sorpresa entre las mujeres del clan Campbell.

La misma sorpresa se había llevado Craig al ver a la novia. Los más allegados le habían hablado de la joven y esperaba verla en el altar con un pantalón de hombre, despeinada y con la cara manchada con la sangre de algún

desgraciado que se hubiera cruzado en su camino. Sin embargo, lo que había ante sus ojos no tenía nada que ver con sus expectativas. Morrigan era una mujer casi tan alta como él, incluso más alta que muchos de los hombres que conocía. Tenía ante él a una mujer de extraordinaria belleza, con el pelo rizado bien peinado en una trenza, aunque unos mechones tan rebeldes como ella descansaban sobre su cara redonda y llena de vida. Sus enormes ojos verdes lo observaban con el mismo interés que él, y su boca pequeña, aunque con labios carnosos, esbozaba un pequeño mohín de descontento. Craig vio cómo las mejillas de Morrigan se teñían de un intenso color rojizo y desviaba la mirada hacia el suelo, momento que él aprovechó para lanzar una mirada por el delgado cuerpo de la joven. No podía más que sorprenderse al ver que no se trataba de la mujer que sus sueños le habían mostrado, aquella indómita y fiera joven que sus amigos le habían dibujado. Morrigan iba vestida para la ocasión, portando un vestido de novia blanco casi en su totalidad, excepto en el corpiño del mismo, en el que podían verse bordadas unas flores de color violeta.

Craig necesitó de la ayuda de Keith para aproximarse a ella hacia el altar, ya que se había quedado clavado en el sitio. A un carraspeo del amigo de Morrigan y una mirada más que asesina, el novio caminó hacia la joven, que a medida que se acercaba su futuro marido sentía como si sus piernas fueran a dejar de sujetar el peso de su cuerpo en cualquier instante.

—¡Demonios! —se quejó Morrigan cuando su caballo pisó un nuevo charco de barro y estuvo a punto de escurrirse.

La joven salió de sus pensamientos al instante, dejando atrás aquellos recuerdos que no sabía aún si pertenecían a un momento feliz de su vida o a algo totalmente diferente. Después de tres años de matrimonio, podía decir que era feliz, pero el empecinamiento de Craig por apoyar la causa inglesa empañaba esa felicidad.

—¿Qué ocurre, Morrigan? —le preguntó Bryan.

—Nada, es solo la maldita lluvia que ha caído esta tarde. Ha dejado todo casi imposible de transitar.

—Ya queda poco —le informó, para después esbozar una sonrisa que la bufanda que protegía su cuello del aire frío impidió que la joven la viera—. No sabía que te habías vuelto tan fina y te molestara un poco de barro. Claro, esas telas tan finas que tu maridito de trae de Londres no pueden mancharse de algo tan horroroso como el barro.

Morrigan respondió a sus palabras con silencio y una mirada que habría asustado al más valiente de los dragones ingleses. Sin embargo, aquello aumentó la sonrisa de Bryan, que optó por callarse y seguir con la mirada puesta en el bosque que habían comenzado a atravesar.

Morrigan aprovechó ese silencio para meter una de sus manos entre los pliegues del manto que la protegía del intenso frío que asolaba la zona esa noche de invierno. Tenía la sensación de que en cualquier momento sus manos se iban a quedar congeladas, y agradeció con un suspiro el poco calor que ofreció la manta de lana. A medida que fueron atravesando el bosque, Bryan endureció su rostro y dejó de lado cualquier asomo de sonrisa. Su mano derecha se había deslizado lentamente hacia la culata de la pistola que colgaba de su cinturón y permanecía alerta continuamente. Imitándolo, Morrigan llevó su mano hacia la cintura de su pantalón y acarició la pistola que había tomado prestada de las incontables que tenía su marido. Desde muy pequeña había demostrado su destreza en el tiro, llegando a superar incluso al hombre que la acompañaba.

Cuando los últimos árboles del bosque aparecieron ante sus ojos, en el silencio de la madrugada se escuchó un sonido que los alertó a ambos. Los dos sacaron sus pistolas y apuntaron hacia el lugar de donde procedía el ruido. Un caballo completamente negro apareció ante ellos. Cuando Morrigan reconoció al jinete, se obligó a sí misma a respirar de nuevo, pues el aire que había inspirado por última vez se había quedado a medio camino al tiempo que su corazón saltaba del susto.

Una sonrisa pícaro y casi de disculpa apareció en el rostro del joven, muy parecido al de Bryan, pues eran hermanos. Ambos tenían la misma cara redonda y regordeta de su madre y unos ojos azul intenso, herencia de su difunto padre. Ambos mostraban una corpulencia que llamaba la atención a cualquiera que los conociera, pero en el fondo de su alma guardaban tanta bondad que Morrigan se hizo amiga suya desde el primer instante en que los vio cuando eran tan solo unos niños.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí, Kendrew? Nos has dado un susto de muerte.

El aludido se encogió de hombros y miró a Morrigan.

—El viejo dudaba sobre si finalmente irías a su encuentro, por lo que me ha obligado a venir a buscaros.

La joven sonrió al escuchar el sobrenombre con el que Kendrew se había

dirigido a su padre. Todos lo querían, pues gracias a Iain habían logrado sobrevivir los duros inviernos en las Tierras Altas.

—La paciencia nunca ha sido su virtud —respondió la joven devolviéndole la sonrisa—. ¿Qué tal todo, amigo?

Morrigan guardó la pistola en su cintura y volvió a sujetar las riendas con ambas manos.

—Muy bien. —Se hizo un silencio incómodo—. Desde que te casaste solo hemos podido verte unas cuantas veces, Morri. ¿Acaso tu marido te prohíbe ver a tus amigos?

La joven sonrió y negó con la cabeza.

—Nada de eso, Kendrew. Aunque la verdad es que tampoco tengo una respuesta a tu pregunta...

El aludido sonrió de nuevo y aproximó su caballo al de Morrigan.

—Por cierto, ¿dónde está? Porque supongo que no lo has dejado acostado y le has dicho que te marchabas.

—No —dijo sonriendo—. Tenía una reunión a primera hora en el norte y no vendría a dormir esta noche.

Después callaron hasta que aire que soplaba esa noche se hizo más insoportable y provocó un gruñido en Bryan.

—Joder, se me van a congelar las pelotas. Maldita sea.

Morrigan sonrió al tiempo que miraba hacia otro lado para disimular. Bryan siempre había dicho lo que pensaba en voz alta, sin importar si delante de él había una mujer que pudiera sentirse ofendida por sus palabras obscenas.

—¿Y mi padre, cómo está? —le preguntó a Kendrew.

—Tan fuerte como un roble, muchacha. No te preocupes por él, es más fuerte de lo que aparenta. Un invierno como este no acabará con él tan fácilmente.

—Me preocupa más que la guardia lo capture...

Kendrew se encogió de hombros y sonrió. Con cariño, le dio una palmada en la espalda a Morrigan para que no se preocupara y espoleó después su caballo para llegar lo antes posible a su destino.

Tan solo quince minutos después, el trío de jinetes llegó a las puertas de la enorme casa de Keith Cameron. Se sentía realmente nerviosa, aunque no estaba segura de si se trataba por ver a su padre o por cruzarse de nuevo con Keith después de tantos meses de ausencia.

A pesar de la oscuridad de la noche, Morrigan pudo distinguir a la

perfección los pilares de la casa. Se trataba de una de las mejores casas de la zona. Se ubicaba en medio de un prado, alejado del ruido de la ciudad y rodeado de un increíble y precioso bosque que hacía casi imposible la vista de la enorme propiedad. Había pertenecido a la familia de Keith desde generaciones y a pesar de que su clan no rondaba en aquella zona, Keith siempre había preferido aquel lugar apartado al bullicio de las tierras de los Cameron.

Morrigan echó un vistazo rápido a la casa. Se trataba de un edificio de dos plantas, en cuya fachada principal podía verse, cuando había claridad del día, las tres secciones en las que estaba dividida la casa. La parte central, donde se ubicaba la puerta principal, se encontraba unos metros más atrás que los laterales, por lo que estaba más oculto que el resto de la casa. Numerosas ventanas, de las que no podía ver luces encendidas, se repartían a lo largo y ancho de la fachada. Y en la torre central podía distinguirse un enorme balcón, perteneciente seguramente al dormitorio principal.

La joven lanzó una exclamación impropia de una dama cuando el aire frío volvió a colarse entre sus ropajes, provocándole un intenso escalofrío. El trío llevó los caballos a los establos de la casa, pues estaban apartados de las vistas de cualquiera que pudiera acercarse a la vivienda en medio de la noche a husmear y entraron con rapidez en la casa.

Morrigan lanzó un suspiro de alivio y agradecimiento cuando el intenso calor de la chimenea los recibió en el pequeño salón de la casa. A simple vista podía adivinarse que la decoración de aquella habitación la había realizado un hombre, pues era tan austera que apenas había adornos sobre la larga mesa o cuadros colgados de la pared. Desde que los padres de Keith habían fallecido, el joven había vivido completamente solo en aquella casa, sin la necesidad de tener muchos sirvientes, tan solo la cocinera, un mayordomo y la limpiadora. Morrigan entrecerró los ojos para ver mejor. La luz de la estancia era muy tenue y apenas podía ver con claridad a los allí presentes, pero un bulto ajado y doblado sobre sí llamó su atención, provocándole una sonrisa sincera y amorosa.

—¡Padre!

La joven acortó la distancia entre ambos y se lanzó a los brazos de Iain Campbell, que la recibió con la misma sonrisa que la joven mostraba en los labios.

—¡Hija mía! ¿Cómo está mi fierecilla pelirroja?

Morrigan puso los ojos en blanco. Desde muy pequeña, su padre le puso aquel mote y siempre que la veía la llamaba así. La joven podía contar con los dedos las veces que su padre la llamaba por su nombre, ya que siempre había empleado aquel apelativo.

—Muerta de frío, padre —contestó al tiempo que se arrimaba más a la chimenea para calentar sus huesos—. ¿Cómo se le ocurre salir de su escondite en una noche como esta? Podría enfermar...

El viejo Iain se encogió de hombros e hizo un gesto con la mano para restar importancia.

—Ni siquiera las enfermedades quieren acercarse a mí, fierecilla.

Morrigan aumentó la sonrisa de su rostro. A pesar de estar siendo buscado por el ejército, su padre jamás había perdido el buen humor, y siempre lanzaba algún comentario de ese estilo cuando menos lo esperaba.

—Me alegro de esté bien, padre.

Iain la observó de arriba abajo y frunció el ceño.

—¿Cuándo piensas darme nietos? ¿Acaso estás esperando a que muera?

Morrigan puso los ojos en blanco al tiempo que suspiró y se alejó unos pasos de él mientras negaba con la cabeza. La joven dio gracias a la oscuridad que reinaba en la estancia, pues sus mejillas se habían teñido de un intenso color rojo y sabía que habría provocado las risas de los demás.

—No empiece, padre...

Iain dio una palmada y sonrió.

—¿Acaso has olvidado los modales que te enseñé, jovencita? —Señaló hacia un sillón cercano a él—. ¿No vas a decirle nada a Lean o es que ya no os habláis?

Morrigan se giró hacia donde señalaba la mano de su padre y, efectivamente, sobre uno de los sillones que había en la estancia se encontraba sentado un hombre de aspecto rudo, pero tímido, con pelo y barba morena y unos ojos hundidos en la oscuridad. La complexión de su cuerpo apenas podía verse con aquella oscuridad, pero la sombra que proyectaba el fuego sobre la pared de enfrente hacían de Lean Cameron un hombre al que temer solo con su presencia. Sin embargo, aquellos que lo conocían sabían de su increíble timidez cuando una hermosa mujer pululaba cerca de él, por lo que cuando Morrigan dirigió su mirada hacia él, el joven desvió sus ojos hacia la lumbre, provocando la risa del viejo Iain.

—¿Aún no te acostumbras a la extraordinaria belleza de la mujer en la que

se ha convertido mi hija, Cameron?

—Encantada de verte de nuevo, Lean —intercedió Morrigan por uno de sus amigos de la infancia a sabiendas de su timidez.

El aludido lo agradeció con una sincera sonrisa e hizo un gesto con la cabeza en señal de respeto por la joven y a modo de saludo hacia ella.

—¿Y no vas a saludar al hombre que ha cedido amablemente su hogar para esta reunión familiar?

Morrigan siguió la dirección que señalaba el dedo de su padre y miró hacia el otro lado de la habitación, sin éxito. La joven entrecerró los ojos para ver en la oscuridad cuando una sombra que parecía gigantesca apareció de repente con el rostro muy serio. El corazón de Morrigan comenzó a latir con una fuerza desmedida. A pesar de haberse preparado mentalmente para aquel encuentro, tenía la sensación de que era la primera vez que veía a Keith Cameron. De repente, se sintió pequeña a su lado. Ante ella tenía a uno de los hombres más fornidos y atractivos que había conocido jamás. La respiración de Morrigan se aceleró como si hubiera corrido un buen trecho para llegar hasta allí y la mirada verde de Keith provocó que la joven se perdiera en ella y comenzaran a temblar sus piernas. Sabía de la fama de Keith a lo largo y ancho de Escocia. Muchas mujeres habían alardeado de haber perdido casi la consciencia de puro placer con el hombre que ahora tenía ante sí y otras muchas suspiraban en la soledad de sus habitaciones por tener esas mismas sensaciones alguna vez en su aburrida vida. Las manos comenzaron a temblarle y se sintió completamente tonta. Conocía a Keith desde que eran apenas unos duendecillos, por eso no se explicaba por qué se ponía así de nerviosa.

Morrigan le echó un vistazo rápido para comprobar que estaba igual que la última vez que lo había visto. Keith era un hombre que destacaba por su seriedad e imponencia. Tenía la cara ancha y cuadrada, pelo castaño que rara vez había logrado ordenar, mismo color que en su incansable barba de varios días. Sus increíbles ojos verdes la taladraban en ese instante y pocas veces había dejado a un lado esa mirada que parecía triste y dura. Su nariz era fina y recta y aquellos labios tan apetecibles para tantas mujeres eran gruesos y firmes. Sus manos eran grandes y siempre habían destacado por su habilidad con la espada. Y bajo el *kilt* asomaban unas piernas gruesas y musculosas.

Morrigan nunca lo había visto portar otra ropa que no fuera el *kilt* escocés y a veces se había preguntado cómo se vería con un pantalón.

Cuando Morrigan se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo en

silencio, carraspeó nerviosa y abrió la boca para saludarlo:

—Keith... —dijo como si fuera la primera vez que lo veía en su vida.

El aludido respondió con una respetuosa inclinación de cabeza.

—Hola, muchacha.

Morrigan sintió una punzada en el corazón. Desde que la joven había contraído matrimonio con Craig, su relación con Keith se había enfriado ligeramente. Habían pasado de tratarse como los mejores amigos de todas las Tierras Altas a un trato meramente formal y frío, algo que le causaba mucho daño a Morrigan, pues había crecido con la esperanza de que ambos llegaran a ser algo más que amigos. Su corazón siempre se había exaltado cuando lo veía y después de lo ocurrido entre ellos en una de las fiestas de su clan, había dado por hecho que si alguna vez llegaba a casarse, sería con él.

De repente, su mente vagó cinco años atrás. Su padre había organizado una fiesta con el único motivo de unir a todos sus aliados bajo su techo y aquello incluía al padre de Keith, que había llegado acompañado de su hijo. Morrigan y él se conocían desde hacía años y se mostraban inseparables cuando estaban juntos. En un momento dado de la fiesta, cuando los padres de ambos se habían ausentado al despacho de Iain, Keith la sacó de la fiesta y la llevó a un lugar apartado de la casa. Morrigan se dejó llevar por él y bajo la luz de las estrellas y la luna, el joven Keith la besó sin pedirle permiso. La joven lo recibió sin rechistar, e incluso aceptó el beso respondiendo a este con la misma pasión de Keith. Y a pesar de haber sido solo un momento, Morrigan tuvo la sensación de que habían sido horas. Desde aquel día, la joven no podía evitar un sonrojo cada vez que el joven se cruzaba con ella...

—¿Me estás escuchando, hija?

Morrigan no pudo evitar un sobresalto cuando la voz de su padre interrumpió sus pensamientos.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó.

—Nada, padre. —Carraspeó, incómoda—. ¿Qué decía?

Iain levantó una ceja, incrédulo, pero respetó el silencio casi sepulcral de su hija.

—Preguntaba si te apetecía un vaso de whisky.

—Solo si es el mejor —respondió con una sonrisa.

—Ya sabes que yo solo compro con calidad.

Lean se levantó de su asiento y le ofreció un vaso vacío que enseguida se preocupó de llenar hasta la mitad con aquella bebida que le iba a hacer entrar

en calor en unos pocos segundos. Y, efectivamente, cuando el líquido entró por su garganta y llegó a su estómago, Morrigan sintió que una bola de fuego subía por su esófago hasta su garganta, provocando una ligera tos y sintiendo cómo su cuerpo se relajaba y entraba por fin en calor.

Al instante, dirigió la mirada hacia su padre y vio que este mudaba el rostro y cambiaba la sonrisa por la total seriedad. Morrigan dejó el vaso encima de la mesita que había al lado del sillón de su padre y se apoyó en el lado izquierdo de la chimenea a la espera de que su padre abriera la boca y le dijera finalmente para qué la había mandado llamar.

Tras aclararse la garganta, Iain le preguntó:

—¿Sabes que los ingleses han subido los impuestos?

—Claro que sí, padre.

—¿Y qué opinas de ello?

Morrigan resopló.

—Creo que es un auténtico robo en nuestras narices. Muchos escoceses no podrán pagar la enorme cantidad que nos piden y quedarán sumidos en la ruina.

—¿Y tu marido qué opina?

Aquella pregunta puso en alerta a Morrigan. Sabía que su padre no aceptaba que Craig fuera una persona que tratara con los ingleses, por eso sabía que su pregunta estaba realizada con doble sentido.

—Él tampoco está de acuerdo.

Bryan y Kendrew bufaron al mismo tiempo y dirigieron la mirada hacia otro sitio cuando Morrigan les dedicó una mirada asesina. Lean y Keith se mantuvieron en completo silencio, pero la joven no pudo evitar saltar.

—¿Tenéis algún problema con Craig? —preguntó intentando contener la voz para no gritar.

—Tranquila, hija. No se lo tengas en cuenta. Es solo que no se fían de él.

—No necesito que se fíen. Pero sí que lo hagan de mí, y si no se fían de Craig, tampoco lo hacen de mí.

—Morri, tu marido es mitad *sassenach* —intervino Kendrew.

—Si Craig hubiera dado muestras de ser un completo *sassenach*, le habría rebanado el cuello hace tiempo...

El silencio siguió a sus palabras, pues conocían el carácter intrépido de la joven y estaban seguros de que aquellas palabras eran ciertas.

—Lo importante es que no le cuentes lo que vamos a hablar ahora en esta

casa.

—¿Y de qué vamos a hablar, padre? El tiempo corre y aún no me ha dicho nada.

Iain sonrió.

—Siempre tan impaciente, fierecilla. Sabemos que van a subir aún más los impuestos.

—Yo también lo sé.

Iain lanzó una exclamación de sorpresa y esperó en silencio. Morrigan bajó la cabeza para pensar una excusa, pero sabía que a su padre no podía mentirle.

—Hace unos días Craig llegó con el rostro descompuesto. No me quiso decir lo que ocurría, pero vi que en sus manos llevaba un fajo de papeles. Supuse que serían importantes, así que cuando se marchó, me colé en su despacho y abrí el cajón donde los guardó.

Bryan lanzó una carcajada.

—¿Tan poco se preocupa por sus papeles que incluso tú tuviste acceso a ellos?

Morrigan sonrió ampliamente y se encogió de hombros.

—Digamos que tuve una ayuda para abrirlo —respondió al tiempo que sacaba de su pelo una horquilla y se la mostraba.

—Eso es peligroso, hija. Si tu marido se enterase...

—Tampoco le haría mucha gracia saber que he cabalgado de madrugada hasta aquí para verte. Te lo aseguro.

—Hemos sabido que se ha hecho muy amigo de William Gordon —dijo Bryan.

—¿Y? —dijo Morrigan—. Tú eres amigo de mi padre y lo está buscando la guardia por ladrón... Que sea amigo suyo no quiere decir que sea un desgraciado como él.

—Morri, reconoce que no es precisamente el mejor amigo que puede tener. William Gordon es un sádico que cabalga por las Tierras Altas violando y matando. Y encarcela a nuestras familias solo por no obedecerlo.

—Es el peor soldado inglés que han visto mis ojos, hija.

—Tal vez no lo entiendas porque no eres hombre como nosotros.

Morrigan levantó la cabeza de golpe y lo asesinó con la mirada.

—Tal vez no lleve entre las piernas lo mismo que vosotros, pero si quieres, puedo demostrarte que podría ganar a un hombre en la lucha —le respondió llevándose la mano al cinto para intentar sacar la daga.

Iain llevó la mano al instante a su hija y la frenó. Apretó suavemente su muñeca y le dedicó una sonrisa que pretendía calmarla.

—Todos los aquí presentes sabemos de tu valía, hija. Por eso te he hecho llamar.

—¿Me lo va a contar por fin? —dijo tras un silencio incómodo.

—He pensado que si los ingleses pretenden robarnos hasta el aire, nosotros no vamos a ser menos que ellos.

Morrigan levantó una ceja y respiró hondo para intentar calmarse, pues su corazón aún corría como una bala después de lo que Bryan había dicho.

—Si ellos nos roban, nosotros también lo haremos.

—¿Acaso va a volver a las andadas, padre?

Iain chasqueó la lengua.

—Ojalá mis huesos me lo permitieran. No tengo miedo a los ingleses, pero no podría robar nada y después cabalgar a toda prisa por los valles.

—Entonces temo no entenderlo, padre.

Iain señaló a los allí presentes.

—Creo que la juventud podrá llevar a cabo los planes.

Morrigan suspiró y se llevó una mano a la frente. Sentía como si tuviera fiebre y no estaba segura de entender con claridad lo que su padre quería decirle.

—Por esta zona hay muchas casas de ricos *sassenach*, así que será muy fácil extraerles el dinero o las joyas y luego repartirlas a los más pobres para que puedan pagar esos impuestos.

Morrigan entrecerró los ojos y observó a su padre con detenimiento hasta que, finalmente, le preguntó:

—¿Y por qué me lo cuenta?

—Porque todo grupo necesita un líder —dijo con seriedad.

Morrigan dirigió al instante, por segunda vez, la mirada hacia la oscuridad que protegía a Keith e intentó vislumbrarlo de nuevo, pues durante toda la conversación se había mantenido al margen y no había abierto la boca para dar su opinión.

—¿Te has ofrecido o mi padre te ha convencido? —le preguntó con cierto deje burlón.

Por segunda vez, y en esta ocasión saliendo por completo de la oscuridad, el imponente cuerpo de Keith se aproximó a ella, quedándose a un escaso metro de distancia. La miró directamente a los ojos y le contestó:

—Me alegra que tengas tantas expectativas sobre mí, pero tu padre desea un líder diferente. —Dejó unos segundos de expectación y, finalmente, dijo—: Te quiere a ti.

CAPÍTULO 2

La lluvia había arreciado hacía ya más de media hora. Morrigan se encontraba en ese momento en completo silencio mientras miraba la lluvia a través de la ventana. Siempre había disfrutado los momentos en los que, siendo niña, se escapaba de casa y se dirigía hacia las caballerizas para tomar prestado el mejor caballo de su padre y salir a cabalgar. Le encantaba sentir sobre el rostro la caída del agua y en esos momentos sentía que por todo su ser corría el espíritu de la libertad que en un futuro algún marido le arrancaría. Pensó que había tenido mucha suerte con Craig. A pesar de que ambos habían establecido ciertas normas en casa, su marido le daba vía libre para hacer lo que quisiera, siempre y cuando no pusiera en peligro su integridad o la seguridad del clan.

Y una sonrisa triste se dibujó en su rostro al pensar que Craig pondría el grito en el cielo si supiera que estaba allí con su padre y rodeada de hombres que no eran precisamente objeto de su devoción, y para colmo ofreciéndole ser la líder de un grupo que, en caso de ser descubiertos, acabarían todos colgando de una soga.

—Te has quedado callada, hija.

Morrigan soltó un bufido.

—¿Y qué quiere que le diga, padre? —Se volvió hacia él—. Lo que me pide no es dinero o asilo en mi casa. Me está pidiendo que viole la ley.

—Nosotros no seguimos esa ley —intervino Bryan.

—Lo sé. Yo tampoco estoy de acuerdo, pero es lo que hay en este momento en Escocia. Si nos descubrieran...

—No lo harán —le cortó Iain—. Durante muchos años me dediqué a robar y nunca supieron que era yo.

Morrigan lo miró con tristeza.

—Y mírese. Tiene que viajar de noche y vivir en la montaña para que no los encuentren. Yo no quiero eso. ¿Le puedo preguntar algo, padre?

Iain asintió en silencio.

—¿Por qué yo? Ha podido elegir a cualquiera de ellos —dijo señalando a

los demás—, pero me ha elegido a mí.

—Tu posición y la de tu marido respecto a los ingleses es muy buena. Acudís a fiestas y reuniones en las que se habla de política. Visitáis las casas de los *sassenach* y podrías memorizarlas.

—Eso también lo hace Keith —dijo mirando al aludido.

—Una mujer llama menos la atención —contestó este—. Si yo voy y me encuentran en los pasillos de la casa, dudarán de mí. Y yo no es que haya demostrado a los dragones lo bien que me caen...

Morrigan soltó el aire poco a poco. Desde hacía varios minutos sentía que se ahogaba dentro de aquella habitación. Le habría gustado salir de la casa y caminar unos metros bajo la intensa lluvia para aclarar su mente y sus ideas. No podía dar una respuesta en ese momento, pues sentía que lo mejor era quitar de la cabeza de su padre aquella maldita idea del robo. Sabía que lo hacía con buena intención para salvar de la miseria a sus hermanos escoceses, pero por un lado tenía miedo de fallar después de haber puesto sobre ella tamaña responsabilidad.

—No tienes por qué responderme ahora, hija. —Su padre pareció intuir su desazón—. Piénsalo detenidamente y en unos días reúnete con los muchachos para comenzar...

Morrigan pensó al instante en Craig. Este había luchado muchísimo para ganarse el respeto y la admiración de sus superiores y si ahora ella comenzaba algo así podría arrastrarlo hacia el abismo a pesar de que no tendría culpa de nada.

—Es una locura... No quiero hacerle esto a Craig.

—Venga ya, Morri —intervino Kendrew—. Tu marido no tiene en cuenta tu opinión cuando se va de cena con los *sassenach* y te obliga a ir con él. ¿Por qué demonios vas a pensar ahora en él? Piensa por ti misma, como has hecho siempre.

—Hija, tu marido ha elegido el bando contrario. Si al final aceptas llevar a cabo esta misión, no podría saber nada.

Morrigan se giró hacia su padre y lo miró a los ojos.

—¿Entonces tendría que mentirle?

—No puedes fiarte de él...

Morrigan acertó la distancia que los separaba y se puso a la altura de su padre con el rostro enrojecido por la rabia.

—¿Y por qué demonios me obligó a casarme con él? Es el mismo hombre

que hace tres años. Él no ha cambiado. Si ahora no es de fiar, antes tampoco lo era y, sin embargo, tuve que casarme con él sin conocerlo de nada. ¿Por qué no me preguntó entonces si quería hacerlo, si era a él a quien amaba?

Morrigan se incorporó y se alejó unos pasos de él, pero no dejó de mirarlo a los ojos. Aquel desafortunado comentario de su padre le hirió en lo más profundo e hizo surgir heridas que aún no habían logrado curar a pesar del paso del tiempo. La joven sentía un nudo en la garganta. Los minutos pasaron, pero el más completo silencio fue lo único que recibió como respuesta. A su alrededor se había creado una atmósfera en la que podía cortarse el aire con cuchillos mientras que los hombres se mantuvieron en silencio a la espera de que padre e hija dejaran de discutir.

Morrigan apretó los puños con fuerza y sintió odio hacia su padre. Ella había aprendido a querer a Craig y no era infeliz en su matrimonio, pero pensaba que su vida podría haber sido muy diferente si su padre no la hubiera obligado.

—Será mejor que regrese a casa —dijo para romper el silencio.

La joven se giró para dirigirse al perchero donde había colgado su manta y así regresar a casa para intentar olvidar, al menos en lo que restaba de noche, todo lo ocurrido y discutido en casa de Keith.

—¿Por qué no te quedas, Morri? —preguntó Kendrew, que estaba asomado a la ventana—. Está cayendo una lluvia de mil demonios...

—Ya sabes que no me importa mojarme. Cuando llegue a casa, me calentaré en el fuego.

—Por favor, Morrigan... —intervino Bryan simulando un puchero—. Tengo que acompañarte a casa y no me apetece empaparme.

La joven lo miró unos segundos y se encogió de hombros.

—Entonces, quédate. No me importa volver sola.

—¿Estás loca? —preguntó Lean—. Hay un batallón de dragones recorriendo los caminos en busca de jacobitas a los que detener y colgar. Si te pillan, estás muerta.

—Si lo hacen, pondría cualquier excusa —respondió Morrigan mientras se colgaba la manta a los hombros—. Hace tiempo que aprendí a cuidarme sola.

—Yo te acompañaré.

La varonil voz de Keith resonó en toda la habitación. Morrigan lo miró en silencio intentando buscar alguna excusa para rechazar su compañía, pero al no encontrarla, calló.

—A mí no me importa mojarme. Y será un placer acompañarte —esto último lo dijo mirándola directa y profundamente a los ojos de la joven.

Morrigan aceptó y asintió en silencio. Sentía que se le había secado la garganta y no podía hablar. Esperó a que Keith estuviera listo para abandonar el salón del joven, pero antes de salir por la puerta, se volvió hacia su padre, que se había sumido en un profundo silencio y miraba las llamas de la chimenea con auténtico interés.

—Cúidese, padre.

Y sin esperar respuesta por su parte, Morrigan salió del salón en completo silencio, dejándose guiar por Keith para llegar a las caballerizas lo antes posible.

Recorrer la mitad del camino les había llevado más tiempo del que en un principio había pensado. Debían sortear continuamente los enormes charcos que se habían formado con la lluvia a lo largo de todo el recorrido. Habían tenido suerte. A medida que se iban alejando de la casa de Keith, la lluvia había disminuido.

Morrigan se había mantenido en riguroso silencio durante todo el trayecto y a veces miraba de reojo a Keith, que se mantenía con el rostro muy serio, como si dedicara el tiempo a pensar en algo que lo carcomía por dentro.

—¿Estás bien?

La joven no podía aguantar más el silencio entre ellos. Keith la miró unos segundos y después volvió la mirada hacia el camino.

—Solo estaba pensando —respondió al fin.

—¿En qué?

El joven dibujó una ligera sonrisa.

—En ti.

Morrigan abrió la boca para contestar, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

—¿A qué te refieres?

—Te conozco desde que teníamos tres años, Morrigan. Siempre te has empeñado en demostrar a los demás que vales tanto o más que cualquier hombre.

—¿Y?

—Me ha sorprendido que no hayas dicho que sí a la primera. Solo eso.

Morrigan calló durante unos momentos en los que se dedicó a pensar una respuesta, pero sentía que ante él no podría encontrarla jamás.

—¿Por qué no lo eres tú? El líder...

Keith resopló con fuerza.

—Por Dios, muchacha. Ya te lo he dicho. —La miró—. Más de un oficial me tiene entre ojos y no daría por buena cualquier explicación si me ven hurgando donde no debo. Además, mis aspiraciones en la vida no se limitan a ser el líder de una banda de ladrones.

—¿Entonces tú no estarías dentro del grupo? —le preguntó sin poder evitar mostrar la decepción que le causó ese comentario.

—Muchacha, ¿tú crees que tu padre no quiere que esté dentro? Fui el primero al que le ofreció formar la banda.

—¿Y por qué te has mantenido tan callado durante todo el tiempo? No has opinado nada.

Keith se encogió de hombros.

—No tenía nada que decir.

—Podrías haberme ayudado a convencer a mi padre... —le reprochó—. Somos amigos.

Keith esbozó una sonrisa triste mientras miraba al frente.

—Hubo un tiempo en el que fuimos más que eso...

Aquellas simples palabras provocaron en Morrigan un nudo en la garganta. Tenía la sensación de haberlo traicionado de alguna manera al casarse con Craig y era más que evidente el dolor que le había provocado al joven.

Morrigan tragó saliva sin saber qué decir. De nuevo a su mente volvieron los recuerdos de aquella cena que ofreció su padre en honor a los amigos del clan y al que acudió Keith con su padre. Recordó el intenso beso que le dio en la oscuridad del jardín y los sentimientos que aquello le provocó en lo más profundo de su ser.

—Yo nunca quise casarme con Craig —dijo la joven después de unos momentos de silencio en los que solo podía escucharse la lluvia al caer sobre la hierba.

Keith entonces reaccionó y la miró con tanta profundidad que Morrigan creyó que iba a perderse en el precioso color de sus ojos. Durante unos momentos parecía que iba a decirle lo que realmente estaba pasando por su cabeza, pero cuando el joven abrió la boca para hablar, un disparo cortó el aire y sus corazones al instante.

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó Morrigan al tiempo que sacaba su pistola.

—Nos atacan, muchacha —contestó Keith con cierto deje de enfado.

También él sacó sus armas e intentó ver a sus atacantes. Sin embargo, la continua lluvia le impedía ver con claridad, aunque lo suficiente como para descubrir el rojo escarlata que pertenecía al uniforme inglés. El joven lanzó una exclamación en gaélico y miró a Morrigan.

—Muchacha, queda poco para llegar a tu casa. Vete.

—¿Estás loco? No voy a dejarte aquí solo —contestó al tiempo que una bala pasó rozando su cabeza.

Keith dio un manotazo a la grupa del caballo de Morrigan y se alejó unos metros.

—No lo voy a repetir, Morrigan. Vete, yo te cubriré.

Keith lanzó una exclamación de dolor tras escuchar de nuevo el sonido de las pistolas.

—Pero...

—No voy a dejar que te cuelguen mientras la sangre siga corriendo por mis venas.

La joven miró por última vez a los ojos del joven Cameron mientras su caballo, encabritado ligeramente por el manotazo de Keith, emprendía el camino de vuelta a casa, aunque no perdió la oportunidad de disparar contra uno de los soldados que apareció en su punto de mira antes de que la lluvia formara una cortina de agua frente a sus ojos y le impidiera saber el destino al que había sometido a Keith por haberla acompañado hasta allí.

CAPÍTULO 3

Cuando Morrigan dejó su caballo en los establos, descubrió que estaba temblando incontrolablemente. Pero sabía que no se debía a que estaba empapada por la lluvia, sino por lo sucedido minutos atrás en el valle. La joven no pudo evitar echar una mirada al camino por el que había transitado hasta llegar a su hogar, pero solo pudo ver unos metros más adelante, pues la lluvia seguía siendo tan torrencial como antes.

Tras lanzar una maldición por su mala suerte y con el corazón encogido por Keith, Morrigan hizo en silencio el corto camino que separaba el establo de la puerta de las cocinas. Cuando por fin sintió el poco calor que aún quedaba en la chimenea de la estancia, la joven suspiró aliviada. Por fin se encontraba a salvo entre las paredes de su casa y ella al menos había tenido la suerte de haber llegado sin problemas, pues después de abandonar a Keith creyó que a ella también la perseguirían.

Con lentitud para no hacer ruido y despertar a los sirvientes, Morrigan decidió quitarse las botas para no dejar rastro del barro que había pisado desde que desmontó el caballo. Tras dejarlas a un lado para que se secaran, la joven salió de la cocina y caminó de puntillas por el largo pasillo que terminaba en las escaleras que subían a las habitaciones.

Morrigan casi voló mientras subía los peldaños. Estaba deseando llegar a su dormitorio y quitarse toda la ropa totalmente empapada que le calaba hasta los huesos y darse un baño caliente antes de meterse en la cama. Sin embargo, estaba segura de que aquella noche dormiría poco, pues la preocupación que sentía por Keith era máxima y deseaba por todos los medios que llegara el día siguiente para enviar a uno de sus sirvientes en busca de noticias sobre él.

Cuando la joven abrió la puerta de su dormitorio, la recibió el calor de la chimenea. Esta se encontraba encendida y desprendía tal calor que Morrigan no pudo evitar lanzar un suspiro de placer cuando sus huesos comenzaron a calentarse.

La estancia tenía un gusto muy exquisito. Morrigan había necesitado la ayuda de su doncella para decorarla, pues nunca se había preocupado de la

combinación de colores o la decoración propia de una casa para decorar su dormitorio. Los tonos crema eran los predominantes en los telares que colgaban de las paredes de piedra. La chimenea se encontraba en el lado derecho de la habitación y justo enfrente había un amplio balcón que siempre iluminaba el dormitorio, llenándolo de vida. En el centro de la estancia se encontraba una gran cama con dosel blanco. Morrigan deseó tumbarse sobre ella cuando la vio, pero justo al lado del balcón la estaba esperando una tina con agua que aún humeaba de calor.

La joven se extrañó de aquello, ya que cuando ella había salido de la casa, no había ninguna bañera dentro de su alcoba. Con el ceño fruncido y sin dejar de mirar la tina, la joven se aproximó a la chimenea para desnudarse y dejar secar las ropas en los sillones que había alrededor de la misma. De esta forma, estarían secas al día siguiente y nadie sospecharía que había salido de casa. Sin embargo, cuando se quitó la primera prenda, dio un salto, asustada tras ver una sombra en uno de los sillones.

—¿Craig?

Durante unos instantes, debido a la oscuridad que reinaba en la habitación, no había reconocido la figura de su marido, que se encontraba sentado con las botas de montar aún puestas en sus pies y con la camisa blanca abierta, dejando ver la mitad de su musculoso pecho. El joven se encontraba tintineando los dedos contra el brazo del sillón y, a pesar de haber escuchado la voz de su esposa, Craig siguió mirando hacia las hipnotizantes llamas del fuego.

—Después de aguantar durante horas la charla de unas personas que no me interesan lo más mínimo, he cabalgado campo a través porque me apetecía pasar la noche con mi esposa en el calor de mi hogar en lugar de quedarme en la casa que tiene William Gordon en Inverness —dijo con los dientes casi apretados y conteniendo el evidente enfado que lo consumía—. Pero ¿cuál ha sido mi sorpresa al regresar? Que mi querida esposa no estaba.

Morrigan apretó los puños y tragó saliva. No había imaginado en ningún momento que Craig iba a regresar esa misma noche y descubriría su salida secreta. La joven miró hacia otro lado, desviando la mirada de los inquisidores ojos oscuros y peligrosos de Craig, que estaba deseando saber el motivo por el que había salido de casa.

—Y todavía se sorprende al verme en mi dormitorio esperándola... —Clavó su mirada en la joven—. ¿Acaso esperabas a otra persona que no fuera

yo?

Morrigan volvió a mirarlo al instante. ¿De verdad su marido pensaba que alguna vez se le había pasado por la cabeza meter a otra persona en su cama? ¿Acaso no la conocía ya como para tener claro que esa idea estaba totalmente infundada?

—Nunca he esperado a otro en mi cama —le espetó.

Morrigan calló durante unos minutos mientras se quitaba más ropa mojada y la dejaba a un lado del fuego. La joven era consciente de que los ojos de Craig no dejaban de mirar todos y cada uno de sus movimientos, algo que la puso nerviosa hasta que se decidió a abrir la boca y decirle:

—He ido a ver a mi padre. —Apretó la mandíbula cuando escuchó a Craig chasquear la lengua de forma contrariada—. Esta mañana me envió una misiva en la que requería mi presencia. Solo eso. Así que no pienses tonterías.

—¿Tonterías? —exclamó levantando la voz—. Llevo más de dos horas esperando a que mi joven esposa llegue de Dios sabe dónde en medio de la noche y con varias patrullas de ingleses merodeando por la zona en busca de nuevos jacobitas. ¿De verdad es una tontería que me preocupe por ti?

—¿Estabas preocupado? —preguntó la joven con cierto deje de sorpresa.

—Soy tu marido. Por supuesto que me preocupo. ¿Acaso tú no te preocuparías por mí?

Aquella pregunta pilló de sorpresa a Morrigan, que no pudo contestar al instante, lo que provocó que Craig resoplara enfadado.

—Claro, la fierecilla de su papá se preocupa más por su padre que por la persona con la que vive.

—Eso no es verdad.

—¿Y por qué no me has contestado?

—Me ha sorprendido que me lo preguntes. Nada más, Craig.

El aludido resopló de nuevo y soltó todo el aire contenido de sus pulmones. Sentado en el sillón, se reclinó hacia delante y se llevó las manos a la cara. Había bebido demasiado durante la reunión con Gordon, y aún más desde que había descubierto que su esposa no estaba allí cuando regresó, por lo que intentó moderar de nuevo su lenguaje y sus modales y no dejarse llevar por el alcohol que corría por su sangre.

—¿Y para qué te quería tu padre?

Morrigan buscó inmediatamente una excusa creíble con la que convencer a Craig sobre la visita a su padre.

—Hacía mucho tiempo que no sabía nada de nosotros y está preocupado por los nuevos impuestos.

Medias verdades. Por un lado, le habría gustado contarle la verdad a Craig sobre los deseos de Iain para formar el grupo de ladrones que tenía en mente. Sin embargo, sabía que su padre tenía razón y en cualquier momento podría contarle a Gordon lo que estaban pensando.

—¿Y para esa tontería te has expuesto a ser detenida por algún soldado? Morrigan, por favor, no vuelvas a hacerlo. Si la guardia te ve con tu padre, podrían apresarte también.

Morrigan llevó su mente un instante al valle donde se había despedido de Keith en el momento en que la guardia inglesa los había descubierto. Sin embargo, respiró hondo e intentó desviar el tema hacia otros derroteros.

—Lo sé, pero he tenido cuidado. He cabalgado por estos campos desde que tengo uso de razón y me conozco todos los recovecos para intentar guarecerme en caso de que la guardia me persiga.

Craig levantó la mirada y la observó.

—¿Y dónde ha sido la reunión?

Morrigan calló y miró hacia otro lado. Su corazón comenzó a latir con fuerza, pues sabía lo que vendría a continuación. Craig nunca había soportado la amistad que la unía a Keith. Por petición suya, había callado y cedido cuando no tenía más remedio, pero el joven sabía lo que había ocurrido entre ellos antes de que Morrigan se casara con él, y aún podía ver un brillo especial en los ojos de Keith cuando miraba a su esposa. Y no era para menos, pues aquella indómita mujer le había arrebatado el corazón desde el primer momento en que la vio.

—En casa de Keith Cameron —dijo lentamente.

Como había adivinado, Craig apretó los puños con fuerza y desvió la mirada hacia el fuego de la chimenea. Morrigan sabía que estaba conteniendo el enfado que pululaba por su interior.

—Keith Cameron —dijo su marido en apenas un susurro—. Siempre Keith...

—Craig, estoy cansada. Si quieres pensar cosas que no son verdad, hazlo, pero voy a meterme en la bañera para calentarme de una vez por todas y después me voy a ir a descansar. Creo que durante todo este tiempo te he demostrado mi lealtad, así que haz lo que quieras...

Sin más, Morrigan le dio la espalda para dirigirse hacia la tina que apenas

humeaba. La joven tocó el agua y casi suspiró de placer cuando sintió el agua caliente entre sus dedos. El silencio reinaba en el dormitorio, pero no se volvió para ver lo que Craig estaba haciendo, aunque sí sentía sobre su cuerpo la mirada de su marido.

Morrigan terminó de desnudarse y se metió en la bañera sin poder evitar lanzar un suspiro de auténtico placer cuando el agua caliente la cubrió por completo. La joven había aguantado demasiado rato con aquella ropa mojada sobre su cuerpo y al sentir el calor del baño tembló durante unos segundos. Sus músculos comenzaron a relajarse pasados varios minutos y al fin sintió como una nube de sueño caía sobre ella. La tensión acumulada desde que había salido de casa al anochecer, sumado a lo ocurrido en casa de Keith y luego en el valle hicieron que Morrigan sintiera dentro de ella un cansancio que jamás había experimentado. Tenía la sensación de que sus brazos iban a despegarse de su cuerpo en cualquier momento por la tensión, pero poco a poco fue sintiendo todos y cada uno de sus músculos cuando por fin se relajaron.

Durante un momento llevó su mente hacia la conversación mantenida con Craig hacía unos minutos. Le dolía que su marido no pensara en ella como la guerrera que era. Desde pequeña había sido entrenada como uno más en el clan y no había tenido distinción de sexo, pero desde que se había casado con Craig había tenido que aprender a hacer cosas que nunca le habían interesado, sobre todo, para los momentos en los que tuvieran algún tipo de fiesta pudiera hablar de algo con el resto de mujeres. O al menos eso le había pedido su marido, pues jamás la había obligado a coser. Siempre le había dejado hacer lo que más quería: montar a caballo y luchar, aunque le pidió discreción, pues no estaba muy bien visto entre los ingleses que sus mujeres supieran más de batallar que ellos mismos.

Morrigan estuvo a punto de echar una mirada hacia atrás para ver qué hacía su marido, pues no se había movido del sitio desde que ella se había metido en la bañera, pero se mantuvo quieta, mostrando su descontento con su enfado y las palabras que le había dedicado.

La joven se inclinó hacia el otro lado de la bañera para agarrar una pequeña esponja con la que enjabonar su cuerpo, pero una mano salida de la nada y que no había escuchado salió al paso y frenó su movimiento. Morrigan no pudo evitar un estremecimiento, ya que no había escuchado ruido alguno de los sillones de atrás.

Craig se había aproximado a la bañera con la clara intención de enjabonarla él mismo. Morrigan lo miró en silencio y se perdió en aquella mirada tan oscura como la noche que siempre le provocaba los mismos estremecimientos de goce, pues rezumaba una peligrosidad que la joven amó desde el principio.

Tras lanzar un suspiro, Craig deslizó con sumo cuidado la esponja por la espalda de Morrigan, tratándola como si estuviera acariciando algo que pudiera romperse en cualquier momento. Craig la observaba en silencio, intentando por todos los medios que su mujer lo perdonara por sus nefastas palabras de hacía unos minutos. Sabía que no podía echar la culpa al alcohol, pero se había sentido tan celoso de que su esposa estuviera con algún amante que habría hecho cualquier cosa para recuperarla, pues hacía tiempo que se había dado cuenta de que la amaba tanto que no podía dar sino las gracias por que la vida la hubiera puesto en su camino. Morrigan era una mujer diferente a todas las mojigatas que había conocido en Londres en sus años de estudio. Su mujer era impetuosa, de espíritu libre, amante de la naturaleza, fiel a sus ideas, valiente, decidida y, a pesar de haber sido obligada a casarse, siempre se había mostrado infinitamente generosa y ardiente en la cama. No podía imaginar ya su vida sin Morrigan a su lado y en esos momentos, en los que consideraba que no se había comportado como el caballero que siempre era, se sentía tremendamente mal.

—Lo siento —le dijo finalmente—. No tenía intención de hacerte daño con mis palabras.

Morrigan levantó la mirada y lo observó durante unos instantes. La joven vio en los ojos de su marido el dolor que lo carcomía por dentro y no pudo evitar levantar una mano para acariciarle el rostro. Se había enamorado de aquella cara en el mismo instante en que lo vio. Por un momento, pensó que solo había sentido atracción, pero a medida que pasaba el tiempo y sentía sobre sus hombros la necesidad de defenderlo ante su familia y amigos, se dio cuenta de que no era atracción, sino amor. Amaba su forma de ser, a pesar de tratar con ingleses, aunque era la única que sabía que lo hacía casi por inercia, porque se había criado entre ellos y tenía muchas amistades en el país vecino. Amaba su generosidad, su carácter amable y educado, aunque había tenido el placer de verlo luchar cuando intentaron robarles hacía dos años y descubrió en su marido una fuerza que jamás pensó que guardaba dentro de él. Su suegra siempre le había dicho que eso se debía a su sangre escocesa, aunque Craig

había decidido emplear siempre la sangre inglesa que corría por sus venas, pues pensaba que la mejor manera de solucionar un problema era hablando, no lanzándose a la pelea a la mínima.

—Es que te he imaginado con otro y... no lo he podido soportar.

—Yo no deseo a otro, Craig —le dijo con voz suave mientras sentía cómo sus pezones se volvían sensibles al tacto de su marido.

Morrigan lo miró directamente a los ojos y sintió dentro de ella una bola de fuego ardiente que no podía parar. Craig le devolvió la mirada y esbozó una sonrisa triste.

—¿Es verdad? A pesar de haberte obligado a este matrimonio, ¿de verdad me deseas?

—Tú no me obligaste, pero sí. —Desvió la mirada hacia los labios de su marido—. Te deseo.

Craig no necesitó más para acortar la distancia entre ambos y besarla. Necesitaba sentir de nuevo la proximidad de su cuerpo, pues tenía la sensación de que se habían distanciado desde que había más movimientos de ingleses en Escocia y lo habían llamado para ayudarlos. Con el corazón en un puño, Craig siguió acariciando el cuerpo de su esposa, ya sin esponja en la mano, con toda la suavidad del mundo. Quería hacerla disfrutar y que Morrigan sintiera lo mismo que él dentro de ella. Necesitaba que la joven comprendiera el batiburrillo de sentimientos que había dentro de él y que a veces se veía incapaz de mostrarlos. La amaba, pero veía que tenía entre sus manos a una fiera que nunca había tenido la intención de domar y temía que alguna vez lo abandonara por alguien a quien ella amara de verdad.

—Te deseo tanto, Morrigan...

Con aquellas palabras, Craig la levantó en brazos de la bañera y, sin tener en cuenta la cantidad de agua que caía sobre el suelo, la llevó hacia la cama sin dejar de besarla. El joven la apretaba con fuerza contra su cuerpo, ya que temía que fuera un sueño y se desvaneciera ante sus ojos sin que pudiera hacer nada.

Morrigan suspiró de placer cuando su marido la cubrió con todo su cuerpo y cerró los ojos cuando sintió sobre uno de sus pezones la ansiosa boca de Craig. La joven se dejó acariciar por las expertas manos de su marido, ya que siempre hacía lo que fuera para que descubriera placeres nuevos y siempre deseara más de él. Y así fue. Morrigan levantó las caderas para unir su cuerpo al de Craig, ya que necesitaba sentir su calor de una vez y olvidar todo lo

ocurrido aquella noche desde que la oscuridad se cernió sobre ellos.

—Shh —le pidió Craig frenando sus caderas con las manos—. No hay prisa.

Morrigan lanzó un gemido de protesta que fue acallado por la boca juguetona de su marido, que llevó su mano derecha hacia los pliegues que formaban la entrepierna de la joven. Cuando Morrigan sintió los dedos habilidosos de Craig contra ella, no pudo evitar lanzar otro quejido de placer al tiempo que arqueó el cuerpo para sentirlos más y más dentro de ella.

Craig introdujo la lengua en su boca y saboreó la suavidad de sus labios mientras respiraba y absorbía una y otra vez los suspiros de placer de su esposa. Le encantaba hacerla disfrutar y siempre le gustaba mirarla a los ojos cuando llegaba al clímax, pues sentía ese momento tan erótico y tan íntimo que veía ante él a su mujer como nadie nunca la había visto, retorciéndose de placer sin importarle lo que pudiera pensar nadie, tan solo estaban ellos. No existía nadie más.

—No puedo... más... —dijo Morrigan entrecortadamente.

En los labios de Craig se dibujó una sonrisa pícaro y volvió a besarla para después separarse solo unos centímetros y mirarla a los ojos.

—Lamento decirte que esta noche vas a llegar al límite, Morrigan. Esto no es nada para lo que vas a sentir.

Con aquella voz ronca, Morrigan sintió como si aquellas palabras fueran fruto de una amenaza, y descubrió enseguida que así fue, pues llegó segundos después a un intenso orgasmo que la llevó al borde casi del desmayo. Y cuando pensó que no podría más, la voz ronca de Craig volvió a escucharse entre sus gemidos.

—Recupera fuerzas, porque esto no ha hecho más que empezar...

Y así fue. Craig se dedicó en cuerpo y alma a cumplir su amenaza y buscaba el placer de Morrigan en lugares donde la joven pensaba que era imposible sentir algo parecido al placer. Su cuerpo se contraía una y otra vez mientras recibía los dedos de Craig al tiempo que su boca saboreaba sin descanso todo el cuerpo de Morrigan, que ya había perdido la noción del tiempo.

—¿Estás lista para recibirme? —le preguntó con los labios pegados a los suyos mientras se colocaba sobre ella.

—Llevo un rato preparada... —contestó entrecortadamente con la mente obnubilada por el placer que la hacía retorcerse como nunca entre las blancas sábanas.

Morrigan lanzó un largo suspiro en el momento en el que Craig se internó dentro de ella. Había deseado ese momento desde hacía tiempo y por fin lo sentía moviéndose con presteza dentro de su cuerpo.

—Eres la mujer más increíble que he conocido, Morrigan —le susurró al oído.

—Te quiero, Craig —le contestó la joven—. Nunca lo dudes.

Aquellas palabras llegaron al corazón de Craig, que llevó su boca hacia el cuello de la joven y lo besó como si tuviera entre sus brazos la mejor joya de todas.

—No puedo creer la suerte que tengo...

Morrigan desvió la cara hacia él y lo besó con pasión. Se dejó llevar por el placer que no dejaba de sentir en ningún momento y clavó sus dedos en la ancha espalda de su marido como si se tratara de una especie de salvavidas que fuera a salvarla del fuego eterno al que seguramente iría después de disfrutar tanto del placer que le proporcionaba la carne.

Poco después, Craig aumentó la velocidad de sus embestidas hasta que, finalmente, se derramó dentro de ella, provocando que la joven volviera a tener otro intenso orgasmo que la llevó casi a la inconsciencia.

Durante varios minutos, Craig se mantuvo quieto en esa misma posición hasta que, temiendo que pudiera aplastarla, se apartó de ella y se tumbó a su lado.

Morrigan lanzó un gemido de protesta cuando sintió que el cuerpo de su marido se alejaba de ella, por lo que se giró hacia él cuando vio que se tumbaba a su lado y se abrazó a él para hacerle ver que deseaba tenerlo ahí siempre y no quería dejarlo escapar. Ambos no necesitaron decir palabra alguna para demostrar lo que sentían el uno por el otro en ese momento, por lo que poco a poco el cansancio los fue sumiendo en un profundo y reparador sueño.

CAPÍTULO 4

Las primeras luces del alba se abrieron paso entre los cristales del enorme balcón, llenando el dormitorio de color. El cielo había amanecido de nuevo encapotado y amenazaba lluvia inminente, aún así, los criados ya habían comenzado el día y pululaban de un lado para otro para dejar la casa limpia.

Morrigan aún se encontraba entre las sábanas cuando escuchó el ruido que había fuera de la habitación. Lentamente, fue despertando y desperezándose. Llevó su mano derecha hacia el otro lado de la cama y comprobó que estaba sola. Nada nuevo para ella, pues Craig tenía la costumbre de dormir poco y levantarse antes de que amaneciera para llevar a cabo parte del papeleo en la soledad y el silencio de la casa antes de que los sirvientes comenzaran con sus tareas diarias.

Morrigan sintió dolor en todas las zonas de cuerpo, sin embargo, dibujó una sonrisa de auténtico placer al recordar cómo habían pasado la noche Craig y ella. Habían hecho el amor varias veces antes de caer rendidos cuando la madrugada casi dio paso al día, por lo que estaba segura de que su marido apenas había pegado ojo esa noche. Sintió cómo sus pezones volvieron a ponerse tan erectos como en el momento en que Craig la acariciaba cuando en que las sábanas le rozaron el cuerpo desnudo y deseó que su marido se hubiera quedado en la cama hasta ese momento para volver a acariciarlo.

—Qué remedio... —dijo para sí la joven antes de apartar las sábanas y levantarse.

Se dirigió hacia la pequeña palangana que había cerca del fuego de la chimenea, que Craig se había encargado de encender antes de marcharse para que la habitación tuviera una temperatura agradable hasta que ella se despertase. Morrigan se lavó a conciencia, a pesar de que no deseaba borrar de su piel el rastro de besos que Craig había dejado la noche anterior.

Después, se vistió con un vestido cómodo de color verde esmeralda que solía utilizar para andar cómoda por la casa cuando no tenía pensamientos de salir a ningún sitio. Tras mirarse al espejo, decidió que iba a peinar ligeramente su cabellera pelirroja y prefirió dejárselo suelto, como siempre le

había gustado llevarlo.

Salió con una sonrisa del dormitorio en dirección al piso inferior, pues estaba segura de que Craig se encontraba en el despacho. Por lo que, con paso firme y decidido, bajó las escaleras justo en el momento en el que vio cómo un oficial inglés salía por la puerta de casa acompañado por uno de sus sirvientes. El corazón le dio un vuelco y por un momento pensó que había ido a su casa a preguntar por la escaramuza de la noche anterior en medio del valle.

Morrigan se quedó con los pies parados en medio de la escalera. Sentía como si una tremenda piedra tirara de ellos hacia el suelo y no pudiera moverlos, a pesar de que su mente deseaba correr hacia el despacho de Craig para preguntarle por qué había ido aquel oficial a su casa tan temprano en la mañana.

Pasados unos instantes, en los que necesitó respirar hondo y serenarse para poder hablar con su marido, Morrigan bajó los pocos escalones que le faltaban y se dirigió a toda prisa hacia el despacho, situado cerca de las escaleras y puerta de entrada a la casa. Sin saber si aún estaba reunido con algún otro oficial, la joven abrió la puerta de golpe y entró con el rostro descompuesto.

—¿Qué hacía ese hombre aquí? —preguntó.

Craig la miró ligeramente sorprendido, pero en sus ojos podía verse claramente la furia que lo embargaba por dentro.

—Será mejor que entres...

Craig esperó en silencio hasta que Morrigan cerró la puerta y se detuvo justo enfrente de él.

—¿No me vas a contestar?

La joven se fijó en las manos de Craig y vio un par de papeles con letras totalmente diferentes, por lo que no entendía la situación y sus nervios estaban a flor de piel. Su mente vagó de nuevo al valle en medio de la noche y las últimas palabras de Keith antes de que lo dejara a merced de los ingleses.

—Me gustaría que me explicaras esto, Morrigan.

Craig le tendió uno de los papeles mientras dejaba el otro a un lado del escritorio.

La joven tendió la mano para agarrarlo y su marido vio con claridad el temblor que manaba de su cuerpo y la tensión que tenía. Con lentitud, temiendo encontrar el acta de defunción de Keith o una orden de prisión contra ella,

Morrigan desplegó el papel y comenzó a leer:

Estimado señor Murray,

Le escribo para hacerlo partícipe de algo de extrema importancia que ha ocurrido esta noche a pocas millas de su hogar. Una de nuestras patrullas se encontraba cerca de un valle cercano a su casa cuando divisó a dos encapuchados a caballo e intentó darles el alto. Uno de ellos desapareció en medio de la tormenta y no pudimos seguirlo, pero al otro tenemos constancia de haberlo herido, posiblemente, de muerte. Espero que disponga de material necesario para atacar en caso de que algún encapuchado ronde cerca de sus tierras y nos lo comunique si ha notado algo extraño dentro de ellas.

He dispuesto que esta misma noche haya una reunión en mi casa para tratar el tema de los nuevos jacobitas.

Le adjunto un documento en el que le indico la hora del evento.

Reciba un cordial saludo,

William Gordon.

Cuando Morrigan terminó de leer la misiva, su corazón latía con más fuerza aún que antes y las manos le temblaban tanto que ya le resultaba imposible esconderlo ante los ojos inquisitivos de Craig, que no dejaba de observarla.

—¿Y bien?

Morrigan tragó saliva y le devolvió la carta, dejándola encima de la gran mesa. Cuando por fin se armó de valor, miró a su marido. Este la observaba con la misma furia de antes, pero se notaba un gran nerviosismo dentro de él.

—Supongo que han surgido nuevos jacobitas en la zona —respondió, provocando un gesto de sorpresa en Craig.

—Morrigan, por favor, no me tomes por tonto. —Cogió la nota de encima de la mesa y la levantó—. Dos jinetes fueron vistos esta madrugada cerca de nuestras tierras. Uno escapó, claramente tú. ¿Y el otro? ¿Quién demonios te acompañó?

Morrigan lo miró directamente a los ojos sin saber muy bien si decirle la verdad o enmascararlo de alguna manera. Sin embargo, hizo acopio de la valentía que siempre la había caracterizado y le contestó:

—Keith.

—¿Cameron? —Craig resopló enfadado—. Podría estar muy herido, Morrigan. ¿Ves a lo que me refiero con que es muy peligroso cabalgar de noche? ¡Os podrían haber matado, por Dios!

—Estoy segura de que Keith está bien. Si no le dieron caza esta misma noche, habrá sabido salir indemne.

—¿Y si os hubieran cogido? ¡Por Dios, Morrigan, te habrían ahorcado esta misma mañana!

La joven tragó saliva y negó con la cabeza.

—Estoy a salvo. No importa lo demás.

—Sí, importa, al menos para Keith. —Le mostró la otra carta—. Gordon nos invitará a todos los señores de los alrededores a esa cena, entre ellos a tu amigo. Y por su bien, espero que acuda al llamamiento.

Craig se dirigió hacia la puerta del despacho para abandonarlo, sin embargo, Morrigan se adelantó unos pasos y lo detuvo.

—Por favor, no te enfades.

Craig suspiró hondo antes de volverse hacia ella. El gesto de su rostro había cambiado por completo, volviendo a mostrar el mismo de la noche anterior. Levantó una mano y la dirigió a la mejilla de su esposa para acariciarla lentamente.

—Si me enfado es porque no deseo que te ocurra nada. —Acortó la distancia que los separaba y la besó con delicadeza—. Sigo pensando que eres extraordinaria, por eso no quiero perderte.

Después se separó de ella y se giró de nuevo hacia la puerta, pero se detuvo y le dijo:

—Por cierto, estoy seguro de que esta noche estarás espectacular. Le harás sombra a todas las demás.

Morrigan frunció el ceño y abrió la boca:

—¿Yo también voy a la cena?

—Por supuesto.

La joven resopló, contrariada.

—¿De verdad tendré que aguantar a las mojigatas inglesitas?

Craig dibujó una sonrisa en sus labios.

—¡Qué gran castigo! —dijo Craig de forma irónica—. Supongo que mi madre lo verá también como tal.

—¿Irás tu madre?

—Sí, y sinceramente estoy seguro de que llevará las mismas dagas que tú

bajo sus ropas.

Morrigan sonrió. La madre de Craig era una acérrima jacobita, pero a su edad no estaba dispuesta a llevarse mal con las personas que siempre habían apoyado y seguido a su marido hasta la muerte, por lo que trataba a los ingleses con total cordialidad, aunque no estuviera de acuerdo con las subidas de impuestos.

—Te espero en la puerta antes del anochecer.

Morrigan asintió de mala gana y se quedó sola al instante en el despacho con el corazón encogido aún por la carta de William Gordon. Por una parte, no deseaba ir a esa cena, pero, por otro, sabría el estado en el que se encontraba Keith después de la escaramuza.

Después de todo el día atendiendo diferentes asuntos de la casa y algunos del ejército, Craig estaba agotado. A cada momento regresaba a su mente el momento en el que el oficial de Gordon le había llevado la carta y había leído que dos jinetes habían sido vistos por sus tierras. La sola idea de que pudieran haber encarcelado a Morrigan solo por arriesgarse a ir a ver a su padre le provocaba náuseas. Conocía muy bien los métodos de los carceleros ingleses y sabía lo que le hacían a las mujeres que pisaban sus cárceles y un intenso escalofrío le recorrió el espinazo. Había intentado pensar en otra cosa, pero su mente regresaba una y otra vez sin hacer caso a sus propias peticiones para tener la mente distraída.

Incluso en ese momento, en el que se encontraba justo en la puerta de entrada esperando a que apareciese su mujer y marcharse a la cena de Gordon no podía evitar pensar que en algún momento de su vida pudieran arrebatársela. Le había costado mucho sincerarse consigo mismo sobre sus sentimientos hacia Morrigan, pero después de los años de matrimonio se había dado cuenta de que tenía una inmensa suerte. Tenía con él a la mujer más valiente que habían visto sus ojos, además de ser la más hermosa. Estaba seguro de que más de un soldado inglés se habría sentido ofendido o cansado de convivir con una mujer de la talla de Morrigan, sin embargo, él se sentía realmente orgulloso de ella. Le encantaba verla practicar con la espada y el arco y cabalgar como una verdadera amazona por sus tierras. Sentía cómo se le hinchaba el pecho de orgullo cuando la veía defender con tanto ahínco sus pensamientos sin importar a quién tuviera delante. Su esposa no temía a nada ni nadie, y aquello le hacía sentir aún más satisfecho por su vida de casado. Incluso le hacía gracia que en momentos como aquel le hiciese esperar más de

la cuenta para llegar tarde a la cena de William Gordon.

En ese momento, mientras se ajustaba la chaqueta del precioso traje azul oscuro con ribetes dorados en sus mangas que se había puesto para ocasión, no pudo evitar pensar en uno de los momentos que habrían causado auténtico estupor en cualquier inglés de ideas conservadoras. Recordaba que días después de su boda con Morrigan la joven había salido a pasear para despedirse de las personas con las que había convivido durante todos esos años y cuando él se vistió y bajó para buscar a los demás, la vio revolcándose en el barro y peleando en medio de una tormenta con uno de sus amigos de infancia, Kendrew Buchanan. Durante unos momentos había sentido celos de aquel muchacho, sin embargo, cuando vio la cara de auténtica felicidad de su recién estrenada esposa, olvidó cualquier sentimiento de ese tipo y en su rostro se dibujó una sonrisa bobalicona; la misma que se le dibujó en el rostro en ese momento cuando se dio la vuelta y vio a Morrigan en lo alto de la escalinata de piedra a punto de bajar para reunirse con él.

La joven estaba realmente preciosa. Craig se quedó de piedra al verla y no podía apartar, aunque quisiera, los ojos de Morrigan. Esta se había puesto una de sus mejores galas para la ocasión: un vestido de color azul, a juego con el de su traje. El corpiño estaba tan ceñido al cuerpo de su esposa que podía contar cada una de sus preciosas curvas. Las mangas estaban ajustadas a los brazos de la joven y no llegaban a cubrirle la totalidad del brazo, lo justo para mostrar la preciosa pulsera, herencia de su madre, realizada con piedras de ámbar engarzadas en plata. Alrededor del cuello del vestido se dibujaba un precioso encaje de color plateado que bajaba por toda la pechera del corpiño hasta el ombligo. En las mangas y los bajos del vestido se dibujaba el mismo encaje, resaltando sobre el azul oscuro y haciendo de aquel vestido una de las mejores piezas de las que disponía la joven. Además, para evitar las inclemencias del tiempo, Morrigan llevaba sobre sus hombros una capa que cubría gran parte de su vestido y la protegía del intenso frío de fuera.

La joven se había peinado a conciencia para la ocasión, aunque, a diferencia seguramente de sus vecinas inglesas, llevaba el pelo semirecogido y caía en cascada por su espalda, contrastando su color fuego con el azul oscuro de la capa que la cubría.

—Duncan me dijo cómo iba a ser tu traje, así que quise ir a juego contigo —dijo con una sonrisa tímida.

—Estás... preciosa.

Craig no podía encontrar las palabras exactas para describirla, pero la expresión de su rostro provocó una intensa oleada de placer en Morrigan, pues le hizo recordar todo lo ocurrido la noche anterior entre ellos.

—¿Pensabas que no iba a aparecer? —le preguntó con gesto divertido para cambiar de tema.

—Bueno... la verdad es que sí —admitió Craig con una sonrisa—. ¿Nos vamos ya?

Morrigan asintió y se dirigió hacia la puerta, pero Craig se adelantó a ella y se la abrió para que fuera la primera en salir y dirigirse hacia el carruaje que ya esperaba a los pies de la escalinata de entrada.

Ambos se dirigieron hacia el mismo y montaron al instante, pues la temperatura era tan baja que apenas podían sentir sus manos cuando el aire frío soplaba con fuerza. La lluvia había amainado hacía unas horas, pero aún podía sentirse la humedad en el ambiente y el olor a tierra mojada que los rodeaba provocaba una sensación de bienestar y relajación en los nervios de Morrigan. Sabía que aquella noche debía aguantar muchos comentarios contra los escoceses y tendría que morderse la lengua en más de una ocasión, además de soportar la presencia de parte de los soldados de la zona que pululaban por tierras escocesas como si fueran los dueños de todo y todos.

El carruaje tomó camino y enseguida dejaron atrás sus tierras para encaminarse hacia la enorme casa de Gordon a las afueras de Fort William. Morrigan lanzó un suspiro y dirigió la mirada hacia la oscuridad que reinaba fuera del carruaje.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Craig.

—¿Tú no?

Su marido le lanzó una sonrisa y le guiñó un ojo.

—Estoy harto de todo esto, Morrigan. Yo también deseo que se vayan de Escocia y nos dejen en paz. Si mi padre me escuchara...

Morrigan le devolvió la sonrisa.

—Tú no eres tu padre.

—Ya, pero me educó para que fuera como tal. Te envidio, Morrigan.

La joven hizo un gesto de sorpresa.

—No tienes miedo de mostrar lo que piensas y sientes ante quien tengas delante.

—Tú también podrías hacerlo.

Craig esbozó una sonrisa triste.

—Lo mío es más complicado. Trabajo para ellos... Eso me ha llevado a tener el odio de mi propia gente.

Morrigan lo miró y se sentó a su lado en el carruaje. Después le agarró la cara y lo besó con ternura.

—Piensan eso porque no te conocen como yo.

Craig le sonrió levemente y volvió a besarla.

CAPÍTULO 5

Tan solo una hora después, Craig y Morrigan aparecieron en casa de William Gordon. A medida que el carruaje se aproximaba al lugar de encuentro, la joven asomó la cabeza por la ventanilla y observó aquella inmensa casa que el inglés había tomado a la fuerza hacía unos meses para permanecer cerca de Fort William. El paraje era impresionante. La casa se encontraba rodeada de un impresionante y tupido bosque que hacía que la misma estuviera ajena a todo lo que ocurría a su alrededor. Desde allí no podían llegar los ruidos de la ciudad, por lo que seguramente Gordon tenía toda la tranquilidad que deseaba en ese país. Morrigan torció el gesto. Había conocido a la familia a la que había pertenecido aquella casa, y todos habían sido ajusticiados por posible jacobitismo, por lo que el inglés se había quedado en su casa como pago por su traición al rey inglés.

La casa estaba distribuida en tres plantas e infinidad de ventanales poblaban la fachada de la misma. Una enorme puerta les dio la bienvenida cuando el carruaje quedó parado en medio del camino. Frente a la puerta había una estatua blanca de lo que parecía ser una ninfa saliendo del agua. En la entrada de la casa había un mayordomo, vestido de negro, que recibía a los invitados con una sonrisa que parecía pintada en su rostro, pues apenas cambiaba de expresión a pesar de quedarse solo mientras esperaba a otro invitado.

Cuando la puerta del carruaje se abrió, Craig bajó primero del mismo para esperar fuera a Morrigan y cederle su brazo para ayudarla a bajar. Aunque la joven siempre había detestado aquel gesto, pues ella se veía más que capaz para bajar sola del carruaje, intentó poner la máscara de buena esposa para los demás y, con una sonrisa falsa, bajó del carruaje.

Craig fue consciente en ese momento del temblor incontrolable que padecía su esposa, por lo que colocó su mano izquierda sobre la mano de Morrigan para intentar calmarla. Giró la cabeza para mirarla justo antes de subir los pocos escalones que los separaban de la puerta de entrada y le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Estoy contigo, Morrigan —le susurró para que solo lo escuchara ella—. No tienes que temer.

Morrigan le devolvió la sonrisa. No sabía cómo, pero la presencia de su marido siempre la tranquilizaba. A pesar de que siempre había sentido que no necesitaba a nadie para cualquier cosa, desde que estaba casada tenía una sensación extraña cada vez que estaba ante Craig, y es que su imponente presencia tenía el don de paralizar cualquier problema que la invadiera y la calmaba solo con una mirada como la que le estaba dedicando en ese momento.

Cuando la pareja llegó a la puerta, el mayordomo preguntó por sus nombres.

—Somos el matrimonio Murray —respondió Craig.

El hombre asintió y fue en ese momento cuando Morrigan se dio cuenta de que los miró con una mezcla de odio y asco, especialmente a ella, pues sabía que su sangre era puramente escocesa. Morrigan le devolvió la misma mirada y cuando pasó por su lado, la joven desvió ligeramente el pie para pisarlo.

—¡Uy, disculpe, señor! —La joven fingió sorpresa y estupefacción—. Espero no haberle hecho daño.

El aludido la fulminó con la mirada, pero sabiendo de su alto rango, tan solo negó con la cabeza en silencio y se dirigió de nuevo hacia la puerta de entrada justo cuando otra pareja hacía acto de presencia.

Morrigan sintió un ligero tirón en el brazo y miró a su marido. Craig la miraba con cierta expresión de diversión en los ojos, pero también de advertencia, pues no era lo mismo actuar de esa manera con un simple mayordomo que con las altas esferas del ejército británico.

—No has tardado ni un minuto, querida —le susurró.

Morrigan dibujó una sonrisa en el rostro, pero no contestó a Craig, ya que se quedó completamente anonadada con lo que veían sus ojos. La joven fijó la vista en la esplendorosa decoración con la que habían armonizado la velada y descubrió que con todo el oro que había a su alrededor podría comer un clan entero durante más de un mes en lugar de estar pasando penurias como en ese mismo momento. Morrigan dibujó una expresión de contrariedad en sus ojos. Le habría gustado sacar en ese mismo momento una espada y llevarse todo lo que encontrara a su paso. Sintió un fuego abrasador en todo su cuerpo y un intenso desagrado comenzó a recorrer todos los poros de su piel.

El salón en el que acababan de entrar era muy amplio. Había tan solo un par

de mesas con bebidas de todo tipo a un lado del mismo para que justo en el centro los comensales pudieran moverse de un lado a otro y mantener conversaciones antes de entrar en el comedor y disfrutar de la deliciosa comida que habían preparado los cocineros. Las sillas sobre las que algunos estaban descansando tenían ribetes de oro, al igual que las mesas, y del techo colgaban lámparas de plata con un acabado tan hermoso que incluso llamó la atención de la joven. Numerosos telares decoraban las paredes y dibujaban diferentes escenas de la mitología griega. Sin embargo, Morrigan se interesó más por las personas allí presentes que por la decoración.

La joven torció el gesto cuando vio a la primera de ellas. Se trataba de una mujer a la que le había dedicado unas palabras un tanto fuera de lugar la última vez que se habían visto en una fiesta. Se trataba de Katie Foster. Esta mujer se había dedicado a insultar a todos los escoceses hacía varios meses en una cena en casa del capitán Albern Henderson, que también se encontraba por allí con su esposa, Julie, y Morrigan fue la única que contestó a sus palabras, ganándose las miradas reprobadoras de todas las demás mujeres presentes. Por lo que la joven no contaba con el beneplácito de la gran mayoría de las mujeres presentes en aquella misma noche en la casa de Gordon Williams. Muchas de ellas se giraron al mismo tiempo que Craig y ella pasaban por delante de las mujeres y sus maridos y la miraban con descaro y rostro contraído por la rabia. Sin embargo, por petición o exigencia de sus maridos, aquellas mujeres tuvieron que mantenerse calladas y aceptar a Morrigan entre ellas aquella noche.

La joven echó un vistazo hacia el frente para ver hacia dónde se dirigían. Craig había divisado a varios de los altos cargos presentes en la casa esa noche. Uno de ellos era Brendan Davis, oficial del cuarto regimiento de dragones destinado en Fort William desde hacía un par de años; oficial Cedric Edwards, que acababa de reunirse con los allí presentes y en ese momento estrechaba sus manos con familiaridad; capitán Gideon Wilson, perteneciente al regimiento de Inverness, pero íntimo amigo de Gordon Williams. Y Morrigan vio a otros dos soldados que no conocía de nada, pero que parecían conocer a su marido, pues cuando lo vieron se giraron hacia él y lo saludaron con auténtica familiaridad.

—¡Murray! —expresó uno de ellos.

—¡Hace tiempo que no te hemos visto! —exclamó el otro—. ¡Hoy vienes acompañado!

Craig asintió y les tendió la mano para saludarlos con el mismo afecto que ellos. Después se giró hacia Morrigan y la presentó:

—No conocéis a mi bellísima esposa, Morrigan.

El primero de ellos dio un paso al frente para tomarle la mano y besarla con delicadeza. La joven tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no elevar una ceja de forma irónica, pues le sorprendía ver que la trataban con educación mientras al resto de sus paisanos los trataban como ratas.

—Es un honor conocerla, señora Murray —le dijo—. Soy el teniente Leonard Collins y este es el suboficial Liam Martin.

El aludido dio otro paso al frente y realizó el mismo besamanos de su compañero. Morrigan asintió educadamente, aunque enseguida retiró su mano de la de Liam, pues este la mantuvo retenida más tiempo del necesario mientras la miraba directamente a los ojos con una intención que no gustó para nada a la joven.

Craig carraspeó con incomodidad, pues sabía lo que su esposa estaba pensando en ese momento, por lo que volvió a agarrarla del brazo y, tras una disculpa, la llevó junto al anfitrión de la cena de esa noche. Morrigan lo miró con auténtico asco. Aquel hombre era el responsable de que su padre tuviera que vivir escondido en algún lugar alejado de la ciudad o cualquier pueblo donde pudieran descubrirlo. William Gordon era un hombre alto y corpulento, se notaba a leguas que en las fiestas a las que solía asistir comía más de lo que su estómago podía aguantar. Su cara era cuadrada y en su mejilla había una pequeña cicatriz. Tenía las cejas pobladas sobre unos ojos pequeños y oscuros; nariz larga y boca demasiado pequeña a proporción del resto de su rostro. El coronel vestía con la indumentaria de gala del ejército británico, donde predominaba el color rojo y ribetes de color dorado. Llevaba el sombrero bajo el brazo y saludaba atentamente a los asistentes a la cena. A simple vista podía parecer un hombre cualquier y buena persona, sin embargo, bajo aquella apariencia de bondad se escondía una de las personas más sádicas, asesinas y empalagosas que Morrigan había conocido jamás. Pocos eran los que podían llevarle la contraria y cualquiera que hubiera tenido las agallas suficientes de hacerlo, seguramente estaba ya colgando de una horca.

Craig carraspeó al tiempo que Gordon se daba la vuelta y ponía los ojos sobre ellos. El coronel esbozó una sonrisa al ver al joven y estrechó su mano con auténtica familiaridad, algo que molestó a Morrigan, aunque supo

disimularlo a tiempo.

—Me alegra que hayas podido venir, amigo —le dijo antes de dirigir la mirada hacia Morrigan—. ¿Y esta mujer tan bella es tu esposa?

—Sí —contestó Craig algo nervioso.

Gordon llevó la mano de Morrigan a los labios y la joven sintió un asco terrible al notar que estaban pegajosos. Tuvo el instinto de quitar la mano de golpe, pero se contuvo y limpió su mano disimuladamente cuando su interlocutor no miraba.

—Es un placer conocerla, lady Murray. Su esposo me ha hablado muy bien de usted. Siempre presume de su buena suerte, y no puedo estar más de acuerdo con él.

Morrigan no contestó, ni siquiera le devolvió la sonrisa. Tan solo se mantuvo quieta mientras lo miraba directamente a los ojos. Al ver que el aire entre los tres podía cortarse, Craig carraspeó y cambió de tema.

—Quería darle las gracias por su invitación.

—No tiene importancia, amigo. Los señores de esta zona de Escocia debemos unirnos para hacer llegar al resto nuestra unión.

“¿Nuestra unión?”, estuvo a punto de preguntar Morrigan. La joven miró hacia otro lado cuando escuchó aquellas palabras. Necesitó de unos segundos para morderse la lengua, pues estuvo a punto de decirle lo que pensaba de aquella cena y el motivo real por el que había invitado a los señores de la zona.

—¿Se encuentra bien, señora? —La voz pastosa de Gordon se coló entre sus pensamientos y la obligó a mirarlo de nuevo.

—Claro que sí.

Su interlocutor esbozó una amplia sonrisa.

—Al fin escucho su dulce voz —comentó—. Me gustaría que algún día su esposo me invitara a vuestra casa a tomar algún aperitivo, así podríamos conversar y cambiar opiniones. Por lo que sé, es usted una mujer con ideas muy arraigadas.

Morrigan torció levemente el gesto y chasqueó la lengua. El rostro de Craig pareció cambiar de color, sabedor de que se avecinaba algún comentario poco acertado de su esposa, por lo que abrió la boca para contestar:

—Bueno, estaríamos encantad...

—No sé si podrá ser, señor Gordon —lo cortó Morrigan—. Soy una persona a la que le gusta viajar.

—¿Pasa poco tiempo en casa? —le preguntó con auténtico interés.

—Si es para una visita indeseada... sí.

El rostro de William Gordon se puso lívido de repente. Durante unos segundos pareció dudar sobre si realmente había escuchado esas palabras, pero la seriedad que había en la cara de Morrigan y el nerviosismo en el rostro de Craig le confirmaron que, efectivamente, había escuchado lo que creía haber oído, por lo que no pudo evitar mirar con asombro a la mujer que tenía ante él. Sin lugar a dudas, era digna hija de su padre. Conocía las historias que contaban sobre Iain Campbell y después de estar frente a su hija estaba seguro de que la joven había adquirido la misma educación de su padre.

Gordon la miró con cierta admiración. Sabía que todos los escoceses de los alrededores de Fort William temían su presencia y, sin embargo, aquella joven tan alta como él que parecía que iba a caer al suelo de un momento para otro debido a su delgadez lo había retado con solo unas palabras.

—Es usted una mujer admirable, lady Murray —la alabó—. Reitero la suerte que tiene su esposo...

Craig suspiró en silencio, sacando todo el aire que guardaba dentro de sus pulmones, pues había estado esperando una reacción aún peor por parte del soldado inglés.

—Gracias, señor.

—Espero que disfruten de la cena.

Gordon les dedicó una sonrisa antes de marcharse a hablar con otros presentes en su casa a los que aún no había saludado. Cuando por fin estuvieron solos, Craig apretó con fuerza el brazo de Morrigan.

—¿Se puede saber a qué demonios ha venido eso? —preguntó en voz baja.

—No lo quiero en casa.

—¿Y debías decirle eso? Podrías haber sonreído y ya. No creo que Gordon se tome un descanso y se presente en casa a tomar el té con nosotros. Tienes suerte de que se lo haya tomado bien.

Morrigan se encogió de hombros, pero enseguida suspiró y lo miró a los ojos.

—Está bien, lo siento.

—Por favor, vamos a mantener una velada tranquila.

Morrigan asintió y miró hacia una de las mesas en las que aún había algunas bebidas.

—Será mejor que vaya a por alguna bebida.

Craig asintió y besó su mano con delicadeza.

—Yo iré a hablar con algunos conocidos. —Le señaló hacia un lugar apartado del salón—. Creo que mi madre te está esperando...

Morrigan siguió la dirección que marcaba el dedo de su marido y, efectivamente, al fondo del salón, en un lugar apartado, se encontraba Moira Murray, madre de Craig, que le sonreía con cierto deje de diversión, pues estaba segura de que no se había perdido nada de su encuentro con William Gordon.

La joven se despidió de Craig y se dirigió hacia la mesa para tomar alguna copa de las que había dejado el personal del servicio poco antes y se iba a dirigir hacia el lugar donde estaba su suegra cuando escuchó algo que provocó que su corazón estuviera a punto de dejar de latir.

—Varios de mis hombres resultaron heridos esta noche en un valle cerca de aquí.

La voz pertenecía a Brendan Davis, al que le había presentado Craig minutos atrás. Morrigan vio que la mano que había estirado para tomar la copa comenzó a temblar, por lo que la agarró con fuerza y con rapidez la llevó hacia su pecho mientras simulaba estar mirando algo más en la mesa. La joven se giró para darles la espalda, pero su oído estaba puesto en la conversación de los soldados.

—¿Visteis quiénes eran?

—Por desgracia, no. Uno de ellos huyó en medio de la tormenta, pero uno de mis hombres hirió al otro.

—Entonces no será difícil encontrarlo.

—La lluvia borró el rastro de sangre. Teníamos una corazonada sobre quién estaba detrás de la escaramuza, pero lo he visto entrar hace unos momentos al salón. Si estuviera herido, no habría venido.

—¿A quién te refieres?

Un silencio de unos segundos casi provocó que Morrigan se diera la vuelta para ser ella misma quien le hiciera aquella pregunta a Brendan Davis, pero el aludido respondió al instante:

—Keith Cameron —sentenció—. Sabemos que no es muy seguidor de nuestras normas, pero hasta ahora no hemos encontrado nada para detenerlo.

Morrigan respiró hondo y se dispuso a marcharse para hablar con su suegra, sin embargo, la misma voz que había hablado de Keith la detuvo, esta

vez al escuchar su propio nombre:

—¿Señora Murray? —Se denotaba la sorpresa en Brendan Davis.

Morrigan se volvió hacia él y esbozó una sonrisa dulce.

—¿Desea algo?

—Me sorprende verla sola.

Morrigan le mostró su copa, aún intacta.

—Me he acercado a la mesa a por una bebida.

—Estábamos hablando del suceso ocurrido cerca de su casa esta misma noche.

Morrigan chasqueó la lengua.

—Me lo ha contado mi marido esta mañana.

—¿Tiene usted idea de quién ha podido ser?

Morrigan se encogió de hombros e intentó ser en ese momento la esposa perfecta.

—Lo siento, yo no me preocupo de esas cosas.

—Ya —dijo Davis—, pero si tuviera alguna idea de quién podría ser, ¿nos la diría?

—Si tuviera alguna idea, señor Davis, iría yo misma a la casa de esa persona a darle las gracias.

Con una sonrisa, Morrigan levantó su copa para brindar con ellos y se marchó, dejándolos con una expresión de sorpresa en sus rostros, pues no estaban seguros de haber entendido las palabras de la joven.

CAPÍTULO 6

Morrigan suspiró cansadamente por enésima vez mientras movía con aburrimiento la copa que tenía entre las manos. La cena que había ofrecido William Gordon había llegado a su fin y todos los invitados habían pasado a un gran salón, tan finamente decorado como el resto de la casa, en el que disfrutaban de unas bebidas y música para animar a los allí presentes, algunos de los cuales se habían animado a bailar algunos pasos de aquella música descaradamente inglesa.

La joven había perdido de vista a Craig, aunque supuso que estaba haciendo nuevas amistades entre los oficiales del ejército británico. Al menos la joven agradeció no tener que soportarlos por más tiempo. Ahora se encontraba frente a su suegra, que charlaba animadamente con algunas de las mujeres de los capitanes y oficiales que habían asistido a la cena, entre las cuales se encontraba Katie Foster, que la miraba de tanto en tanto con tantísimo odio que Morrigan creyó que podría matarla solo con sus ojos.

La cena había pasado más deprisa de lo que había imaginado en un principio. Morrigan se había sentado junto a Craig, que a su vez tenía a su lado a Albern Henderson y charlaban animadamente mientras degustaban la exquisita comida que William Gordon había preparado para ellos. A veces, Craig se giraba hacia ella, que se encontraba sumida en el más profundo silencio, y le sonreía de aquella manera tan especial que la hacía derretirse. Los nervios de la joven se habían apaciguado, en parte, cuando vio, al otro lado del salón donde cenaban, a Keith, que no había dejado de mirarla ni un solo momento desde que se había sentado a la mesa. Una de las veces que Morrigan había dirigido su mirada hacia él, Keith levantó su copa y brindó por ella. La joven asintió levemente con la cabeza para evitar que los demás se dieran cuenta de su gesto y continuó comiendo a sabiendas de que la mirada de su amigo estaba fija sobre ella.

Y en ese momento, cuando la cena ya había terminado y ya estaban en el salón del baile, Morrigan sentía sobre ella aún fija la mirada de Keith. La joven echó un vistazo a su alrededor, pero no logró distinguirlo entre toda la

gente allí presente.

—¿Buscas a mi hijo, querida?

La dulce voz de Moira Murray se alzó entre las demás mujeres que rodeaban a Morrigan. La joven dejó a un lado sus pensamientos y llevó su mirada hacia su suegra, que la observaba como quien mira con orgullo a un hijo.

—Sí... —contestó casi en un susurro—. Hace rato que no lo he visto y me preguntaba dónde podría estar.

—Déjalo estar, querida —le pidió—, y disfruta de la fiesta.

Morrigan levantó una ceja mientras la miraba. Sabía que su suegra era una de las personas que estaba en contra de la presencia inglesa en Escocia y le sorprendió aquella respuesta. Moira, siendo consciente de su mirada, le dedicó una sonrisa pícara.

—Bueno, es lo que se suele decir, ¿no?

Morrigan le devolvió la sonrisa. Le encantaba pasar el rato con su suegra. Era una mujer cuyos pensamientos eran tan parecidos a los suyos que desde el primer momento habían conectado entre ellas. Moira vivía a las afueras de Inverlochty en una casa muy parecida a la que se encontraban en ese momento. A diferencia de Craig, su madre no era muy alta y estaba entrada en carnes. Su cara era redonda y llamaba la atención la gordura de sus rosados mofletes. Sus ojos eran pequeños y de color miel. Y en su pelo ya no quedaban restos del increíble color pelirrojo del que siempre había presumido. Morrigan siempre la había visto vestir con ropas de estilo escocés, aunque en ese día vio un ligero cambio hacia un estilo inglés. La joven no supo discernir si era para agradar al anfitrión o para reírse de él sin que se notara, pues Moira siempre había sido una mujer muy astuta con los juegos de palabras y le encantaba aparentar algo que no era.

—¿Por qué no te sientas aquí conmigo? —le preguntó Moira—. Estas mujeres son un poco aburridas —le dijo en apenas un susurro indescifrable para que solo pudiera escucharlo Morrigan—. Las inglesas son tan soporíferas que si no me río de alguien, acabaré por dormirme.

Morrigan lanzó una carcajada que se ganó las miradas de curiosidad y fastidio, pues las inglesas consideraban que aquel gesto tenía muy poca clase para una mujer. Sin embargo, Morrigan hizo caso omiso a sus miradas y la sonrisa continuó en sus labios.

—Entonces ya somos dos.

La joven continuó charlando animadamente con Moira hasta que sintió unos dedos sobre su brazo como si fueran unos grilletes. Morrigan dirigió la mirada hacia atrás para ver de quién se trataba y vio que era Liam Martin, cuya esposa estaba sentada en el mismo círculo de mujeres que ella.

—Disculpe mi atrevimiento, pero le he pedido permiso a su marido para bailar una pieza con usted, señora Murray.

Morrigan recordó en ese momento la misma mirada que le había dedicado aquel hombre cuando fueron presentados, y no pudo evitar sentir contrariedad dentro de ella. Al instante, miró hacia donde se encontraba sentada Karen, su esposa, y vio que la miraba con tanto odio que estaba segura de que la habría matado allí mismo si hubiera tenido una daga entre sus preciosos ropajes.

—¿Y por qué no saca a su esposa a bailar? —le preguntó señalando a la mujer que no le quitaba la mirada de encima.

Liam dirigió la mirada hacia Karen y torció el gesto.

—A mi esposa nunca le ha gustado bailar.

Morrigan elevó una ceja, dudando sobre si aquellas palabras tenían algo de real, pues estaba segura de que Karen estaba deseosa de salir a bailar y pasarlo bien un rato con su marido o con cualquier otro que quisiera pasar un rato con ella.

—Su marido me ha dicho que estaría encantado de que bailara conmigo.

Morrigan maldijo a Craig, y juró decirle algo en cuanto lo tuviera delante. Sin embargo, en ese momento decidió sonreír falsamente y se levantó de su asiento para aceptar el brazo de Liam, que la llevaba directamente al centro del salón de fiestas. Antes de marcharse, vio cómo Karen le dedicaba una mirada llena de juramentos, pero no le importó, pues ella no estaba deseosa de bailar con su marido.

—Es usted una excelente bailarina —la alabó Liam.

Sabía que era mentira. Morrigan nunca se había interesado en aprender los pasos básicos de los bailes más famosos de Inglaterra, tan solo le interesaban los de su propio país, por lo que en ese momento solo bailaba lo poco que había aprendido después de asistir a varias fiestas con Craig donde se bailaban ese tipo de canciones. Ella prefería bailar al son del violín y la gaita y saltar de un lado para otro, dejarse llevar por los acordes de la música, en lugar de estar allí bailando, si es que a eso se podía llamar bailar, casi sin moverse del sitio. Y para colmo sintiendo sobre su cintura la asquerosa y babosa mano de Liam.

—Gracias —fue su escueta respuesta.

Pasados varios minutos, que se le hicieron eternos, Morrigan fingió sentirse mareada para dejar de bailar con él.

—¿Quiere que la acompañe al jardín a tomar el aire?

Sin lugar a dudas, aquel hombre no perdía el tiempo. Morrigan negó con la cabeza.

—No se preocupe, solo necesito alejarme de todo este bullicio y tomar algo de agua.

Morrigan dibujó en su rostro una sonrisa dulce y lo dejó allí plantado mientras se alejaba de nuevo en dirección hacia su suegra cuando fue interceptada por la imponente y atractiva figura de Keith, que no le había quitado ojo durante toda la noche. Morrigan frenó en seco, pues pensó que iba a chocarse con él, pero este solo le dedicó una mirada llena de intenciones y, con disimulo, puso sobre su mano derecha un pequeño papel. Y sin decir nada, Keith se marchó del salón.

Con el corazón latiendo a gran velocidad, Morrigan se dirigió hacia donde la esperaba Moira con una sonrisa. Sin embargo, su rostro estaba serio y deseaba por todos los medios abrir el papel que tenía entre sus manos y saber lo que quería Keith.

—¡Qué pena ser tan vieja, querida! —fue lo primero que le dijo Moira cuando llegó hasta ella.

—¿Por qué dice eso?

—Porque si fuera más joven habría bailado con el que te has cruzado ahora mismo —respondió con una sonrisa pícar—. ¿Acaso no ves las pasiones que levanta este Cameron? Si es famoso por sus habilidades en la cama es por algo...

Morrigan no pudo evitar sonrojarse y bajar la mirada hacia sus manos, donde tenía el papel que le había dado. Su suegra tenía razón respecto a Keith. Todas las mujeres allí presentes habrían querido bailar, y algo más, con él aquella noche para salir del tedio que las consumía.

Después, tras echar una mirada a su alrededor y comprobar que todas estaban metidas en sus conversaciones y nadie estaba pendiente de ella, con mucho disimulo, Morrigan abrió la pequeña nota entre sus dedos y leyó rápidamente: *“Ven al salón que hay al lado de los despachos en el piso superior al fondo del pasillo. Te espero. K. C.”*. Al instante, Morrigan guardó la nota entre la tela de su vestido y volvió a comprobar que nadie la

observaba, por lo que soltó todo el aire contenido en sus pulmones y se abanicó con la mano. Estaba realmente acalorada, aunque aumentó aquella sensación para que las mujeres que había cerca de ella se dieran cuenta de su estado.

—¿Se encuentra bien, señora Murray?

La voz pertenecía a Rita Davis, esposa de Brendan Davis, que la miraba con auténtico interés y preocupación. Morrigan sonrió internamente y simuló encontrarse mal.

—Creo que el baile no me ha sentado bien —respondió la joven con la voz desmayada.

—Será mejor que salga un ratito al jardín. Ha dejado de llover y ha quedado una noche estupenda. Tomar un poco de aire le vendrá bien.

Morrigan asintió y le sonrió con sinceridad. Sin embargo, cuando se levantó, escuchó la voz desdeñosa de Katie Foster:

—Tal vez está usted embarazada, señora Murray. Lleva varios años casada y aún no han tenido descendencia.

Morrigan se enderezó y la miró con desdén.

—Tiene razón. Usted lleva casada los mismos años que yo y tiene un hijo, sin embargo, las malas lenguas dicen que son al menos cuatro. ¿Tal vez los otros tres son hijos solo de su marido? ¿Cómo es eso?

Morrigan solo esperó el tiempo necesario para ver cómo el rostro de Katie Foster enrojecía tanto que parecía a punto de echarse a llorar, pero no se detuvo a escuchar la posible contestación de la inglesa, sino que salió del salón en dirección al jardín, sin embargo, cuando estuvo a salvo de miradas indiscretas, con sumo cuidado, se dirigió hacia las escaleras que la llevarían al piso superior. Tan solo tenía que encontrar la sala que Keith le había señalado en el papel.

Todos los asistentes a la cena estaban congregados en el salón. Morrigan vio que no había nadie en los pasillos del piso superior, ni siquiera se escuchaban pasos o alguna conversación en los despachos del anfitrión. En silencio, la joven recorrió el largo pasillo que había desde las escaleras hasta la última puerta. Miraba continuamente hacia su espalda esperando que en cualquier momento apareciera alguien y la interceptara, pero la suerte estaba de su lado y se encontraba totalmente sola. De hecho, hubo un momento en el que pensó que Keith se habría marchado antes de que ella hubiera podido subir, pero conocía a su amigo y sabía que era un hombre de palabra.

Un par de metros antes de llegar a la puerta de la sala donde la esperaba Keith, Morrigan vio que había un pequeño esconce donde claramente podía haber escondida alguna persona. La joven se aproximó lentamente, pero cuando estuvo a la altura del esconce vio que no había nadie allí.

Suspirando para intentar tranquilizarse, pues sus nervios estaban a flor de piel, Morrigan acortó la distancia que la separaba de la puerta y la abrió de golpe, sin llamar. La joven se internó dentro de la sala y cerró tras ella con prisa, pues solo allí podía sentirse al abrigo de miradas indiscretas que, como ella, anduvieran por la casa en busca de algún momento de paz.

La estancia estaba casi a oscuras. No había ninguna lámpara encendida o algún candil que proporcionara un rayo de luz con el que poder ver bien lo que había a su alrededor. Morrigan vio que había un sofá bastante grande a un lado junto a la pared y frente a él, una pequeña mesa de té que parecía a punto de romperse debido a los años de trabajo. El resto de la habitación se veía claramente abandonada, aunque Morrigan distinguió en la pared que había a su izquierda una increíble pintura que llamó su atención. Esta representaba el final de la batalla de las Termópilas, donde todos los espartanos estaban ya muertos bajo los pies de Jerjes.

—Estaba empezando a pensar que ya no vendrías.

Morrigan dio un respingo y se giró al instante. La voz rasposa de Keith la recibió. El joven salió de la oscuridad que le proporcionaba una de las esquinas de la habitación y se dirigió hacia el rayo de luz que la luna dejaba entrar para que Morrigan lo viera.

—Lamento haberte asustado —se disculpó.

Morrigan estuvo a punto de contestar, sin embargo, el increíble atractivo de Keith la dejó sin palabras. Allí, iluminado únicamente por la luz de la luna, la belleza del joven se hacía aún mayor, y la virilidad y ferocidad de la expresión de su rostro se acentuó aún más, provocando escalofríos en Morrigan, que necesitó mirar hacia otro lado para que Keith no se diera cuenta de lo que había conseguido con su sola presencia.

—No tiene importancia —contestó levantando de nuevo la mirada para observarlo—. ¿Por qué me has hecho venir, Keith? Esto es muy peligroso.

—El peligro es algo que siempre me ha atraído. Ya lo sabes.

—Ya, pero si nos pillan, podrían pensar que estamos tramando algo o que nosotros...

Morrigan no pudo acabar la frase.

—¿Qué? —la retó él—. ¿Pueden pensar que somos amantes?

La joven abrió la boca para contestar, pero la cerró al no encontrar la suficiente valentía de contestar a eso, y menos al ver que Keith se aproximaba a ella lentamente.

—No me importa que lo piensen —dijo bajando aún más la voz—, pues en mis sueños lo somos...

Morrigan agradeció la poca luz que había en la habitación, ya que aquellas palabras provocaron en ella un nuevo estremecimiento y que sus mejillas se tornaran rojas. La joven sintió un intenso calor en el cuerpo y estuvo a punto de abanicarse con la mano para enfriar de nuevo los recovecos de su anatomía.

Contestó con un simple carraspeo, ya que intentaba alejar de memoria las imágenes de ambos años atrás en la fiesta de su padre y aquel increíble beso que había experimentado de la boca de Keith, y que no le habría importado repetir en más de una ocasión a lo largo de su vida.

—¿Salimos al balcón? —le preguntó para cambiar de tema.

Sin embargo, Keith negó con la cabeza sin quitarle el ojo de encima.

—Si hay alguien en el jardín, podrían vernos, y tendríamos que dar muchas explicaciones.

Morrigan asintió y suspiró. Llevaba demasiado tiempo fuera del salón donde celebraban la fiesta y pensaba que alguien podría echarla de menos en cualquier momento.

—¿Me vas a decir de una vez para qué me has traído aquí? ¿Acaso quieres convencerme de la locura que pretende llevar a cabo mi padre?

—No. De hecho, agradezco enormemente que no la hayas aceptado.

Morrigan enarcó una ceja debido a la sorpresa que le produjo escuchar aquellas palabras.

—¿Y eso por qué?

—Porque no podría ver cómo te expones a un peligro innecesario.

—¿Acaso no me ves capaz de liderar un grupo así?

—Yo no he dicho eso, Morrigan —se defendió—. Sé que eres capaz de robar en todas las casas de Escocia y no te detendrían jamás, o que incluso tienes las suficientes agallas como para ponerte frente a un ejército y cabalgar hasta ellos con la espada en alto sin temer los disparos.

—¿Entonces? ¿Es mejor estar en casita tomando el té con las aburridas que hay en el salón?

—A mí me gustaría más verte haciendo otras cosas que tomando té y simulando ser una persona que no eres.

Dicho eso, Keith recorrió con la mirada su cuerpo al tiempo que apretaba las manos y la mandíbula.

—Sin embargo, creo que ya no eres la misma, Morrigan. A veces creo que los vestidos de encaje y la delicadeza de la porcelana con la que vives te ha consumido, haciéndote olvidar la mujer indómita con la que crecí.

La joven sintió en su pecho el peso de la culpa. Tragó saliva para intentar bajar de su garganta el nudo que se había formado allí, impidiéndole hablar y expresar que no, que ella interiormente seguía siendo la misma, pero que era verdad que algo dentro de ella había cambiado tras su matrimonio. Y aunque era inmensamente feliz, echaba en falta la acción y la aventura que siempre habían caracterizado su vida.

—Creo que será mejor que me vaya —dijo la joven cuando recuperó el control de su voz.

Morrigan se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, sin embargo, escuchó una fuerte exhalación de Keith y al instante sintió la fuerte garra de su amigo en el brazo, haciéndola parar.

—No era mi intención hacerte daño.

Morrigan se dio la vuelta, sintiendo aún sobre el brazo la mano de Keith. Descubrió que estaba demasiado cerca de él y su corazón se exaltó al instante. Miró a Keith a los ojos y descubrió que la miraba con tanta intensidad que creyó que podría saber lo que estaba pensando en ese momento.

—Te he traído aquí para preguntarte si has oído hablar de la escaramuza de anoche.

Morrigan estuvo a punto de gemir de contrariedad cuando la mano de Keith dejó de tocarla.

—Sí, Craig fue informado de ello esta mañana y algunos soldados han hablado de ello, e incluso te tienen en el punto de mira. Pero han dicho que al verte aparecer lo han descartado, pues tienen la certeza de que te hirieron.

Keith esbozó una sonrisa cansada y llevó sus manos hacia su chaqueta. Morrigan frunció el ceño al ver que la desabrochó e iba a hacer lo mismo con la camisa.

—¿Qué demonios haces? —le preguntó.

Sin embargo, el joven no contestó, sino que se limitó a abrir la camisa blanca y enseñarle el costado, cerca del ombligo. Morrigan abrió los ojos con

sorpresa y horror al ver que alrededor del vientre de Keith había un paño que intentaba frenar la salida de sangre de la herida, no obstante, cuando la joven se aproximó para ver mejor la herida, descubrió que tenía muy mala pinta.

—Dime que no tienes la bala dentro, por favor —le pidió con los ojos llenos de preocupación.

Keith dejó escapar el aire contenido mientras volvía a abrocharse la camisa. El silencio fue su única respuesta, por lo que Morrigan comprendió que estaba terriblemente herido y aún así había acudido a la cena para que dejaran de sospechar de sus intenciones respecto a la corona inglesa.

—Hay que curar eso enseguida —le dijo la joven intentando que volviera a abrir los botones de la camisa.

—Esto no es nada, Morrigan —dijo intentando restar importancia y frenando con dulzura las manos de la joven.

Morrigan asintió no muy convencida por sus palabras.

—¿Qué crees que saben de lo de anoche? —le preguntó.

—Poco. He escuchado que algunos piensan que eran jacobitas.

—Saben que fue cerca de nuestra casa. Nos han advertido que tengamos cuidado.

—No te preocupes por nada, Morrigan. No tienen ni idea de quiénes éramos ni de dónde veníamos.

Morrigan suspiró y se alejó unos pasos con el rostro preocupado. Recordó lo sucedido la noche anterior y la imagen de Craig le vino a la mente.

—No quiero que Craig sepa la verdadera razón por la que me ausenté anoche.

—¿Le has contado que saliste?

Morrigan negó.

—Estaba en casa cuando llegué anoche. La verdad es que se puso furioso cuando le dije que había ido a ver a mi padre.

Keith frunció el ceño y se acercó a ella. La agarró del brazo y con la otra mano la dirigió al rostro de la joven para obligarla a mirarlo.

—¿Te ha hecho daño? ¿Te ha pegado?

Morrigan vio cómo la vena de su frente se ensanchaba y apretaba con fuerza la mandíbula. Otras veces lo había visto alterado y enfadado, pero en ese momento, al pensar que Craig había sido capaz de pegarle, vio la furia dibujada en sus ojos, sin embargo, le puso las manos en el pecho e intentó calmarlo.

—Craig nunca me pondría la mano encima, Keith.

—¿Segura?

Morrigan asintió y esbozó una sonrisa.

—Bueno, creo que es mejor que regreses al salón. Podrían echarte de menos.

—Sí, será lo mejor. —Le señaló la herida—. Y tú cuídate. Si necesitas algo, cuenta conmigo.

Keith asintió, pero antes de que la joven se marchara le dijo:

—Y ten cuidado ahora al regresar.

Morrigan sonrió y salió de la habitación tras comprobar que no había nadie en el pasillo. La joven dejó la puerta abierta para que Keith también saliera y se marchara. Sin embargo, cuando Morrigan había avanzado tan solo unos pasos, Keith escuchó el sonido de unos zapatos contra el suelo que se acercaban peligrosamente hacia donde ellos se encontraban. Y, tras mirar de nuevo hacia Morrigan, descubrió que había un pequeño esconce justo donde la joven se encontraba, por lo que salió de prisa de la habitación donde se habían reunido y de una zancada llegó hasta la joven, ajena totalmente a lo que se acercaba a ella, y puso su mano sobre la boca de Morrigan para evitar que lanzara alguna exclamación. Después, la arrastró hasta el esconce y esperó.

CAPÍTULO 7

Cuando Morrigan sintió contra su espalda el pecho de un hombre pensó que alguien la había descubierto, por lo que estaba segura de que habían visto también a Keith. Sin embargo, cuando fue arrastrada hacia el pequeño escondite del pasillo y vio en la oscuridad la cara de su amigo, la joven no pudo evitar un suspiro de alivio, sentimiento que dejó paso al más puro terror cuando vio que Keith se llevaba un dedo a los labios para pedirle silencio tras escuchar los pasos apresurados de alguien que se aproximaba por el pasillo donde ellos se encontraban.

A la joven le dio la sensación de que el tiempo se paraba entre ellos. Aquel recoveco del pasillo era demasiado estrecho y los cuerpos de ambos estaban pegados. Morrigan podía sentir los músculos contraídos de Keith bajo la ropa e incluso la tensión que su cuerpo mostraba debido a que pudieran descubrirlos justo en ese momento. Con la mente ajena a lo que estaba sucediendo a su alrededor, Morrigan sintió contra su vientre aquel trozo de carne del que muchas mujeres se habían jactado de disfrutar y de repente un intenso calor le recorrió todo el cuerpo. La joven tragó saliva e intentó concentrarse en los pasos que cada vez estaban más cerca de ellos, sin embargo, le resultaba imposible, y más aún sintiendo las grandes manos de Keith sobre su cuerpo, una en la boca y la otra en la cintura.

Morrigan tenía la sensación de que en cualquier momento iba a desmayarse por las sensaciones que la invadían, sin embargo, al instante escuchó el suspiro de alivio de Keith y este retiró las manos de ella para alejarse solo unos centímetros, que era lo poco que le permitía el esconce.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó al ver que tenía la cara totalmente roja debido a la excitación que sentía.

Morrigan se dio cuenta en ese momento de que los pasos ya no se escuchaban y estaban a salvo, así que suspiró también y carraspeó para aclararse la garganta que se le había quedado seca después de sentir contra su cuerpo la virilidad de Keith.

—Sí, sí.

—¿Estás segura? —volvió a preguntar, extrañado.

—Sí, será mejor que regrese al salón.

Keith asintió y la dejó marchar. Desde su posición se entretuvo a mirarla y deseó haber podido estar más tiempo con ella, pero esperó unos instantes más hasta salir también del esconce y marcharse de la cena. Ya había dado la cara para que los ingleses se mantuvieran a raya de su casa durante otro largo tiempo y estaba realmente cansado y tembloroso debido al dolor que le producía la maldita herida que le habían infringido la noche anterior, por lo que caminó por el pasillo hasta meterse en las sombras y desaparecer sin saber que un par de ojos habían visto salir a los amigos desde el otro lado del pasillo.

Hacía ya más de media hora que Morrigan había regresado a la fiesta. Las mujeres, incluida su suegra, le habían preguntado por su estado y le dijeron que la habían echado en falta, pero la joven logró salir airoso de sus preguntas incómodas tras decirles que la cena no le había sentado bien, por lo que, al tratarse de un tema escatológico, ninguna hizo mención a su estado ni volvieron a tocar el tema.

—Querida, ya soy muy vieja —le dijo su suegra al oído—. Espero que algún día me cuentes lo que tramáis el joven Cameron y tú.

Morrigan giró a cabeza de golpe hacia Moira y su rostro se tornó lívido por la tensión.

—No hay nada que explicar, de verdad.

—Querida, ya sé que no engañas a mi hijo, pero tal vez él podría dudar si te ve a escondidas con tu amigo de toda la vida.

Morrigan frunció el ceño y dirigió la mirada hacia el resto del salón para intentar ver dónde se encontraba Craig. La joven vislumbró a varios soldados con los que su marido había estado charlando animadamente minutos antes, pero no había ni rastro de Craig. Morrigan se puso de pie para intentar ver mejor por encima de las cabezas de los asistentes a la cena, sin éxito. Craig no estaba por ningún lado. El corazón de Morrigan comenzó a latir con fuerza, y la joven sintió que un intenso nerviosismo la invadía. ¿Tal vez Craig la había visto con Keith en el esconce o puede que hubiera escuchado la conversación que habían mantenido? Alguien había cruzado muy cerca de donde ellos se encontraban y para llegar al otro pasillo, el intruso debió de pasar delante de la puerta de la sala donde ellos se encontraban. Pero ¿y si no era Craig y era algún capitán inglés? ¿Y si hubiera escuchado todo lo referido a la escaramuza

del día anterior? En ese caso, estaban perdidos y los ajusticiarían.

Morrigan intentó recordar a todos los asistentes a la cena y vio que en el salón faltaba alguno de ellos, por lo que podía haber sido cualquiera.

Un intenso estupor se adueñó de su cuerpo, algo que no le había ocurrido jamás. Pero, sin saber por qué, la joven sintió que su vida se desmoronaba como un castillo de naipes. Un fuego abrasador recorrió su cuerpo, provocando que la joven comenzara a sentirse terriblemente mareada y mal. Morrigan vio cómo la habitación comenzaba a dar vueltas a su alrededor y perdió la fuerza con la que sus piernas la sujetaban, por lo que, sin esperarlo, la joven comenzó a deslizarse hasta el suelo perdiendo por completo el equilibrio.

Uno de los soldados que pasaba por allí para invitar a bailar a alguna de las mujeres vio cómo Morrigan perdía la conciencia y estaba a punto de estrellarse contra el suelo, por lo que, con total rapidez, el joven se agachó a tiempo para evitar que Morrigan se diera de bruces contra el frío y duro suelo.

—¡Dios mío! —exclamó Moira levantándose de la silla en la que estaba sentada—. ¡Llamad a mi hijo, por favor!

Uno de los hombres que se encontraba más próximo a ellas se dio la vuelta y se lanzó en la búsqueda de Craig para alertarlo del estado de su esposa.

Mientras tanto, alrededor de Morrigan se había formado un grupo de personas que apenas la dejaban respirar. Algunas de las mujeres con las que había compartido su tiempo se taparon la boca con los abanicos para evitar que vieran sus sonrisas al alegrarse de lo ocurrido a Morrigan mientras que Moira intentaba por todos los medios apartar a los más curiosos, que solo entorpecían.

—Por favor, dejadla respirar. —A pesar de su edad, empujó con fuerza a uno de los hombres allí congregados—. Largaos de aquí y dejad que el joven saque a mi nuera de este salón. Hace un rato ya se sentía mal debido al calor que hace aquí. Es asfixiante.

Obedientes, los allí congregados se apartaron para que el soldado se dirigiera hacia la puerta de salida para que Morrigan tomara el aire más fresco y puro del amplio pasillo. Ya allí, alejada de las miradas curiosas de la gente, Morrigan abrió lentamente los ojos y se llevó las manos a la cabeza. Miró a su alrededor y vio que solo se encontraban ella y un hombre al que no conocía de nada y que la miraba con cierto gesto de preocupación.

—¿Se encuentra bien, señora Murray? —le preguntó.

Morrigan frunció el ceño, ya que no estaba segura de qué era lo que le había pasado, pero asintió para intentar que dejaran de mirarla con tanta insistencia.

—¿Segura, querida? Han ido a avisar a Craig.

—¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado —le dijo Moira—. Hacía demasiado calor en ese salón.

Después, la mujer miró hacia el hombre que aún se encontraba con ellas y le sonrió como muestra de agradecimiento.

—Mi nuera está bien gracias a usted, joven. Puede marcharse, ya me quedo yo con ella hasta que mi hijo venga.

El aludido asintió y, tras hacer una reverencia, se dio la vuelta y volvió a entrar en el salón de la fiesta, dejándolas completamente solas en el pasillo. Morrigan se incorporó lentamente sobre el sofá donde la habían recostado y cerró los ojos mostrando un gesto de auténtico dolor.

—Mi cabeza...

Después escuchó carraspear al tiempo que Moira se sentaba a su lado en el precioso sofá de terciopelo rojo.

—Ahora me vas a decir, querida, en qué demonios estabas pensando para llegar al punto de desmayarte —le dijo en apenas un susurro—. Y no me vengas con la excusa del calor.

Morrigan la miró con cierto nerviosismo. Sabía que podía confiar en su suegra, ya que estaba segura de que, en caso de ser más joven, ella misma haría lo que fuera contra los ingleses, pero por otro lado, temía que pusiera el grito en el cielo y advirtiera a Craig de lo que rondaba por su mente.

—¿Tiene que ver con el joven Cameron? Te ha estado mirando durante toda la cena y en la fiesta. No creas que no me he dado cuenta de que sigue enamorado de ti, querida. Y luego habéis desaparecido los dos casi al mismo tiempo. Debéis tener más cuidado con lo que tenéis entre manos. Si yo me he dado cuenta, tal vez algún *sassenach* también lo haya hecho.

Morrigan asintió y apretó los puños. Se sentía frustrada y enfadada consigo misma, por lo que decidió confiar en Moira.

—Eso es lo que temo. —Bajó la voz—. Había alguien en el pasillo, aunque creo que ha pasado de largo y no nos ha visto, pero ¿y si ha disimulado y nos ha descubierto?

—Mira, querida, realmente me da igual lo que estéis tramando. Solo te pido

cuidado. Te quiero como si fueras mi hija y no soportaría que alguno de estos malditos *sassenach* te hiciera daño. Ya he escuchado lo de la escaramuza, así que me imagino que tenéis algo que ver con eso. Tened cuidado. Y ya sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras.

Morrigan asintió y le dedicó una sonrisa. Se encontraba algo mejor y el mareo había desaparecido casi por completo. Justo en el momento en el que su suegra le acarició la mejilla, la puerta del salón se abrió de golpe y Craig salió con el rostro descompuesto por la preocupación.

—¿Qué te ha pasado, Morrigan?

El joven se agachó a su lado y le puso las manos en la cara para mirarla mejor. Morrigan sonrió con cansancio e intentó quitarle hierro al asunto.

—No ha sido nada, de verdad. No te preocupes.

—¿Cómo no me voy a preocupar? De repente, ha aparecido un chico diciendo que te habías desmayado. ¿Estás enferma?

—Ha sido solo un mareo. Hacía demasiado calor dentro del salón y con este vestido, que apenas me deja respirar, no he podido evitar caerme.

Craig la observaba con el rostro contraído por la preocupación. Apenas le quitaba ojo de encima, ni siquiera parpadeaba y le acariciaba lenta y dulcemente las mejillas para intentar infundirle algo de color a las mismas, pues Morrigan estaba tan pálida que parecía que iba a marearse de nuevo en cualquier momento.

—Está bien, hijo —intervino Moira para aliviar el nerviosismo de Morrigan—. Será mejor que os marchéis a casa.

Craig asintió y se incorporó.

—Sí, es lo mejor.

—No, Craig —se negó Morrigan—. Me iré yo. Tú quédate con tus compañeros a charlar otro rato.

El joven se negó en rotundo y agarró ligeramente el brazo de Moira.

—Madre, ¿le importaría despedirnos de Gordon? Dígale lo que ha sucedido.

—Por supuesto, hijo. Ve tranquilo.

Craig sonrió y, tras pasar una mano por la cintura de Morrigan, se encaminó hacia la puerta de salida de la casa, que se encontraba solo unos metros más adelante. Después de hablar con el mayordomo, la pareja esperó junto a la puerta para que el carruaje con el que habían ido hasta allí llegara de nuevo para recogerlos, por lo que aprovecharon esos momentos para ponerse las

capas sobre los hombros.

Morrigan aún sentía extraña su cabeza y se encontraba sumida en sus propios pensamientos, pues aún le daba vueltas a lo sucedido en el piso superior y tenía el corazón encogido por la preocupación que sentía al creer que alguien los había descubierto.

Craig, por su parte, no dejaba de observar con detenimiento a su esposa. Veía cómo sus manos temblaban como hojas movidas por el viento y sabía que algo rondaba su mente, por lo que esperó hasta que estuvieran ya metidos en el carruaje para preguntarle.

Tras más de medio camino en el más absoluto silencio, Craig no podía aguantar que su esposa siguiera con la boca cerrada. Sentado frente a ella, veía cómo se devanaba los sesos para intentar buscar una explicación al problema que tenía en mente y le encolerizaba saber que era algo que tenía que ver con Keith Cameron y que la joven no tenía la suficiente confianza como para contárselo a él. Deseaba ayudarla en todo momento y a todas horas, por lo que, aclarándose la garganta para llamar su atención, exclamó:

—¿Me vas a contar ya el motivo por el que te has citado con Cameron a solas en el piso superior de la casa de Gordon?

CAPÍTULO 8

Morrigan levantó la mirada de golpe. La joven estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva, algo que logró controlar a tiempo, pero no lo suficiente para Craig, que levantó una ceja esperando su respuesta. Morrigan comenzó a sentir un ligero temblor en las manos. Estas comenzaron a sudarle al saberse descubierta, pero al menos hubo algo que le hizo suspirar de alivio: quien había pasado por allí era Craig y no otro que pudiera estar ahora alertando a los soldados para ir a por ellos.

—¿Qué hacías en ese piso?

—Yo he preguntado antes, Morrigan —contestó muy serio sin quitarle la mirada de encima—. ¿Acaso no tienes confianza conmigo para contarme lo que sea? Nunca te he dicho que no hables con Keith Cameron, pero algo dentro de mí me dice que estáis tramando algo.

Morrigan abrió la boca para contestar, pero Craig levantó una mano para callarla.

—Sí, uno de mis primeros pensamientos ha sido que estás teniendo una aventura con él. No te lo voy a negar. Al menos yo soy sincero contigo.

—Nunca te he mentado, Craig. Y lo que hay con Keith no es lo que piensas.

—¿Entonces qué es?

Morrigan lo miró detenidamente. Su corazón deseaba encarecidamente revelar la verdad sobre la reunión con su padre, pero temía la respuesta de su marido, ya que sabía que pondría el grito en el cielo para protegerla de algo así. Cuando pasaron unos segundos, la joven tomó aire para contestar, sin embargo, el sonido de un disparo cortando el aire los puso en guardia a ambos y al conductor del carruaje, que sacó su pistola al instante.

Morrigan echó su cuerpo hacia un lado para intentar ver algo entre la oscuridad de la noche a través de la ventana, sin embargo, Craig la detuvo al tiempo que llevaba su mano hacia la pistola que colgaba de su cinturón. Morrigan se maldijo a sí misma por haber hecho caso a su marido y haberse dejado en casa la pequeña daga que siempre llevaba entre los pliegues de su bota, por lo que en ese momento se sentía desprotegida sin ella.

—¿Qué haces? —preguntó Morrigan cuando vio que el carruaje se paraba y Craig intentaba salir de él.

—Quédate aquí, Morrigan —contestó Craig con la voz ronca por la tensión—. Y por una vez en tu vida, hazme caso.

La mirada que le dedicó su marido fue tan profunda que Morrigan solo pudo asentir en silencio y ver cómo su marido salía del carruaje.

—¿Has visto algo? —escuchó que le preguntaba al cochero.

—Ha sonado un disparo desde allí, pero hay muy poca luz, señor.

Al instante, los tres escucharon multitud de voces que parecían salir de todos lados. Morrigan miró a través de la ventanilla, pero solo veía la oscuridad que proporcionaba la noche y los árboles del bosque que los rodeaba. Su corazón latía con fuerza y temía por la vida de Craig.

—¡Están ahí! —gritó Craig.

Morrigan escuchó más disparos en la noche y vio como de entre los árboles salían unas sombras que se dirigían a ellos corriendo. Algunos de ellos cayeron al suelo debido a los disparos de su marido y el cochero, pero los que más suerte tuvieron llegaron hasta ellos en pocos segundos. Durante un instante, Morrigan miró hacia el otro lado del carruaje y vio como salían más sombras de entre los árboles. La joven contó entre todos a más de diez personas. Estaban en clara desventaja, pues ellos solo eran tres y ella no tenía allí sus armas para luchar contra ellos.

Estuvo a punto de salir del carruaje para pelear con sus propias manos, pero la voz de Craig volvió a resonar en su mente pidiéndole que se quedara allí quieta. Así que, para evitar algún percance mayor, lanzando una maldición por su mala suerte, la joven se quedó quieta dentro del carruaje intentando pasar desapercibida.

—¿Quién demonios sois? —preguntó Craig con la mano levantada y apuntando a varios de ellos—. No buscamos problemas, solo llegar a nuestra casa.

—Vaya, vaya —dijo una voz desconocida para Morrigan y Craig—. Tenemos a un amigo de los ingleses.

—Soy escocés —sentenció Craig.

—Pues la gran mayoría de los escoceses no usan ropas tan elegantes, a no ser que estén de parte de los ingleses, claro... —dijo la voz.

Morrigan se asomó ligeramente desde la ventanilla y descubrió que todos los hombres iban vestidos con el típico kilt escocés y maldijo la poca luz que

había, pues la oscuridad no le permitió ver los colores de la tela para adivinar el clan al que pertenecían aquellos hombres. Los miró al rostro y vio que llevaban puesto un pañuelo para cubrir sus caras y evitar ser reconocidos.

—Le repito que no quiero problemas. Soy Craig Murray y vivo en Kindwood House, cerca de aquí. Podéis preguntar a cualquiera sobre mí, mi procedencia o mi clan.

—No hemos venido hasta aquí para eso... —dijo el líder casi siseando—. Se nota que tienes dinero, Craig Murray. Los malditos ingleses han subido mucho los impuestos y estamos hartos de pasar hambre.

Morrigan vio como el hombre señalaba a su alrededor, momento en el que vio como brillaba la daga que llevaba en su mano derecha.

—Mira lo que los ingleses nos obligan a hacer. Tenemos que robar para dar de comer a nuestras familias.

—Os entiendo —intentó conciliar Craig con voz suave—. Yo tampoco deseo esos impuestos, pero yo no tengo la culpa de ello.

—¡Pero sí tienes dinero, maldita sea! —vociferó el líder—. ¿Lo llevas en el carruaje?

Todos dirigieron la mirada hacia el carruaje, provocando que Morrigan se apartara de la ventanilla, asustada. Sentía cómo latía su corazón y miró a su alrededor para intentar descubrir si Craig llevaba algún arma escondida dentro del carruaje. La joven estuvo a punto de gritar por la frustración que sentía al verse desarmada y puso de nuevo el oído en la conversación.

—¡No! —gritó Craig—. Nunca viajo con dinero. Si es eso lo que deseáis, puedo ir a mi casa a por él.

Todos los hombres rieron a carcajadas hasta que, a una señal del líder, callaron. Este se aproximó lentamente a Craig y señaló hacia el carruaje con lentitud.

—Me parece un poco sospechosa la vehemencia con la que me has contestado —dijo—. ¿Estás seguro de que no hay nada de valor dentro del carruaje?

—No llevo nada —contestó Craig.

A una señal del líder, varios de sus hombres se dirigieron hacia la puerta derecha del carruaje. Craig se adelantó unos pasos para ir tras ellos y levantó de nuevo la mano en la que sujetaba la pistola.

—¡No os acerquéis! —gritó.

Sin embargo, dos de los hombres que había allí sujetaron a Craig y le

quitaron la pistola. Hicieron lo mismo con el cochero y los apartaron de allí.

Morrigan, que había escuchado las voces desde dentro, se levantó ligeramente la falda y se preparó para atacar en cuanto la puerta del carruaje se abriera. La joven tuvo la sensación de que todo se había parado a su alrededor, sin embargo, a los pocos segundos, la portezuela se abrió y vio al primero de los asaltantes, al que, tras tomar impulso, lanzó una fuerte patada en el centro de su pecho, lanzándolo al suelo unos metros atrás. Al ver sus compañeros lo que ocurría, sacaron sus pistolas.

—¡No! ¡Morrigan! —escuchó la joven la voz de Craig.

Otro de los asaltantes apareció en el campo de visión de la joven y cuando vio que se trataba de una mujer, se quedó con el rostro sorprendido, lo cual le valió una patada de Morrigan, aunque el hombre fue más rápido y logró apartarse a tiempo. Morrigan perdió el equilibrio y perdió tiempo, por lo que uno de los asaltantes se acercó por detrás justo cuando la joven se incorporaba para darle una patada a otro y la asió de los brazos.

—¡Suéltame! —gritó Morrigan.

La joven intentó darle una patada, pero los pliegues de la falda de su vestido se enredaron en sus piernas y no logró su objetivo. El hombre que la retenía le dio la vuelta y la abofeteó con rabia, lanzándola al suelo. Al verla allí ante él sin defensa, el hombre estuvo a punto de patearla para hacerle ver quién mandaba allí, pero la voz de su líder se levantó ante las demás.

—¡Alto!

Sus hombres se quedaron quietos y dieron un paso atrás. Con una mano, le señaló a uno de ellos que la llevara ante él, así que este la levantó del suelo con facilidad. Morrigan sintió como tiraban de ella, aunque su cabeza estaba aún levemente aturdida por el fuerte golpe en la cara. Un ligero sabor a sangre invadía su boca, por lo que supuso que le habían partido el labio.

El hombre que la sujetaba le dio un empujón y la tiró a los pies de su líder, que miraba con estupefacción a la mujer que tenía ante él. Después, dirigió la mirada al que pensó que era su marido y vio cómo este intentaba por todos los medios deshacerse del amarre de sus hombres para intentar ayudar a su esposa, que se estaba empezando a levantar del suelo.

Morrigan apretó los puños con fuerza al ver cómo la trataban aquellos hombres, así que decidió que lo mejor era hacerles ver quién era ella y que no tenía miedo de lo que pudiera ocurrir allí. La joven se levantó del suelo con lentitud, pues su cabeza aún no estaba del todo recuperada del golpe, y

después se irguió con porte orgulloso ante el líder de la banda.

—Vaya, vaya —dijo este con una sonrisa pícaro mirando a Morrigan de arriba abajo—, sí que tenías un buen tesoro escondido dentro del carruaje.

—Si queréis dinero, puedo dáoslo. Dejad a mi esposa.

El aludido sonrió aún más y agarró el rostro de Morrigan, que al instante escupió a la cara del asaltante. A su alrededor hubo exclamaciones de sorpresa y gestos de temor. El líder limpió la saliva de la joven lentamente y después clavó su puño en el estómago de la joven, provocando que esta se doblada de dolor ante él.

—Vaya, tu mujer tiene agallas, Craig Murray. Me gusta este tesoro, disfrutaré mucho domándola. ¿Qué pensáis?

—¡Claro que sí, jefe! —vociferaron sus hombres por encima de las voces de Craig.

—Antes de que me tocaras estarías muerto —contestó Morrigan con voz suave.

El líder sonrió y la levantó del suelo a la fuerza. Después, puso la punta de su puñal en el cuello de la joven y aproximó su cara a la de ella.

—¿Cuál es tu nombre, mujer? Me gusta ponerle nombre a todos mis tesoros...

—Morrigan Campbell Murray.

Aquellas tres palabras provocaron el silencio a su alrededor. El líder de la banda cambió la expresión de su rostro al instante y aflojó la presión que ejercía con los dedos en las mejillas de Morrigan. La mano que sujetaba la daga tembló ligeramente, provocando que la punta de la misma hiciera un corte en el cuello de la joven. Sin embargo, esta no hizo ni un solo movimiento ni cambió la expresión de su cara por una de dolor a pesar del escozor que recorrió su cuello.

—¿Sois la hija de Iain Campbell? —preguntó con un hilo de voz.

—¿Conocéis a mi padre?

El joven asintió y soltó a Morrigan. Después dio un paso atrás sin dejar de mirarla.

—¿Así que sois la “fiera” de la que todos hablan?

Morrigan frunció el ceño. Su padre siempre se dirigía a ella llamándola “fiera”, así que le sorprendió que aquel hombre conociera el sobrenombre que la acompañaba desde pequeña.

—¿Quién eres? —le preguntó Morrigan.

Sin embargo, aquel hombre no contestó. Se limitó a hacerles un gesto a sus hombres y en pocos segundos quedaron solos. Con la sorpresa reflejada en sus rostros, miraron a su alrededor para asegurarse de que se habían marchado los asaltantes y al instante, Craig se lanzó hacia Morrigan para abrazarla y comprobar que se encontraba en perfecto estado.

—¿Cómo estás? —preguntó agarrándole el rostro y mirando el corte del cuello y la herida del labio.

—Bien, esto no es nada.

Pero a pesar de sus palabras y la seguridad que mostró con ellas, Morrigan se dejó abrazar por Craig. En sus brazos era el único lugar donde encontraba la paz que a veces necesitaba. Y en ese momento quería calmar sus nervios. El cochero volvió a su puesto con un suspiro mientras Craig, con paso lento, regresó con Morrigan al interior del carruaje.

Una vez dentro, el joven sacó un pañuelo de su chaqueta y lo llevó a las heridas de Morrigan para limpiar la sangre que manaba de ellas.

—Estoy bien, de verdad —dijo la joven a sabiendas de la preocupación de Craig.

Morrigan intentó sonreír, pero el dolor que le producía la herida del labio le hizo desistir en su intento.

—Lo siento, Morrigan —fue la respuesta de Craig.

—¿Por qué?

—Porque no he podido defenderte como debiera.

—No sé si te has fijado en que había varios hombres sujetándote.

—Eso no es motivo para no dar mi vida por salvarte.

—Craig —La joven llevó las manos al rostro de su marido para que este la mirase a los ojos—, has hecho más de lo que podías.

—Pero el día de nuestra boda juré protegerte y...

—Y lo has hecho.

Craig sonrió ligeramente y la besó con delicadeza para evitar hacerle daño en la herida.

—Ese hombre tenía razón. Tienes agallas, pequeña fiera.

Morrigan sonrió y se abrazó a él.

—¿Por qué crees que se han puesto así tras decirles mi nombre?

Craig se encogió de hombros.

—Yo también me lo pregunto, pero supongo que conocerán todo lo que tu padre ha hecho por los suyos.

—Tal vez... —contestó la joven.

El traqueteo del carruaje la sumió en un estado de relajación tal que estuvo a punto de dormirla. Sin embargo, poco más de media hora después, llegaron a su destino. Cuando Morrigan vio los muros de su hogar, suspiró de alivio y deseó poder darse un baño caliente para relajar la tensión que aún tenía sobre los hombros.

Craig la ayudó a bajar del carruaje y, tras despedirse del cochero, se encaminaron hacia la puerta principal. El silencio fue lo único que los recibió, y ambos lo agradecieron.

—Morrigan —llamó Craig su atención—, vamos a la cocina para ver esas heridas.

—No es nada, de verdad.

—Insisto, por favor.

Craig le señaló el camino con la mano y la miró con ojos suplicantes. Sentía dentro de él que debía cuidarla y mimarla. Creía que le había fallado y pensaba que aquella era la única forma con la que podía compensar su error. Cuando Morrigan le sonrió con aquella sonrisa cansada, Craig sintió que se henchía de orgullo y amor por ella.

—Está bien.

Morrigan caminó arrastrando los pies hacia la cocina. Estaba realmente cansada y precisaba meterse en la cama para descansar y olvidar lo sucedido esa noche. Habían pasado demasiadas cosas en poco tiempo y necesitaba asimilar todo. Los labios y el cuello le ardían y sentía que su cabeza iba a explotar de un momento a otro, además de la tensión acumulada durante toda la cena con los soldados ingleses.

Cuando la pareja llegó a la cocina, Craig la instó a sentarse en una de las sillas mientras él se dirigía hacia una pila de agua para tomar una poca y mojar un paño para limpiar las heridas. Después, se sentó junto a ella y, sin dejar de mirarla a los ojos, se dedicó a hacer su trabajo. Morrigan no pudo evitar un gesto de dolor cuando las manos de Craig tocaron su labio partido e intentó apartarse de él.

—¿La indomable Morrigan Campbell teme un paño?

La joven sonrió y miró a su marido y le tocó la mejilla.

—Deja de sentirte mal —le pidió.

—No es eso en lo que estoy pensando —contestó ya más serio.

Morrigan frunció el ceño.

—¿Entonces? —Craig apartó la mirada y miró hacia la mesa, donde acababa de dejar el paño—. Dime que no sigues pensando en lo que ha pasado en casa de Gordon.

Craig suspiró y volvió a mirarla.

—Sigo pensando que ha sido una irresponsabilidad por vuestra parte.

—Craig, solo hablábamos de la escaramuza de anoche —confesó—. Keith me ha dicho que le han disparado y que se ha presentado en la cena para disimular.

—Ha hecho bien —convino—. He tenido que mentir a mis superiores sobre él porque no podían creer que estuviera allí, ya que estaban seguros de que había sido él. Por ahora está a salvo.

—Gracias por hacerlo, Craig.

El joven se encogió de hombros.

—Sé que es muy importante para ti. Y a pesar de todo lo ocurrido entre nosotros, no quiero que acabe en la horca.

Morrigan acertó la distancia entre ambos y lo besó.

—Supongo que mentir sobre él ha debido de ser muy difícil.

Craig sonrió de lado.

—Ha sido más complicado mentir sobre ti en otras ocasiones.

Morrigan soltó una carcajada.

—Imagino que sí.

—Tengo que decirte algo, Morrigan. —Se puso serio de golpe—. Me ha pedido Gordon que vaya a una reunión al norte de Inglaterra.

—¿Y no puede ir otro en tu lugar?

—Me temo que no.

Morrigan chasqueó la lengua de fastidio.

—Solo serán unos días, de verdad. Pero espero que durante ese tiempo no hagas de las tuyas...

Morrigan puso cara inocente.

—¿Yo? Sabes que no...

Craig le acarició la cara y la miró con profundidad. Después, acertó la distancia entre ambos y la besó.

—Quiero que nos despedamos como se merece —pidió el joven mientras deslizaba una de sus manos por el muslo de Morrigan.

La joven sonrió y puso su mano sobre la de Craig para después acortar la distancia que los separaba y besarlo con pasión. Después de todo lo ocurrido

durante la cena y el asalto a medio camino, tenía la necesidad de sacar fuera de su cuerpo toda la tensión soportada, por lo que se dejó llevar por las sensaciones que le transmitía su marido.

—¿Vamos al dormitorio? —preguntó Morrigan.

Craig, con una sonrisa pícaro en los labios, negó con la cabeza y la levantó de la silla donde se encontraba sentada.

—Pero pueden vernos... —se quejó la joven mirando de un lado a otro.

—Están todos durmiendo, Morrigan —contestó Craig al tiempo que la acorralaba contra la mesa de la cocina y la sentaba sobre ella—. Y ahora calla. Solo disfruta, mujer.

Morrigan se obligó a sí misma a olvidar que cualquier sirviente pudiera bajar las escaleras e ir a la cocina y fijó su atención en los ojos de su marido, que la miraban llenos de promesas de placer.

Mientras la besaba con fiereza, Craig subió lentamente la falda de Morrigan, acariciando al mismo tiempo las piernas de la joven, que suspiraba de placer entre sus labios y clavaba con deseo los dedos en sus hombros.

—Me vuelves loco, Morrigan —dijo antes de separarse ligeramente y terminar de subirle la falda.

—¿Qué haces? —preguntó la joven al ver que su marido se arrodillaba frente a ella.

Craig puso un dedo sobre sus labios para incitarla a callarse para después poner sus manos sobre las pantorrillas de la joven y besarlas lentamente, saboreando todos y cada uno de los centímetros de su piel.

Segundos después, en la cocina se escuchó un gemido de auténtico placer que había escapado de la boca de Morrigan cuando Craig posó sus labios contra la humedad de su entrepierna y comenzó a succionar con fuerza. Morrigan apenas podía contenerse y las fuerzas le fallaban para seguir agarrándose a la mesa con fuerza, por lo que dejó caer su cuerpo contra la vieja madera y acabó retorciéndose de placer mientras sujetaba contra su cuerpo la cabeza de Craig, que la saboreaba como si fuera el mejor bocado que había probado en toda su vida.

Segundos después, la joven acabó derramándose mientras intentaba contener un grito de placer para evitar que los escucharan. Cuando Craig por fin se puso de pie, Morrigan se dio cuenta de que llevaba la camisa desabrochada y se había quitado los pantalones.

Dedicándole una sonrisa, Craig, sin dejar de mirarla a los ojos, fue

introduciéndose en el cuerpo de Morrigan, que suspiró de placer al sentirse llena. La joven se incorporó ligeramente en la mesa y se desabrochó como pudo el corpiño mientras Craig bombeaba con suavidad dentro de ella.

—Eres preciosa, Morrigan —dijo el joven a medida que su placer aumentaba al ver cómo saltaban los pechos de su esposa fuera de la tela que los oprimía.

Craig llevó ambas manos hacia los pechos de la joven y los acarició con ternura. Después la acercó a él y, tomando con las dos manos uno de ellos, llevó el pezón hacia su boca para succionarlo con fuerza. Morrigan gimió desesperada, pues sentía tanto placer que su cuerpo deseaba llegar al orgasmo de nuevo. La joven movía sus caderas al mismo ritmo y cuando el placer estaba cada vez más cerca, fue ella misma la que aceleró el ritmo de las embestidas. Craig posó una de sus manos en las caderas de la joven mientras que con la otra sujetaba la cabeza de su esposa al tiempo que la besaba con pasión.

Las embestidas del joven se hicieron más bruscas. Ambos buscaban el placer en el cuerpo del otro hasta que, al mismo tiempo, gimieron de placer y llegaron al orgasmo deseado.

Con las respiraciones aún jadeantes, Craig la abrazó y depositó besos en la base del cuello de Morrigan, que sentía cómo le temblaban las piernas. Al cabo de unos minutos, Craig la levantó en volandas y así, abrazados, la subió por las escaleras para dirigirse hacia su dormitorio, donde volvió a demostrarle cuánto la quería.

Después de estar casi toda la noche despiertos haciendo el amor, Morrigan despertó horas después de que el día hubiera comenzado. Desde su alcoba escuchaba el ir y venir de sirvientes, pero la joven no tenía aliento a levantarse. Sentía que su cuerpo estaba entumecido y la herida del labio parecía palpitar a medida que pasaban los segundos.

Al cabo de varios minutos, Morrigan abrió los ojos y vio que el sol estaba cercano al mediodía, por lo que se incorporó entre las sábanas. Miró a su lado y vio que estaba sola, pues Craig seguramente ya habría partido hacia Inglaterra como le había comentado la noche anterior. Sin embargo, sobre la blanca almohada descansaba una nota en la que pudo leer su nombre. Por la caligrafía supo que la había escrito Craig, así que no tardó ni un segundo en cogerla y abrirla.

Su corazón se aceleró al comenzar a leer las primeras líneas:

Querida Morrigan,

Lamento de corazón tener que dejar nuestro lecho vacío durante varios días en los que debo ocuparme de mis obligaciones como soldado. Sin embargo, deseo que sepas que estoy ansioso por regresar a tu lado y volver a repetir lo que hicimos la noche anterior.

Aunque no te lo diga a diario, quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ser tu esposo y de ir de ciudad en ciudad presumiendo de estar a tu lado. Sé que vivir conmigo es muy difícil para ti, pues tengo que llevar a cabo órdenes que no te gustan. A mí tampoco, pero no puedo negarme a hacerlo. Y quiero que sepas que lo lamento, pues mi único objetivo en la vida es hacerte feliz.

Gracias por acceder a vivir conmigo y compartir tu vida con un medio sassnach. Estoy a tu entera disposición. Y si necesitas algo durante estos días, no dudes en enviar a alguien para buscarme.

Tu esposo, que te ama,

Craig Murray.

Morrigan tragó saliva, muy emocionada. Su marido no era una persona que mostrase a la luz sus sentimientos y, aunque a veces le había dicho cosas bonitas, nunca con tanta sinceridad como en ese momento. Ella también lo amaba y le habría gustado que las cosas entre ellos hubieran sido de forma muy diferente. Incluso deseaba poder contarle lo que rondaba por su mente desde que su padre la había mandado llamar, pero sabía que era una locura. Y no quería imaginar lo que pudiera decir si finalmente aceptaba la proposición y algún día llegara a enterarse.

Morrigan tuvo la necesidad de leer de nuevo la carta y, tras varias veces, la dobló y la guardó en la pequeña mesita que había junto a la cama. La joven estiró sus músculos aún doloridos y el roce de las sábanas le hizo recordar lo vivido con Craig la noche anterior. Morrigan no pudo evitar sonrojarse al memorar aquellos instantes, pues sentía que había conectado con él de una manera muy diferente que jamás hubiera imaginado. Aún podía sentir sobre todos los pliegues de su piel los labios de Craig, recorriendo cada centímetro y descubriendo lugares en los que jamás imaginó que pudiera sentir tanto placer.

La joven sintió como se sofocaba de nuevo, así que dejó a un lado las sábanas y se levantó, completamente desnuda, para asearse y vestirse antes de bajar a las cocinas a comer algo, pues sentía que estaba a punto de desfallecer por el hambre.

Morrigan eligió un vestido simple y muy cómodo para pasar el día, pues no tenía pensado salir a ningún sitio, tan solo pensó en poder tener un poco de tiempo para dilucidar si debía aceptar la proposición de su padre o no. Justo en el momento en el que ataba el último cordón escuchó el sonido de lo que parecía ser un carruaje, por lo que se dirigió hacia el balcón para intentar ver algo, pues tenía la esperanza de que Craig hubiera regresado junto a ella.

Sin embargo, aquel carruaje no pertenecía a ellos, sino a Moira, la madre de Craig, que supuso que había viajado hasta allí para ver cómo se encontraba después del mareo de la noche anterior en la casa de William Gordon.

Con prisa, y casi sin peinarse, la joven salió de su dormitorio y se dirigió escaleras abajo para dar la bienvenida a Moira, ya que hacía mucho tiempo que no se pasaba por allí. Morrigan llegó al pie de la escalera al tiempo que la puerta de entrada se abría para dar paso a Moira, que le dedicó una sonrisa cómplice y amable cuando la vio.

—¡Querida! Veo que tienes mejor cara —dijo antes de darle un beso—. Tus mejillas están rosadas.

—Sí, el mareo fue algo puntual. Me encuentro mucho mejor, Moira.

La invitó a pasar al pequeño salón donde solían tomar el té con las visitas. Este se encontraba justo al lado de las cocinas y sus amplios ventanales les mostraban unas vistas increíbles del pequeño lago que había justo en la parte trasera de la casa. La habitación estaba decorada con tonos pastel, los sofás estaban tapizados en rojo terciopelo y las mesas eran de madera de roble muy ricamente talladas, herencia de la familia paterna de Craig. Moira sonrió al ver aquellos muebles, pues antes habían estado en el sótano de su casa, ya que nunca quiso decorar sus habitaciones con muebles de origen inglés.

Morrigan le indicó que se sentara sobre uno de los sofás y la joven se sentó justo a su lado. A los pocos minutos, una de las doncellas llevó una bandeja con dos tazas de té y unas pastas, algo que Morrigan agradeció, pues su estómago estaba comenzando a rugir debido al hambre.

—¿Y qué te trae por aquí tan de buena mañana, Moira? —le preguntó la joven antes de darle un mordisco a una pasta—. Supongo que no solo será a preguntar por mi estado...

A pesar de que su suegra les hacía pocas vivistas, siempre lo hacía con algún motivo importante. El brillo en los ojos de Moira confirmó a la joven que, efectivamente, estaba allí por algo.

—Qué directa eres, querida —dijo con una sonrisa en los labios.

—Siempre lo he sido. Además, contigo tengo confianza...

Moira asintió y dio un pequeño sorbo a su té mientras la miraba por encima de la taza de porcelana como si quisiera leerle el pensamiento. Después, con lentitud, preparando el terreno mentalmente, Moira carraspeó y le preguntó:

—¿Piensas aceptar o no la propuesta?

Morrigan frunció el ceño sin comprender a qué se estaba refiriendo. La miró durante unos momentos intentando adivinar el motivo de su pregunta cuando una respuesta se fue formando dentro de su cabeza, aunque no llegaba a creerla del todo.

—No te entiendo, Moira.

La mujer sonrió ampliamente.

—Me refiero a la propuesta de tu padre.

Aquellas palabras confirmaron lo que había rondado por su mente. Sin embargo, le hicieron fruncir aún más el ceño, pues no podía lograr entender cómo era capaz de saber aquello si nadie más sabía lo que habían hablado en la reunión con su padre.

—Querida, yo sé muchas cosas —dijo Moira como si le hubiera leído el pensamiento.

—Pero ¿cómo...?

—¿Cómo lo sé? Tu padre ha sido amigo mío desde hace muchísimos años, y ambos tenemos las mismas inquietudes, por lo que me contó hace unas semanas lo que había planeado. Ayer disimulé en casa de Gordon para evitar que nos escucharan, por eso no te dije nada...

—¿Y qué piensas?

—Que no es una locura, Morrigan. Los ingleses nos están asfixiando a impuestos y condenando a nuestros vecinos solo por tener unas ideas diferentes respecto al rey que debería estar en nuestro trono. Han cruzado un límite y alguien debe darles una lección.

—Pero yo...

—Tú eres la persona perfecta, querida —dijo antes de volver a darle otro sorbo a su té—. Eres inteligente, astuta, ducha en el arte de la espada, el arco y la pelea cuerpo a cuerpo. Tu padre te educó a su imagen y semejanza y sabes

hacer muchas cosas que otras mujeres pondrían el grito en el cielo si supieran. Eres valiente, hábil, intrépida, buena amazona y, lo mejor de todo, nadie sospecharía de ti porque estás casada con un medio inglés.

—Todo eso está muy bien, Moira, pero ¿qué crees que diría Craig si lo supiera?

—Que tiene a la mujer más extraordinaria a su lado. Además, tal vez así se dé cuenta de que debe dejar a los ingleses y centrarse en los escoceses. ¿Eso es lo que te frena a aceptar?

Morrigan lo dudó un momento y asintió, pero había algo más.

—¿Y si nos descubren? Mi padre era el mejor ladrón de Escocia y un día fueron descubiertos. Todos sus compañeros fueron juzgados y él debe vivir escondido. Si nos pillan, no podría vivir con la culpa.

—Es un riesgo que debes asumir, querida. Aquellos que luchan por un ideal tienen la muerte tras ellos, pero si no lo haces, siempre te quedará el remordimiento de que podrías haberlo hecho por un mundo mejor.

Moira dejó la taza sobre la pequeña mesita y le agarró las manos a Morrigan. En ese momento, se dio cuenta de que la joven temblaba como una hoja y se las apretó para infundirle ánimo.

—Desde pequeña siempre deseaste poder demostrarle al mundo tu valía. Hacerles ver a todos que el hecho de ser mujer no te impedía luchar como un hombre, incluso mejor que otros. Yo pienso que no hace falta que demuestres nada. Tú sabes lo que vales, y eso es lo importante, pero a veces, para dar un paso al frente y destacar debes luchar y hacer esa demostración. Sé que al casarte con mi hijo pensabas que todos tus ideales se irían al traste, pero ahora tienes la oportunidad que siempre deseaste. Y esos hombres están dispuestos a seguirte a donde sea, querida. Ojalá fuera más joven para seguirte a donde quisieras, Morrigan.

La joven sentía un nudo en la garganta. Su suegra tenía razón. Siempre había deseado mostrar su valía y buscado la aprobación de otros. Y ahora tenía la oportunidad frente a sus ojos, pero el miedo le había provocado que estos estuvieran vendados y no viera aquella proposición como la oportunidad de su vida.

Moira apretó de nuevo las manos de Morrigan y le sonrió con sinceridad y apremió, por lo que la joven finalmente se decidió y dijo:

—Está bien, acepto.

CAPÍTULO 9

Después de la comida tan copiosa que habían preparado las cocineras tras la llegada de Moira, esta determinó que debía marcharse y dejarla descansar para asegurarse de que la decisión que había tomado era la correcta.

Tras quedarse sola, Morrigan se dirigió hacia una de las mesas que había en el jardín y que ahora en invierno no usaba más que cuando necesitaba alejarse de las cuatro paredes que la oprimían para pensar sobre algo realmente importante. No dejaba de darle vueltas a la decisión que había tomado y, a pesar de saber que era lo mejor para todos, no podía dejar de pensar en Craig. Lo amaba y no quería hacerle daño con esa decisión, por lo que aquello era lo único que la hacía dudar ahora que se encontraba sola.

Una lluvia fina comenzó a caer, mojando poco a poco sus ropajes. Sin embargo, a Morrigan no le importó, ya que siempre había disfrutado bajo la lluvia y la hacía sentir libre. A los pocos minutos de comenzar a llover, escuchó la voz de uno de los sirvientes que la llamaba con premura. La joven giró la cabeza para mirarlo y vio reflejado en su rostro la angustia que sentía. Al pensar que algo grave ocurría, Morrigan se levantó y se lanzó a correr hacia las cocinas donde el hombre que la había llamado la esperaba con impaciencia.

—Señora, ha llegado esta misiva con el mayordomo del señor Keith Cameron. La está esperando en la puerta de entrada junto a su caballo.

—¿Qué ocurre?

—No sé, pero dice que es grave, señora.

Morrigan, con el ceño fruncido, miró la misiva y vio que estaba manchada de sangre. En ella ponía su nombre y comprobó que se trataba de la propia caligrafía de Keith, por lo que, alejándose de las doncellas y sirvientes, se dedicó a abrir la carta con prisa, ya que una corazonada le decía que algo le había ocurrido a su amigo.

Morrigan,

Necesito que vengas a mi casa, ya. Es urgente.

Atentamente,
Keith Cameron.

Morrigan levantó una ceja por el asombro. Reconocía que Keith nunca había sido un hombre de muchas palabras, pero la sangre que había sobre el papel y la urgencia le hizo sospechar que tuviera algo que ver con la herida que le había mostrado la noche anterior. Por eso, la joven se guardó la carta entre los pliegues de su falda y se dirigió corriendo hacia las escaleras para ir a su dormitorio y cambiarse de ropa cuanto antes. Si el mayordomo de Keith la estaba esperando fuera era porque el asunto requería la máxima urgencia.

En solo un minuto, la joven se cambió de ropa y se puso uno de sus tantos pantalones de lana con los colores del clan Campbell y una camisa blanca con una chaqueta de color marrón. Para su seguridad, se colgó un cinturón con la espada y guardó un par de dagas en las botas. No quería ir desprotegida como la noche anterior y estar a merced de cualquiera en caso de que alguien los interceptara.

Morrigan se dirigió hacia las escaleras como una exhalación y suspiró cuando comprobó que el mayordomo de Keith se encontraba aún esperándola.

—¿Nos vamos, señora? —le preguntó con prisa.

—Por supuesto.

El caballo de Morrigan ya estaba preparado para ella, por lo que la joven, con presteza, montó sobre él y emprendieron la marcha a toda prisa. La joven no necesitó preguntar qué ocurría, pues la expresión seria de aquel hombre le indicaba que era grave.

El camino hacia la casa de Keith se le hizo eterno. A pesar de estar relativamente cerca, los charcos de lluvia provocaron que el camino estuviera prácticamente empantanado y tuvieron que desviarse para evitar que los caballos se escurrieran con el barro. Aquello le recordó a la noche en la que su padre la había convocado, ya que el camino estaba igual que entonces, solo que su corazón latía a otro ritmo que en ese momento. Los nervios que la azotaban por Keith le hacían instigar al caballo e ir unos metros más adelante que el hombre, al que le costaba horrores seguir el ritmo a Morrigan.

Al cabo de media hora, ambos llegaron a las tierras de Keith y Morrigan no dejó de instigar al caballo hasta que estuvo a las puertas de la casa, donde saltó del mismo para dirigirse hacia donde se encontraba una doncella.

—¡Señora! Lamento haberla hecho llamar, pero el señor solo quiere que

sea usted quien le saque la bala.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Morrigan al tiempo que se quitaba la chaqueta y la dejaba tirada en un lado.

La doncella chasqueó la lengua, contrariada.

—Muy mal, señora. Tiene mucha fiebre y no deja que nos acerquemos para curarlo. Ha estado toda la noche y parte de la mañana gritando su nombre. Por eso he enviado a John a su casa.

La joven asintió.

—Habéis hecho bien. —Se remangó las mangas de la camisa—. Necesito agua caliente, paños limpios, un par de botellas de whisky, aguja e hilo. Os espero en su alcoba.

La doncella asintió y corrió, junto con el hombre que la había hecho llamar, para preparar todo lo que hacía falta en esos momentos.

Morrigan, por su parte, se dirigió escaleras arriba para dirigirse hacia el dormitorio de Keith, que sabía dónde se encontraba. El poco trecho que la separaba de su amigo se le hizo demasiado largo. Parecía que la joven volaba por las escaleras y cuando por fin se encontró en el piso superior, giró hacia la izquierda, pues el dormitorio de Keith se encontraba en la primera puerta.

Morrigan entró sin llamar y lo que vio al abrir la puerta le impresionó tanto que soltó todo el aire de golpe y se quedó paralizada con la mano aún puesta sobre el pomo de la puerta. Keith se encontraba sobre su cama y parecía estar convulsionando debido a la fiebre que lo atenazaba. Sin embargo, no fue aquello lo que más llamó su atención, sino el impresionante cuerpo del joven, cuyo pecho se encontraba totalmente desnudo y ocupaba gran parte de la enorme cama que antes había pertenecido a los padres de Keith.

Pasada la primera impresión, Morrigan se aproximó lentamente sin dejar de mirarlo, pues aquella visión era impresionante. Jamás había visto a Keith tan débil como en ese momento. Siempre lo había considerado poco menos que un dios y ahora se encontraba postrado en la cama con tanta fiebre que sus mejillas estaban rosadas. Se encontraba cubierto por las mantas hasta las caderas y vio que en su costado cruzaba una tela mal puesta para tapar la herida, de la que no dejaba de manar la sangre y ya manchaba aquella improvisada venda.

—Dios mío... —susurró Morrigan al ver que las sábanas estaban también manchadas.

No podía creer cómo es que el mayordomo o alguna de las dos doncellas

que trabajaban para Keith no habían podido sacar la bala, aunque si él se había empeñado en que fuera ella y no otra quien lo hiciera, seguramente habría vociferado para que lo dejaran en paz. Sin embargo, se había expuesto demasiado y ahora podría tardar más en recuperarse.

Morrigan acortó la poca distancia que los separaba y se sentó sobre el mullido colchón para inspeccionar la herida de cerca. La joven apartó las improvisadas vendas y no pudo evitar torcer el gesto. La herida se veía realmente fea y no estaba segura de si sería capaz de sacar la bala sin ayuda de una persona que hubiera hecho aquello más veces que ella.

—Aquí tiene, señora.

La doncella que limpiaba la casa le llevó todo lo que le había pedido y lo dejó a un lado, en una pequeña mesita cercana a ella para que tomara las cosas cuando le hicieran falta.

—Si no necesita nada más, señora, me retiro.

Morrigan le echó un vistazo para pedirle ayuda, sin embargo, cuando vio el rostro pálido de la joven, que parecía estar a punto de desmayarse, solo pudo asentir y dejarla marchar.

Morrigan suspiró y dejó salir todo el aire retenido. Su corazón latía con fuerza y las manos le temblaban ligeramente, no obstante, intentó calmarse antes de empezar, ya que con aquel temblor lo único que conseguiría sería empeorar las cosas. La joven se levantó del colchón inspirando lentamente. Para ayudarse y no tener impedimento, Morrigan apartó las sábanas que cubrían a Keith:

—¡Dios mío! —exclamó poniéndose aún más nerviosa.

No había pensado en ningún momento que Keith se encontraba desnudo bajo las sábanas, por lo que cuando vio su cuerpo totalmente desprovisto de ropa, su nerviosismo aumentó sin poder dejar de mirarlo.

Al cabo de unos instantes, la joven bajó la mirada y volvió a cubrirlo con las sábanas con cuidado de no tocar nada que no tuviera que tocar. Morrigan abrió los ojos exageradamente al pensar que más de una mujer habría dado un brazo por haber visto lo mismo que ella en ese momento. Y allí fue cuando comprobó lo que se decía de Keith y su entropierna. Sonrió al pensar que las malas lenguas tenían razón en eso, pero al instante intentó centrarse en la bala que debía extraer.

La joven se abanicó con la mano, ya que sentía dentro de ella un intenso calor desde que lo había visto desnudo. Pasados unos minutos, cuando por fin

consiguió calmarse, se dirigió hacia la mesa donde habían dejado todos los enseres y tomó entre sus manos los paños y una de las botellas de whisky. Se aproximó de nuevo a la cama y dejó a un lado todos los paños, excepto uno, para abrir la botella. Después, vertió parte del contenido de la botella sobre la tela y la aplicó sobre la herida de Keith. Necesitaba limpiar primero la herida antes de proceder a extraer la bala. Había hecho aquello varias veces a su padre y había aprendido a hacerlo de una mujer que siempre visitaba el castillo para curar a los que lo necesitaran.

Morrigan dejó el paño sobre el costado de Keith para después aproximarse al fuego de la chimenea. La joven se agachó ligeramente para sacar de su bota la daga y acercó la afilada hoja al fuego para desinfectarla y cuando esta se puso al rojo vivo, la joven la retiró de nuevo y regresó al lado de Keith, que parecía delirar por la fiebre.

—Esto te va a doler, amigo —susurró antes de aproximar la daga hacia el costado.

Morrigan cerró los ojos para inspirar a fondo y cuando se decidió, los abrió de golpe e introdujo la punta de la daga en la herida abierta de Keith, que entre sueños apretó los puños y la mandíbula con fuerza. La joven encontró al instante la bala, que no estaba muy profunda, y la empujó hacia afuera mientras un pequeño chorro de sangre manaba de la herida del joven guerrero.

Una gota de sudor cursó la frente de Morrigan, ya que temía hacer más daño del que ya había en el cuerpo de Keith, pero a los pocos segundos la bala salió disparada del cuerpo de su amigo y la dejó sobre una pequeña bandeja de plata que había sobre la mesita. Al instante, Morrigan volvió a tomar la botella de whisky y un paño limpio para taponar la sangre que manaba de su cuerpo mientras tomaba la aguja y el hilo que había pedido a la doncella.

Tras enhebrar la aguja, Morrigan se entretuvo unos instantes para coser la pequeña herida, de la que ya apenas salía sangre y parecía tener mejor aspecto al haber expulsado del cuerpo el artefacto de plomo. Pasados unos minutos, había concluido el trabajo y se dispuso a poner otro paño limpio con alcohol sobre la herida y vendarlo para que este no cayera a un lado y la herida se infectara.

Cuando por fin terminó todo, la joven se secó el sudor de la frente. Le había costado mucho trabajo pasar las vendas bajo el cuerpo de Keith, pues le resultó casi imposible poder mover la masa muscular del joven. Sin embargo,

Morrigan suspiró aliviada cuando pudo sentarse a descansar y tomar un trago de la segunda botella que habían dejado sobre la mesita. Tomó un pequeño vaso que había junto a ella y derramó sobre el cristal una pequeña cantidad de whisky. La joven lo saboreó con frenesí, ya que era tal el nerviosismo que había tenido dentro de ella que necesitaba desconectar.

Pasada una hora, una de las dos doncellas que trabajaban para Keith se pasó por la habitación para ver cómo iba todo. Se alegró al ver que su señor tenía mejor cara y que por fin parecía bajar la fiebre, aunque esta solo había remitido ligeramente. Le pidió a Morrigan que hicieran un cambio y se marchara la joven a las cocinas para tomar algo de alimento, pues la hora de la comida hacía tiempo que había terminado. Sin embargo, Morrigan se negó en rotundo. No quería dejar a Keith a menos que este despertara y, a pesar de las insistencias de la joven doncella, Morrigan se quedó sentada en aquel sillón frente al fuego de la chimenea.

Cuando la tarde estaba comenzando a caer, la joven se levantó de su asiento y se acercó de nuevo a la cama. Llevó una de sus manos hacia la frente de Keith para comprobar la fiebre y descubrió que aún estaba demasiado caliente, por lo que tomó un pañuelo y lo mojó en la palangana de agua que había al lado de la cama. Después lo llevó hacia la frente de Keith y vio que este fruncía el ceño e intentaba apartar la cabeza de su mano.

—¿Keith? —lo llamó en un susurro—. ¿Me oyes?

El guerrero volvió a mover la cabeza y cuando sintió sobre su mejilla la fría mano de Morrigan, levantó un brazo y, como si fuera una garra, tiró de la joven hacia él, haciéndola trastabillar y caer sobre la cama lanzando una exclamación de sorpresa.

No sabía cuánto tiempo llevaba dormido, ni qué había ocurrido en todo ese tiempo, solo recordaba haber soñado una y otra vez con Morrigan. Le habría gustado lanzar una maldición, tal y como hacía todas las mañanas al levantarse, ya que el joven tenía la costumbre de soñar con ella todas las noches. Morrigan lo atormentaba desde hacía muchos años, especialmente desde que se había casado. No podía soportar tenerla tan cerca y al mismo tiempo tan lejos, sin poder acercarse a ella con la misma confianza de años atrás, antes de que su padre insistiera en casarla con Craig Murray tal y como habían previsto en su niñez, a pesar de las negativas de ambos contrayentes.

Desde entonces, Keith había visto a Morrigan incontables veces en sus sueños, atormentándolo con aquel pelo rojo fuego bailando al son del aire de

las Tierras Altas, cabalgando como la mejor amazona de Escocia o simplemente en su cama, abrazándolo y llenando ese vacío que tenía en el pecho y no era capaz de llenar a pesar de haber recorrido gran parte del territorio Escocés buscando a una mujer que fuera mínimamente parecida a ella. Jamás había encontrado a ninguna joven como ella. Morrigan era tan especial para él que creía verla a veces entre los muros de su hogar, escondida después de haber huido del matrimonio al que la obligaron a casarse. Sin embargo, sabía que todo era producto de su imaginación y solo podía hacer una cosa: ver cómo la joven había encontrado cierta felicidad con el que era su marido. Al menos él se conformaba con saber que Craig Murray no era un sádico que se aprovechaba de su mujer o la explotaba de alguna manera. Sabía que era un hombre de honor y podía confiar en su palabra de guerrero de que jamás tocaría a Morrigan de alguna otra forma que no fuera con amor.

Keith había pensado en ella cuando la fiebre subía por momentos en su cuerpo y ni él ni las doncellas podían hacer nada para extraer la bala. Antes de caer en la inconsciencia, Keith se había sentado en la mesa de su despacho y había escrito la carta que después llegó a manos de Morrigan para pedirle su presencia en su casa y así ayudarlo. Apenas había logrado escribir unas palabras y la vista se le nublaba cuando su mayordomo entró en el despacho.

—¡Señor Cameron! —exclamó horrorizado al verlo tan débil.

—Lleva esto a Kindwood. Entrégaselo a Morrigan.

El mayordomo asintió al tiempo que lo ayudaba a subir las escaleras y lo tumbaba en su enorme cama. Desde entonces, Keith solo había estado sumido en la inconsciencia y soñando con Morrigan. La noche anterior había estado hermosa y durante casi toda la noche la joven aparecía con aquel vestido ante él. En todo momento, Keith intentaba asirla del brazo y llevarla junto a él, prometiéndole todo a cambio de su amor, pero la joven parecía alejarse de él a medida que pasaban las horas, por eso, cuando en un momento la vio delante de él, aunque con el atuendo de montar, aprovechó el momento para lanzarla junto a él en la cama. Aquella era la primera vez que había conseguido meterla entre sus sábanas, aunque la joven parecía tener una exclamación de sorpresa en el rostro.

Sin pensarlo, Keith acortó la poca distancia que había entre ellos y la besó antes de que pudiera decir algo. Llevó también una de sus manos a la cadera de Morrigan y la acarició suavemente, sintiendo bajo sus ropajes la piel que escondía y que llevaba años deseando tocar.

Keith la besó con pasión desmedida de tantos y tantos años deseando volver a probar la miel de sus labios. En un momento en el que Morrigan abrió la boca para lanzar una queja, el joven aprovechó para introducir su lengua y ahondar así más aquel beso que parecía estar dando a una diosa. Su entrepierna comenzó a palpar de pasión al pensar que ese día, por fin, podría llegar a culminar con la joven, y deseaba fervientemente que así fuera.

Morrigan gimió bajo su cuerpo, algo que Keith creyó que era por placer, por lo que el joven se animó a acariciar su cuerpo. Sin pensarlo, deshizo los ropajes de Morrigan y levantó la camisa para dejar libertad de movimiento a su mano, que tocaba la piel de la joven como si fuera a resquebrajarla en cualquier momento. Se dedicó a acariciarla mientras seguía besándola, ahora más suavemente.

Keith subió la mano hasta uno de los pechos de Morrigan, que se entretuvo en acariciar con ternura.

—Dios, Morrigan —dijo contra sus labios—. Por fin...

Cuando Morrigan sintió que la garra de Keith tiraba de ella y la lanzaba contra el mullido colchón, la joven lanzó una exclamación de sorpresa que enseguida fue sofocada por los labios de Keith.

Morrigan intentó quitárselo de encima, algo imposible debido a la musculatura del joven, ya que parecía ser una montaña a su lado. Y cuando los labios de este profundizaron el beso, Morrigan sintió que algo dentro de ella se removía de la misma forma que lo había hecho cuando conoció a Craig. Morrigan volvió a recordar el beso que Keith le había dado la noche de la cena que dio su padre hacía años. La joven había sentido lo mismo en su estómago y un deseo irrefrenable la inundó por completo, deseando que las callosas y expertas manos de Keith siguieran acariciándola.

Sin embargo, cuando la voz del joven se coló entre sus sentidos abotagados, Morrigan volvió a pensar de forma racional y abrió los ojos de golpe:

—Dios, Morrigan —dijo contra sus labios—. Por fin...

Aquellas palabras fueron las que provocaron que la joven volviera a pensar con claridad y se diera cuenta de que aquello era una completa estupidez. Las manos de Keith siguieron acariciándola, pero cuando estas llegaron a sus pechos, la joven volvió a intentar apartarlo. Sabía que aquello no estaba bien y que no debía engañar a Craig de aquella manera. No deseaba darle un motivo como aquel para abandonarla o que dejara de quererla. Siempre hizo

lo posible para convertirse en una buena esposa, aunque sin olvidar de dónde venía ni lo que era, y Craig se sentía orgulloso de ella. No podía devolverle aquella confianza con algo así, ya que sabía que le rompería el corazón.

Morrigan se decidió y empujó a Keith, pero este estaba tan enfrascado en besarla que no reaccionaba a las manos que se habían posado en sus hombros, por lo que la joven, armándose de valor, tocó la piel cercana a la herida, provocando que Keith se separase de ella como si quemara y se tiró sobre el colchón lanzando maldiciones en gaélico que habrían hecho que cualquier mujer se tapara los oídos solo para no escucharlas.

—¿Qué demonios...? —Keith se llevó una mano a la herida, tapada por las vendas, para intentar frenar el dolor que le habían causado las manos de Morrigan y después dirigió la mirada hacia la joven—. ¿No eres un sueño?

Morrigan levantó una ceja al tiempo que se levantaba de la cama y se colocaba la ropa que él se había tomado la molestia de casi arrancársela. La joven tenía las mejillas sonrosadas y los labios hinchados por los besos de Keith y a leguas se notaba que estaba tremendamente avergonzada. Había estado a punto de engañar a su marido y tenía el corazón encogido por la duda, ya que siempre le habían dicho que no se podía amar a dos personas a la vez. Por lo tanto, se sentía como una tonta por haberse dejado llevar por la calidez de Keith.

—¿Tú qué crees?

Keith se pasó las manos por la cara mientras cerraba los ojos. A Morrigan le dio la sensación de que estaba a punto de golpearse a sí mismo, pero enseguida se incorporó lentamente en la cama para mirarla con detenimiento.

—Lo siento, Morrigan —dijo apretando los dientes—. No era mi intención avergonzarte. Pensaba que eras... es decir... yo...

—No tienes que justificarte, Keith —le pidió la joven sacándolo del apuro.

Morrigan se alejó unos pasos de él hasta dar con la mesita donde aún quedaba la botella de whisky y volvió a servirse un vaso para intentar calmar los nervios que aún la invadían y el azoramiento que sentía al descubrir que Keith pensaba que estaba teniendo un sueño con ella. ¿Si hubiera sido realmente un sueño, habría llegado hasta el final? ¿Y ella, se habría dejado?

El carraspeo de Keith llamó su atención y giró la cabeza para mirarlo. Se había incorporado completamente en la cama y tapaba a duras penas su cuerpo de cintura para abajo, lo cual provocó que Morrigan desviara la mirada hacia su rostro, obligándose a sí misma a no bajar la mirada ni un solo centímetro de

los ojos del joven.

Keith le señaló el vaso que tenía entre sus manos y torció los labios intentando mostrar una sonrisa:

—Me gustaría acompañarte.

Morrigan asintió y se giró para servirle un vaso. Sobre su espalda sentía la ardiente mirada de Keith, que aún seguía pensando en lo que acababa de ocurrir entre ellos.

—Me alegra ver que estás mejor —dijo Morrigan para romper la tensión que se había formado en la habitación.

—Y todo gracias a ti —contestó levantando el vaso hacia ella para brindar por la joven.

Morrigan se encogió de hombros y bebió de su vaso, ya que se encontraba incómoda por la situación.

—¿Por qué no dejaste que tu mayordomo o alguna de tus doncellas te sacara la bala? Podrías haber muerto si no llego a tiempo.

—¿Crees que serían capaces de hacerlo antes de desmayarse? —preguntó divertido.

Morrigan esbozó una ligera sonrisa. Aún recordaba la mirada de desesperación y temor que rondaba el rostro del mayordomo cuando fue a avisarla con la carta escrita por Keith y las incontables veces que las doncellas se habían santiguado desde que la joven llegó a la casa. Keith tenía razón, aquellas personas estaban acostumbradas a cualquier cosa menos a algo así.

—Supongo que hiciste bien en llamarme.

La joven dejó pasar unos minutos en silencio mientras miraba el contenido de su vaso como si hubiera algún interés sobre él, ya que deseaba hablarle de un asunto delicado y aún no sabía cómo empezar.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —La voz de Keith la sacó de su ensimismamiento y levantó la mirada.

—Hay algo de lo que me gustaría hablarte.

El tono serio empleado por Morrigan puso en alerta a Keith, que intentó retirar las sábanas, pero al ver el rostro sorprendido de la joven se detuvo y le señaló la puerta.

—Espérame en mi despacho. No me gusta hablar en la cama.

—Ya me he dado cuenta —dijo Morrigan sonriendo ligeramente.

—La cama hay que usarla de otro modo, muchacha —respondió

pícaramente como hacía mucho que no solía hacer.

—¿Crees que es bueno levantarte?

—Esta vez no moriré si es lo que te preocupa...

Morrigan asintió y se dirigió hacia la puerta, dejándolo solo para que pudiera vestirse y adecentarse. Lentamente, bajó las escaleras y descubrió que en aquella casa existía un silencio que era abrumador. En la suya siempre había movimiento de sirvientes y el ruido era mayor, pero allí sentía que estaba sola en la casa y en parte agradeció la soledad que le transmitió la casa de los Cameron, pues ella siempre había estado rodeada de gente y lo único que le proporcionaba silencio era cuando montaba a caballo y cabalgaba hasta los límites de sus tierras.

—¡Señora! —La sorprendió una de las doncellas—. ¿Cómo está el señor?

—Lo comprobarás tú misma dentro de unos momentos. Bajaré enseguida al despacho.

La doncella se sorprendió y su rostro no pudo ocultarlo, por lo que Morrigan se vio en la obligación de explicarse.

—Tranquila. Keith es muy fuerte y ya casi ha pasado la fiebre. Te aseguro que no se quedaría en la cama ni aunque hubiera despertado con el doble de fiebre.

La joven se marchó hacia el despacho en silencio, dejando a la doncella aún sorprendida. El sol estaba cayendo y apenas quedaban unos rayos de luz que se resistían a desaparecer entre el horizonte montañoso. Morrigan se aproximó a la ventana de la estancia y observó las sombras que hacían los árboles alrededor de aquella casa inmensa. El cielo parecía amenazar de nuevo lluvia y Morrigan deseó que no lloviera hasta que regresara a su hogar.

—¿De qué quieres hablar?

La voz de Keith, a pesar de haber hablado en apenas un susurro, la asustó, ya que estaba tan metida en sus pensamientos y tan en silencio que no había escuchado la puerta abrirse. Giró la cabeza para mirarlo y vio que se había puesto el kilt de su clan, algo que la sorprendió, ya que estaba segura de que se había hecho daño para enrollarse aquella tela alrededor de la cadera. La camisa blanca iba ligeramente abierta, dejando entrever su musculoso pecho, y recordándole a Morrigan lo sucedido en su dormitorio minutos atrás.

—Siempre al grano, Keith —apuntó la joven.

El aludido se encogió de hombros y se acercó a ella sin quitarle la vista de encima, lo cual provocó que volviera a sentirse nerviosa ante su presencia.

—Soy un hombre impaciente...

Morrigan sonrió de lado y volvió la mirada hacia la oscuridad del jardín, donde ya no quedaba ni un rayo de sol y la noche se había cernido sobre todo.

—Desde ayer he estado pensando en la proposición de mi padre.

—¿Y has llegado a una conclusión?

Morrigan asintió y se cruzó de brazos mientras se apoyaba en el alféizar de la ventana.

—He decidido aceptar —sentenció.

Tras decir aquellas palabras, se hizo el más absoluto silencio en el despacho. Keith la miraba con una mezcla de asombro y preocupación y Morrigan no sabía cómo debía interpretar esa mirada. Los minutos pasaron como si fueran horas entre ellos. La joven esperaba que su amigo dijera algo respecto a su decisión, pero Keith solo asintió ligeramente y se dio media vuelta para acercarse a la mesa que presidía el despacho. El joven se apoyó sobre ella al tiempo que se acariciaba la frente con una mano.

—¿No vas a decir nada? —le preguntó Morrigan.

—Si dijera algo para que decidieras lo contrario, ¿me escucharías?

Morrigan levantó ambas cejas, sorprendida.

—¿No quieres que acepte?

—Ya te dije que no, pero no por lo que imaginas. Eres la más capaz para ello, pero no podría aceptar que pusieras tu vida en peligro por algo así.

—¿Algo así? Lo dices como si no tuviera importancia. Los impuestos han subido tanto que hay personas que pasan hambre y pierden sus casas. Se lo debo.

—No le debes nada a nadie, Morrigan.

La joven se separó de la ventana y llegó hasta él de dos zancadas.

—Sabes que yo no sé mirar hacia otro lado cuando alguien está en peligro o lo pasa mal. —Morrigan suspiró largamente y se apoyó a su lado, dejó pasar unos instantes antes de serenarse y dijo—: Había pensado que tú fueras mi mano derecha.

Keith levantó la mirada y la observó durante unos momentos. Después esbozó una sonrisa triste y finalmente dijo:

—Sabes que daría mi vida por ti si fuera necesario.

CAPÍTULO 10

Pasaron dos días hasta que Keith logró ponerse en contacto con el padre de Morrigan para comunicarle que había aceptado su propuesta y el grupo se formaba. Después, había hecho llegar una misiva a todos los que estuvieron en la reunión secreta aquella noche y habían aceptado que la joven fuera su líder. Las respuestas no se hicieron esperar, todos le escribieron para mostrarle su alegría por poder devolverle a los *sassenach* el daño que les estaban haciendo desde que habían pisado por primera vez tierra escocesa, y mostraban también sus ansias por comenzar con los golpes, por lo que Morrigan se vio obligada a adelantar la primera reunión del grupo a esa misma noche en su propia casa. La joven se encontraba casi sola entre los muros de su hogar, pues Craig se hallaba aún de viaje y le había dado varios días libres a algunos de sus sirvientes, por lo que en la casa apenas quedaban cuatro personas, incluida Morrigan.

A medida que pasaba la tarde y el día iba cayendo, la joven comenzó a sentirse nerviosa. Al igual que sus amigos y compañeros, Morrigan estaba deseando comenzar con los golpes a las casas de los ingleses y no podía dejar de pensar en ello.

—Maldición —exclamó la joven al ver que le temblaban ligeramente las manos mientras esperaba con impaciencia la llegada.

Sabía que era la oportunidad que siempre había deseado para mostrar su valía como guerrera y líder de un grupo. En aquella época muy pocas mujeres podían hacer algo así y por ello, esa noche era la primera de su vida en la que los nervios no la dejaban reposar tranquilamente sentada en una silla.

La joven caminaba de un lado a otro de la cocina mientras echaba un vistazo, cada pocos segundos, por la ventana esperando ver la llegada de los chicos. Cuando por fin vio unas sombras aproximándose a la casa, su corazón saltó de alegría, aunque también sintió algo de miedo, pues bien podrían ser soldados de la guardia inglesa que hubiera enviado su marido para ver que todo estaba bien. No obstante, a medida que pasaban los segundos y los jinetes se acercaban a la casa, distinguió los *kilts* que vestían los jóvenes, que no

dejaban de mirar de un lado a otro del valle esperando, sin saber muy bien por qué, la aparición de soldados ingleses.

Morrigan salió por la puerta trasera a recibirlos con una sonrisa.

—Joder, Morri, espero que el fuego de la chimenea esté aún humeante. Tengo helados hasta los huevos.

El comentario de Kendrew provocó las risas de sus compañeros, incluso la misma Morrigan respondió con otra carcajada. Estaba acostumbrada a los comentarios de aquellos hombres desde que era apenas una niña y ellos nunca se habían cortado para decir ciertos comentarios que no deberían comentar delante de una joven. Sin embargo, Morrigan siempre había agradecido que se mostraran con ella tal y como eran, ya que era su manera de mostrar que la tenían como a un igual.

—Eso no lo duces, Kendrew —respondió Morrigan cuando recobró la compostura.

Esperó a que los jóvenes dejaran los caballos a la salida de las caballerizas bien atados a los postes de madera que se estaban comenzando a pudrir con el paso del tiempo y las continuas lluvias. Después, los invitó a pasar y a calentar sus fríos huesos con el calor de la chimenea, que no había hecho más que avivar desde que se quedara sola en la cocina.

La joven lanzó un suspiro de alivio cuando volvió a sentir ese calor, ya que fuera el tiempo era tan desapacible que invitaba a quedarse en casa metida entre las mantas y cercana al calor del fuego. Sin embargo, Morrigan se había comprometido por la causa de su padre y se debía a sus hombres.

—Podéis serviros lo que queráis. —Les señaló la despensa—. Hay de todo.

Lean, Bryan y Kendrew fueron los únicos que se aproximaron al lugar indicado para echar un vistazo a las bebidas que tenían mientras que Keith se quedó con Morrigan con el gesto serio.

—¿Estás mejor? —le preguntó Morrigan al tiempo que le señalaba la herida.

—Esto no es nada, gracias a ti, muchacha.

La joven se encogió de hombros, restándole importancia al asunto y después esbozó una sonrisa cuando vio aparecer a Bryan con un par de botellas del mejor whisky que tenían en la despensa.

—Este no se encuentra fácilmente —señaló el joven.

—Oye, Morri, ¿dónde está Craig?

—Aún está de viaje, por eso os he convocado aquí.

—¿Y si viene? —preguntó Bryan.

—¿De madrugada? —Morrigan levantó una ceja, escéptica—. Lo dudo.

—¿Y los sirvientes? Podrían escucharnos...

Morrigan dio un manotazo sobre la mesa y los miró con seriedad a cada uno.

—Si dudáis de mi buen hacer, no sé qué demonios hacéis aquí.

Keith carraspeó y cambió de tema al instante antes de que los ánimos se caldearan entre ellos.

—Bueno, creo que deberíamos comenzar ya con los preparativos —intervino Keith para llamar su atención.

Morrigan les señaló las sillas de la mesa principal de la cocina y los invitó a sentarse. Cuando por fin estuvieron todos alrededor de la mesa con una buena copa de whisky frente a ellos, cambiaron el gesto de sus rostros y lo tornaron serio para escuchar y aportar las ideas que habían llevado con ellos.

—He estado haciendo una lista de los ingleses que tienen casas por esta zona —comenzó Morrigan—. Sé que no son muchos, pero estoy segura de que podemos encontrar mucho dinero en ellas porque no son soldados cualquiera, sino altos cargos del ejército británico.

Morrigan les extendió un pergamino a cada uno en los que aparecían los nombres que había logrado recabar.

—Entre ellos se encuentran los capitanes y oficiales que fueron a la cena que dio William Gordon en su casa hace unos días. También he incluido la casa de este, aunque creo que a Gordon deberíamos mantenerlo al margen. Estoy segura de que en su casa hay mucha seguridad porque es el que recauda todos los impuestos de la zona, por lo que habrá muchos soldados en sus tierras.

La joven dejó un par de segundos para que el resto leyera todos y cada uno de los nombres de su listado hasta que siguió con su explicación:

—He pensado que podríamos comenzar con una víctima más fácil e ir incrementando los golpes según el rango que tengan en el ejército.

—¿Y sabes dónde viven todos estos? —preguntó Lean.

—Craig me ha hablado de ellos.

—Yo conozco a casi todos —intervino Keith—. La noche de la cena fui presentado a varios de ellos.

—¿Así que hiciste amigos entre los *sassenach*? —se burló Kendrew.

Keith no contestó, tan solo se limitó a mirarlo con el gesto serio, lo cual provocó que el aludido levantara las manos en señal de paz y bebiera de su copa para disimular.

—La casa más cercana a esta es la del oficial Brendan Davis —continuó Morrigan como si nada hubiera pasado—. Podríamos comenzar por esa.

—¿Y por qué esa?

Morrigan sonrió.

—Por lo que sé, ha viajado a Inglaterra con Craig y su mujer se ha marchado con él. Si queda alguien en la casa son los sirvientes. Así que no hay peligro alguno con esa casa.

—Me parece una idea estupenda, Morrigan —intervino Lean—. Has pensado en todo.

—Nos jugamos mucho con todo esto, hay que pensarlo muy bien.

—¿Conoces la casa? —preguntó Bryan—. Si pudiéramos ir directos al despacho...

Morrigan torció el gesto y negó con la cabeza en silencio. La verdad es que no conocía ninguna casa, más que la de William Gordon, pero estaba segura de que más o menos eran todas iguales.

—Supongo que en ese sentido debemos ir a ciegas —afirmó—. Sin embargo, es una casa pequeña, por lo que no nos costará trabajo encontrar su despacho o incluso el dormitorio.

Los hombres asintieron hasta que Kendrew silbó, admirado. Todos dirigieron sus miradas hacia él esperando que dijera algo. El joven no dejaba de mirar a Morrigan, embelesado hasta que dijo:

—Tu padre tenía razón. Eres formidable.

Morrigan soltó el aire de golpe y esbozó una ligera sonrisa. Internamente, le gustaba saber que su padre estaba orgulloso de ella y esperaba de la joven mucho, algo que, en lugar de ponerla nerviosa, la animaba a hacer más y seguir con el camino que había decidido tomar.

—Bueno, esto es lo más fácil. Queda lo más complicado y... divertido.

Keith la miraba también embelesado y fue el único que no rio tras su comentario, pero en sus ojos se veía un brillo divertido y las ansias que lo recorrían por comenzar la misión que se habían impuesto a sí mismos, por lo que, entre susurros, decidieron la forma de actuar y la hora más propicia para hacerlo sin que los sirvientes de Brendan Davis los interceptaran y llamaran a la guardia.

El día acordado para llevar a cabo el primer golpe había sido la noche siguiente a la reunión en casa de Morrigan. Por petición de todos, incluso de sus propios nervios y ansias, había aceptado hacerlo cuanto antes, aprovechando que se encontraban fuera y antes de que Craig regresara también de ese viaje a Inglaterra. A lo largo de toda la noche y el día siguiente, Morrigan no había podido pegar ojo repasando una y otra vez el plan decidido. Intentaba encontrar alguna fisura por la que pudieran ser descubiertos, sin embargo, todo estaba perfecto. La hora a la que habían decidido actuar sería pasada la medianoche, ya que a partir de ese momento todos los sirvientes estarían dormidos.

Morrigan suspiró ante el espejo mientras miraba su indumentaria. Había decidido ponerse unos pantalones de lana con los colores de su clan para resguardarse del intenso frío que hacía esa noche, tanto que los cristales de su dormitorio estaban totalmente empañados. Estaba siendo un invierno demasiado crudo y antes de abandonar el calor de su alcoba no pudo evitar llevar su pensamiento hacia su padre, deseando que tuviera algo de calor con el que calentarse sus viejos huesos.

La joven se ajustó el chaleco y el abrigo de lana ligero que había mandado confeccionar para la ocasión, así no tendría que llevar algo pesado o poca ropa para resguardarse del frío o la lluvia. También se ajustó a la cadera el cinto con la espada y la pistola que le había mandado llegar su padre. Miró que la daga estuviera bien metida entre los pliegues de su bota y ajustó sobre su cabello recogido en una trenza una boina.

Keith le había advertido que lo esperara con el caballo listo, ya que sería él quien se pasaría por su casa para recogerla antes de ir hacia el páramo en el que se reuniría todo el grupo, por lo que caminó deprisa por su casa para llegar cuanto antes a las caballerizas. A medida que bajaba las escaleras, la joven hacía oído para intentar descubrir algún susurro en la cocina perteneciente a sus sirvientes, sin embargo, el sonido que hacían las botas contra la piedra del suelo era el único ruido que rompía el silencio de la noche.

Tan solo la luz de un pequeño candil iluminaba su camino, aunque no le hacía falta, pues conocía todos los rincones de su casa y podría recorrerlos con los ojos cerrados. Cruzó el pasillo como una exhalación, sin apenas hacer ruido, y se internó en la cocina. En la chimenea de esta aún humeaban los rescoldos del fuego que habían mantenido caliente la estancia durante el día e

inspiró hondo intentando llevar consigo aquel calor antes de salir hacia la fría noche.

Un intenso escalofrío recorrió el espinazo de Morrigan mientras cruzaba el corto trecho que la separaba de las caballerizas. Desde allí podía escuchar el relinchar de su caballo mientras se aproximaba, pues estaba segura de que este sabía que aquella noche no iba a dormir placenteramente en su cuadra como siempre.

Cuando se aproximó a su caballo descubrió que este se encontraba más nervioso de lo normal, por lo que supo que había algo que no iba bien. La joven se quedó quieta en medio de las cuadras y miró de un lado a otro mientras los latidos de su corazón comenzaban a dispararse. Morrigan comenzó a sacar la espada con lentitud, esperando el ataque de alguien en cualquier momento hasta que una voz, que le pareció atronadora debido al eco de las cuadras, estuvo a punto de hacerla desfallecer.

—¿Por qué has tardado tanto?

Morrigan se giró de golpe y soltó la empuñadura de su espada de golpe. En medio de la oscuridad distinguió la silueta y la voz de Keith, que parecía estar enfadado, y la joven soltó el aire contenido poco a poco, ya que aún pensaba que iba a morir del susto.

—He venido a la hora acordada —contestó de mal humor—. ¿Y qué demonios hacías escondido?

—Me había parecido escuchar un sonido raro.

—Sí, era mi corazón a punto de estallar... —dijo mientras sacaba de su cuadra al caballo y lo montaba—. Te estoy esperando... —bromeó para intentar cortar la tensión que podía respirarse en aquel momento entre ellos.

Keith suspiró, montó su caballo y la siguió hasta colocarse a su altura, momento que aprovechó para admirar la belleza de la joven a la luz de la luna. El fuego de su pelo brillaba bajo las estrellas del cielo raramente despejado en aquella fecha y su rostro mostraba una decisión que la hacía parecer invencible sobre aquel inmenso caballo que tenía desde que la joven era apenas una niña y ya sabía montar mucho mejor que muchos hombres de su clan.

A pesar del suave balanceo con el que cabalgaban, Keith fue consciente de la seguridad que mostraba Morrigan, que mantenía la cabeza erguida y atenta a todo lo que había a su alrededor. Keith esbozó una sonrisa sin que la joven lo viera y se sintió muy afortunado de haberla conocido hacía tantos años y haber

crecido junto a ella, pues era tan extraordinaria que ninguna otra mujer que conociera podría superarla. La miró con orgullo y, en cierta medida, con deseo, pues aún no había logrado olvidar lo que sucedió en su dormitorio días atrás cuando pensó que estaba teniendo un sueño con Morrigan y la besó sin saber que era real.

En apenas diez minutos, la pareja recorrió el corto camino que los separaba del páramo en el que ya los esperaban el resto de hombres. Los cinco se encaminaron en silencio hacia las tierras de Brendan Davis, que estaban muy cerca de aquel lugar.

—Me gustaría estar de regreso pronto —dijo Bryan en apenas un susurro.

Morrigan se extrañó y lo miró esperando una explicación a eso que solo llegó por parte de Kendrew, que esbozó una sonrisa socarrona.

—Se ha enamorado de Lena Andrews...

Keith frunció el ceño.

—¿Esa no es...?

—Prostituta —acabó Kendrew por él aún con la sonrisa en los labios—. No deja de hablar de ella...

—Dejadme en paz —dijo malhumorado Bryan.

—Pues ahora necesito toda tu concentración en esto, amigo —intervino Morrigan al tiempo que señalaba la casa de Brendan Davis que había aparecido ante sus ojos en medio de una ligera niebla que se estaba levantando en ese momento.

—Esta niebla nos vendrá bien —dijo Keith.

—Será mejor que dejemos los caballos aquí —dijo Morrigan siendo la primera en desmontar y llevar a su caballo hacia un árbol para dejarlo atado.

Los demás siguieron aquel gesto y desmontaron para hacer lo mismo que ella. Cuando por fin estuvieron todos libres de las riendas, Morrigan lanzó una decisión de última hora.

—Creo que será mejor que no entremos todos.

Las protestas no se hicieron esperar, pero Keith levantó las manos para calmarlos.

—Tiene razón. Somos cinco personas y podríamos hacer más ruido, por lo que solo entraremos tres de nosotros. Además, esta casa es pequeña. Tardaremos poco en registrarla.

Tras chasquear la lengua en señal de contrariedad, finalmente aceptaron.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Lean.

—Entraremos Kendrew, tú y yo —contestó Keith.

—¿Cómo? —se quejó Morrigan—. ¿Piensas dejarme fuera en el primer golpe? No voy a quedarme aquí.

—Es lo mejor...

—¿Lo mejor para quién? —preguntó Morrigan intentando no levantar la voz—. Que seas mi mano derecha no quiere decir que me dejes fuera de esto. Un líder lo es siempre, así que voy yo. Si quieres, puedes quedarte tú en mi lugar.

Keith le aguantó la mirada durante unos segundos que parecieron eternos hasta que, finalmente, Kendrew se adelantó y dijo:

—Me quedo con mi hermano. Id vosotros, chicos.

—Buena suerte —les deseó Bryan—. Os cubriremos si algo va mal.

Morrigan asintió y antes de marcharse, puso una mano sobre el brazo de Kendrew para agradecerle el gesto. Después, se internó en la niebla con el resto para adentrarse en la primera casa que robaría en su vida.

Adentrarse en la casa de Brendan Davis había sido más complicado de lo que pensaron en un principio. Morrigan conocía la obsesión de los ingleses por la perfección y la seguridad y los sirvientes habían dejado todas las puertas y ventanas de la casa cerradas a cal y canto, incluso las puertas de servicio tenían los cerrojos echados.

—Tendremos que romper un cristal —dijo Lean tras comprobar por enésima vez las ventanas que había a su alrededor.

—Eso alertará al servicio —se negó Morrigan mientras observaba con detenimiento la ventana que daba a las cocinas—. Mirad, los marcos de los cristales están un poco salidos.

Y así era. Se trataba de una ventana cuyos cristales se encontraban dentro de cuatro marcos de madera que estaban siendo carcomidos por el paso del tiempo y el poco cuidado que los dueños habían mantenido de la casa al viajar tan a menudo a su país de origen. Además, las maderas estaban ligeramente separadas de los cristales, por lo que, con cuidado, podrían quitar los marcos y los cristales sin hacer ruido.

—¿De verdad crees que así no se romperán los cristales?

Morrigan sonrió negando con la cabeza y acortando la distancia con la ventana. Poco a poco, con sumo cuidado, la joven fue quitando uno a uno los marcos con una mano mientras que con la otra los separaba de los cristales, por lo que dejó la ventana limpia sin romper nada y, lo que era más importante, sin hacer ni un solo ruido.

—Hace años lo vi hacer a uno de los hombres de mi padre —explicó Morrigan.

Tras eso, comprobó que no había nadie dentro de la cocina y se impulsó para ser la primera en entrar, sin embargo, las hábiles manos de Keith la detuvieron por la cintura y la apartaron antes de que pudiera asomar por el otro lado.

—Deja que entre primero y compruebe el terreno —le pidió de forma pacífica intentando con la mirada que la joven no se molestara por su decisión.

Morrigan suspiró y asintió. No le había gustado su discusión anterior y no estaba dispuesta a volver a hacerlo, y menos justo antes de internarse en la casa, ya que los sirvientes podrían ser alertados por sus voces.

Morrigan esperó, junto a Lean, que Keith inspeccionara las cocinas. A su alrededor solo podía escucharse el silencio que rodeaba el paraje de la casa de Davis y una calma casi impropia de esa época consiguió que sus nervios se pusieran de punta. Morrigan sentía la tensión de cada uno, además de la suya propia, ya que temía que fueran descubiertos en algún momento. Había aceptado robar, pero no deseaba matar a ningún inocente por culpa de los ingleses.

Morrigan estaba comenzando a impacientarse debido a la tardanza de Keith en su comprobación, pero segundos después, la cabeza del joven asomó por la ventana asintiendo, indicándoles que todo estaba en orden antes de abrir la puerta que había justo al lado de la ventana. Los goznes de la misma chirriaron ligeramente, rompiendo el silencio que los rodeaba y provocando que se mantuvieran quietos durante unos segundos para comprobar que no se escuchaban las pisadas de alguien.

Cuando vieron que todo seguía igual, Morrigan se dirigió hacia la puerta de las cocinas que la llevaría hacia el pasillo principal de la casa. No tenía muy claro hacia dónde debía ir, pero su intuición le decía que el despacho se encontraba en aquella planta de la casa. La joven sacó de su bota la pequeña daga para defenderse en caso de que se cruzaran con alguien que no debieran y esta vez fue la primera en salir de la cocina. Abrió la puerta de esta con cuidado y asomó ligeramente la cabeza. Todo estaba en silencio y a oscuras, sin embargo, la luz de la luna, que brillaba en su máximo esplendor aquella noche, proporcionaba la luz suficiente a los jóvenes para inspeccionar la casa sin ser descubiertos.

Las cocinas se encontraban en el ala oeste de la casa, por lo que el pasillo

les mostraba desde allí el resto de habitaciones, que se encontraban cerradas, de la planta inferior. Morrigan les señaló una puerta a cada uno para dividirse y así ahorrar tiempo. Ella decidió inspeccionar la habitación que estaba más alejada de las cocinas, justo enfrente de la puerta de entrada. Esta se encontraba en un amplio hall cuadrado donde también se localizaban las escaleras del piso superior.

Con el corazón latiendo desenfrenado, Morrigan se separó de sus compañeros y se aproximó lentamente a la puerta. Intentó escuchar algo a través de la misma que le indicara que había alguien tras ella. Sin embargo, el silencio fue lo único que pudo escuchar. Antes de agarrar el pomo y abrir, se giró hacia Lean y Keith y comprobó que estaban dentro de las habitaciones que les había indicado, por lo que, con decisión, abrió la puerta y sonrió cuando descubrió que se encontraba frente al despacho.

Morrigan volvió a girarse y chistó suavemente para indicarles que había encontrado lo que buscaban, y antes de que sus compañeros fueran hasta allí, la joven se adentró en la estancia. Esta se encontraba apenas iluminada por la luna, pero lo suficiente para poder escudriñar cada rincón de la habitación.

—Podrías habernos esperado —dijo un malhumorado Keith.

—Han sido solo unos segundos —replicó Morrigan sin entender muy bien a qué se debía su enfado.

Volvieron a dividirse y cada uno registró un lado diferente del despacho hasta dar finalmente con la caja fuerte, que se encontraba camuflada debajo de una pequeña mesita. Sin embargo, Morrigan frunció el ceño cuando Lean se agachó a comprobar si estaba abierta. Cuando vio que este negaba en silencio, la joven tuvo un presentimiento y se aproximó a ellos, que ya estaban intentando descubrir la combinación correcta.

—Chicos, si vosotros fuerais del ejército y os encomendaran recaudar tanto dinero, ¿lo guardaríais dentro de algo tan evidente?

Lean se giró hacia ella con el rostro extrañado.

—¿A qué te refieres?

—Supongo que dentro de la caja fuerte hay dinero, incluso joyas de la *sassenach*, pero tengo una corazonada. Si yo fuera un oficial, tendría el dinero recaudado en un lugar que nadie sospecharía.

—Eso es una tontería, Morrigan —saltó Keith cada vez más enfadado—. Si tiene una caja fuerte, debe estar aquí.

—No sé qué demonios te pasa para estar de ese humor, pero adelante.

Buscad la combinación mientras yo miro en otro lugar.

La joven, enfadada, se giró de golpe y los dejó solos mientras se acercaba a la mesa principal. En el camino, vio que de la pared colgaba una inmensa bandera inglesa y torció el gesto cuando pasó por delante. Después, se dedicó a mirar todos y cada uno de los cajones de la mesa. Sorprendentemente, estos se encontraban cerrados con llave, lo cual le indicó a la joven que lo que hubiera dentro de los mismos era demasiado importante como para que los sirvientes abrieran los cajones en su ausencia y descubrieran algo que no debían. Con presteza, Morrigan llevó sus manos a la trenza de su pelo y sacó una de las horquillas que sujetaban sus mechones más rebeldes. Después, la llevó hacia la cerradura del primer cajón y, tras unos segundos, logró abrirlo. Descubrió que dentro había papeles donde se veía la firma de Brendan Davis por todas partes. Supuso que eran documentos oficiales, pero no era lo que buscaba. Tras esto, abrió los demás cajones y encontró más de lo mismo. Morrigan chasqueó la lengua en señal de contrariedad, pero tras echar un vistazo a Keith y ver que intentaba por todos los medios abrir la caja, se decidió a mirar en profundidad los cajones y descubrió algo que llamó su atención.

La joven entrecerró los ojos y vio que el primer cajón que había abierto era menos profundo que los demás a pesar de verse desde fuera tan grande como el resto. Al instante, Morrigan sacó los papeles y los tiró sobre la mesa. Llevó sus manos al fondo del cajón y descubrió que había un doble fondo. Sonrió al tiempo que apartaba el pequeño trozo de madera y abrió desmesuradamente los ojos cuando vio una cantidad desmedida de dinero allí guardado.

—Chicos... —los llamó—. No perdáis el tiempo.

Keith y Lean se incorporaron y se acercaron a ella. El segundo mostró sorpresa en su rostro mientras que Keith mantuvo la misma expresión en su rostro, lo cual aumentó el enfado de Morrigan, pero intentó serenarse.

—Eres única, amiga —la felicitó Lean.

Sin embargo, Keith se mantuvo callado y solo alargó la mano para tomar el dinero y guardarlo en el *sporrán*.

—Será mejor que nos vayamos —dijo con sequedad.

Lean lo siguió y, tras dudar un instante, Morrigan los siguió, echando un último vistazo al despacho y viendo que los papeles estaban esparcidos por la mesa, pero no se molestó en recoger, al contrario, prefirió dejarlo todo como estaba para que los sirvientes se dieran cuenta del robo a primera hora de la

mañana.

Cuando Morrigan se dirigió hacia las cocinas, descubrió que sus compañeros estaban a punto de llegar a estas. La joven echó un vistazo a su alrededor y comprobó que no había nadie que los hubiera descubierto, por lo que, con una sonrisa, abandonó la casa de Brendan Davis sin poder creer la suerte que habían tenido y lo fácil que había resultado el primer robo de su vida. Sin embargo, la suerte no estaría siempre de su lado...

CAPÍTULO 11

Tras separarse la noche anterior en el mismo páramo donde se habían reunido todos, Morrigan decidió que Kendrew, Lean y Bryan serían los encargados de hacerles llegar el dinero a las familias más necesitadas de la zona para que la próxima vez que los ingleses pasaran por sus casas para recaudar los impuestos, pudieran darle el dinero suficiente sin necesidad de pasar penurias.

Aquella noche, Morrigan se acostó con una sonrisa en el rostro sintiéndose tremendamente bien por ayudar a aquellas personas que lo necesitaran. Sin embargo, su felicidad estaba ligeramente empañada por la seriedad y el enfado de Keith que parecía ir dirigido hacia ella. La joven no entendía muy bien a qué se debía, incluso cuando llegaron al páramo, Keith le había pedido a Lean que la acompañara hasta su casa en lugar de ser él quien lo hiciera. Morrigan le había preguntado al joven qué le ocurría a su amigo, pero este no sabía qué pasaba por su mente en aquel momento, y su única explicación fue que tal vez estaba nervioso con el primer golpe y temiera que la guardia los descubriera cabalgando en medio de la noche.

Pero Morrigan sabía que no era así, que había algo más detrás de aquel malhumor, pero ya se encargaría en otro momento de solucionarlo, ya que esa noche llegó tan cansada a su casa que se quedó dormida sobre las sábanas sin tan siquiera cambiarse de ropa.

Al día siguiente, se despertó cuando la luz del día hacía tiempo que había aparecido en el horizonte. Morrigan se sentía ligera y orgullosa de lo que habían conseguido. Encontraron una buena cantidad de dinero en la casa y muchas familias se beneficiarían del mismo, ya que ese dinero les había pertenecido a ellos antes de tener que dárselo a los ingleses.

Con una sonrisa en el rostro, Morrigan se levantó de la cama y se asomó a la ventana. Abrió uno de los lados y respiró aquel aire frío y limpio que despejó su cabeza del poco sueño que aún tenía en lo más profundo de su ser. Se sentía tan feliz que podría haber bajado hasta las cuadras y montar su caballo para cabalgar hasta los límites de sus tierras. Hacía tiempo que no se

había sentido tan libre como antes de casarse. Desde ese momento, se había enfundado en su hábito de intentar ser una buena esposa y mujer que había olvidado ligeramente lo que suponía la total libertad. Pero ese día, a pesar de seguir casada y con sus respectivas obligaciones, dentro de ella volvía a surgir la mujer indomable y fiera que había sido siempre. Tenía claro que su sino no era otro que ayudar a todo aquel que necesitara su ayuda, y poder hacer y deshacer a espaldas de los ingleses le encantaba. Sentía que el peligro le gustaba; la sensación de que en cualquier momento podrían ser descubiertos en parte la atemorizaba, ya que podría significar el fin de su propio marido, pero, por otro lado, la adrenalina que corría por sus venas en esos momentos la hacía desear más. Y anhelaba que el próximo golpe fuera lo antes posible.

A medida que los minutos pasaban, la joven comenzó a escuchar el parloteo y los pasos apresurados de los sirvientes, que ya estaban limpiando las habitaciones. Morrigan se miró las ropas manchadas de barro que aún llevaba puestas y echó un vistazo a la cama. Las sábanas estaban manchadas allí donde había dormido, pero no le importó. Sabía que sus sirvientes eran unas personas confiables y no contarían nada, ni siquiera a Craig, de las idas y venidas de su señora.

Morrigan echó un último vistazo al horizonte mientras comenzaba a desabrocharse los botones del chaleco y la camisa para lavarse y ponerse ropa limpia y cómoda. Fue en ese momento cuando la joven se dio cuenta de que a lo lejos se dibujaban tres siluetas que cabalgaban a toda prisa hacia su casa. Morrigan frunció el ceño al verlos, pues no aguardaba la visita de nadie debido al viaje de Craig a Inglaterra, y tampoco esperaba que Keith o algún otro de los chicos fuera a su encuentro a esa hora de la mañana para ser descubiertos a plena luz del día.

—Pero ¿quién...?

Morrigan entrecerró los ojos para intentar descubrir la identidad de los jinetes cuando su corazón comenzó a latir con tanta fuerza que la instó a echarse para atrás y desaparecer de la ventana, temiendo ser encontrada. Sus ojos distinguieron, a pesar de la distancia, que los ropajes de aquellos hombres pertenecían al ejército británico y durante unos segundos pensó que habían sido descubiertos por la noche, pero los habían dejado marchar para detenerlos al día siguiente.

—Maldita sea —dijo para sí la joven.

Morrigan se apartó de la ventana para desvestirse con toda la celeridad que

pudo. Se lavó de prisa para quitarse el barro de su rostro y manos y luego se puso uno de sus mejores vestidos de diario de un precioso color azul. Para rematar su vestimenta, la joven peinó sus cabellos y los ató deliberadamente en una trenza perfecta en la que no dejó ni un solo mechón sobre su rostro. Quería parecer una mujer perfecta.

Antes de salir de su alcoba y dirigirse al piso inferior para recibir a los visitantes, Morrigan volvió a echar un vistazo hacia el horizonte para ver a los jinetes y su sorpresa fue descomunal al conocer a uno de ellos. Abrió los ojos con sorpresa al descubrir que uno de ellos era Craig, que había regresado de su viaje antes de lo previsto.

Internamente, Morrigan suspiró con alivio al ver que se trataba de su marido y no algún capitán inglés que hubiera descubierto lo que había hecho la noche anterior en casa del oficial Davis. Con rapidez, cerró la ventana y corrió hacia la puerta, aunque enseguida se volvió hacia la cama y retiró las sábanas manchadas de la cama y las dejó tiradas a un lado en el suelo para que las cambiaran cuanto antes.

Cuando salió, la suerte estaba con ella y una de las doncellas se aproximaba por el pasillo en su dirección:

—Liz, limpia y recoge mi dormitorio, por favor.

—Sí, señora —aceptó la joven, que aún estaba en la adolescencia.

Ya más tranquila, al ver que la doncella entraba en su dormitorio para asearlo, Morrigan se dirigió a paso lento hacia el piso inferior. Podía oír desde la distancia el sonido de los cascos de los caballos aproximándose a su casa. Tuvo la sensación de que tenían cierta prisa por llegar, algo que no auguraba nada bueno, pero la joven mantuvo una expresión serena en el rostro e intentó simular una sonrisa placentera y tranquila.

Justo antes de pisar el último peldaño de las escaleras, Morrigan vio al mayordomo correr hacia la puerta y abrirla con premura. Ella también se dirigió hasta allí y esperó a los jinetes con una sonrisa hasta que, minutos después, aparecieron en su campo de visión.

Morrigan sintió que su estómago se encogía al ver a Craig. Una parte de él por la alegría de volver a verlo de nuevo en casa, pero por otra, el rostro serio y enfadado del joven le indicó que había sucedido algo terrible. Morrigan echó un vistazo a sus acompañantes y vio que se trataban de Leonard Collins y Liam Martin, ambos con la misma expresión enfadada que su marido.

—¡Craig! —exclamó para romper la tensión que los tres llevaban consigo

—. ¡Qué alegría!

La joven estuvo a punto de echarse a los brazos de su marido para abrazarlo y preguntarle qué le ocurría, sin embargo, se contuvo y lo único que hizo fue una suave inclinación de cabeza, que secundaron los invitados.

—Pasad, estaréis hambrientos por el viaje. —Se volvió hacia el mayordomo—. Prepara el desayuno en el salón pequeño.

El aludido asintió y se marchó con premura para llevar a cabo las órdenes de la joven.

—¿Ha ocurrido algo para vuestro adelantado regreso? —preguntó intentando mantener a raya las ansias de conocer.

Craig dejó escapar todo el aire. Se le veía malhumorado y cansado. Bajo sus ojos se veían claramente las ojeras por no haber podido dormir y la preocupación llenaba su rostro, al igual que a su acompañante.

—Acompaña a Collins y Martin al salón para el almuerzo —dijo Craig a uno de los sirvientes—. Ahora voy.

El aludido asintió y les indicó a los ingleses el camino a seguir hacia el salón, dejando solos a Craig y Morrigan, esta última con manos temblorosas y sintiendo que algo realmente malo había sucedido. Y esperaba que aún no hubieran descubierto lo ocurrido la noche anterior.

Craig suspiró al tiempo que la miraba fijamente, como si quisiera descubrir algo de ella que aún no supiera.

—Esta madrugada han robado en la casa de Brendan Davis —dijo despacio—, y nos han llamado aprisa para intentar descubrir a la banda.

Morrigan tragó saliva e intentó aparentar calma a pesar de que dentro de ella el nerviosismo se abría camino con rapidez.

—¿Y habéis descubierto algo?

Craig frunció el ceño y asintió.

—Uno de los sirvientes escuchó un ruido y se levantó. Cuando llegó al despacho de Davis desde su ventana vio a la banda mientras huían de la casa.

Aquellas palabras casi provocaron el atragantamiento de Morrigan, cuyas manos no dejaban de temblar, por lo que intentó esconderlas.

—¿Y sabe quiénes son?

Craig dejó unos segundos de silencio mientras la observaba con detenimiento. La conocía bastante bien y sabía que estaba guardando algo.

—¿A qué viene tanto interés por un simple robo? —le preguntó.

Morrigan carraspeó y miró hacia otro lado.

—Solo me preocupo porque no quiero que nos roben.

—Tranquila. Ya estoy aquí y haré lo posible para que no lo hagan.

Morrigan asintió y se dirigió hacia el salón para tomar el almuerzo con su marido y sus compañeros, sin embargo, Craig quedó dos pasos por detrás y tenía la mirada fija en la espalda de la joven, a sabiendas de que estaba demasiado rara y tenía mucho interés por algo tan nimio como aquello. Algo dentro de él le decía que su esposa sabía más sobre el robo de lo intentaba aparentar y esperaba que su suegro no tuviera nada que ver con eso y hubiera vuelto a las andadas, pues estaba seguro de que en aquella ocasión él no podría hacer nada por Iain si lo encarcelaban.

El almuerzo había durado más de la cuenta para Morrigan o al menos eso le había parecido a la joven. Durante toda la comida, los soldados no habían dejado de hablar del robo y de los posibles culpables de eso, incluso le habían pedido opinión a la joven, pues siempre había vivido por allí y conocían el pasado del padre de la joven, por lo que intentaron averiguar si Iain tenía algo que ver con aquello, aunque las preguntas no las hicieron de forma directa para no incomodarla u ofenderla. Morrigan contestó a todas y cada una de sus preguntas con una calma demasiado inusual en ella, al menos para Craig lo era, pues la conocía y sabía que si un inglés le sacaba el tema de su padre debía dar gracias que la joven no lo mordiera por su indiscreción.

Cuando por fin terminó la comida, Morrigan dio gracias mentalmente por poder salir del salón y soltar todo el aire contenido durante todo el almuerzo. Aún no había logrado quitarse el nerviosismo que le había producido saber que estaban investigando el robo a pesar de que habían pasado poco más de doce horas desde que lo habían llevado a cabo. Le sorprendió descubrir la rapidez con la que el sirviente había avisado a su señor y al resto de los oficiales destinados en la zona para que volvieran rápidamente de Inglaterra a investigar. Incluso habían dicho durante la comida que esa misma noche habría una cena para los altos cargos del ejército británico destinados en la zona que habrían de investigar el suceso para reforzar la seguridad de sus casas.

Morrigan se dio mentalmente un cachete, pues debían tener más cuidado la próxima vez que dieran un golpe, por lo que decidió que el grupo debería esperar para volver a robar. La primera vez había salido bien, pero los habían visto en la lejanía, incluso temía que aquel sirviente los pudiera reconocer en caso de verlos durante alguna recepción.

La joven, al saberse sola, se dirigió escaleras arriba para tomar tinta y

papel y escribir una misiva a Keith con sus instrucciones:

Después de lo sucedido anoche y, tras el regreso de los dragones a la zona, he decidido que dejaremos un tiempo para volver a tomar lo que nos pertenece...

Atte., M.

Prefirió ser escueta en su nota, ya que temía que fuera interceptada por los *sassenach* y los descubrieran. La leyó varias veces antes de darle el visto bueno y doblarla. Antes de salir de su habitación, ya sabía a quién le daría la carta para que la llevara cuanto antes a la casa de Keith. Sabía que los caminos estaban más transitables que los últimos días por culpa de la lluvia, por lo que tenía la esperanza de que su sirviente volviera lo antes posible con una respuesta por parte de su amigo.

Con cuidado de no ser descubierta, pues Craig seguía reunido con sus compañeros en el despacho de la casa, Morrigan caminó deprisa hacia las cocinas, donde sabía que encontraría a uno de los mozos que solía ocuparse del cuidado de los caballos.

—Steve —lo llamó nada más verlo—, tienes que llevar esta misiva con máxima urgencia a la casa de Keith Cameron. Y no vengas sin una respuesta de su parte.

—Pero, señora, debo cuidar los caballos de los oficiales.

Morrigan levantó una ceja y estuvo a punto de echarse a reír si no fuera porque el motivo de aquella carta era de máxima seriedad.

—¿Y puedo saber cómo haces para cuidar de los caballos de esos *sassenach* y estar sentado al mismo tiempo sobre esa silla?

El mozo de cuadras sintió que sus mejillas ardían y tomaban color al mismo tiempo que agachaba la cabeza, avergonzado. A su espalda podía escuchar las risas casi imperceptibles del resto de sirvientes que se encontraban en ese momento en las cocinas, por lo que, en silencio, agarró la carta que le extendía su señora y, sin decir nada más, se dirigió hacia las cuadras en busca de un caballo que pudiera llevarlo hacia su destino lo antes posible.

Morrigan no podía dejar de mirar continuamente el reloj que había junto a la entrada de la casa. Hacía tiempo que los oficiales se habían marchado de su casa, no sin antes presentarle sus respetos y con la esperanza de verla en la cena a la que habían sido invitados todos los señores de los alrededores de Fort William.

Morrigan asintió intentando mostrar una alegría que no sentía por aquella cena. Sabía que debía ir no solo para acompañar a su marido, sino para intentar averiguar todo lo posible sobre la información que tenían sobre el robo y los pasos a seguir en el futuro.

Desde que aquellos hombres se marcharan de su casa, Craig la besó y subió las escaleras con intención de dormir algo, pues durante toda la noche habían cabalgado y apenas había podido descansar una hora. La joven le devolvió el beso y le deseó que descansara hasta bien entrada la tarde antes de marchar a la cena, ya que sabía que esta se alargaría más de lo que deseaba.

Por eso, sabiendo que estaba sola, Morrigan se encontraba en la entrada de la casa echando más de un vistazo al camino para intentar avistar a Steve y saber qué ponía la carta de vuelta de Keith. Tras casi una hora esperando en la puerta, Morrigan vio al jinete que esperaba y que cabalgaba de vuelta como si lo fuera persiguiendo el diablo. La joven corrió hacia las caballerizas y cuando Steve entró en ellas, el sirviente le extendió la carta de vuelta de Keith.

—Me ha dicho que la lea enseguida —le indicó.

—Muchas gracias, Steve. No olvidaré este favor.

El joven asintió y se dirigió de nuevo hacia las cocinas, dejándola completamente sola en los establos. Cuando se supo sola de nuevo, la joven abrió la carta con impaciencia. Los dedos de sus manos temblaban y cuando por fin vio la letra de su amigo algo dentro de ella la calmó, aunque momentáneamente.

Imposible. Aprovecharemos la cena de esta noche para hacerlo de nuevo, solos tú y yo. Es la ocasión perfecta. Todos están de acuerdo.

El corazón de Morrigan comenzó a latir con fuerza. ¿Acaso se había vuelto loco? Incluso estando la casa casi vacía habían podido descubrirlos y ahora pretendía robar una casa repleta de soldados ingleses que estarían deliberando cómo descubrirlos para apresarlos. Sin embargo, si todos estaban de acuerdo, no podía hacer nada ni tenía tiempo para convencerlos, y sabía que dentro de ese “todos” estaba incluida la opinión de su padre. A pesar de ser la líder del grupo, deseaba que las opiniones de los demás se tuvieran en cuenta, por lo que no podía negarse a algo así, a pesar de que podía ser la ruina y el fin para ella y Keith, que serían quienes dieran la cara por todos y los que llevarían a cabo el robo.

Morrigan torció la cabeza y chasqueó la lengua mostrando su contrariedad. Un robo frente a las narices de los ingleses... Era muy tentador, pero podía significar la muerte...

Minutos antes de que se marcharan rumbo a la cena que el capitán Wideon Wilson había ofrecido en su casa, Craig detuvo a Morrigan antes de que saliera por la puerta de su dormitorio. La joven mostró sorpresa en su rostro, y más aún al ver que la cara de su marido mostraba tal seriedad y un ligero enfado que no sabía de dónde provenía.

—¿Ocurre algo? —la preguntó.

—Siempre has mostrado un profundo rechazo a las cenas que han organizado los soldados ingleses y jamás te has interesado por algún tema que tenga que ver con mi trabajo, pues siempre has dicho que los dragones han hecho daño a tu familia, a lo cual yo estoy de acuerdo contigo. Lo que no entiendo es ese repentino interés tuyo por el robo de anoche en casa de Davis y que no hayas dicho ni una sola palabra de rechazo hacia la invitación de Wilson.

—Un robo así es tema de todos —contestó sin dudar la joven.

Craig asintió levemente.

—¿Acaso sabes algo de ese robo que pueda ser de mi interés? Repito, “de mi interés”, no del interés de los dragones.

—¿Y yo qué voy a saber si a esa hora estaba durmiendo?

Craig asintió y la dejó marchar, sin embargo, no dejó de mirarla hasta que la joven se perdió de vista. La conocía muy bien y sabía que escondía algo. Estaba totalmente seguro de que Morrigan sabía algo de los ladrones, pero prefirió mantenerse callado y al margen hasta que la joven le diera muestras verdaderas o tuviera un comportamiento sospechoso.

El viaje hacia la casa de Wilson fue muy corto. Tan solo quince minutos los separaban de la casa del capitán inglés, que salió él mismo a la puerta de su casa a recibirlos.

—¡Murray! —lo saludó efusivamente—. Sois los últimos en llegar.

Craig sonrió y ladeó la cabeza al tiempo que le estrechaba la mano.

—Mi mujer ha tardado más de lo normal en vestirse —le dijo en voz baja para que solo lo escuchara él, aunque Morrigan lo oyó y levantó una ceja, asombrada por aquel comentario fuera de lo común en su marido.

Wilson rio y después se giró hacia ella para besarle la mano.

—Está usted preciosa, señora Murray.

Morrigan inclinó la cabeza y el silencio fue su única respuesta, ya que estaba segura de que si decía una sola palabra, todos notarían el nerviosismo que recorría su cuerpo debido a lo que sucedería aquella noche.

Wilson los acompañó a un salón donde se encontraban el resto de invitados y que estaba justo al lado de la sala donde tomarían la cena. Gracias a su altura, Morrigan logró divisar la enorme masa musculosa de Keith, que se encontraba al otro lado de la estancia y que aún no la había divisado.

—¿Estás bien? —le preguntó Craig.

Morrigan giró la cabeza para mirarlo y, durante un segundo, le habría gustado confesarle toda la verdad, pero solo fue capaz de asentir:

—Sí, estoy bien. Me ha llamado la atención que haya tanta gente.

Y era verdad. Aquella noche había aún más soldados que en la cena a la que habían asistido días antes.

Craig abrió la boca para decirle algo, pero el sonido de las puertas del salón principal llamó la atención de todos y se giraron para entrar en la estancia y acomodarse en los asientos preparados para ellos. En todas las mesas había un listado de nombres sobre las personas que ocuparían aquellos asientos esa noche.

Morrigan no pudo evitar un gesto de sorpresa al ver que Keith estaría sentado en la misma mesa que ellos, por lo que su nerviosismo fue en aumento. Tenía la sensación de que alguien los descubriría esa noche mientras estuvieran en el despacho, pero ya no había vuelta atrás, y con todos los ingleses que había a su alrededor sería imposible hablar de un tema tan delicado sin que fueran escuchados. Y cuando Keith se sentó justo enfrente de ella, Morrigan asió los cubiertos con tanta fuerza que sus nudillos quedaron blancos, algo a lo que Craig no fue indiferente.

Durante toda la cena, Morrigan estuvo inusualmente callada. Craig la miraba continuamente de reojo, y no podía evitar mirar hacia donde se encontraba sentado Keith Cameron, que apenas había abierto la boca durante gran parte de la cena y se mostraba apático con lo que sucedía a su alrededor, incluso podría decir que enfadado. Sin embargo, Craig debía atender a las palabras del resto de soldados sentados en su mesa y los trató como pudo a pesar de que su mente estaba puesta únicamente en dos de comensales.

Cuando la cena acabó y Craig se quedó hablando con dos de los oficiales que habían estado presentes en su mesa, Morrigan vio al otro lado del salón que Keith desaparecía imperceptiblemente, ya que todos los soldados estaban

tratando el delicado tema de una posible banda que robase debido a la subida de impuestos.

Morrigan miró a su alrededor y vio que en un lado del salón se encontraban las mujeres de los hombres allí presentes, sin embargo, descubrió que aún no había sido vista por ninguna de ellas y, disimuladamente, se escabulló por la puerta sin que nadie notara su presencia. Cuando la joven estuvo en el pasillo, se abanicó fingidamente y cuando vio que no había nadie a su alrededor que pudiera descubrirla, Morrigan se dirigió hacia el despacho, que, por lo que había oído, se encontraba al final del pasillo de aquel mismo piso.

Morrigan agradeció no haberse cruzado con ningún sirviente de Wilson durante el trayecto y antes de abrir la puerta, se aseguró de que nadie la viera entrar en la estancia, donde ya la esperaba Keith.

—Has tardado —fue lo primero que le dijo.

—No sé qué demonios te pasa conmigo, pero si tienes algún problema, no sé a qué esperas para contármelo.

Keith la miró con el ceño fruncido, pero al instante lo suavizó y soltó el aire contenido.

—Estoy nervioso, solo es eso.

—¿Y crees que yo no? Y no te trato así... —Morrigan suspiró y se acercó a él, que se encontraba cerca de la mesa de madera que había en el centro del despacho—. ¿Dónde guardará este *sassenach* el dinero?

—Tal vez en un doble cajón como Davis... —respondió Keith.

Morrigan asintió, pero torció el gesto.

—Pero sabe que han robado de un cajón doble, por lo que puede que lo haya cambiado.

Morrigan se dirigió hacia un reloj de pie que se encontraba justo al lado de la ventana. Le había llamado la atención que este se encontrara parado. Frunciendo el ceño, abrió la puerta de cristal y miró los péndulos para descubrir, con sorpresa, que Wilson había guardado su dinero dentro de ellos.

Con una sonrisa, se giró hacia Keith y le mostró los fajos:

—Aquí está el dinero —dijo levantándolo.

—Ahora me vas a contar para qué demonios quieres tú ese dinero —dijo una voz ronca desde la puerta del despacho en la más completa oscuridad.

CAPÍTULO 12

Keith se giró rápidamente, sacó la pistola que guardaba entre los pliegues de su chaqueta y apuntó directamente a la cabeza de la sombra que había en la jamba de la puerta. Aún no habían reconocido a la persona que los había descubierto, pero cuando este se adelantó unos pasos y la luz del candil le dio directamente en el rostro, los fajos de billetes que Morrigan tenía entre las manos cayeron al suelo por la impresión. Su corazón comenzó a latir con fuerza y pensó que en cualquier momento iba a caer al suelo debido a que sus piernas temblaron como nunca lo habían hecho. Frente a ellos estaba Craig y los miraba con una mezcla de sorpresa, indignación y odio, especialmente esto último a Keith.

Craig paseaba la mirada de uno a otro al tiempo que se aproximaba a ellos. Cuando Keith lo reconoció, bajó el arma enseguida, pero la mantuvo en su mano a modo de posible defensa.

—Así que sois vosotros... —dijo.

Craig detuvo la mirada sobre los ojos de Morrigan y mostró su enfado, que iba en aumento.

—Tu padre tiene que vivir escondido por culpa de los robos y ahora vas tú y haces lo mismo.

—Craig, no puedo dejar que la gente pase hambre por culpa de los impuestos.

El aludido sonrió sarcásticamente.

—Así que pones en riesgo tu vida por una buena causa.

Después miró a Keith y, antes de que este pudiera hacer algo, le propinó un puñetazo, que lo lanzó unos pasos hacia atrás. Este llevó la mano en la que portaba el arma hacia su labio, de donde manaba un hilo de sangre, y después lo miró con auténtico odio.

—Nunca he puesto límites a la amistad de mi esposa contigo, Cameron —comenzó entre dientes—, pero no voy a consentir que incites a Morrigan a robar por un capricho tuyo.

Keith dio un paso hacia adelante para devolverle el golpe a Craig, pero

Morrigan se interpuso entre los dos.

—Él no me ha obligado a nada, Craig. —Morrigan suspiró, enojada—. Fue idea de mi padre.

Craig chasqueó la lengua con enfado y miró hacia otro lado intentando calmar sus nervios, ya que temía que en cualquier momento alguien los iba a echar en falta y los descubrirían allí con los fajos de billetes en el suelo.

—Tu padre... —dijo en un suspiro—. Si tu padre quiere robar, que lo haga él, pero no voy a dejar que ponga en riesgo tu vida. Cuando me obligó a casarme contigo, me comprometí a cuidar de ti, y si dejas que sigas delinquiendo, los *sassenach* acabarán descubriéndoo. La pena por robo, y más en las casas de los altos cargos, es el cadalso, Morrigan. Lo sabes bien.

Después señaló a Keith.

—Espero no volver a tener esta conversación contigo, Cameron.

Acto seguido, agarró a Morrigan del brazo y se dirigió hacia la puerta del despacho. Sin embargo, Keith amortilló el arma y volvió a apuntarle con ella en la cabeza.

—No pienso dejar que trates así a Morrigan —dijo mientras su mano parecía temblar por la ira.

—Keith, por favor —intervino Morrigan para apaciguar los ánimos—, podrían escucharnos.

Craig se adelantó hasta quedarse a solo unos centímetros del cañón de la pistola, miró a Keith a los ojos y le dijo muy despacio:

—No olvides que Morrigan es mi esposa, no la tuya. Parece que es algo que se te ha olvidado. Será mejor que te vayas o daré la voz de alarma y diré que el ladrón eres tú. Te aseguro que hay más de uno en ese salón que daría un brazo por apresarte y ajusticiarte, Cameron.

Sin más que añadir, Craig se dio la vuelta e instó a Morrigan para que lo siguiera. La joven echó un último vistazo a Keith y siguió a Craig el pasillo adelante hacia el salón donde aún había gran parte de los invitados a la cena.

—Ya hablaremos en casa.

—Como digas, esposo... —contestó Morrigan sarcásticamente.

El resto de la velada pasó tan lenta que Morrigan sentía que las paredes del salón se le echaban encima. Se sentía nerviosa, enfadada e impaciente. Por un lado, quería seguir haciendo lo mismo que hasta entonces: tomar el dinero que los ingleses les robaban a ellos por esos impuestos tan sumamente altos y repartirlo entre los que consideraba como sus hermanos, ya que ella solo hacía

que el dinero regresara de nuevo a su verdadero dueño. Por otro lado, estaba tremendamente enfadada con Craig por el modo en que había tratado a Keith. Él no era el responsable de que estuviera allí robando, incluso estaba segura de que el joven se sentía airado con ella debido a que ponía su vida en riesgo. Por eso, le dolía que su marido tratara a Keith de ese modo tan impropio de él, aunque en parte lo comprendía. Sabía que desde que estaban casados se sentía celoso de su relación con Keith.

—¿Te encuentras bien, querida? —Una de las mujeres que se encontraba a su lado y que no conocía de nada llamó su atención, sacándola de sus pensamientos—. Tienes mala cara.

—Sí, es solo que quiero irme a casa —contestó Morrigan sin mucha gana de hablar.

La mujer sonrió y señaló a su espalda.

—Pues creo que tu deseo se va a cumplir.

Morrigan giró la cabeza y vio que Craig se abría paso entre los hombres para llegar a su posición. Su rostro se mostraba más relajado que una hora antes, pero Morrigan lo conocía bien y sabía que solo estaba fingiendo, ya que los puños de sus manos estaban completamente cerrados, mostrando aún la ira que lo consumía por dentro.

—Morrigan, nos vamos —dijo secamente.

La joven asintió y se levantó de su asiento.

—¿Ves lo que te decía, querida? Tu sueño se cumple...

Morrigan le dedicó una sonrisa sincera y se despidió con la mano, sin embargo, una parte de ella no deseaba regresar a casa, ya que eso supondría una charla por parte de Craig que no tenía aliento a soportar.

Cuando por fin estuvieron solos en el carruaje, Craig se dedicó a mirarla durante todo el camino de vuelta. Morrigan agradeció que su casa estuviera cerca de aquella, pues no podía aguantar por mucho tiempo los ojos de Craig sobre ella.

Al cabo de unos minutos, Morrigan fue la primera en descender del carruaje y se dirigió con paso firme hacia su dormitorio, sin esperar a que Craig descendiera y la acompañara. Nunca se había mostrado inferior a él, y no pensaba empezar en ese momento. No obstante, sí escuchaba tras ella los pasos acalorados de su marido que iban tras ella, pero no se giró hacia él en ningún momento.

—¿Eres consciente del peligro que corres al exponerte a robar en casa de

los altos cargos ingleses? —fue lo primero que le preguntó Craig nada más cruzar el umbral de su dormitorio y cerrar la puerta tras de sí.

El tono de voz del joven se veía ligeramente moderado y una parte de él tembló a medida que pronunciaba aquellas palabras, ya que por su mente cruzaron imágenes que no podría soportar ver en la realidad.

—Hago lo que considero que es justo.

—Ya sé que es justo, demonios. Yo no estoy de acuerdo con esos malditos impuestos, pero no podemos saltarnos la ley de esa manera. ¿Sabes lo que ocurriría si os pillaran? Acabarías colgando de una soga, por Dios.

Craig se llevó las manos a la cabeza al tiempo que paseaba de un lado a otro de la estancia. Necesitaba pensar con claridad y verla en su mente colgando en la horca no ayudaba en absoluto.

—Mi deber como soldado inglés es informar sobre los ladrones, Morrigan —dijo muy despacio.

La joven frunció el ceño y se aproximó a él.

—¿Serías capaz de delatarnos? —preguntó, sorprendida.

—¿Tú qué crees?

Morrigan dudó un instante y lo miró a los ojos mientras pensaba la respuesta. En ellos la encontró y le dijo:

—No lo harás.

—Pero has dudado de mí porque has tardado en contestar —replicó, dolido.

Morrigan suspiró y bajó los hombros, derrotada. Craig, al verla de ese modo, acertó la distancia que los separaba, pues no podía soportar verla tan decaída y la abrazó con ternura a pesar del enfado y el terror que corrían por sus venas en ese momento.

—Te quiero demasiado como para hacer algo así, fiera —dijo contra su oído—. Pero me duele que no confíes en mí.

Morrigan se dejó abrazar y toda la tensión vivida durante la noche salió de ella en ese momento, dejándola casi sin fuerzas, por lo que se acomodó entre los brazos de Craig e inspiró con fuerza.

—Confío en ti, es solo que sabía la posición que tomarías respecto a los robos. Sé que mi padre no es objeto de tu devoción y por eso te mentí cuando me mandó llamar aquella noche cuando tú no estabas. Solo quiero hacer lo que es justo.

—Y sé que es un buen acto respecto a nuestros hermanos escoceses,

Morrigan, pero no soportaría que verte encadenada y condenada a morir — dijo mientras le acariciaba la cara con ternura.

—Pero no solo temes eso, Craig —acertó a decir la joven—. Hay algo más. Craig asintió y respiró hondo antes de besarla.

—No puedo soportar verte con Keith Cameron —confesó, celoso—. A él lo conoces desde hace muchos años y a veces creo que tienes más confianza con él que conmigo.

—No debes sentir celos, Craig, es solo un amigo.

—Siento celos de otro que te haya conocido y te haya visto hacer cualquier cosa antes que yo —admitió con la voz ronca.

Morrigan acortó la distancia entre ambos para abrazarlo y besarlo con ternura.

—A ti te he dado lo que nunca le he dado a ningún otro: mi corazón — contestó.

—Lo sé.

Morrigan se dejó llevar por los sentimientos que le transmitía su marido desde que lo conocía y lo besó con pasión, dejando atrás el enfado y cualquier sentimiento de duda respecto a ellos. Ambos dejaron a un lado cualquier otro tema que no tuviera que ver con el amor y el deseo que los invadió a ambos. Necesitaban sentir el cuerpo del otro para asegurar sus sentimientos. En ese momento no había nada más que ellos, ni siquiera la diferencia de ideas podría separar lo que sentían el uno por el otro.

—Te deseo, Morrigan —dijo Craig contra sus labios mientras la empujaba con suavidad hacia la cama.

La joven respondió con un gemido al tiempo que desataba los cordones de sus ropajes para liberar su piel de la convencionalidad de la ropa. El frío reinante en la habitación erizó su piel, pero no le importó, ya que al instante sintió que se incendiaba debido al calor que le producía el tacto de las manos de Craig.

—Mi fiera... —le susurró antes de enterrarse lentamente entre sus piernas.

Morrigan suspiró de placer y lo empujó contra su cuerpo. Quería más. Quería saciar su sed y arrancarse las dudas que más de una vez había percibido.

Los sentidos de ambos se centraron en el amor que los recorría, dejándolos disfrutar de sus cuerpos y haciéndolos llegar al mismo tiempo a las cumbres más altas del orgasmo.

CAPÍTULO 13

Al día siguiente, Craig comía más callado de lo normal y a veces la miraba de reojo, provocando que Morrigan se sintiera incómoda al saber que su marido intentaba decirle algo, pero no sabía cómo.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó finalmente.

Craig suspiró y dejó los cubiertos sobre la mesa antes de mirarla directamente.

—Ya sé que ayer mantuvimos una conversación referente a los robos, Morrigan, pero no puedo evitar preocuparme de nuevo. —Se mantuvo callado durante unos segundos—. Quiero que dejes el grupo.

Craig levantó una mano para hacerla callar cuando la joven abrió la boca para contestar.

—Nunca te he prohibido nada. Desde que nos casamos he dejado que continúes con tu libertad y puedas moverte por donde quieras sin necesidad de darme explicaciones. Confío en ti. Y espero que ahora lo hagas tú conmigo si te digo que eso es muy peligroso. Conozco a William Gordon. Está empeñado en encontrar a los culpables del robo, y es capaz de culpabilizarlos de otras cosas solo para llevarlos a la horca. Ese hombre está loco, Morrigan. Y teniendo en cuenta el pasado conflictivo de tu padre, Gordon es capaz de llevarte a la horca sin un juicio justo, por lo que yo no podría hacer nada para salvarte.

—He aprendido mucho de mi padre, Craig, de sus errores. Y sé cómo hacerlo. Me he comprometido a ello.

—Morrigan, han reforzado la seguridad en esta zona para evitar nuevos robos. Los ojos de centenares de dragones están puestos en cualquier rincón perteneciente a ellos, y no dejarán que vuelva a ocurrir. Anoche fui yo quien os descubrió. ¿Quién lo hará mañana si volvéis a hacerlo?

—Ya está decidido —sentenció Morrigan comenzando a enfadarse—. Si fallo, lo aceptaré con todas las consecuencias. Mi padre me crió para no temer a la muerte, y eso hago.

Craig se levantó de la silla al tiempo que clavaba los puños en la mesa.

—Como marido tuyo, podría ordenártelo, Morrigan. Cualquier cosa por tu seguridad.

—Y yo como tu esposa, me negaría.

—No fue eso lo que juraste el día de nuestra boda —dijo Craig.

—Antes de casarme contigo le juré a mi padre lealtad a mi clan y a mi gente —se defendió la joven levantándose también de la silla.

—Y yo le juré lealtad a nuestro rey. Si me dejo llevar por esa lealtad, debería mandar llamar a Gordon y que os aprese.

Morrigan se alejó de él y le dio la espalda mientras apretaba los puños e intentaba serenarse.

—¿Tu juramento vale más que el mío? Por Dios, Morrigan. Sé que tu causa es muy justa. La valoro y te admiro, solo quiero que pienses con coherencia y me tengas en cuenta. ¿Acaso no ves que intento ayudarte, que solo me preocupo por tu seguridad? ¿Cuántas veces tengo que decirte esto para que me creas? Mi lealtad es para ti y para nuestro rey, aunque prefieras a otro en su lugar.

—Tu lealtad debería ser para nuestro país. Tu madre pondría el grito en el cielo si te escuchara ahora mismo.

Craig esbozó una sonrisa y asintió.

—Lo sé, aunque mi madre siempre dejó que fuera mi padre quien marcara mis ideales. Sin embargo, mi padre tampoco estaría orgulloso de ello. No estoy de acuerdo con gran parte de las actuaciones de los dragones en Escocia. Estoy seguro de que me desheredaría ahora mismo si me estuviera escuchando.

Morrigan mostró una tímida sonrisa en los labios.

—Me aterra la posibilidad de verte en la cárcel, Morrigan. A pesar de conocerte, sé que jamás has visto nada parecido a lo que hay allí.

Craig se acercó a ella y la abrazó por la espalda. Apoyó la barbilla en el hombro de la joven y cerró los ojos.

—Esta mañana he recibido una misiva en la que me requieren en Inverness lo antes posible. ¿Podrías reconsiderar la idea de venirte conmigo?

—Sabes que odio estar sola en los viajes.

Craig sonrió.

—Sabía que dirías eso —contestó, depositando un suave beso en la base de su cuello—. ¿Me prometes que no te meterás en ningún lío antes de que vuelva?

Esa vez fue Morrigan la que sonrió.

—No puedo hacer promesas que no estoy segura de cumplir.

—También sabía que dirías eso. —Se separó de ella—. Espero que estés bien a mi regreso.

A la mañana siguiente, Morrigan despertó con la sensación de estar haciendo algo mal. Una gran parte de ella deseaba haber marchado con Craig a pesar de que no le gustaba el motivo de su viaje. Sin embargo, sentía que debía quedarse allí, ya que mucha gente con la que había crecido se encontraba casi en la indigencia debido a los altos impuestos, por lo que también debía ayudarlos.

Mientras se desderezaba entre las sábanas, escuchó el sonido de unos nudillos llamando tímidamente a la puerta y la voz de una de las sirvientas al otro lado.

—¡Adelante!

La sirvienta entró en el dormitorio con las mejillas teñidas de rojo debido a la vergüenza que le suponía ver a su señora en camisón, lo cual provocó una amplia sonrisa de Morrigan.

—Señora, han traído esta carta para usted a primera hora. Han dicho que era urgente.

Morrigan frunció el ceño y extendió una mano para agarrar la carta que la joven le extendía. Sin más, se dio la vuelta y se marchó, dejándola sola y con la mirada puesta en el sobre lacado que no tenía remitente alguno.

Casi con miedo, Morrigan rasgó el sobre y cogió el papel que había en su interior. Al instante, reconoció la letra de Kendrew y leyó con interés y nerviosismo, ya que solía ser Keith quien le escribiera si tenía relación con el grupo:

Morri, hemos acordado una nueva intervención. Será esta misma noche en casa de Oliver Wood. Nos reuniremos a orillas del río Lochy antes del anochecer.

Atte., K.

Morrigan suspiró tras terminar de leer la carta. Tenía la ligera sensación de que los chicos sabían cuándo estaba su marido fuera de casa para organizar una reunión o golpe, lo cual provocó su sonrisa.

Las horas pasaron demasiado lentas para su parecer, y cuando llegó la tarde, Morrigan se cambió de ropa y se preparó para la ocasión con un pantalón con los colores de su clan y una camisa de color azul oscuro para

pasar desapercibida entre la oscuridad que se venía sobre ellos en una hora. Recogió su pelo en una trenza y la amarró a la base de su pelo para parecer un hombre, se puso una boina y se dirigió aprisa hacia los establos para ensillar a su caballo.

Cuando tuvo todo listo y las armas comprobadas, Morrigan lanzó un suspiro, montó y cabalgó hacia la orilla del río Lochy para reunirse con los demás. Durante todo el camino pensó en Keith y en por qué no había sido él quien la avisara de ese golpe, aunque supuso que todo se debía al desencuentro con Craig, por lo que ahora no sabría cómo mirarlo a la cara.

Poco más de quince minutos después, la joven divisó al grupo. La noche se había echado sobre ellos y solo la luna era la que iluminaba su camino en esos momentos.

—Joder, Morri, pensé que no te había llegado la carta.

—He llegado a la hora acordada. Y da gracias de que no me queje de vuestra decisión de atacar cuando queráis.

Bryan sonrió y le palmeó la espalda como gesto afectivo.

—Venga, Morrigan, no te enfades. Ya tenemos bastante con la cara de vinagre de Keith.

La aludida no había reparado en él hasta que no lo habían mencionado. Fue entonces cuando dirigió su mirada hacia su amigo y lo observó con detenimiento. Tenían razón. El rostro de Keith se mostraba con tal ira que pensó que la culpaba de que Craig los descubriera la otra noche. Miraba con interés las tranquilas aguas del río y parecía absorto respecto a lo que estaba ocurriendo alrededor de él, sin embargo, cuando escuchó su nombre, se giró hacia ellos y modificó la expresión de su rostro tras ver a Morrigan, suavizando sus facciones, aunque manteniendo su seriedad habitual.

—La casa de Wood está a unos minutos de aquí —dijo Morrigan mirando a todos—. Creo que es mejor que decidamos ahora quién entra y quién se queda fuera.

Bryan asintió y dijo con una sonrisa:

—Esto no me lo pierdo.

—Está bien —cedió Morrigan—. Entrad Kendrew, Lean y tú. Keith y yo nos quedaremos fuera.

El aludido abrió la boca para negarse, pero una mirada de Morrigan lo hizo mirar a otro lado mientras apretaba con fuerza la mandíbula y los puños.

—No hay tiempo que perder —intervino Kendrew con una sonrisa.

—Una cosa antes de marchar —llamó su atención—. Estoy segura de que los *sassenach* han reforzado la seguridad en sus casas. Si ocurre algo, será mejor abandonar antes de que nos acorralen y encarcelen.

Asintieron y los cinco cabalgaron hacia su destino con premura, intentando escuchar algún sonido fuera de lo común que pudiera descubrirlos. Sin embargo, todo estaba inusualmente tranquilo.

—Suerte —les deseó cuando se separaron.

Morrigan y Keith se quedaron expectantes escondidos tras unos árboles que daban a la parte trasera de la casa. La joven le dedicó una mirada tranquila a Keith y vio que había vuelto a poner el gesto adusto. Sin poder aguantar, le preguntó:

—¿Te ocurre algo conmigo? Hace días que te encuentro distante y como si te hubiera hecho algo.

Keith calló durante unos momentos mientras pensaba una respuesta a su pregunta. Finalmente, carraspeó y la miró:

—Opino lo mismo que tu marido —comenzó—. No soy partidario de que formes parte del grupo.

Keith levantó una mano al ver que Morrigan iba a quejarse.

—No lo digo por tu condición de mujer. Eres la mujer más valiente y extraordinaria que he conocido, y no quiero que te pase nada. Al igual que Craig, no soportaría verte en el cadalso.

Aquel acto de sinceridad por parte de Keith dejó sin palabras a Morrigan. Y la forma en la que la estaba mirando en ese momento la dejó helada. Ya le había dicho con anterioridad que no veía bien que hiciera lo mismo que su padre, pero en esa ocasión le resultó diferente. Y cuando por fin se vio capaz de contestarle, algo a su alrededor llamó su atención.

—¿Has oído eso?

Keith miró en torno a ellos, sintiendo como si su corazón se parase al instante cuando de entre unos árboles cercanos salieron cuatro soldados ingleses y comenzaron a abrir fuego contra Lean, Bryan y Kendrew, que aún no había logrado abrir la puerta trasera de la enorme casa de Wood.

—¡Alto a la guardia real! —escucharon a lo lejos.

Morrigan dio un paso hacia adelante mientras sacaba su pistola, pero la fuerte mano de Keith la detuvo antes de que una bala impactara donde antes había estado la cabeza de la joven.

—Recuerda lo que has dicho. Debemos irnos antes de que nos apresen.

Morrigan echó un vistazo rápido hacia sus compañeros, que ya huían en dirección contraria a donde se encontraban ellos. Después, miró a Keith y asintió. Morrigan sentía cómo las pulsaciones de su corazón se aceleraban y la adrenalina corría por sus venas.

—Vamos.

—Mi casa está cerca de aquí.

Ambos corrieron hacia los caballos, sin embargo, habían cometido el error de no atarlos a los árboles y con el sonido de los disparos se habían asustado y habían logrado huir antes de que llegaran hasta ellos.

—¡Maldición! —gritó Keith—. ¡Corre!

Morrigan no lo pensó dos veces y se adentró con él hacia la espesura del bosque. Le preocupaba saber cómo se encontraban el resto de chicos, pero se concentró en lo que ocurría a su alrededor. Keith la adelantaba unos pasos, pero miraba continuamente hacia atrás para comprobar que lo seguía y a qué distancia se encontraban los soldados que los seguían.

Morrigan también se giró cuando una bala impactó muy cerca de ella y estuvo a punto de alcanzarla en la cabeza. Fue entonces cuando vio a los dos dragones que iban tras ellos. Sus casacas rojas podían verse desde la distancia con mucha claridad. Estos se encontraban a mucha distancia, pero tenían la ventaja de que iban a caballo, por lo que podrían alcanzarlos en poco tiempo.

—¡Venga! —gritó Keith.

Morrigan dio gracias en ese momento por que los míseros rayos de luna se escondieran tras una nube e impidieran a los soldados verlos con claridad. Ellos contaban con que conocían toda la zona, ya que habían crecido cabalgando y corriendo por aquellos bosques que estaban próximos a sus casas. No obstante, la nube se apartó a los pocos segundos, dejando más visibilidad a los soldados, que volvieron a levantar sus pistolas y apuntaron hacia los ladrones.

Morrigan sintió la quemazón en el costado instantes después de escuchar la detonación de la pistola. Un impulso ajeno a su voluntad la hizo trastabillar y caer al suelo lanzando una exclamación de dolor. La joven intentó ponerse en pie al instante, ya que escuchó los cascos de los caballos cada vez más cerca, pero fueron las fuertes manos de Keith las que sintió sobre ella para intentar levantarla.

—¡Vamos, Morrigan!

La joven se levantó del suelo a pesar del dolor que comenzaba a sentir en

su costado. Notaba que poco a poco la camisa comenzaba a pegarse en su piel debido a la sangre que corría por su espalda y bajaba hasta la cintura del pantalón.

Keith la agarraba de la mano izquierda mientras tiraba de ella para hacerla correr más deprisa. Morrigan se armó de fuerza de voluntad para seguir corriendo, aunque deseaba por todos los medios parar y tomar el aire que ya comenzaba a faltarle en los pulmones. Fue entonces cuando sintió verdadero miedo por primera vez. Un pánico atroz que amenazaba con paralizarla al sentir que podría morir en medio de un bosque en mitad de la noche y habiendo desoído la petición de Craig y el propio Keith.

—Los hemos despistado —dijo Keith disminuyendo la marcha unos instantes—. Ven, conozco un escondite.

El joven volvió a tirar de ella y la condujo hacia un pequeño montículo de piedras que formaban una minúscula cueva donde podrían esconderse de los soldados hasta que hubieran pasado de largo.

—No puedo más, Keith —susurró Morrigan con apenas un hilo de voz.

—Aquí estamos a salvo —susurró Keith mientras la ayudaba a tumbarse y se tumbaba sobre ella, protegiendo su cuerpo.

Se llevó los dedos a los labios para hacerla callar tras escucharla gemir e intentó oír el sonido de los cascos de los caballos, que ya se acercaban a ellos.

—¿Dónde están? —gritó uno de ellos.

—Los he perdido, capitán —contestó un soldado, avergonzado por no haberlos podido seguir hasta detenerlos.

—Malditos sean.

Con lentitud, el capitán aproximó su caballo hacia las piedras donde estaban escondidos. Justo en ese momento, Morrigan sintió un latigazo de dolor en su costado y estuvo a punto de gemir de dolor, pero Keith le tapó la boca con la mano mientras que con la otra sacaba su pistola, preparado para disparar si los descubrían.

El capitán se detuvo justo encima de ellos. Morrigan podía oler desde allí al caballo, que relinchó al sentir la presencia de ambos, pero su jinete solo se mantuvo en aquella posición durante unos segundos, ya que enseguida se dio la vuelta y regresó junto al soldado.

—No podemos perderlos —dijo con odio—. Hay que atrapar a esos malditos escoceses. ¡Vamos!

Segundos después, Morrigan escuchó el ruido de los cascos contra las piedras del camino, pero parecía que estuvieran ya demasiado lejos, pues el dolor de la herida tenía adormecidos sus sentidos y estaba a punto de perder la conciencia.

Keith salió lentamente de su escondite para comprobar que no hubiera nadie más y cuando se volvió para ayudarla salir se dio cuenta de la sangre que había alrededor de Morrigan. Su rostro cambió al instante, perdiendo el color debido a la preocupación.

—¡Morrigan!

Sin embargo, la joven solo era capaz de mantener los ojos abiertos muy ligeramente y apenas tenía fuerzas para contestar.

Keith acertó la distancia entre ambos y la giró para ver cómo era la herida. A su alrededor había bastante sangre y aún manaba de ella un fino hilo por el que podría desangrarse.

—Dios mío, no... —susurró.

Keith volvió a comprobar que estaban solos y repasó mentalmente cuánto tiempo tardaría en llegar a su casa desde allí. Estaba seguro de que en poco más de quince minutos llegaría a sus tierras, por lo que rasgó una parte de su kilt y lo puso alrededor de la herida de Morrigan, que había perdido el conocimiento completamente. Cuando vio que había frenado la salida de la sangre, agarró con delicadeza, pero con fuerza, el cuerpo de la joven y la sacó de entre las piedras. La cargó en brazos y rezó para que los soldados no volvieran a cruzarse en su camino.

—Aguanta, Morrigan —le susurró a pesar de que sabía que no lo escuchaba—. Sé fuerte, mi amor.

Antes de que pasara media hora, Keith atravesó el umbral de la puerta de su casa. Intentó no llamar la atención del poco servicio de que disponía y llevó a Morrigan hacia su dormitorio.

Cuando la depositó sobre la cama, vio que su ropa estaba manchada de sangre, ya que la herida había vuelto a sangrar, aunque en menor medida. Con presteza, dio la vuelta a la joven, colocándola bocabajo sobre el mullido colchón y corrió hacia una bandeja que había sobre el aparador donde solía tener una botella del mejor whisky. Con fuerza, arrancó varios trozos a la sábana para limpiar la herida. Con delicadeza, apartó la tela del kilt que antes había colocado para taponar la herida y rasgó la camisa de la joven, dejando al descubierto su espalda desnuda. Vio, con horror, que la bala aún estaba

incrustada en la carne de la joven, provocando que la sangre siguiera manando sin parar y ya estuvieran manchadas las sábanas.

Sin ninguna otra cosa con la que poder ayudarse, Keith sacó la daga del cinto y echó sobre ella una buena cantidad de whisky para desinfectarla. Después, con toda la delicadeza que pudo reunir, introdujo la punta de la daga en la herida. Morrigan, al sentir el dolor, se movió ligeramente, pero Keith pudo frenarla a tiempo antes de que la hoja de la daga hiciera la herida más grande.

—Calma... —susurraba el joven como si le hablara a una niña.

Su corazón latía deprisa y temía que por su culpa, Morrigan sufriera más de la cuenta. Sin embargo, segundos después, la bala salía por la herida y caía sobre las sábanas, aliviando así el dolor que recorría el cuerpo sudoroso de Morrigan.

Acto seguido, aplicó una buena cantidad de alcohol sobre un paño limpio y lo colocó sobre la herida mientras preparaba una aguja e hilo para coser. Desde muy joven tuvo que aprender a coser heridas, ya que en los entrenamientos a los que era sometido siempre salía algún que otro herido, por lo que decidió aprender para poder coser sus propias heridas en caso de tenerlas. Con suavidad, clavó la aguja en la carne de Morrigan y no paró hasta ver la carne unida de nuevo y la salida de la sangre ya frenada.

Cuando terminó, Keith suspiró aliviado y deseó con todas sus fuerzas que se recuperase pronto. Una parte de él se sentía culpable por lo ocurrido, ya que no se había dado cuenta de que la habían alcanzado hasta encontrarse bajo el montículo de piedras. Se sirvió una copa de whisky al tiempo que lanzaba una maldición en gaélico. Todo había salido mal. Habían estado a punto de darles caza esa noche, pero las anteriores tampoco habían salido como esperaban. Deseó poder volver atrás y negarse en rotundo frente al padre de Morrigan y no haberle abierto las puertas de su casa para llevar a cabo semejante locura. Él también deseaba ayudar a sus hermanos de clan que no tenían la misma suerte que él y no gozaban de su posición, pero tenía la extraña sensación de que eso los llevaría a la ruina o, peor, a la muerte.

Mientras paseaba por el dormitorio para calmar los nervios, Keith miraba con detenimiento la espalda desnuda de Morrigan y se preguntó por qué no lograba olvidarla. Aquella mujer apasionada, rebelde, intrépida e indomable le robaba el sueño desde hacía años y, a pesar de todo, no había logrado olvidarla, ni siquiera cuando se alejó de ella durante meses. Aquello había

sido aún peor, pues cuando volvió a verla, sintió una punzada de dolor en su pecho que aún no lo había abandonado. Y tenerla ahora tan débil sobre su cama lo instaba a maldecirse a sí mismo por no haber sido capaz de detenerla.

Sin ser consciente de ello, mientras la observaba, había acortado la distancia, aproximándose a la cama y sentándose junto a Morrigan, que parecía descansar ya más tranquila y en paz. Llevó una de sus manos a la espalda de la joven y la acarició, casi sin posar sus dedos sobre la piel, provocando que esta se erizara con su suave contacto y aumentando la presión que le atenazaba el pecho. Había sentido auténtico pánico cuando la vio herida. Por primera vez en su vida tenía sentido ese terror a la pérdida de alguien, ya que a pesar de estar entrenado para la guerra, no había logrado aprender a arrancarse a Morrigan de la cabeza. Y lo que era peor, tampoco de su duro corazón.

Cuando Morrigan suspiró, Keith se armó de valor y depositó un suave beso en el hombro de la joven y, sin dejar de acariciarla, le dijo al oído:

—Serás mi perdición, muchacha —susurró.

CAPÍTULO 14

Dos días después, el alba llegó con una intensa lluvia que amenazaba con volver a encharcar los caminos y hacerlos intransitables como muchas otras tantas veces. Sin embargo, la lluvia no importó a Keith, que vio como Morrigan abría los ojos por primera vez desde que escaparan de los ingleses. Durante todo ese tiempo, no se había separado ni una sola vez de la joven, temiendo que empeorase y no pudiera hacer nada por salvarla.

—¿Qué ha pasado? —fue lo primero que preguntó.

Keith se sentó sobre el colchón y la tapó con las sábanas para que no se sintiera desnuda ante él.

—Te dispararon —dijo con seriedad.

Morrigan calló y recordó todo lo ocurrido: el robo, los soldados, la huida... El intenso dolor que había sentido en el costado ya había desaparecido, pero tenía un ligero picor en la zona a pesar de tenerla adormecida.

Morrigan se dio la vuelta mientras se tapaba con las sábanas al ver que su torso estaba totalmente desnudo. Un intenso rubor cruzó por sus mejillas, tiñéndolas de carmesí. En su rostro se mostró una expresión de dolor cuando apoyó la espalda contra el colchón, pero suspiró aliviada segundos después.

—¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—Todo el día de ayer y toda la noche.

Morrigan se incorporó de golpe, haciendo caso omiso al dolor de la herida y a Keith, que intentaba volver a tumbarla.

—No hagas grandes esfuerzos. La herida podría abrirse de nuevo.

—Tengo que volver a casa.

Morrigan miró a Keith con ojos suplicantes. A pesar de saber que Craig estaba en Inverness, tenía la sensación de que debía volver a casa cuanto antes. Además, tenía suerte porque la fiebre no había aparecido y se encontraba mucho mejor después de haber descansado durante tantas horas.

Finalmente, Keith suspiró y asintió en silencio, levantándose de la cama y cediéndole una camisa limpia y nueva, ya que la suya había tenido que rasgarla para curarle la herida. Morrigan levantó una ceja al ver que tenía

ropa de mujer y no pudo evitar preguntarle:

—¿Y esto?

—Mejor no preguntes si no quieres saber la respuesta —respondió Keith con incomodidad—. Te dejo sola para que te vistas. Te esperaré abajo mientras ensillo los caballos.

Media hora después y con el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante, Morrigan se dirigió hacia los establos mientras llevaba en su mano una manzana, que mordisqueaba con auténtico placer. Cuando estuvo a su altura, fue consciente de que uno de esos caballos era el suyo, que había huido tras la descarga de los ingleses frente a la casa de Wood.

—¿Cómo los has encontrado?

—Aparecieron al día siguiente frente a la puerta. Supongo que tu caballo siguió al mío hasta que llegaron aquí.

Morrigan sonrió y acarició a su caballo con ternura al tiempo que este le devolvía el gesto cariñoso con una inclinación de cabeza.

—¿Necesitas ayuda para montar? —le preguntó Keith.

Morrigan negó con la cabeza y, con ligereza, montó, no sin poder evitar un gesto de dolor, que enseguida mudó para dedicarle una sonrisa.

—¿Nos vamos?

Keith asintió y cabalgaron a una marcha lenta para evitar que la herida de la joven volviera a abrirse. Durante el camino, Morrigan se entretuvo a observar el bonito paisaje que rodeaba las tierras de Keith, y que siempre le había parecido maravilloso.

—¿Qué piensas, muchacha?

Morrigan se giró y lo miró con la sonrisa aún en sus labios.

—Nada, simplemente me gustan tus tierras.

—¿Y en el fondo de tu alma, qué sientes?

La sonrisa de la joven se esfumó de golpe y llevó su rostro hacia adelante para que Keith no viera que se había ensombrecido. Tras unos segundos en silencio, finalmente suspiró y dijo:

—Desde pequeña había imaginado mi vida totalmente diferente. Siempre me imaginé libre, sin ningún tipo de atadura que asfixiara la libertad de la que siempre he gozado. —Dudó sobre si debía seguir—. Con Craig no me puedo quejar. Nunca me ha prohibido nada, pero desde que formamos el grupo, tengo la sensación de que lo estoy traicionando, y no puedo sentirme libre del todo.

—¿Y el miedo que muestran tus ojos, muchacha?

—No sabía que me conocieras tan bien, Keith Cameron —dijo Morrigan con una sonrisa.

—Te sorprenderías...

Morrigan suspiró.

—La verdad es que después de lo de la otra noche reconozco que siento miedo. Y me odio por ello.

—No creo que te excomulguen por sentirlo...

—Pero yo sí me castigo por ello. Nunca lo he sentido, incluso mi padre intentó inculcarme una vida sin miedo, pero temo decepcionarme a mí misma, a mis ideales y a mis pensamientos.

Keith sonrió por primera vez en mucho tiempo, lo cual llamó la atención de Morrigan, pues la belleza del guerrero aumentó considerablemente.

—¿Crees que yo nunca lo he sentido?

—Venga, ya. No lo creo.

—Pues es cierto, Morrigan. Yo también he sentido miedo. De hecho, sentí un pánico inmenso al ver que estabas herida, y temí perdert... que murieras.

Sin darse cuenta, habían llegado a las inmediaciones de la casa de Morrigan. Todo estaba muy tranquilo por allí, pero la joven no era consciente de nada, ni siquiera de que un par de ojos la observaban desde una de las ventanas, tan solo tenía fija su mirada en Keith y los sentidos puestos en las palabras que acababa de pronunciar.

—¿Tuviste miedo al pensar que moriría?

Sin embargo, Keith contestó. Se limitó a observarla fijamente, aunque durante un instante desvió su mirada hacia los labios de la joven. Los caballos de ambos se habían aproximado tanto que sus piernas se rozaban una y otra vez. Pensó que tal vez al descubrir una parte de los sentimientos de Keith o la fricción de esa parte de sus cuerpos fuera el responsable de que el cuerpo de Morrigan comenzara a aumentar su calor. Puede que incluso fuera la cercanía de la muerte lo que la impulsaba a acercarse aún más a él para cometer la mayor de sus locuras. O puede que se debiera a la cuenta pendiente que ambos tenían desde hacía años, pero Morrigan deseaba fervientemente arrancarle la ropa, y la suya propia, y dejarse llevar por la humedad que sentía entre sus piernas.

—Aún no he averiguado qué es —susurró Keith con la voz ronca—, pero descubriré lo que me atrae una y otra vez hacia esos ojos —Alargó una mano para tomar uno de sus mechones—, hacia este pelo, hacia este rostro...

Sentir el calor de la mano de Keith sobre su mejilla provocó que Morrigan cerrara sus ojos lentamente. Le gustaba lo que emanaba de su cuerpo y también se sentía atraída hacia él de alguna manera incomprensible. Ella amaba a su marido, pero ese guerrero que tenía ante ella lo hacía del mismo modo que Craig. Lo cual le llevó a preguntarse si podría amar a dos hombres a la vez o tal vez lo que sintiera por uno de ellos no era amor, sino otro sentimiento más salvaje o primitivo que no podía apartarlo de ella.

—Yo... —comenzó sin saber qué decir.

—Deberías entrar —sugirió Keith en un susurro.

Morrigan asintió sin aliento a decir ni una sola palabra. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando la mano de Keith se apartó de su rostro y sintió que estaba desnuda a pesar de los ropajes que la abrigaban. Con paso lento, la joven dirigió al caballo hacia los establos, despidiéndose de Keith con la mirada y sintiendo que había dejado pasar una oportunidad única.

Morrigan dejó a su caballo al cuidado del mozo de cuadras, que la miró, sorprendido por la palidez del rostro de su señora, pero prefirió callar y seguir preguntándose dónde habría estado su señora durante el día anterior y toda la noche.

La joven entró por la puerta de las cocinas y se dirigió, con paso cansado, hacia su dormitorio, donde la esperaba alguien que había estado tan preocupado por ella que había estado a punto de poner en alerta al ejército inglés para que fuera en su busca.

—¡Qué escena más bonita! —dijo sarcásticamente el dueño de los ojos que habían mirado desde la ventana.

Morrigan levantó la mirada y vio a Craig, que estaba sentado en el alféizar de la ventana, desde donde podía ver con claridad el lugar donde se había separado de Keith minutos antes. La joven tragó saliva y cerró la puerta tras de sí. En su rostro mostraba un gesto de sorpresa, pues no esperaba a Craig hasta unos días después.

—No sé a qué te refieres —intentó disimular la joven.

—¿No? Hace unos momentos has estado a punto de besarte con Keith Cameron. ¿Me equivoco?

—Pues sí —contestó airadamente la joven mientras dejaba a un lado sus armas—. Entre él y yo solo hay una amistad de muchos años.

—A mí me ha dado la sensación de que había algo más que una simple amistad, Morrigan. ¿Y me vas a negar que has pasado la noche con él?

Morrigan suspiró, cansada.

—No, no voy a negarlo. Pero no es lo que piensas.

La joven comenzó a desnudar su pecho y, tras desabrochar los botones de su camisa, la dejó caer al suelo para mostrar las vendas que cubrían su cintura.

—¿Qué demonios te ha pasado?

—Hace dos noches intentamos robar en casa de Oliver Wood.

Craig asintió.

—Lo sé, por eso he vuelto antes de tiempo.

—Ya... —La joven se dio la vuelta y se quitó el vendaje—. Me dispararon y Keith me salvó la vida.

Craig se acercó lentamente a ella, sorprendido por la enormidad de la herida y asombrado por que su esposa estuviera viva.

—No me he acostado con él si es lo que has pensado.

Craig suspiró y se dejó caer sobre la cama mientras llevaba sus manos al rostro. Morrigan se sentó a su lado y lo rodeó con un brazo.

—Nos avisaron del robo ayer a primera hora. En cuanto lo supe, me excusé y regresé para ver qué había ocurrido, pues los soldados dijeron que habían disparado para intentar cazarlos. Cabalgué sin descanso desde Inverness con el temor de haberte perdido. Y al llegar y descubrir que no estabas... —No pudo continuar—. Pensé que habías muerto en cualquier camino. Por Dios, Morrigan, no me hagas esto.

La joven lo abrazó con más fuerza y sintió los brazos de Craig alrededor de su cintura, aunque con cuidado de no tocar la herida aún fresca.

—¿No puedes olvidar tu estúpido juramento y regresar a tu vida normal?

—Sé que corremos peligro, pero no puedo dejar en la ruina a la gente por culpa de los impuestos.

Craig se separó de golpe y la miró fijamente.

—Durante nuestra reunión en Inverness han llegado a un acuerdo —comenzó diciendo—. Van a bajar los impuestos.

CAPÍTULO 15

Dos meses después, la herida de Morrigan se había cerrado y curado sin dejar rastro alguno de cicatriz, para su sorpresa. Al día siguiente de su regreso a casa, recibió una carta de Keith en la que le indicaba que Lean, Bryan y Kendrew se encontraban en perfecto estado y habían logrado escapar de los soldados ingleses sin que tuvieran opción de ser reconocidos por estos. Tras una larga charla, habían decidido no volver a robar durante algún tiempo hasta que bajaran los ánimos entre el ejército inglés, ya que los caminos de la zona se habían llenado de dragones deseosos de arrestar a los que traían de cabeza a los altos cargos del ejército, especialmente a William Gordon, que se había jurado no parar hasta encontrarlos y ajusticiarlos. A pesar de esto, los cinco no habían dejado de cartearse para tenerse al tanto de las informaciones que corrían por los campos de Escocia.

A parte de eso, una semana después la noticia de que habían bajado los impuestos al mínimo corrió como la pólvora en todos los rincones de las Highlands. Los escoceses habían celebrado aquella bajada por todo lo alto, y los ánimos habían vuelto a ser los mismos que antes incluso de la llegada de los ingleses.

Morrigan vio que Craig también había cambiado. Desde entonces, lo veía más relajado y pasaba más tiempo en casa que de costumbre. Sin embargo, lo que la joven no podía soportar eran las visitas que sus compañeros del ejército le hacían casi a diario para llevarle las últimas noticias sobre encarcelamientos y ejecuciones. Morrigan habría deseado echarlos sin miramientos de su casa y ordenarles que no volvieran a ella, no obstante, a pesar de que un intenso nerviosismo se instalaba en su estómago cuando los veía, la joven sonreía falsamente y los recibía como anfitriona que era.

Pero lo peor no se quedaba ahí. Morrigan, para disimular su pertenencia a una banda de ladrones, se había autoimpuesto la orden de visitar a las esposas de los amigos de Craig para tomar el té, algo que odiaba por encima de todas las cosas. La joven se veía casi incapaz de mostrar verdadero interés por los temas de conversación de aquellas mujeres: telas, vestidos, zapatos y

escándalos amorosos, entre otros, eran los temas que más se escuchaban entre las paredes de las casas que frecuentaba. Cada día que pasaba, odiaba recibir por la mañana la misiva de una de aquellas mujeres invitándola a un té a la misma hora de siempre. Ese mundo era el que menos le gustaba e importaba a Morrigan, sin embargo, sabía por otro lado que le hacía feliz a Craig, especialmente porque si estaba con esas mujeres, no se encontraba robando con Keith y el resto de chicos.

Por eso, tras dos meses llevando a cabo el mismo papel de esposa perfecta, Morrigan dejó tirado el vestido que tenía pensado ponerse para la hora del té de aquella misma tarde y se calzó unos pantalones, una camisa blanca y unas botas de montar para cabalgar por la llanura de sus tierras durante gran parte de la mañana.

Ese día dio paso a la libertad que tanto echaba de menos y que ella misma se había cortado hacía dos meses. Y cuando sintió sobre su rostro el aire fresco de la mañana, ya que el invierno y las bajas temperaturas hacía tiempo que se habían alejado, Morrigan sonrió y espoleó al caballo para ir más deprisa. Necesitaba olvidarse de las convencionalidades a las que se veía sometida por su estatus social y volver a ser la fiera tan famosa entre los Campbell.

A pesar de que temía hacerle daño a Craig con sus robos, Morrigan no podía dejar de sentirse libre cada vez que cometían uno, y la adrenalina que corría por sus venas durante esos momentos la hacía desear más y más. No obstante, debían ser cuidadosos con sus actos y librarse de los soldados que los perseguían.

La joven llegó con el caballo hacia la frontera de sus tierras y observó el bello paisaje que había ante sus ojos. Frente a ella, un extenso valle verde se extendía, ofreciéndole el rocío de la mañana, el cual aspiró y llenó sus pulmones para disfrutar de aquel olor a tierra mojada. Tras pasar varios minutos parada en aquella posición, Morrigan decidió regresar a casa con los ánimos altos para seguir con su vida.

Cuando Craig vio que Morrigan se encaminaba hacia los establos y, tiempo después, salía a cabalgar, suspiró aliviado. A primera hora de esa misma mañana había descubierto en un doble cajón del tocador de su dormitorio un fajo de cartas dedicadas a Morrigan y que pertenecían a todos los miembros de la banda. Maldijo en silencio cuando leyó una a una para ver el contenido de las mismas. Por una parte, se sentía mal al hacerlo, ya que cualquiera diría

que estaba espiando a su esposa, sin embargo, el verdadero motivo de la lectura era comprobar si había algo en ellas que pudiera culpabilizar a Morrigan de robo en caso de que los ingleses acudieran a su casa para ponerla patas arriba e inspeccionarla. Tras comprobar que, efectivamente, hablaban de los robos, Craig las tiró al fuego de la chimenea para borrar las pruebas que incriminaban a Morrigan.

Por este motivo, entró en su despacho antes de que Morrigan se levantara y escribió una carta a Keith Cameron, requiriendo su presencia en esa casa cuanto antes para tratar un tema delicado que lo preocupaba. Tras eso, Craig se la dio a uno de los sirvientes para que la llevara cuanto antes a la casa de su destinatario.

Poco tiempo después de ver a Morrigan con el caballo alejándose de allí, el mismo sirviente que había llevado la carta a Keith apareció en la puerta del despacho:

—Señor, ya ha llegado —le avisó.

—Hazlo pasar —fue la escueta respuesta de Craig.

El sirviente asintió y salió fuera unos segundos. Después, quien entró al despacho no era otro que Keith Cameron, que mostraba el rostro más serio de lo normal y cuyo cuerpo se encontraba en tensión, pues se imaginaba que aquella visita no sería de cortesía.

—Cierra la puerta, por favor —le pidió Craig.

Keith lo hizo en silencio y después se sentó en la silla que el propio Craig le señalaba con amabilidad.

—Me gusta ir al grano, Murray —comenzó Keith—. ¿Para qué me has hecho llamar?

—Sigues tan impaciente como siempre —repuso.

—Tengo cosas que hacer.

—¿Como cartearte con mi esposa? —le preguntó.

Keith sonrió de lado.

—¿Te molesta que escriba a una amiga?

—Sí, si tenemos en cuenta que el motivo es para hacerla delinquir.

—Morrigan es mayor para saber a qué se enfrenta. ¿O acaso no la conoces lo suficiente?

Craig echó el cuerpo hacia adelante y apoyó los codos en la mesa.

—Te aseguro que la conozco mejor que cualquier hombre, Cameron. Te recuerdo que me acuesto con ella...

Keith dejó de sonreír y apretó los puños con fuerza.

—Te repito, ¿para qué me has hecho llamar?

Craig tomó aire y dijo:

—Sé que durante estos dos últimos meses no habéis salido a robar, cosa que agradezco, sinceramente. Sin embargo, sé que habéis escrito a Morrigan, no solo tú, sino también el resto, con nuevas estrategias, nuevas casas o lugares... En fin, que en la sombra seguís intentando que os descubran y apresen a Morrigan por vuestra maldita culpa. Y el más culpable, déjame que lo diga, eres tú, Cameron. Morrigan siempre ha confiado en ti, en tus decisiones y en todo y me da la sensación de que te estás aprovechando de ello para sacar provecho.

—No necesito valerme de nada para enviar a Morrigan a robar. Fue ella quien, por deseos de su padre, tomó esa decisión. Ya le dije a ella que yo no estaba de acuerdo con que robara porque no quería que corriera peligro, pero ella insiste. Por lo tanto, no me queda más remedio que aceptar y seguir con el plan.

—Me gustaría pedirte, como amigo suyo que eres, que intentes convencerla para que lo deje.

—Ya lo he hecho y no ha valido para nada. Si ella lo ha decidido así, no se puede hacer nada para quitárselo de la cabeza.

Craig dejó salir lentamente el aire mientras lo observaba con detenimiento.

—Tengo la ligera sensación de que te gusta estar a su lado.

Keith se encogió de hombros.

—La conozco desde que tengo uso de razón. Crecí junto a ella y, aún no sé por qué, pero me sigue aguantando. Claro que aprecio estar a su lado, cualquiera lo haría.

—No me refiero en el sentido amistoso, Cameron, sino a otro tipo de relación.

Keith sonrió ligeramente.

—Eso a ti no te importa.

Craig se levantó de la silla de golpe.

—Claro que me importa si a quien quieres meter en tu cama es a mi esposa.

Keith se levantó para estar a la misma altura.

—¿Y qué ocurre por eso?

—¿Qué ocurre? —Craig apretó los puños y rodeó la mesa—. Serás malnacido.

El joven levantó el puño para golpearlo, pero Keith fue más rápido y se apartó a tiempo, aunque no lo suficiente como para recibir un segundo golpe de Craig.

—¡Apártate de Morrigan! —vociferó.

Keith contestó a eso con un rechazazo que logró partir el labio de Craig, del que comenzó a manar un hilo de sangre.

—¡Maldito Cameron!

Ambos se enzarzaron en una pelea que llamó la atención del servicio que se encontraba próximo al despacho de los señores de la casa. Dos de las doncellas que llegaron primero se llevaron las manos a la boca, impresionadas por ver a aquellos descomunales hombres peleando y tirando el mobiliario y decoración al suelo.

Morrigan regresó a su casa con una sonrisa en la cara. Sentía que nada ni nadie iba a borrarla durante un tiempo, ni siquiera los aburridos temas de conversación de las inglesas con las que se veía obligada a compartir un té.

Con lentitud, dirigió al caballo hacia los establos y se lo dejó al mozo de cuadras, que la recibió con una ligera sonrisa. Después, cuando estaba a punto de abandonar esa zona de la casa para ir a darse un baño caliente, vio que llegaba corriendo una doncella con el rostro descompuesto de terror.

—¿Qué ocurre? —preguntó Morrigan temiendo que algo terrible hubiera ocurrido en su ausencia.

—¡Señora! —exclamó sin aliento la joven—. Su... esposo...

—Tranquila —intentó calmarla—. ¿Qué pasa con Craig?

La doncella recuperó en cierta manera el aliento y, tras llenar sus pulmones, dijo:

—Se está peleando con el señor Cameron en el despacho, señora.

—¿Qué? —exclamó Morrigan al tiempo que corría hacia el interior de la casa para llegar cuanto antes al lugar del suceso.

Cuando Morrigan estaba próxima al despacho, escuchó los gritos de ambos y a uno de los sirvientes en la puerta intentando llamar la atención de ambos, pero la joven sabía que no harían caso de nadie más que a ella. Por lo que cuando estuvo frente a la puerta, Morrigan tomó aire para gritar:

—¡Qué demonios sucede aquí!

Su voz tronó de tal manera que los aludidos se separaron al instante. Los sirvientes que habían presenciado la pelea se esparcieron por las habitaciones de la casa y los dejaron solos para que solucionaran sus problemas.

Morrigan, al instante, entró en el despacho y cerró la puerta con un sonoro portazo. Los miró detenida y alternativamente a ambos, comprobando las heridas que se habían causado durante la pelea.

Dio unos pasos hacia ellos, que respiraban entrecortadamente, y puso los brazos en jarras:

—He preguntado qué ha pasado —dijo más suavemente, aunque sin perder la seriedad.

Miró primero a Craig en busca de una respuesta, pero este miraba con odio a Keith, por lo que dirigió la mirada a este, esperando que abriera la boca.

—Estábamos limando asperezas.

Morrigan levantó una ceja, escépticamente.

—¿A puñetazos? Qué gran idea. —Morrigan cerró los puños y los mostró a ambos—. ¿Con cuál empiezo?

—Hablabamos de tu pertenencia al grupo —confesó Craig.

—¿Y esa es vuestra forma de hablar? Parecéis niños.

—Reconozco que nos hemos excedido —dijo Craig.

Keith asintió, pero sin mirar a este, tan solo mantenía sus ojos sobre Morrigan.

—¿Y qué os ha llevado a las manos?

Craig suspiró.

—Le he pedido que te dejen fuera del grupo. Solo eso.

—¿Y lo que yo pienso no cuenta? Deseo estar con ellos. Deseo hacerles pagar a los ingleses por lo que están haciendo y por lo que ya han conseguido. No puedo quedarme con los brazos cruzados. No pienso dejarlo. Más vale que te hagas a la idea, Craig.

El aludido hundió los hombros, decepcionado y derrotado por ella.

—¿Es tu última palabra?

—Lo es.

Craig se dirigió a la puerta y la abrió para marcharse. No obstante, se giró y la miró a los ojos:

—Entonces, te estás condenando.

CAPÍTULO 16

Tras dos semanas en las que no tuvo contacto alguno con Keith, Morrigan bajaba las escaleras cuando Craig entró en casa como una exhalación. El gesto de su rostro mostraba preocupación y la joven supuso que tenía algo que ver con los robos.

Durante todos esos días, apenas habían vuelto a hablar del tema, de hecho, Craig intentaba pasar el mayor tiempo fuera de casa, lo cual preocupaba y dolía a Morrigan de igual manera. Se sentía despreciada y rechazada por él, e incluso había llegado a pensar que había otra mujer en alguna otra parte de Fort William que lo aliviaba durante las noches que su marido se encontraba fuera de casa.

Sin embargo, había intentado centrarse en el tema que la traía de cabeza durante meses, los robos. Estaba segura de que su padre estaba pensando hacer algo a lo grande, ya que siempre había funcionado así, por lo que tal vez durante esas semanas no había tenido contacto alguno con los chicos.

Por eso, cuando vio llegar a Craig con aquel gesto, creyó que se trataban de noticias de su padre. No obstante, las palabras de su marido no le gustaron en absoluto.

—Esta noche tenemos una importante cena en casa de William Gordon.

—¿Gordon? —se quejó.

Morrigan resopló con enfado y bajó los últimos escalones que la separaban de Craig. No le hacía ninguna gracia volver a ir a la casa de Gordon, y menos desde que sabía que estaba poniendo todo su empeño en encontrar a los culpables de los robos, ofreciendo importantes sumas de dinero a quien diera alguna pista sobre ellos.

—Lo siento, pero tenemos que ir ambos. Al ser una invitación oficial, también tienes que venir tú —dijo secamente, y se marchó, dejándola sola en el vestíbulo.

Morrigan lo siguió con la mirada, estupefacta por el trato que recibía de él. Por una parte, entendía su enfado hacia ella, ya que se jugaba mucho con la información que tenía en su poder y no ofrecérsela a sus superiores. Por otra,

ella siempre había entendido que él se dedicara al ejército británico, incluso lo apoyaba con sus idas a las cenas. Por eso, le habría gustado que una parte de él la apoyara en su idea de liderar el grupo.

El día pasó demasiado rápido para su gusto. Durante toda la tarde, una de las doncellas la había ayudado con su vestido y su peinado para intentar llegar a tiempo a la hora acordada. No querría hacer esperar a Craig y enfadarlo más de lo que ya estaba con ella.

Por eso, cuando la doncella terminó, Morrigan se dirigió directamente al despacho donde, seguramente, estaría Craig esperándola, ya que siempre se preparaba con tiempo de sobra para tomar algo de beber. Y, efectivamente, allí se encontraba su marido, mirando el anochecer por una de las ventanas y girando lentamente el contenido de su copa.

—Ya estoy lista —dijo Morrigan tras carraspear.

Craig se giró hacia ella al escuchar su voz y la observó en silencio durante un momento con el rostro imperturbable. Inmediatamente después, vació la copa y la dejó sobre una mesita. En silencio, se dirigió hacia ella y le dijo:

—Vamos.

Morrigan apretó los puños tras verlo salir sin decirle ni una sola palabra más. Respiró hondo e intentó calmarse. La joven se mordió la lengua para evitar decirle lo que pasaba en ese momento por su mente, y cuando estuvo más tranquila, salió del despacho para dirigirse hacia el carruaje que los estaba esperando.

Durante todo el trayecto hacia la casa de William Gordon ambos se mantuvieron en completo silencio. La tensión entre ellos podía cortarse con un cuchillo, y cada uno intentaba por todos los medios no mirarse. Morrigan estaba enfadada con él porque no entendía su comportamiento, que consideraba que rozaba lo infantil. Craig, por su parte, no pasaba ni un solo día en el que no rezase para que el tema de los robos llegase a su fin y sus compañeros ingleses dejaran de buscar a los culpables o que el grupo de Morrigan se disolviera antes de que fueran descubiertos.

Durante una parte de ese trayecto, Craig miró de reojo a Morrigan mientras esta dirigía la mirada hacia la oscuridad reinante fuera del carruaje. Estaba realmente preciosa aquella noche. Le habría gustado decírselo en cuanto la vio aparecer en el despacho de su casa, pero su orgullo malherido le impidió hacerlo. Estaba realmente enfadado con ella. La amaba por encima de cualquier otra cosa y no quería perderla, pero la obstinación de la joven por

pertenecer a ese grupo, liderado por ella misma, podría acarrearle una muerte que no deseaba. Sabía cómo se las traían los soldados que trabajaban en la cárcel de Fort William y temblaba solo de pensar que Morrigan pudiera pasar una sola noche en ese lugar. La sentía cada vez más lejos y una parte de él estaba seguro de que se debía a que mantenía una relación más estrecha de lo que pensaba con Keith Cameron, sin embargo, confiaba en ella y deseaba estar equivocado.

Lo que su corazón sentía por la joven era más fuerte de lo que hubiera imaginado jamás. Morrigan era una mujer extraordinaria que cualquier hombre de acción desearía tener junto a él, por eso se sentía tremendamente afortunado, y sabía que más de un compañero suyo desearía tenerla al menos una noche enterrada entre sus sábanas, lo cual le hacía sentirse aún más afortunado por tenerla a su lado.

Craig lanzó un suspiro de puro agotamiento mental y frustración por no poder hacer nada para cambiarle de idea y miró hacia otro lado intentando pensar en el motivo que había llevado a William Gordon a celebrar una cena con tanta premura y de manera urgente.

Cuando Craig suspiró, Morrigan se volvió hacia él y lo miró de frente. Había sentido sobre ella la mirada de su marido durante todo el tiempo, pero no fue hasta entonces cuando se decidió a mirarlo. Le dolía hasta lo más profundo de su ser la situación en la que se encontraban. Los ideales de ambos nunca habían sido el mayor de sus problemas, ya que habían aprendido a convivir con ellos y respetarlos el uno hacia el otro, y viceversa. Sin embargo, Morrigan culpaba a los ingleses de la situación en la que se encontraba su matrimonio en ese momento. Si ellos no intentaran ahogarlos a impuestos, su padre jamás habría vuelto a formar un grupo de ladrones y todos seguirían con sus vidas tranquilas.

Morrigan se sentía culpable, pero intentaba que aquella culpabilidad no amargara el paso de los días. Lo amaba, sí. Amaba a Craig por encima de todas las cosas. A pesar de sentir algo especial por Keith, lo que tenía con su marido era diferente; era algo tan salvaje y primitivo, y a la vez tan sensual y delicado, que su corazón latía con demasiada fuerza cuando se encontraba a su lado. Y su alma no podía encontrarse muy lejos de la de su marido durante mucho tiempo, ya que sentía que lo necesitaba para poder subsistir.

—Ya estamos, señores —dijo el conductor del carruaje.

Morrigan estaba tan metida en sus pensamientos que no había reparado en

que el carruaje se había detenido y que ya estaban en el jardín que rodeaba la casa de William Gordon. *Otra vez aquí*, pensó mientras torcía el gesto.

Cuando la puerta se abrió, dejó que Craig fuera el primero en bajar mientras ella respiraba hondo para intentar calmar los nervios que la atenazaban, ya que tenía un mal presentimiento.

El mismo mayordomo que los había recibido la última vez fue quien recogió sus chaquetas, no sin antes lanzarle una mirada de odio a Morrigan, que miró hacia otro lado con una pequeña sonrisa en los labios.

Pasando su mano por el brazo que le ofrecía Craig, Morrigan caminó con decisión hacia el salón donde ya se encontraban casi todos los asistentes a la cena. La joven echó un vistazo y se dio cuenta de que allí se encontraban las mismas personas que habían asistido a la última cena que celebró el anfitrión, entre los que se incluía Keith, a quien vio cerca de la puerta degustando una copa de whisky. Este se encontraba solo y no parecía tener ansias por entablar una conversación con ninguna persona de las que había a su alrededor. De hecho, Morrigan descubrió que su gesto se encontraba más serio de lo normal, rozando el enfado. Gesto que no cambió en absoluto cuando los vio llegar, aunque Morrigan tuvo la sensación de que, al igual que ella, Keith también se encontraba nervioso.

Le habría gustado acercarse a él y preguntarle cómo se encontraba, especialmente después de su pelea con Craig. Sin embargo, este la condujo hacia el lado contrario a él y charló animadamente con otros soldados mientras ella le dirigía miradas furtivas a Keith.

Durante el tiempo en el que estuvieron tomando unas copas antes de la cena y durante la misma, apenas nadie habló del verdadero tema que los había llevado hasta allí esa noche, lo cual produjo que los nervios de Morrigan aumentaran hasta llegar a pensar que los habían convocado allí para detenerlos esa noche. Sin embargo, al finalizar la cena, Gordon se levantó de su asiento con una sonrisa en los labios y propuso ir hacia otro salón, donde les haría partícipes de una de las mejores noticias de las últimas semanas.

Cuando Morrigan escuchó aquellas palabras, entendió al instante que no serían buenas noticias, sino al contrario, o al menos no lo serían para los miembros del grupo o todos los escoceses. Con un ligero temblor en las manos, con las que apenas podía sostener la copa que le habían cedido para brindar, Morrigan y Craig se dirigieron hacia ese salón, donde ya los esperaba Gordon con su copa entre las manos.

—Entrad, amigos, entrad —les pidió haciendo un gesto con las manos.

Un murmullo se levantó al tiempo que todos los asistentes rumoreaban sobre el tema que guardaba Gordon con tanta expectación.

Cuando el anfitrión vio que todos estaban allí, levantó las manos para que callaran y lo escucharan con atención.

—Señores, señoras... —Levantó su copa hacia ellos—, es un honor para mí comunicarles lo siguiente. Esta última semana he estado hablando con nuestro querido rey y me ha pedido algo con extrema urgencia. Debido a los robos que se han sucedido en los últimos tiempos, hemos decidido castigar a estos ladrones que intentan quitar a nuestro rey lo que le pertenece.

Morrigan bajó la mirada al suelo al tiempo que respiraba hondo para intentar no contestar a Gordon, pues la ira comenzó a invadir sus entrañas y sentía que iba a estallar en cualquier momento.

Consciente de lo que estaba sintiendo su esposa, Craig levantó una mano y la llevó al brazo de la joven, que acarició con suavidad antes de apretar ligeramente para obligarla a calmarse.

Las palabras de Gordon hicieron que la joven volviera a levantar la cabeza y mirase al frente, pues lo que estaba a punto de escuchar le habría hecho sacar la pistola allí mismo y matar al mismísimo rey inglés en caso de estar presente en la cena.

—Los impuestos volverán a subir —Dejó unos segundos de expectación en los que sonrió ampliamente—, pero esta vez serán triplicados.

Un murmullo de aprobación se escuchó a su alrededor, sin embargo, los ojos de Morrigan se abrieron tanto que estuvieron a punto de salirse de sus órbitas. No podía creer lo que acababa de escuchar, pero al sentir sobre su brazo los dedos de Craig clavándose en su piel se dio cuenta de que era real, que los impuestos subirían hasta hacer perder la vida por culpa del hambre a gran parte de la población de Escocia.

Con el rostro demudado y pálido miró a Craig, que también mostraba un gesto sorprendido, aunque intentaba disimularlo para evitar que los soldados que había a su alrededor descubrieran que no estaban de acuerdo con las palabras de Gordon y la decisión del mismísimo rey.

Lo escuchó carraspear y cerrar los ojos unos segundos para intentar calmarse hasta que volvió a elevar la mirada, una mirada fría y distante, la misma que debía mostrar ella ante aquellas declaraciones. Sin embargo, Morrigan no podía dejar de pensar en las miserias que pasarían a partir de ese

instante a lo largo y ancho del país, por lo que un odio intenso comenzó a recorrer su cuerpo, provocando que llevara su mano hacia los pliegues de su falda a la altura de la cadera, donde siempre guardaba un bolsillo con una daga. La joven tocó la empuñadura de la misma, pero la voz de Craig llamó su atención:

—Ni se te ocurra, Morrigan —dijo suavemente.

Su marido comenzó a acariciarle la espalda suavemente y no fue hasta pasados unos segundos que Morrigan sintió una pequeña calma. Después dirigió su mirada hacia donde se encontraba Keith, que también parecía querer saltar sobre Gordon y matarlo allí mismo, pero lo vio darse la vuelta y dirigirse hacia el fondo del salón mientras los allí presentes estallaban en aplausos:

—¡Bravo! —gritó alguien cerca de Morrigan.

La joven no podía creer lo que escuchaba a su alrededor, pero menos aún cuando vio que Craig se obligaba a sí mismo a aplaudir.

—Es mi deber —creyó leer en sus labios.

Morrigan asintió. Entendía que su marido se debía a ese ejército, pero no soportaba ver cómo se alegraban todos por algo que llevaría a la ruina a los que aún no la habían rozado.

—¡Disfrutad de la fiesta, camaradas! —gritó Gordon desde la misma posición.

Al instante, todos los presentes se dispersaron por todo el salón, tomando copas que llevaban los camareros y que degustaban de un solo trago. El ambiente a su alrededor era de fiesta total, aunque para Morrigan era todo una locura. La joven se mantenía quieta en el mismo sitio desde donde había escuchado las palabras de Gordon, sin embargo, se dio cuenta de que se había quedado sola, pues un compañero del ejército se había llevado casi a rastras a Craig, que la miraba con preocupación.

Morrigan miraba a su alrededor como si estuviera ida y no supiera qué estaba ocurriendo hasta que sintió una mano a su espalda que llamó su atención.

—Señora Murray —La voz de Keith la despertó al instante—, ¿sería tan amable de concederme un baile?

Morrigan lo miró con el ceño fruncido, ya que sabía que Keith no era una persona a la que le gustara bailar, sin embargo, asintió en silencio y se dejó llevar hacia el centro del salón, donde varias parejas bailaban al ritmo de la

orquesta que Gordon había contratado para la ocasión.

Morrigan sintió un escalofrío cuando la mano de Keith se apoyó en su cadera y el calor que manaba de ella atravesó la tela de su vestido y llegó hasta su piel. La joven notó como si la atravesara un puñal que solo le daba placer. Incluso durante unos segundos le dio la sensación de estar flotando en el aire, como si nadie más hubiera a su alrededor y estuvieran solos. Y la mirada que le dirigía Keith no ayudaba en absoluto. Este parecía querer traspasarla y llegar a lo más hondo de su corazón para descubrir sus secretos, especialmente, qué era lo que la joven sentía por él. Sin embargo, Morrigan era imperturbable en ese momento y Keith no pudo lograr su objetivo.

El joven miró a su alrededor y vio que estaban demasiado rodeados por los bailarines como ellos, por lo que la dirigió hacia uno de los puntos más externos del salón para estar más solos y resguardados de las miradas indiscretas.

—No sabía que fueras tan buen bailarín —se burló Morrigan cuando estuvieron por fin solos.

Keith esbozó una pequeña sonrisa y la miró a los ojos al tiempo que acariciaba con suavidad su espalda.

—Únicamente cuando bailo con una mujer tan bella como tú —fue su respuesta.

Morrigan se quedó sin palabras, aunque sintió que sus mejillas se tornaban de color rojo y provocando que se quedara callada durante un largo rato.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó en voz baja sacándola de sus pensamientos.

—¿Tú qué crees después de escuchar lo que ha dicho Gordon?

—Entonces, solo nos queda hacer algo para que tus sentimientos vuelvan a ser los de antes...

Morrigan sonrió y asintió.

—Que empiece la verdadera fiesta...

CAPÍTULO 17

Después de la fiesta en casa de Gordon, el grupo se había vuelto a reunir en casa de Keith a primera hora de la mañana, incluso Morrigan había asistido a pesar de que Craig le había pedido que no lo hiciera, y habían decidido actuar en consecuencia según las palabras de Gordon aquella noche. No podían dejar que el país cayera en la ruina mientras ellos se enriquecían a sus espaldas y celebraban fiestas con el dinero que tanto les costaba conseguir.

Durante las semanas siguientes a aquella reunión clandestina, el grupo liderado por Morrigan dedicó todas las noches a hacer justicia, robando en varias casas en las que vivían ya no solo soldados, sino cualquier persona llegada de Inglaterra que tuviera una posición social de renombre. Incluso habían decidido salir de los alrededores de Fort William, lo cual podía provocar que fueran descubiertos con más facilidad, pues aquellas zonas no eran tan conocidas por ellos como las más cercanas a sus hogares.

No obstante, pensaban que era la mejor decisión que habían podido tomar, ya que en las casas de los ingleses acaudalados encontraban más dinero que en las de los soldados, que apenas tenían dinero en sus despachos debido a los robos. Todo lo que habían recaudado durante esas semanas había sido repartido por Lean, Bryan y Kendrew a lo largo de toda la geografía escocesa, sin dejar fuera a ningún clan.

Desde que Gordon hizo oficial la subida de impuestos, gran parte de los escoceses se había sumido, como ya esperaban, en la más absoluta ruina y no podían pagar lo que les era requerido, incluso más de uno había pagado con su vida, debido a que se había levantado contra ellos para evitar que les quitaran sus casas. Según contaba Keith, los jacobitas se contaban ya por miles y algunos estaban comenzando a recaudar dinero por su cuenta para comprar armas y munición para un posible levantamiento contra el rey inglés para recuperar el trono que le pertenecía a su verdadero rey. Los escoceses no temían una guerra, aunque sí que sus hijos pasaran hambre y murieran antes de que pudieran comprar lo suficiente para el próximo invierno.

Y durante todo ese tiempo, Craig era consciente de que Morrigan salía

todas las noches, aunque nunca estaba seguro de volver a verla cuando el alba llegara. Ya había perdido la esperanza de poder convencerla, aunque dentro de él se sentía realmente orgulloso de lo que estaban consiguiendo, pues al día siguiente del robo siempre recibía una misiva de su superior en la que le comentaban lo sucedido. Él no hablaba de todo eso con Morrigan, pero le habría gustado abrazarla y darle ánimos para que siguieran así, pues le había llegado una carta de su propia madre, escrita de su puño y letra, en la que le comunicaba la situación del clan Murray.

Craig sentía que no podía más con la situación de tener que guardar silencio respecto a lo de su esposa, y a veces pensaba que su superior sabía algo y solo intentaba que confesara la verdad. Había momentos en los que se sentía atrapado en una telaraña de la que no podía salir, por eso, después de un mal día y una noche en la que apenas había logrado pegar ojo, Craig recibió a Morrigan en las cocinas antes de que el servicio se levantara y comenzara con sus quehaceres.

Craig se encontraba a oscuras, de pie y con los brazos cruzados cuando Morrigan entró en la casa intentando no hacer ruido. Cuando levantó la mirada y lo vio, la joven no pudo evitar un respingo por la sorpresa y estuvo a punto de llevar su mano a la pistola y agarrarla. Sin embargo, cuando vio que se trataba de Craig, frunció el ceño.

—¿Qué haces aquí?

—No he podido dormir en toda la noche —dijo secamente.

—Yo tampoco —contestó la joven—, así que si me disculpas...

Morrigan intentó sobrepasarlo, pero Craig la detuvo por el brazo y la obligó a volverse hacia él.

—¿Se puede saber qué haces?

—Creo que Gordon os está cercando, Morrigan. Ha doblado la vigilancia en toda la zona. No hay ni un palmo de suelo escocés que no esté vigilado por sus soldados. Y temo que en cualquier momento me requiera.

—¿Y qué harías?

—No podría negarme, Morrigan. Me pondrías en un aprieto.

—Estamos ayudando a gran parte de los clanes, Craig. No te imaginas la situación en la que se encuentran. No pienso dejarlo ahora.

—No te pido que lo dejes —dijo para sorpresa de su esposa—, solo que tengas cuidado. Ya no voy a pedirte eso, sino que te cuides.

—¿Y ese cambio?

Craig se encogió de hombros.

—Ayer vi a una familia que conocía desde muy pequeño pedir un mendrugo de pan a un compañero mío, y este se lo negó dándole una patada a pesar de su avanzada edad.

—Si te lo pidiera, ¿te unirías a nosotros? —le preguntó con la esperanza de que así fuera.

Craig sonrió con tristeza.

—Sabes que no podría. —Carraspeó—. Pero estaría encantado de unirme a vosotros.

Morrigan sonrió y acortó la distancia entre ambos para besarlo con pasión. Necesitaba cortar la tensión que había entre ellos después de tantas semanas. Quería volver a sentir lo que había entre ellos, aquel amor del que tanto habían hablado entre ellos y se habían demostrado durante años, y por culpa de aquella situación habían dejado a un lado en el más absoluto olvido.

Craig la recibió con el mismo ímpetu. No podía seguir fingiendo la indiferencia de esos últimos días. La amaba, y con su actitud lo único que había conseguido era alejarla aún más de él. Y en ese momento la deseaba como nunca lo había hecho. La tensión, la ira y el desasosiego se habían interpuesto entre ellos meses atrás y les había costado mucho llegar hasta ese momento en el que dejaron a un lado sus diferencias para amarse como lo habían hecho hasta que el padre de Morrigan había vuelto a aparecer en sus vidas.

—Házmelo aquí —susurró Morrigan mientras se quitaba la chaqueta y comenzaba a desabrochar parte de su camisa.

La joven tiró al suelo la ropa y se tumbó junto a ella, sintiendo contra su espalda el intenso frío de la piedra.

—¿No preferirías mejor el colchón de nuestro dormitorio a un frío y duro suelo?

Morrigan negó con la cabeza al tiempo que dirigía sus manos a la bragueta de Craig, para sorpresa de este. El joven se dejó hacer, disfrutando de la desinhibición de su esposa y cerrando los ojos tras sentir las hábiles manos de Morrigan sobre su miembro.

—Hoy lo quiero todo duro, querido —dijo de forma desenvuelta.

Sin esperar más palabras, Craig se arrodillo en el suelo frente a Morrigan y la besó con pasión, sintiendo las manos de esta sobre sus hombros y apretando con fuerza cuando dirigió su mano a la entrepierna de la joven.

Morrigan lanzó un gemido de placer mientras se retorció de rodillas sobre el suelo. La joven echó la cabeza hacia atrás y arqueó su cuerpo para sentir aún más el roce de los hábiles dedos de su marido. Este comenzó a moverlos más deprisa a medida que los gemidos de Morrigan aumentaban y su entrepierna se humedecía de placer.

—No pares —gimió la joven antes de sentir como recorría su cuerpo el primer orgasmo de la noche.

Cuando los espasmos cedieron, Morrigan se dejó caer contra el suelo y empujó a Craig hacia ella. Quería sentir el peso de su cuerpo y acariciarlo sin un ápice de la ternura que había mostrado en otras ocasiones en su vida. Lo besó con avidez al tiempo que lo empujaba y lo lanzaba contra el suelo. La joven ahogó una exclamación de sorpresa de Craig con su boca mientras se colocaba sobre su marido y llevaba una de sus manos hacia la palpitación que había contra su vientre. Cegada por la pasión, Morrigan lo agarró y lo dirigió a su entrepierna para después suspirar de placer al sentir como aquel trozo de carne palpitaba dentro de ella.

Morrigan sintió las manos de Craig en su cadera, después apoyó las manos en el pecho de él y comenzó a moverse sobre él de manera ininterrumpida. Sus pechos se agitaban al mismo tiempo que se movía sobre el musculoso cuerpo de Craig. Este levantó ligeramente la espalda del suelo y llevó uno de los pezones de la joven a su boca para saborearlo, provocando que Morrigan gimiera más fuerte.

—No pares, amor —susurró Craig al sentir que estaba próximo a acabar.

Morrigan comenzó a moverse aún más deprisa. Deseaba darle placer a su marido y volver a conectar con él después de todo ese tiempo de frialdad. Su placer también estaba cerca hasta que, segundos después, Craig se derramó dentro de ella mientras Morrigan gritaba su nombre.

Cuando Morrigan despertó al día siguiente, no recordaba cómo había llegado hasta su cama, aunque su mente sí recordaba lo que habían hecho Craig y ella en las cocinas. Una sonrisa apareció en sus labios mientras esbozaba una sonrisa de felicidad. Al fin había logrado acortar las distancias con Craig y volver a ser como hacía tiempo que no eran.

Morrigan abrió los ojos y se descubrió sola en la cama. Las sábanas ya estaban frías, por lo que supuso que Craig hacía tiempo que había abandonado el lecho para dirigirse a alguno de sus quehaceres.

La joven se despezó y decidió levantarse. No podía estar más tiempo

entre las sábanas mientras muchos de sus paisanos tenían hambre. Como jefa del grupo, debía decidir a quién darían el próximo golpe, y debían hacerlo esa misma noche, a más tardar al día siguiente.

Le había encantado descubrir que Craig había cambiado, en parte, su visión sobre el grupo de ladrones después de ver con sus propios ojos lo que habían conseguido los malditos impuestos. Aunque, por otra parte, temía la reacción de sus superiores hacia él si en algún momento eran descubiertos en medio de un robo.

Morrigan se acicaló y se vistió con un vestido de diario de color verde oliva. Torció el gesto cuando vio los bajos del mismo raídos debido al paso del tiempo sobre la tela y se sorprendió a sí misma de que se fijara en ese tipo de detalles, ya que hasta entonces nunca le había importado ponerse un vestido que estuviera raído. Sin embargo, aquella mañana deseaba estar radiante para ver a Craig. Quería volver a verlo sonreír y mantener una conversación trivial sobre cualquier tema que no fueran los impuestos o el ejército.

Por eso, después de arreglarse el pelo y mirarse en el espejo, la joven bajó las escaleras y se dirigió al despacho, donde supuso que estaría Craig. Sin embargo, lo encontró vacío para su sorpresa y desagrado.

—Si busca al señor, ha salido temprano a cabalgar —le dijo una de las doncellas.

—¿En serio? —le sorprendió aquella afirmación, pues Craig nunca cabalgaba por el mero placer de hacerlo.

La doncella asintió y le extendió un papel doblado por la mitad.

—Acaba de llegar esto para el señor. ¿Lo dejo sobre la mesa?

Morrigan negó con la cabeza.

—Deja, ya lo hago yo.

Extendió su mano para agarrar el papel y se encerró en el despacho para ver de qué se trataba. Morrigan desplegó el pliego y leyó para sí:

Estimado amigo,

Ya hemos recaudado todo el dinero que debíamos obtener de todas las tierras de alrededor. Gracias a nuestro querido rey nuestras arcas se están llenando de forma rápida. El dinero será guardado en mi casa hasta que parta rumbo a Londres, donde será cambiado por armas y munición para seguir con nuestra labor en este país.

Esta misma tarde partiré hacia Inverness, donde me esperan

algunos de nuestros aliados escoceses. Me encontraré en esa ciudad durante varias semanas, por lo que no podremos mantenernos en contacto.

Sin más que añadir, me despido de usted.

Atte., William Gordon.

Morrigan apretó los puños con fuerza y tiró la carta sobre la mesa. No podía creer que Gordon se jactase de estar dejando en la miseria a gran parte de un país, y para colmo decir que lo cambiarían por armas que usarían contra ellos. Morrigan se paseó entre las cuatro paredes del despacho mientras intentaba pensar alguna solución para aquello. No podía dejar que ese dinero fuera a parar a manos de los londinenses que luego marcharían a Escocia para matarlos en caso de que hiciera falta.

Y algo dentro de su cerebro se encendió. Recordó la frase de Gordon en la que explicaba que estaría fuera de casa durante días y que ese dinero estaría allí hasta que él regresara, por lo que Morrigan decidió dar el mayor golpe de su vida.

Con decisión, se sentó en la silla y cogió un papel en blanco para escribir una misiva a Keith con la mayor urgencia. Necesitaban reunirse cuanto antes para pensar un modo de actuar en casa de Gordon, ya que aquel lugar era demasiado grande y las opciones para esconder el dinero aumentaban considerablemente. Debían trazar un plan de acción que llevarían a rajatabla para que todo saliera bien, por lo que acordó reunirse con ellos después del mediodía en casa de Keith.

Morrigan solo vio a Craig durante la comida, y por fin sus ojos mostraban algo diferente al odio y la desesperación de los últimos tiempos. La sobremesa estuvo acompañada de risas y anécdotas que contaba Craig de su aprendizaje en Londres. Al cabo de media hora después de la comida, Craig fue requerido en una finca cercana a su casa, por lo que Morrigan tuvo vía libre para marchar a casa de Keith.

La joven cambió su vestuario por el de montar, ensilló al caballo y cabalgó hacia su destino. Los nervios que sentía provocaron que el camino pareciera más largo de lo normal, por eso, cuando la imponente casa de Keith estuvo ante sus ojos, suspiró aliviada. Una vez estuviera allí, se sentiría protegida de miradas indiscretas que pudieran haberla visto mientras se encaminaba hacia

allí.

—¿Es cierta esa información? —preguntó Bryan nada más verla entrar por la puerta.

Morrigan saludó y asintió al tiempo que dejaba su chaqueta sobre el respaldo de una silla.

—Ha llegado esta mañana a casa, y está escrita por el mismísimo Gordon.

—Sería el robo perfecto. Si lográsemos conseguir todo el dinero que nos han robado, el rey podría echar a Gordon de nuestras tierras por incompetente. Mataríamos dos pájaros de un tiro.

—No hay que precipitarse —intervino Keith con máxima seriedad—. No olvidéis que estamos hablando de Gordon, no de un soldado cualquiera. Es nuestro mayor azote y, por lo que sé, no parará hasta darnos caza.

—Pues tendrá que hacerlo sin dinero —contestó Morrigan.

Los demás asintieron y se animaron para trazar un plan de acción, que les llevó poco más de un par de horas hasta que todos estuvieron de acuerdo. Después de ese tiempo, Bryan, Lean y Kendrew hablaban entre ellos de los pasos a seguir una vez más mientras que Morrigan observaba el silencio que había mostrado Keith durante toda la reunión.

En un momento dado, Morrigan se aproximó a él y le puso una mano en el hombro. Cuando este se giró hacia ella, Morrigan pudo ver la preocupación en su rostro, además de un intenso nerviosismo, algo realmente extraño en él, ya que era un hombre que siempre se mostraba seguro ante cualquier acto, incluso cuando debía pelear con un enemigo. Pero esa vez era diferente, por lo que lo obligó a mirarla y le dijo:

—¿Qué te ocurre?

Keith esperó unos segundos, que dedicó a mirarla, hasta que finalmente se encogió de hombros intentando restar importancia a lo que sentía en ese momento.

—Me gustaría hablar contigo de una cosa —dijo mientras la agarraba del brazo y la llevaba a otra habitación.

Morrigan frunció el ceño y lo miró, extrañada por ese comportamiento. Keith suspiró y dijo mientras se frotaba la nuca con nerviosismo:

—Si algo saliera mal... —Levantó la mano para hacerla callar—. Si algo saliera mal, huye. Huye sin mirar atrás, y que no te importe quién ha caído en el camino.

—Soy la líder, no puedo dejar a ninguno y marcharme como si no tuviera

nada que ver conmigo.

Keith la agarró de los hombros con fuerza y apretó ligeramente.

—Lo sé. Yo tampoco lo haría, pero no voy a robar en casa de Gordon a menos que me prometas que si la cosa se pone fea, cabalgarás hasta tu casa sin mirar atrás y sin detenerte.

Morrigan cerró los ojos un instante. No quería prometer algo así, y menos a Keith, pues no podría vivir sabiendo que lo había dejado atrás solo para salvar su vida.

—Ya sabes lo que ocurrirá si nos descubren. Pero si tienes la oportunidad de huir y salvarte, hazlo. Si alguna vez me apresaran, te juro que mi lealtad está contigo y jamás confesaría que eras tú la líder. Por favor, Morrigan, júrame que te salvarás.

La joven suspiró y apretó los puños.

—Está bien —cedió después de carraspear, incómoda—. Me iré.

—Confío en tu palabra, muchacha.

Morrigan se dio la vuelta para volver junto al resto, pero Keith volvió a pararla.

—Hay algo más. Si me pasara algo, todo lo que tengo será tuyo.

—Ya vale, Keith —se quejó Morrigan—. No va a pasar nada, por Dios. Deja de decir tonterías.

—Solo quiero que lo sepas.

—Pues ya lo sé, pero no pienses eso.

Refunfuñando, Morrigan se alejó de él y regresó junto a los demás, que estaban brindando antes de que el anochecer se echara sobre ellos y tuvieran que partir hacia la casa de Gordon.

Antes de que el último rayo de luz desapareciera, Craig llegó a su casa y descubrió que Morrigan no se encontraba allí. Maldijo entre dientes y rezó por que volviera sana y salva a casa. Se dirigía hacia el dormitorio para darse un baño y relajarse cuando lo interceptó una doncella y le entregó una carta:

—Ha llegado poco antes de que usted regresara.

Craig frunció el ceño cuando vio la letra de Gordon en el sobre, así que lo abrió con rapidez y leyó:

Estimado amigo,

Requiero de su presencia en los alrededores de mi casa para esta misma noche. No puedo decirle nada más.

Atte., William Gordon.

Aquella carta le produjo extrañeza a Craig, aunque al mismo tiempo desasosiego, ya que tras leer la carta que le había enviado esa misma mañana no podía entender que lo mandara llamar con tanta urgencia.

Craig tragó saliva ruidosamente cuando una idea cruzó por su mente. Deseó que solo fuera un pensamiento y no tuviera que ver nada con la realidad, pues no podría enfrentarse al grupo de Morrigan teniendo en cuenta que los conocía a todos desde hacía años.

Sin perder tiempo, Craig se encaminó de nuevo hacia los establos y volvió a ensillar su caballo. Después, cabalgó a toda prisa hacia los alrededores de la casa de Gordon, deseando que fuera un requerimiento por otro motivo.

Cuando ya cruzó los límites de las tierras de Gordon, caía una lluvia suave que iba en aumento. Craig vio a un pequeño destacamento en el bosque limítrofe. A pesar de todos los soldados, el silencio era lo único que podía escucharse. Con los nervios a flor de piel, Craig dejó el caballo a cierta distancia y caminó hacia donde se encontraba un pequeño grupo hablando con Gordon.

—¡Murray! —exclamó el capitán cuando lo vio—. Hoy es el día.

—No entiendo, señor. ¿No se marchaba a Inverness?

Gordon rio suavemente y dijo:

—Esa misma carta la he enviado a todos los soldados de la zona con la esperanza de que esos malditos ladrones interceptaran alguna de ellas y piensen que la casa estará libre durante días.

Los malos presagios de Craig se hacían realidad. El joven sintió un temblor en las manos, que disimuló guardándolas en los bolsillos del pantalón, y tragó saliva para escuchar lo peor.

—¿De verdad cree que caerán en la trampa?

—Amigo mío, ya lo han hecho...

Una pequeña cortina de agua caía frente a ellos, provocando que la visibilidad fuera menor que en otras ocasiones. El cielo se había encapotado de repente y los había comenzado a calar a medida que se acercaban a la casa de William Gordon. Sin embargo, agradecían esa lluvia, ya que estaban seguros de que los soldados ingleses no patrullarían con aquel tiempo.

Cuando llegaron a los alrededores de la casa, Morrigan echó un vistazo a su alrededor, sin lograr ver nada debido a la oscuridad y la lluvia, sin

embargo, tenía la extraña sensación de que estaba siendo observada. A pesar de eso, la joven sacudió la cabeza para quitarse esos pensamientos de encima y centrarse en lo que tenía por delante.

Después de su conversación de la tarde, Morrigan veía a Keith demasiado intranquilo, como si temiera que aquel fuera el último golpe del grupo.

Tal y como habían previsto, Morrigan se quedaría fuera de aquella misión. Keith le había pedido que en aquella ocasión se quedara en los alrededores de la casa y ella, a pesar de todo, había accedido para evitar trifulcas.

—¡Qué tranquilo está todo! —comentó Bryan.

—Demasiado —contestó Lean con el ceño fruncido.

Kendrew carraspeó y se frotó las manos.

—¿Cuándo entramos?

—¿Tienes prisa? —preguntó Bryan.

—Bueno, creo que esta noche me permitiré cenar un buen asado en la taberna. Me ruge el estómago.

Morrigan sonrió levemente y los animó a entrar cuanto antes. Keith asintió y dejó que los tres fueran delante mientras él se quedó ligeramente retrasado. Miró a Morrigan de una manera tan extraña que la joven sintió un escalofrío de auténtico miedo y notó como su garganta se cerró y la ahogaba. Le dio la sensación de que Keith deseaba decirle algo antes de irse, sin embargo, el joven se dio media vuelta y se alejó justo cuando Morrigan dejó de sentir que se ahogaba y abría la boca para decirle algo que nunca llegó a salir de sus labios.

CAPÍTULO 18

Desde su posición en medio del bosque, los soldados estaban esperando las indicaciones de Gordon para actuar cuando fuera necesario. Desde la distancia, a pesar de la cortina de agua que los calaba hasta los huesos, vieron cuatro sombras aproximarse a la parte trasera de la casa para intentar forzar una de las ventanas o la propia puerta. Desde allí no pudieron ver la identidad de aquellos hombres, pero sí su complexión y altura. Lo que nadie imaginaba es que uno de los miembros del grupo se había quedado escondido entre los árboles rezando para que todo saliera a pedir de boca. Y por ello dedujeron que el grupo lo conformaban únicamente esas cuatro personas.

Craig se sentía tremendamente nervioso. Se odió por haber caído en la misma trampa que su propia esposa y no haber deducido que se trataba de un engaño. No debió haber hecho caso omiso a las palabras de Gordon y debió ir tras Morrigan para avisarla. Ahora no podía hacer nada, y solo podía dar gracias por que Morrigan no se encontrara entre los cuatro hombres que habían visto desde la distancia.

—Está bien —intervino Gordon dando una palmada—. Dejaremos que esos malnacidos se entretengan unos minutos en la casa y cuando haya pasado un tiempo, pasaremos a la acción. No pienso dejar que vuelvan a escaparse esos malditos escoceses.

—La carta falsa ha sido muy buena idea, señor —dijo uno de los soldados para ensalzar el ego de su superior con la esperanza de que lo tuviera en cuenta más a menudo.

Gordon apenas hizo caso al soldado y se dirigió hacia atrás para prepararse, al igual que el resto de soldados, que dejaron de mirar hacia la casa, dándole la espalda por completo. Sin embargo, el mal presentimiento de Craig y el pánico por perder a Morrigan le hizo quedarse atrás y seguir mirando hacia la casa y los árboles colindantes. Deseaba con todo su ser correr hacia ellos y advertirlos de la presencia de los soldados ingleses, pero no podía hacer nada por ellos. No obstante, cuando en su escaso campo de visión debido a la lluvia entró una sombra que claramente era Morrigan, el

corazón de Craig estuvo a punto de saltar de su pecho.

En ese momento, tuvo una idea. El joven miró hacia atrás con la esperanza de que nadie más la hubiera descubierto. Y así fue. Todos sus compañeros estaban inmersos en preparar sus armas para el ataque y no prestaban atención a nada más a su alrededor. Craig cerró los ojos un instante y rezó para que todo saliera bien y cuando volvió a abrirlos, se armó de valor para alejarse lentamente de sus compañeros e internarse en la semioscuridad del bosque. Los árboles de su alrededor le permitían esconderse para evitar ser visto. La poca distancia que los separaba se le hizo eterna y logró acercarse a Morrigan solo unos árboles más atrás de donde ella se encontraba.

Morrigan se sentía más nerviosa de lo normal. Algo que habían hecho durante tantas veces debería resultarle familiar y nimio respecto a otro, sin embargo, esa noche sentía dentro de ella que algo no iba bien. Desde la distancia había visto cómo sus compañeros se habían introducido en la casa de Gordon de una manera demasiado simple y fácil, lo cual aumentó sus sospechas y perturbación. Y por otro lado, el sentimiento de tener sobre ella la mirada de alguien invisible la hacía querer avisar a los chicos para marcharse de allí cuanto antes.

La calma que había a su alrededor le resultaba demasiado extraña, pero esta fue rota por el sonido de unos pasos apresurados tras ella. Con el corazón en un puño, Morrigan intentó girarse con rapidez al tiempo que llevaba su mano hacia la empuñadura de la espada, pero unos brazos fuertes la rodearon para evitar que pudiera herirlo y una mano grande tapó su boca para evitar que gritara pidiendo ayuda.

Una voz conocida chistó para que dejara de patalear y hacer ruido.

—Ya vale, Morrigan, soy yo.

Los movimientos de la joven cesaron al instante y se giró para mirarlo con los brazos de él aún rodeándola.

—¿Craig? ¿Qué demonios haces aquí? —preguntó, extrañada.

El joven puso uno de sus dedos sobre sus labios, pidiéndole silencio, y echó un vistazo a su alrededor.

—Es una trampa, Morrigan. Gordon envió esa nota a todos para que alguno de los ladrones la viera y ha convocado a un pequeño destacamento para atacar.

—¿Y tú como sabes esto?

Craig suspiró con rabia.

—Porque yo formo parte de él.

Morrigan soltó el aire, enojada. Apretó los puños y miró con odio a Craig.

—Lo siento, Morrigan. Me han hecho llamar esta misma tarde sin decirme para qué me requerían. Me he enterado de todo cuando he llegado.

—¿Y dónde está el destacamento? —preguntó mirando hacia la oscuridad del bosque.

Craig señaló al otro lado del bosque. Morrigan siguió la dirección que marcaban sus dedos y vio asomar entre los árboles a varios casacas rojas que aún no habían advertido su presencia.

Morrigan miró hacia el suelo intentando pensar una solución rápida a ese problema.

—Van a atacar dentro de poco. Debes irte.

—¿Irme? ¿Y dejar a los demás a merced de vuestros cañones? —Morrigan negó con insistencia y miró hacia la casa de Gordon, donde podía verse una pequeña luz en una de las habitaciones que, supuso, era el despacho del capitán inglés.

Craig la volvió hacia él poniéndole las manos en el rostro, y mirándola a los ojos le dijo:

—Morrigan, los van a matar. No puedes hacer nada por ellos. Máchate antes de que sea demasiado tarde y te alcancen sus balas.

—¿Temes que me alcancen sus balas o las tuyas?

Craig suspiró y asintió.

—Tengo miedo por ti.

Morrigan puso sus manos sobre las de Craig.

—Y yo por ti, pero no puedes hacer nada para detenerme.

Morrigan se dio media vuelta, dejándolo solo con las manos aún en el aire, y corrió, tapándose la cara con la boina, hacia la ventana que habían forzado con anterioridad los chicos. La suerte estuvo de su lado, pues los casacas rojas aún no habían tomado puestos para atacar y no habían reparado en su presencia.

La joven entró en la casa y chistó para llamar la atención de sus compañeros, que aparecieron con el rostro sorprendido de verla allí.

—¿Qué demonios haces aquí, Morrigan?

Keith salió del despacho de Gordon con el rostro demudado de ira y preocupación. Sin embargo, al ver la expresión que llevaba la joven, todos se pusieron alerta.

—Están aquí —dijo Morrigan intentando recuperar el aliento.

Lean corrió hacia la ventana del despacho y, tras comprobar lo que había en el exterior, se giró hacia ellos asintiendo.

—¿Cuántos hay?

—No lo sé. Craig me ha dicho que un pequeño destacamento.

—¿Craig? —preguntó Bryan—. ¿Está aquí?

Morrigan asintió.

—Lo han avisado esta tarde. Es todo una trampa.

—O eso te habrá dicho él... —dijo Kendrew—. Puede habernos delatado él mismo.

Morrigan se enfrentó a él.

—Él no haría tal cosa. Jamás me pondría en peligro.

—Pero si nosotros morimos —dijo Kendrew señalando a unos y a otros—, sabe que no volverás a robar.

Morrigan, perdiendo los nervios, le lanzó un puñetazo que consiguió partírle el labio. Kendrew estuvo dispuesto a devolverle el golpe, pero Keith intervino poniéndose en medio de ambos.

—No es momento de pelearnos, sino de luchar y salvar la vida.

Lean se aproximó a ellos y habló por primera vez.

—Morrigan, lo mejor es que Keith y tú os vayáis por el otro lado, así burlaréis a los *sassenach*.

La joven se negó en rotundo.

—No pienso dejaros aquí.

—Nosotros los distraeremos mientras os marcháis y después saldremos por otro lado diferente.

—Pero...

—Morrigan —comenzó Keith—, ¿recuerdas la promesa que has hecho en mi casa?

Morrigan suspiró y chasqueó la lengua, contrariada. Claro que la recordaba, pero ahora que la veía real se resistía a llevarla a cabo.

—Está bien —cedió para no seguir perdiendo tiempo—. Nos reuniremos mañana en casa de Keith —dijo a los demás.

Después, los miró a todos con preocupación y tras echar una última mirada, desapareció con Keith por el lado contrario de ese pasillo.

—Vamos a demostrarles a esos *sassenach* de qué estamos hechos —fue lo último que escuchó de Bryan.

Morrigan tenía la sensación de que todo se había acabado. Los habían descubierto y, aunque aún no supieran sus identidades, estaba segura de que harían todo lo posible por desenmascararlos.

—Por aquí —susurró Keith.

Lograron abrir una ventana por el lado contrario al que se encontraban los ingleses y salieron intentando no hacer ruido. Ambos echaron un vistazo a su alrededor y no vieron nada extraño que pudiera indicarles algún peligro. Y justo en el momento en el que Morrigan saltaba por la ventana, comenzaron a escucharse los primeros disparos al otro lado de la casa.

La joven miró con pena, pero enseguida fue empujada por Keith hacia los límites del bosque para guarecerse entre los árboles e intentar escapar indemnes.

—Aprisa —dijo el joven.

Morrigan corrió junto a él, pero un fuerte estruendo los instó a mirar hacia atrás justo para ser espectadores de cómo una parte de la casa de William Gordon saltaba por los aires.

—¡Han traído cañones! —gritó Morrigan intentando volver—. Debemos regresar y ayudarlos.

—No podemos —contestó Keith agarrándola del brazo y tirando de ella hacia el bosque—. Si no han muerto con esa descarga, pronto lo harán.

Cuando Morrigan volvió a ordenar a sus pies que se movieran, una bala se estrelló justo donde hacía unos segundos había estado su cabeza.

—¡Vamos! —gritó Keith—. ¡Nos han descubierto!

Morrigan corría todo lo rápido que le daban los pies, aunque durante unos segundos echó un vistazo atrás y vio que cuatro dragones los perseguían también a la carrera. La joven lanzó una maldición en gaélico y corrió de nuevo tras Keith.

Los disparos habían comenzado justo en el momento en el que Craig cogía su arma para disparar. Su ausencia no la había notado nadie, ni siquiera Gordon, que estaba tan ciego con la idea de matarlos que apenas sabía cuántos hombres habían acudido a su llamada.

—¡Ven aquí, Murray! —llamó Gordon su atención—. ¿Dónde te habías metido?

—Lo siento, señor. Estaba...

—Da igual —Se carcajeó—. ¡Es hora de matarlos!

Craig se encontraba en primera línea de tiro y habría deseado con todas sus

fuerzas que no fuera así, pero Gordon los obligó a levantar sus armas contra su propia casa y disparar contra las ventanas que tenían frente a sí.

El fuego pronto comenzó a ser cruzado y los ladrones que había dentro de la casa comenzaron a disparar en cuanto las primeras balas rompieron los cristales. Craig, al saberse observado, disparó contra la pared de la casa. No deseaba descargar su arma contra ellos, pues no estaba seguro de que Morrigan estuviera aún dentro de la casa.

—¡Traed el cañón! —gritó Gordon.

El rostro de Craig se tornó blanco al ver el armamento con el que el capitán estaba dispuesto a destruir su propia casa. Por eso, cuando este vio el gesto de Craig, llamó su atención:

—¿Qué pasa, Murray? Parece que hayas visto un fantasma.

Craig levantó la mirada hacia él sin saber qué contestar, sin embargo, sus ojos se abrieron de golpe cuando sintió un fuerte dolor en el costado. Enseguida, llevó la mirada hacia ahí para comprobar que le habían disparado y que la sangre comenzaba a manchar su ya roja chaqueta. Levantó la mirada, asombrado y, al instante, cayó al suelo, perdiendo por completo el conocimiento.

Keith suspiró con alivio tras comprobar que los habían despistado. Habían recorrido mucha distancia y se habían alejado bastante de la casa de Gordon, por lo que supuso que los dragones no los seguirían hasta allí, creyendo que los habían perdido.

—¿Estás bien? —le preguntó a Morrigan al ver que la joven había perdido el aliento con la carrera.

La aludida asintió intentando llenar sus pulmones de aire y miró a su alrededor. Cerró los ojos un instante al recordar a Bryan, Lean y Kendrew. Estaba segura de que habían muerto con la descarga del cañón, del cual habían escuchado ya varias explosiones.

Keith se dispuso a abrazarla para infundirle ánimo, pero el sonido de unas pisadas a más de cincuenta metros provocó que la empujara contra el tronco de un grueso árbol. Morrigan vio que apretaba la mandíbula y en su rostro se reflejaba una expresión de tristeza. Después, el joven la miró a los ojos y vislumbró su rostro gracias a la luz de la luna.

Inconscientemente, y sin importarle ya lo que pensara, Keith levantó una mano y acarició el rostro de Morrigan. Durante unos instantes, aquello le recordó al momento en el que la besó en casa de la joven años atrás, pero la

realidad lo trajo bruscamente al bosque en el que se encontraban.

—¡Cameron! —gritó uno de los soldados—. ¿Crees que no te he reconocido, maldito perro?

Keith echó una rápida mirada hacia el lugar donde aparecieron las sombras de los casacas rojas y descubrió que uno de ellos era el capitán Gideon Wilson, con el que nunca había mantenido una buena relación.

Keith torció el gesto y volvió a mirar a Morrigan.

—Escucha, por favor —le pidió—. Pase lo que pase y oigas o que oigas, corre sin mirar atrás.

—¿A qué te refieres? Son solo cuatro. Podemos con ellos, Keith.

El joven sonrió de lado y volvió a acariciarle la cara.

—Debes salvarte. Y recuerda que hace tiempo hice el juramento de protegerte incluso con mi vida.

—No pienso dejar que te maten, maldita sea, Keith.

Keith sintió que el tiempo se detenía a su alrededor y la miró embelesado. De repente, armándose de un valor que no había tenido jamás con ella, Keith acertó la distancia que los separaba y la besó con pasión, acorralándola contra el tronco. Un beso que Morrigan acogió con gusto y devolvió desde el primer instante.

—A pesar de haber conocido a muchas mujeres, ninguna ha estado a tu altura, muchacha. Eres extraordinaria, y solo espero que me perdones por no haber tenido la valentía de amarte libremente y de no luchar contra los deseos de tu padre. Te amo, Morrigan. Te amo desde el primer momento en que te conocí y lo haré incluso desde el infierno al que estoy condenado.

Morrigan lo miró con lágrimas en los ojos. Keith se estaba despidiendo de ella, pero la joven tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar. Solo acertó a asentir con la cabeza y guardar en su memoria la sonrisa que Keith Cameron le dedicaba en ese momento justo antes de empujarla para que corriera.

CAPÍTULO 19

Gordon se agachó para comprobar el estado en el que se encontraba Craig después de que todo terminara, creyendo que estaba muerto. Sin embargo, descubrió con sorpresa que el joven soldado estaba vivo a pesar del charco de sangre que se había formado bajo su cuerpo. Enseguida ordenó que se lo llevaran para intentar salvar su vida junto al resto de heridos mientras él se acercaba a los escombros que quedaban de la que había sido su casa.

—Todo ha terminado, señor —dijo uno de los oficiales allí presentes.

—No todo. Aún no han regresado con las cabezas de los que han escapado por el otro lado.

El oficial resopló.

—Nuestros hombres darán con ellos.

Gordon sonrió y acortó la distancia entre los escombros más cercanos para ver que cerca de él se encontraba el cuerpo calcinado de uno de los ladrones.

—Vete al infierno, maldito perro escocés —dijo antes de escupir sobre el cadáver.

Cuando Morigan estaba a cierta distancia, Keith salió de su escondite para enfrentarse a la lucha decisiva. Miró con rapidez a los cuatro soldados que había a una decena de metros y caminó hacia ellos con la espada en una mano y la pistola en otra. Con decisión, y antes de que estos pudieran reaccionar, levantó la pistola y disparó contra uno de ellos, dándole justo en el corazón. El soldado cayó al suelo, muerto, mientras sus compañeros se preparaban para luchar contra Keith.

—Wilson, me alegra ver que al final vamos a poder limar nuestras asperezas —dijo Keith mirando al soldado a los ojos.

Los compañeros del inglés levantaron sus armas y apuntaron al joven, disparando solo uno de ellos y alcanzando a Keith en su hombro izquierdo. Este se echó hacia atrás por el impacto, pero no dejó de mirarlos y, sin inmutarse, siguió caminando hacia ellos con el rostro iracundo.

Uno de ellos dio un paso hacia atrás, asustado por la gran masa de músculos del escocés y por la expresión fiera de su rostro. Keith se dirigió

primero hacia este y luchó contra él con la espada. Segundos después, sus compañeros acudían a socorrerlo, por lo que Keith tuvo que poner toda su concentración sobre ellos para salvaguardar su cuerpo. La herida en el hombro le escocía y la sangre ya manchaba parte de su ropa, pero el joven no le dio importancia.

Pasados varios minutos, los soldados ingleses comenzaron a mostrar cansancio en sus rostros. No estaban acostumbrados a pelear con una persona cuyas facultades para la lucha eran tan buenas, por lo que Wideon Wilson, temiendo perder contra Keith, aprovechó que este se lanzó contra otro de los soldados para clavarle la espada en el costado.

Keith apretó los dientes cuando un fuerte dolor le atravesó el costado desde la espalda. El joven se distrajo y miró hacia abajo para ver que el filo de una espada asomaba entre sus costillas, aunque instantes después desaparecía tras sacar la espada para volver a clavársela.

Sin embargo, Keith fue más rápido y se giró al tiempo que llevaba su espada al costado de su contrincante para hacerle un corte.

—¡Maldito seas, Cameron! —gritó Wilson—. ¡Apartaos de él!

Los otros dos soldados se miraron entre sí sin comprender qué era lo que quería su superior. Sin embargo, no quisieron contrariarlo y se apartaron unos metros de ellos, aunque sin bajar por completo sus espadas por miedo a que aquel gigante volviera a lanzarse contra ellos.

—Quiero ser yo quien te arrebaté la vida —dijo mientras se llevaba una mano al costado para detener la hemorragia.

Keith se tambaleó ligeramente, ya que estaba perdiendo mucha sangre tanto de la herida de bala como del enorme boquete que Wilson le había abierto en el costado.

—¿Estás seguro de poder hacerlo sin su ayuda? —le preguntó con la voz ronca.

—He esperado mucho tiempo para tenerte ante mí con la idea de poder matarte. Y no voy a permitir que ellos me quiten parte de la gloria con la que me condecorarán —contestó Wilson con voz débil—. ¿Y sabes qué voy a hacer también? He visto quién era la que te acompañaba.

Aquellas últimas palabras provocaron que Keith se pusiera alerta, y más después de escuchar la risa maléfica de Wilson.

—Así que la mujer de Murray es una asquerosa ladrona... —Wilson comenzó a caminar en círculos sin dejar de mirar a los ojos a Keith, que hizo

lo mismo—. A esa no la voy a matar. La apresaré y te juro que todas las noches iré a su celda a follármela y a intentar domarla. Es algo que deseo desde que oí hablar de su rebeldía por primera vez.

Keith apretó con fuerza la espada y, lanzando un rugido, atacó a Wilson, que logró defenderse a duras penas.

—Primero tendrás que pasar por encima de mi cadáver —contestó Keith.

—Estaré encantado...

El inglés atacó de nuevo a Keith, pero la debilidad en la que se había sumido después del tajo que este le había hecho en el costado lo hizo trastabillar y perder el equilibrio, momento que aprovechó Keith para clavar su espada en el corazón de Gideon Wilson, provocándole la muerte de forma instantánea.

Cuando Keith se volvió hacia los otros dos soldados, estos dieron un paso hacia atrás, asustados por la cantidad de sangre que corría por la ropa y piel de Keith, una parte suya y otra de Wilson, que le había salpicado en la cara tras matarlo.

—Habéis escogido mal vuestro trabajo —siseó Keith empuñando la espada—. Debisteis dedicaros a otra cosa

Uno de ellos, armándose de un valor que realmente no tenía, lanzó una maldición y levantó su arma contra él para atacarlo. Su compañero, al ver al otro, hizo lo mismo y, juntos, se lanzaron contra Keith, que apenas podía mantenerse en pie debido a la pérdida de sangre. El joven luchó como pudo, defendiéndose de las estocadas de los soldados ingleses hasta que uno de ellos aprovechó un tambaleo del escocés para clavar su espada en el pecho del joven.

—Muere como un perro, maldito escocés —escupió el soldado.

El otro soldado, cansado de la pelea, quiso acabar también con el escocés, clavando su espada en el abdomen de este y retorciéndola para que el daño sobre su cuerpo fuera mayor. Después, ambos sacaron sus espadas del cuerpo de Keith, que aún se mantenía en pie y escupieron sobre él al tiempo que se alejaban por miedo a que el gigante fuera invencible.

Morrigan había recorrido ya cierta distancia y desde allí no escuchaba nada de las voces de los soldados con los que se encontraba luchando Keith. En un momento dado, había escuchado un disparo, solo uno, que provocó que la joven se quedara quieta intentando descubrir en la distancia a quién habían disparado. Sin embargo, ya no veía ni escuchaba nada más. No podía creer

cómo había acabado la noche. Tenía la certeza de que Lean, Bryan y Kendrew habían muerto bajo el fuego de los cañonazos que habían destruido la casa de Gordon. No podía creer en la locura del capitán inglés al ver que prefería destruir la que era su casa antes de que los ladrones escaparan ante sus narices.

Morrigan sentía que las lágrimas pugnaban por salir de sus ojos. Habría preferido quedarse con Keith, pues no podría vivir con la culpa de que hubiera muerto por salvarla a ella. Pero Keith era un hombre de palabra, y no habría aceptado que ella rompiera la suya para salvarlo.

—¡Maldición! —gritó la joven.

Morrigan apretó los puños con rabia. Su corazón luchaba para que volviera junto a Keith a ayudarlo, pero había recorrido demasiada distancia y tardaría mucho en regresar. Sin embargo, la suerte estaba de su lado y un sonido comenzó a escucharse acercándose a ella.

Cuando Morrigan descubrió que se trataban de los cascos de un caballo, su corazón saltó de terror al creer que la habían descubierto, por lo que corrió a esconderse tras uno de los árboles que la rodeaban. Segundos después, un caballo sin jinete apareció ante ella y comprobó, para su sorpresa, que se trataba del caballo de Keith. Sin pensarlo, la joven montó sobre aquel semental y dio media vuelta para regresar junto al dueño de aquella criatura, al que esperaba encontrar sano y salvo.

Todo lo que había recorrido a pie y que parecían ser millas, a caballo tardó solo unos minutos en regresar para encontrarse con una de las escenas más terroríficas de su vida. En la distancia pudo ver cómo caía muerto Wideon Wilson a manos de Keith y cómo se volvía hacia los dos soldados que había apartados. Después, para su sorpresa, vio que Keith se tambaleaba mientras se enfrentaba los otros soldados. Sin embargo, lo que paró el corazón de Morrigan fue ver, segundos después, que los soldados se ensañaban con Keith al clavar sus espadas en su cuerpo. Por eso, sin aminorar la marcha del caballo y al tiempo que Keith caía al suelo desplomado, Morrigan se lanzó con la espada en alto contra uno de los soldados, cortando su garganta antes de saltar del caballo sin que este se detuviera y mirando con auténtico odio al inglés que quedaba con vida.

—Eres una mujer —dijo sin poder creerlo—. ¿Eres la mujer de Craig Murray?

—Sí, y déjame mostrarte cómo tratamos a los *sassenach* que vienen a

nuestro país a tocarnos los cojones.

Morrigan se lanzó contra él con la espada en alto, provocándole un severo corte en el abdomen.

—Maldita seas, mujer —se quejó el soldado comprobando la profundidad del corte.

Sin embargo, Morrigan no le dio tregua. Estaba preocupada por Keith y con la posibilidad de que otros soldados aparecieran para buscar a los que ya estaban muertos. Por eso, volvió a atacar, cegada por el odio del ensañamiento que habían cometido con Keith. El soldado estaba sorprendido por la habilidad de la joven con la espada, bajo la cual murió tras tropezar el cuerpo de su propio compañero, momento que aprovechó Morrigan para clavársela en la garganta.

La joven se dio unos segundos para recuperar el aliento y limpiar la sangre de su espada en la ropa del soldado. Miró hacia Keith y una punzada de dolor cruzó su corazón al pensar que estaba muerto. Acortó la distancia que los separaba y se arrodilló junto a él.

—Dios mío... —susurró al ver la sangre que manaba de las heridas.

Morrigan llevó una de sus manos a la cara de Keith y lo tocó con toda la suavidad que pudo reunir.

—¿Keith? ¡Keith! —lo llamó—. ¿Puedes oírme?

Al instante, la garganta del joven se movió, alimentando las esperanzas de Morrigan, y abrió los ojos para sorpresa de ella. Los ojos de Keith tardaron unos segundos en enfocar y comprobar dónde se encontraba para después girarlos hacia Morrigan.

—Keith... —susurró intentando tapar las heridas con sus propias manos.

El joven abrió la boca para decir algo, pero apenas le quedaban fuerzas para mantener los ojos abiertos y ver por última vez ese rostro angelical del que se había enamorado hacía muchos años y que una antigua promesa le había arrancado de sus brazos. Los ojos verdes de Morrigan lo miraban con preocupación, pero a él ya no le importaba morir, pues al encontrarse en ese momento entre los brazos de la mujer que amaba era lo único que le importaba para morir en paz.

—Keith, por favor, aguanta —le decía una y otra vez la joven mientras miraba a su alrededor en busca de algo con lo que poder ayudarlo.

Sin embargo, el guerrero usó las pocas fuerzas que le quedaban para posar una sangrienta mano sobre la de Morrigan e intentó hacer un esfuerzo por

esbozar una sonrisa. A pesar de eso, Morrigan dejó escapar el torrente de lágrimas que habían acudido a sus ojos y cayeron sobre el rostro de Keith, que perdió todas las fuerzas y se dejó llevar por los brazos de la muerte, que acogió como si fuera un regalo de liberación para su malherida alma.

—No, por favor...

Morrigan lo abrazó con todas sus fuerzas sin ser consciente de que unos ojos peligrosos la observaban escondidos tras un árbol a cierta distancia, aunque no tanta como para no descubrir su identidad.

—Keith... —gimió—. No me dejes, por favor.

La joven hipaba descontrolada, presa de un ataque de pánico y pena al ver que había perdido a una de las personas más importantes de su vida en sus propios brazos. Con desesperación, intentaba tapar sus heridas con una mano con la esperanza de que abriera los ojos, pero el pulso de Keith se había detenido y el peso muerto de aquella masa musculosa caía sobre uno de sus brazos.

Morrigan se dejó llevar por la pena durante unos minutos, sin tener en cuenta de que los soldados ingleses podrían llegar hasta ella y descubrirla, pero ya le daba igual, pues solo podía sentir dolor en su pecho y en su alma.

—Maldito seas, Keith Cameron, maldito seas por abandonarme —dijo con rabia.

Pasados unos minutos, Morrigan se separó de él y miró hacia el caballo que parecía estar observando con pena al que había sido su dueño. La joven tuvo una idea, pues no quería que los soldados ingleses descubrieran allí el cuerpo de Keith e hicieran lo que quisieran con él. Ella deseaba darle la sepultura que merecía un señor como él, por lo que llamó al caballo de Keith y cuando este se aproximó a ellos, Morrigan lo instó a arrodillarse.

—Ayúdame a llevar a tu señor a un buen lugar donde esté protegido —susurró al oído del caballo.

Morrigan se agachó junto a Keith y pasó las manos por debajo de sus brazos para izarlo y arrastrarlo hasta subirlo a lomos del caballo. La joven tuvo que emplear toda la fuerza de la que disponía y sacar más de lo que sabía dónde, pero finalmente, y con el rostro empapado en sudor por el esfuerzo, logró llevar el pesado cuerpo de Keith hacia el caballo, que la esperaba pacientemente arrodillado.

Cuando por fin estaba como quería, Morrigan miró hacia todos lados para intentar descubrir si había alguien más, pues tenía la extraña sensación de que

alguien la observaba, pero vio que estaba completamente sola. Tras esto, la joven montó en el caballo, que se puso de pie, y cabalgó sin descanso y sin mirar atrás, diciéndole adiós a una parte de su vida que esperaba olvidar en cuanto le fuera posible.

Sin embargo, el poseedor de los ojos que la habían estado mirando salió de su escondite y cuando los rayos de luna cayeron sobre él, los labios de Liam Martin esbozaron una sonrisa sin dejar de mirar el camino que había tomado Morrigan:

—Te tengo, zorra traicionera.

CAPÍTULO 20

Con las manos aún goteando sangre, Morrigan cabalgó esquivando los batallones de dragones que pululaban por aquella zona durante la noche con la intención de detener a algún otro ladrón que pudiera haber escapado de la casa de Gordon. La luna era la única luz que iluminaba el sendero que la joven había tomado para llegar a su casa. Esa era una zona de difícil acceso, poco conocida entre los ingleses y que le llevaría más de la cuenta para llegar a su casa. Sin embargo, era la única manera de escapar sana y salva, y de llevar el cuerpo de Keith a un lugar seguro para limpiarlo y amortajarlo como debía antes de darle sepultura.

Con lágrimas en los ojos, Morrigan miraba una y otra vez el cuerpo de su amigo y un dolor que no podía explicar le cruzaba el pecho con tanta intensidad que pensaba que su corazón iba a salirse de él. Le habría gustado retroceder, pero no a ese mismo día por la tarde antes de marchar a la casa de Gordon, sino a meses atrás, justo en el momento en el que su padre le pidió que fuera la líder de ese grupo. No se arrepentía en absoluto de lo que habían conseguido, pero sí del peligro que habían corrido y de cómo habían acabado las cosas. Todos estaban muertos. Estaba segura de que ninguno había logrado sobrevivir a la carga de los cañones.

Una lágrima solitaria escapó de sus ojos a pesar de su insistencia en tragarse todas y cada una de ellas. Había crecido con todos ellos. Los conocía desde que tenía uso de razón y habían jugado y luchado juntos. Y no había podido hacer nada por ellos. Por ello, y a pesar de que no era una mujer a la que le gustara rezar, Morrigan lanzó un clamor al cielo para que las almas de sus amigos no fueran al infierno por todo lo que habían hecho.

Un ruido a su espalda llamó su atención, y sacó la espada con rapidez. Morrigan detuvo el caballo y lo giró para lanzarse contra el posible enemigo que la siguiera. Sin embargo, tras ella apareció su propio caballo, al que había dado por perdido después de que tuvieran que abandonar la casa de Gordon a toda prisa. Morrigan lanzó un suspiro de alivio y guardó su espada en el cinto. Llamó al caballo y lo acarició cuando este se acercó a ella con un llanto

lastimero. Parecía que el propio caballo sentía el dolor de la joven y quería acompañarla en él.

—Gracias, amigo —susurró—. Debemos volver a casa.

Morrigan agarró las riendas del caballo y volvió a ponerse en camino. Fue en ese momento cuando se permitió llevar el pensamiento a Craig, su marido. Se preguntaba cómo estaría y si al final habría entrado en combate contra los chicos. Prefirió pensar que no, y deseaba encontrárselo en casa cuando regresara o por la mañana a primera hora para que la ayudara a enterrar a Keith donde merecía.

Tras más de dos horas cabalgando, y cuando pensaba que no podría más, Morrigan vislumbró en la distancia su hogar. La joven cerró los ojos mientras miraba al cielo con un asomo de sonrisa en los labios. No podía creer que ya estuviera allí después de todo lo ocurrido. A su espalda llevaba una inmensa carga que no pensaba que tendría cuando regresara, pero así era. Deseó cabalgar a toda prisa hacia la casa, pero temía que el cuerpo de Keith resbalara y cayera, por lo que debió ir despacio mientras se obligaba a que sus ojos permanecieran despiertos a pesar de estar a punto de desfallecer por el cansancio.

Tras llegar a los establos, dejó a su caballo en su cuadra habitual y llevó al caballo de Keith hacia la parte trasera de la casa, donde había una pequeña puerta que llevaba al sótano de la vivienda. Este lugar era poco conocido por los sirvientes, de hecho, algunos de ellos desconocían su existencia, por lo que era el lugar más seguro para llevar el cuerpo de Keith.

Cuando Morrigan estuvo frente a la puerta, desmontó y se dirigió hacia ella para apartar la hojarasca que con la que escondían la puerta. Abrió el cerrojo y se volvió hacia el caballo de Keith para que se arrodillara sobre la hierba. Este, sin pedírselo, pues parecía que el animal conocía los pensamientos de Morrigan, se arrodilló, ayudando a la joven a bajar el cuerpo del que había sido su amo.

No sin esfuerzo, Morrigan consiguió bajar el cuerpo de Keith por la oscura escalinata que precedía al sótano. Cuando por fin se encontró allí, encendió las varias antorchas que Craig había colocado tiempo atrás. Con la frente perlada en sudor y las fuerzas a punto de fallarle, Morrigan se acercó al cuerpo de Keith y lo observó. Lo había colocado en un pequeño poyo que ocupaba gran parte de la pared y se dirigió hacia la cocina de la casa para coger una palangana con agua y un trapo con el que poder limpiar el cuerpo de

su amigo. Cuando estaba a punto de salir, vio el costurero de una de las doncellas y lo tomó prestado para coser las heridas del joven. Deseaba dejar su cuerpo como si no hubiera pasado nada. No pensaba enterrarlo con las heridas abiertas como si tal cosa.

Con rapidez, pues el tiempo corría en su contra, Morrigan llevó todo hacia el sótano. Agradeció que ninguno de los sirvientes se hubiera levantado por el ruido que la joven había hecho mientras preparaba las cosas y en silencio y con el corazón roto en mil pedazos, desvistió a Keith y comenzó a lavarlo.

Morrigan trataba el cuerpo de su amigo como si fuera a romperse en cualquier momento. A pesar de estar ya muerto, pasaba el trapo con agua con tanta delicadeza que cualquier persona que la hubiera visto habría pensado que Keith aún seguía con vida y temía hacerle daño. Sin embargo, el cuerpo del joven estaba comenzando a enfriarse y las articulaciones del mismo estaban cada vez más rígidas, por lo que le costaba más y más trabajo moverlo para lavarlo.

Cuando por fin estuvo limpio y sin sangre, Morrigan comenzó a coser las heridas, de las que ya no manaba sangre, y hasta que todas estuvieron cerradas no paró ni un solo segundo para descansar a pesar de que sus brazos amenazaban con caérsele en cualquier instante.

—Por fin... —suspiró, cansada.

Morrigan dejó caer los brazos cuando terminó el trabajo que se había propuesto. El cuerpo de Keith se encontraba ante ella, desnudo y con todas las heridas cosidas, limpio de sangre y mugre del camino. A simple vista, parecía que se encontraba durmiendo y despertaría de un momento a otro. Sin embargo, aquel deseo de Morrigan nunca se haría realidad. Su amigo había muerto y ella se sentía tremendamente culpable. Siempre había visto a Keith como un hombre invencible. La musculatura de la que siempre presumía y la fortaleza que siempre había mostrado habían hecho que Morrigan y cualquier persona que lo conociera pensarán que Keith Cameron jamás caería frente a una batalla. No obstante, no había sido así. Era como cualquier otra persona, con debilidades, que no había sido capaz de soportar la pérdida de sangre de su cuerpo y las heridas, casi todas profundas, con las que habían castigado su cuerpo.

Sin ánimo y fuerzas para seguir disimulando su dolor, Morrigan dejó escapar el torrente de lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. La joven lloró como nunca lo había hecho y sollozaba como una niña pequeña a la que

habían arrebatado lo más importante para ella. Morrigan apretaba los puños con fuerza, como si quisiera clavarse las uñas para sentir dolor en alguna otra parte de su cuerpo que no fuera el pecho, y en un momento dado, la joven se dejó caer de rodillas al suelo mientras apoyaba la frente en el brazo izquierdo de Keith.

—¿Por qué has tenido que morirte? ¿Por qué? —preguntaba una y otra vez con un cierto deje de rabia en su voz.

Morrigan apretaba el frío antebrazo del joven y lo acariciaba como si él aún pudiera sentir su calor y su cariño. La joven estaba a punto de dejarse llevar por el cansancio que la atenazaba, pero se obligó a sí misma a mantenerse despierta para lanzar una oración al cielo por el alma de su amigo, aunque nunca lo había querido como tal, sino que entre ellos siempre había habido algo más que una amistad, pero nunca había logrado adivinar de qué se trataba, ya que pensaba que no existía palabra para definir lo que sentía por él.

Después de derramar todas las lágrimas que pudo, Morrigan levantó la vista y le acarició la cabeza como si se tratara de un niño. Después llevó la mano hacia su mejilla y la acarició del mismo modo que él lo había hecho antes de separarse y hablar por última vez y cuando se vio con fuerzas, le dijo:

—Keith Cameron, quiero agradecerte que siempre hayas estado ahí para apoyarme, acompañarme y salvarme cuando ha sido necesario. Gracias por brindarme esta bonita amistad que jamás olvidaré por muchos años que pesen sobre mi espalda. Y espero que puedas perdonarme por no haber podido llegar a tiempo para salvarte. —Morrigan se levantó y depositó un beso en los fríos labios de Keith y mantuvo el contacto durante un instante para grabar su imagen en su mente—. No tengo nada que perdonarte, amigo, porque yo tampoco tuve el valor suficiente para huir cuando mi padre firmó mi matrimonio, pero siempre te amé, y siempre deseé volver a probar tus labios. Gracias por todo. Jamás te olvidaré y siempre tendrás un hueco en mi corazón, Keith.

Morrigan se alejó de él sin poder dejar de mirarlo. La joven volvió a sentir que las lágrimas acudían a sus ojos, pero los apretó con fuerza para evitar que salieran de ellos, ya que sabía que Keith no querría verla así por él.

—Y espero que volvamos a vernos cuando mi alma deje este mundo... —susurró.

Morrigan echó un último vistazo al cuerpo desnudo de Keith, y antes de marcharse colocó una manta con los colores del clan Campbell sobre el

cuerpo del joven sin llegar a tapar su cabeza. Aquella era la última vez que lo veía, pues no tenía ánimos para volver a verlo una última vez mientras las paladas de tierra caían sobre él.

Con decisión, Morrigan se dirigió hacia los dormitorios de los sirvientes y llamó a los tres en los que más confianza había depositado Craig a lo largo de los años. Sabía que eran unas personas discretas que no hablarían con nadie de lo que vieran, por ello, cuando les contó lo sucedido, los tres aceptaron enterrar el cuerpo de Keith en un lugar cercano a la casa, pero bien escondido de las miradas indiscretas de los ingleses para que el joven pudiera descansar en paz.

—Y quemad sus ropajes cuanto antes. No quiero dejar huellas. Tratadlo como si fuera de vuestra propia familia, por favor... —suplicó.

—No se preocupe, señora, el señor Cameron está en buenas manos —dijo uno de los sirvientes al ver el rostro de preocupación de la joven.

Morrigan asintió y se dirigió hacia su dormitorio. Mientras subía las escaleras, la joven se miró las manos, donde aún había restos de sangre seca y vio que su vestimenta tenía infinidad de manchas de sangre que jamás saldrían a pesar de los lavados. Cuando llegó al dormitorio, comprobó que Craig aún no había regresado de la escaramuza, lo cual le resultó bastante sorprendente, ya que hacía horas que había sucedido y el alba estaba a punto de llegar.

Morrigan frunció el ceño y pensó que su marido tal vez estaría enfadado con ella después de lo sucedido y no querría volver a casa a verla. No obstante, una pequeña sombra de duda y preocupación se cernió sobre ella. Temía que le pudiera haber pasado algo, pero la cantidad de soldados era muy superior a la del grupo, por lo que se convenció a sí misma de que tarde o temprano aparecería Craig por la puerta y volvería a reprenderla por todo lo sucedido.

Sin querer mirarse en el espejo, Morrigan se desnudó y se dirigió hacia el agua de la bañera, que siempre le preparaban antes de dormir, y que debido al paso del tiempo ya estaba muy fría. No obstante, no le importó. Al contrario, le agradó sentir la frialdad del agua al contacto con sus músculos entumecidos. Sabía que no se relajaría con esa temperatura, pero necesitaba sentir frío en el cuerpo, puesto que su alma estaba tremendamente helada por la pérdida de sus amigos. Y tras conseguir relajarse ligeramente, Morrigan se quedó durmiendo en la bañera.

Los primeros rayos de luz entraron por la ventana, provocando que

Morrigan se despertara de golpe para darse cuenta de que aún estaba metida en la tina. Sin embargo, su primer pensamiento estuvo dirigido a Keith, que seguramente ya reposaba en la tumba que habían cavado los sirvientes. Su segundo pensamiento, mientras salía de la bañera temblando ligeramente de frío, se dirigió a Craig, del que tenía la esperanza de que hubiera regresado ya de la escaramuza y se encontrara desayunando en el piso inferior.

Por eso, la joven se secó con rapidez y, tras vestirse con un vestido algo más elegante de los que solía usar a diario, bajó las escaleras aprisa con la ropa de la noche anterior en las manos para quemarla en la chimenea de la cocina. Cuando la joven entró en la misma, solo se encontraba en ella uno de los sirvientes al que le había encargado enterrar a Keith, por lo que, tras tirar su ropa al fuego, se acercó aprisa a él.

—Señora, ya está todo solucionado —dijo en voz baja—. Cuando desee, la acompañaré al lugar.

Morrigan asintió y le agradeció con una sonrisa el favor que le habían hecho.

—No sé qué ha pasado —siguió diciendo el hombre—, pero me apena la muerte del señor Cameron. Era un buen hombre.

Morrigan asintió e intentó cambiar de tema al ver que la tristeza volvía a apoderarse de su corazón.

—¿Y Craig? ¿Aún no ha vuelto?

El sirviente negó con la cabeza y siguió con sus quehaceres. Morrigan salió al jardín para comprobar con sus propios ojos que el caballo de su marido aún no estaba en su cuadra y cuando descubrió que, efectivamente, era así, volvió a preocuparse. Craig nunca había tardado tanto en regresar a casa después de una escaramuza, y estaba segura de que menos aún después de una de tal envergadura y en la que ella era una de las protagonistas.

Sin rumbo fijo, Morrigan caminó hacia la parte delantera de la casa y finalmente se sentó sobre los escalones de la puerta principal de entrada. Estaba realmente preocupada por Craig y la idea de que también estuviera muerto le pesaba tremendamente sobre los hombros. Durante unos instantes, recordó a los cuatro miembros del grupo y sonrió cuando varios recuerdos bonitos acudieron a su mente. No obstante, al volver a ser consciente de que habían muerto, sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas. Su padre siempre la había criado con la intención de que olvidara pronto a aquellas personas con las que había tenido algún tipo de contacto y habían muerto, sin embargo, a

pesar de ser la mejor guerrera y ladrona de su clan, Morrigan no se sentía capaz de olvidar esas pérdidas en pocas horas.

Cuando Morrigan levantó la mirada, vio a través de las lágrimas que varias personas se aproximaban a la casa. La joven pasó su mano por los ojos para secarlas y poder vislumbrar con claridad de quién se trataba. En ese momento, su corazón estuvo a punto de pararse de golpe.

Frente a ella, un destacamento de soldados ingleses se acercaba lentamente, pero sin pausa hacia su casa e intentó ver si entre ellos se encontraba Craig. Sin embargo, no tuvo suerte. Vio que en sus rostros se reflejaba una expresión adusta y poco amigable respecto a lo que fueran a hacer, por lo que la joven se levantó de la escalinata e intentó recomponer su ropa antes de que llegaran frente a ella.

Morrigan tragó saliva con fuerza mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa falsa y amigable que pretendía engañar a los visitantes. Cuando estos llegaron a la puerta principal, Morrigan se dio cuenta de que no conocía a ninguno, excepto al hombre que desmontó y se aproximaba a ella con una sonrisa sádica que no fue de su agrado:

—Señora Murray —comenzó Liam Martin mientras hacía una reverencia sin dejar de mirarla a los ojos—, qué placer encontrarla en su casa.

—Buen día, señor Martin —amplió su sonrisa—. ¿Dónde iba a estar a esta hora tan temprana?

Liam se encogió de hombros mientras pensaba una buena respuesta a su pregunta.

—No sé, señora, supongo que enterrando a sus amigos —soltó de golpe y dejando de sonreír al instante.

Por su parte, la sonrisa de Morrigan se quedó helada en los labios. Su corazón comenzó a latir con fuerza, ya que no pensaba que el suboficial fuera tan contundente y directo con sus palabras. Sin embargo, se recuperó pronto de ellas y contestó:

—Lamento no poder entenderlo, señor Martin.

El aludido sonrió irónicamente y subió los escalones que los separaban. Cuando estuvo frente a ella, dijo:

—Tiene dos opciones, señora Murray. Puede venir por las buenas o por las malas. Sinceramente, después de todos los quebraderos de cabeza que nos han dado usted y sus amigos, prefiero elegir la segunda opción. Anoche la vi con Keith Cameron, y espero que ese maldito cabrón esté muerto. ¿O acaso lo

tiene escondido en su casa?

—Yo no escondo a nadie, señor Martin —contestó de forma brusca—. Y le vuelvo a repetir que no sé de qué me habla.

Liam se volvió hacia sus compañeros y, a un gesto de su mano, estos entraron en la casa para hacer las comprobaciones pertinentes.

—Estoy seguro de que voy a encontrar el dinero que nos han robado aquí en su casa.

Morrigan no contestó, tan solo se limitó a mirarlo con auténtico odio en sus ojos al tiempo que escuchaba cómo caían uno a uno los adornos, vajilla, cristalería y demás objetos de la casa mientras los soldados arrasaban en busca del dinero que habían robado durante todo ese tiempo. Una parte de ella sonreía al saber que jamás encontrarían ese dinero en su casa, ya que no era ella la encargada de llevárselo a casa, pero le dolía escuchar cómo rompían todo a su paso.

Tras más de media hora inspeccionando todo, el último soldado salió por la casa negando con la cabeza y el rostro muy serio. Liam Martin la observó detenidamente hasta que finalmente habló:

—Traigan el caballo de la señora. —Y esperó hasta que lo llevaron hasta ellos para continuar—: Como le he dicho antes, prefiero que venga por las malas.

Liam Martin agarró el brazo de Morrigan y la empujó escaleras abajo hasta llevarla a su caballo.

—Mi marido no estará muy contento con el trato hacia mí, señor Martin.

El aludido sonrió y chasqueó la lengua.

—No creo que su marido pueda preocuparse ahora de nada...

Morrigan no entendió sus palabras y subió a su caballo, sin embargo, la joven intervino antes de marcharse.

—Está equivocado con todo, señor Martin, y déjeme decirle que llevarse a la fuerza a una persona es delito.

—¡Qué torpeza la mía, señora! —dijo fingidamente mientras llevaba una mano hacia la chaqueta para sacar un papel—. Firmado por el propio William Gordon. Está usted detenida por sedición y robos a la corona.

Morrigan miró el papel y lo tomó entre sus manos para leerlo, comprobando que las palabras de Martin eran verdaderas. Al instante, el joven le arrebató el papel y montó en su caballo, obligando a la joven a seguirlo mientras era rodeada por todo el batallón de ingleses.

Cuando llegaron a la prisión de Fort William, lo primero que sintió Morrigan fue el frío que le inspiraba aquel lugar. En medio del patio de la cárcel había unas escaleras que llevaban a un tablero de madera donde pendía un cuerpo recientemente ahorcado. La joven desvió la mirada al instante, no siendo una visión de su gusto, lo cual provocó las risas a su alrededor.

La obligaron a desmontar del caballo y Liam Martin la empujó para llevarla hacia los despachos donde seguramente la juzgarían por robos. Morrigan hizo un gesto de dolor cuando los dedos de Liam apretaron con fuerza su brazo, pero no lanzó ninguna exclamación y se obligó a sí misma a no mostrar ningún tipo de flaqueza.

Los oscuros pasillos de la prisión le dieron la bienvenida. La fortaleza estaba construida en piedra y el poco cuidado de los dragones había provocado que la humedad y moho llenaran las paredes de la misma, produciendo un intenso olor que le hizo arrugar la nariz.

—¿No está este lugar a su gusto, señora Murray?

La voz procedía del otro lado de la habitación. Morrigan dirigió su mirada hacia allí, ya que la oscuridad reinaba en la estancia, tan solo iluminada por un pequeño candil que había sobre la mesa, que apenas daba la luz suficiente. Al instante, otros dos candiles se encendieron, permitiendo a Morrigan ver con claridad de quién se trataba. William Gordon se dio la vuelta, dando la cara por primera vez y aproximándose a ella lentamente con una copa en la mano.

—Ya sé que estas paredes no son como las de su casa, pero espero que las haga tuyas, pues pasará aquí un tiempo, señora Murray.

—Yo no he hecho nada —volvió a negar.

Gordon levantó una ceja.

—¿Va a negar que ha estado robando durante meses en nuestras casas?

Morrigan no contestó, sino que se limitó a levantar con orgullo la cabeza y a mirarlo a los ojos.

—Murray debió hacerlo mejor contigo, muchacha. —Chasqueó la lengua—. Qué lástima que ya no podrá hacerlo...

Morrigan frunció el ceño.

—¿Dónde está mi marido?

Gordon sonrió.

—Está muerto —sentenció.

Morrigan lo miró con detenimiento, ya que no creía las palabras de Gordon. Craig no podía estar muerto de verdad, debía ser un error o simplemente

querían minarle la moral para que confesara. Le gustaría gritar que sí, que había robado y que le habría gustado seguir haciéndolo, sin embargo, la voz de Keith apareció en su mente, pidiéndole que lo negara una y otra vez.

—La pena por robar a nuestro rey es la horca, señora Murray —volvió a hablar Gordon—. Y déjeme decirle que no está en una buena situación. Nuestro compañero Liam Martin la vio con uno de los ladrones y acabando con la vida de dos de nuestros soldados. A la pena de robo hay que añadirle la de asesinato.

—Eso debería decirlo un juez, señor Gordon.

—¡Vaya! —Negó con la cabeza—. Qué lástima. Nuestro juez está en Inverness y no podrá venir a hacer su trabajo. Este es su juicio, señora.

—Esto es ilegal.

—Lo siento, así tratamos a los que roban a la corona.

Morrigan apretó los puños. Aquella era una injusticia en toda regla. Gracias a Craig conocía algunos modos de actuación de los ingleses y nunca le había contado algo así.

—Exijo un juicio justo.

—Esto es justicia para mí, señora Murray. Hace años su padre se libró de la horca al huir a Dios sabe dónde. Tras buscarlo durante mucho tiempo, no hemos logrado dar con él y la reputación que siempre ha tenido usted no es mejor que la de su padre, señora. Solo la ha salvado su matrimonio con Murray.

Gordon se aproximó a ella moviendo sin parar el contenido de su copa. Cuando estuvo a un solo palmo de su rostro, Morrigan levantó la barbilla aún más, sin amedrentarse ante él.

—Tal vez pueda salvarse si me dice dónde está su padre, señora.

Morrigan sonrió de lado.

—Deberá llevarme a la horca, señor —contestó la joven—. No venga con promesas que no va a cumplir...

—¿No se fía de mi palabra?

—No —sentenció.

Gordon sonrió.

—Ahora entiendo esa fijación de su marido por usted. Ninguna otra mujer se había atrevido a hablarme así, señora.

—Y estoy segura de que ninguna otra ha tenido el valor de hacer otra cosa...

—¿Cómo qué, señora?

Morrigan aprovechó la proximidad de Gordon para mirar el contenido de su copa y al instante escupió dentro de la misma.

Gordon miró hacia la copa con asombro y después levantó la mirada para observarla.

—Así tratamos los escoceses a quienes nos invaden... —dijo Morrigan haciendo suya parte de las palabras del capitán.

Gordon apretó los dedos alrededor de la copa hasta que finalmente dijo:

—¡Llévala! —vociferó.

CAPÍTULO 21

Había perdido la noción del tiempo desde que la habían llevado a aquella celda. En ella, un pequeño ventanuco era el único que le indicaba el paso de los días, pero ya había perdido la cuenta de eso, aunque más bien se había cansado de contar, ya que los días pasaban aún más lentos.

Había momentos en los que el miedo se apoderaba de Morrigan y sentía que iba a ahogarse allí dentro. Necesitaba salir ya de ese lugar, pero no estaba dispuesta a vender a su padre a cambio de su libertad. Desde que estaba encerrada había tenido tiempo suficiente para entender la jugada de Gordon. Este había acabado con la vida de los demás miembros del grupo y poco le importaba la suya, pero si lograba ajusticiar al otro ladrón que años atrás había llevado por el camino de la amargura a su superior, Gordon ganaría puntos en la escala militar. Morrigan no estaba dispuesta a ponerle las cosas fáciles. Prefería morir a traicionar a su propio padre.

Morrigan se levantó del duro y frío suelo de la celda para pasear un poco y mover las piernas. Las ratas pululaban por la prisión, dueñas de todos y cada uno de los colchones y de las pocas mantas que cedían los carceleros a los prisioneros para poder arrojarse. Cuando menos se lo esperaba, Morrigan se encontraba a una rata mordiendo los pliegues de esa manta o intentando sacar la lana de los colchones. Pero la presencia de las ratas no era lo peor para ella. Todos los días llegaba gente nueva a la cárcel y parte de las que ya estaban a veces eran torturados o se lo llevaban casi a rastras para ajusticiarlos en medio del patio.

Morrigan estaba cansada de escuchar los continuos gritos de los hombres que eran apaleados para que confesaran algo que, seguramente, no habían hecho. Desde su celda podía escuchar los bramidos y peticiones de auxilio de los presos y las amenazas de los dragones ingleses hacia ellos o las familias de los presos. A cada voz, Morrigan se tapaba los oídos y llevaba su mente a su propia casa para huir de la cárcel, pero cuando volvía a abrir los ojos, seguía presa.

Las paredes de la celda estaban llenas de mugre y otras cosas que prefirió

no descubrir, y mucho menos tocar, y el aire de la prisión parecía estar tan cargado y era tan húmedo que a veces tenía la sensación de que no podría volver a respirar si soltaba el aire de los pulmones.

La joven intentaba no mirar el corpiño y la falda de su vestido, que estaba comenzando a cambiar de color debido a la falta de higiene y a la suciedad que parecía pegarse a su ropa y a su piel, produciéndole auténtico asco.

Desde que se encontraba encerrada, Gordon había ido un par de veces a su celda para hacerle una y otra vez la oferta para que entregase a su padre, y ambas veces había salido por la puerta echando pestes y maldiciones por la testarudez de Morrigan, que se negaba en rotundo a aceptar sus condiciones para liberarla. No estaba dispuesta a ponérselo fácil al oficial. A pesar de la fama que tenía este de despiadado y sádico, Morrigan prefería mantenerse en sus trece y no ceder, aunque pudiera costarle la vida.

En una de las ocasiones que la había visitado, Gordon volvió a repetirle que su marido estaba muerto y que no tuviera la esperanza de ser liberada por él, consiguiendo que los ojos de Morrigan se llenaran de lágrimas cuando el oficial se marchó y la dejaba sola. Sin embargo, se había hecho la promesa de no derramar ni una sola lágrima mientras estuviera prisionera. Cuando la liberasen, lloraría por Craig todo lo que tuviera que llorar, pero no estaba dispuesta a mostrar ni un solo ápice de debilidad entre aquellas paredes. No quería que los ingleses la vieran flaquear, ya que solo entonces lograrían sus objetivos.

Craig... No podía creer que estuviera muerto. No. No podía ser. En su corazón aún tenía un hilo de esperanza respecto a él. Algo le decía que no estaba muerto, sin embargo, no sabía qué podía haber ocurrido para que no la hubiera liberado ya de la cárcel. Tal vez estaba enfadado con ella, ya que durante meses le había advertido del peligro de robar y las posibles consecuencias. Siempre le había repetido que él no podría hacer nada para liberarla y pensó que tal vez era verdad. Que él estaba haciendo lo posible por sacarla de allí, pero sus compañeros no le darían la libertad.

Morrigan se sentía frustrada respecto al juicio donde la habían condenado. No tenía ni una sola pizca de legalidad, pero para Gordon había sido más que suficiente su pertenencia al grupo y ser hija del ladrón más buscado de Escocia para ser condenada a la horca, lo que no entendía la joven era por qué aún no la habían ajusticiado, ya que no solían esperar tanto con otros presos a los que ella había visto llegar a la cárcel y habían salido antes con dirección

al patíbulo.

Y luego estaba el recuerdo de Keith. Todas las noches aparecía su amigo en sus sueños, atormentándola y culpándola de su muerte, de no haber hecho lo suficiente por salvarlo y de haberlo enterrado en su casa y no en un lugar acristianado. Sin embargo, cuando llegaba el día y despertaba, Morrigan sabía que su amigo jamás la culparía de algo así e intentaba convencerse de que su alma la estaba acompañando en ese momento, infundiéndole ánimo para no venirse abajo y confesar todo lo relativo a su padre.

Por ese motivo, la llegada de la noche era lo peor para Morrigan. Sentía que el ahogo aumentaba y que el techo de la celda se vendría abajo en cualquier momento para aprisionarla aún más. Siempre dormía tumbada en el suelo, ya que no se fiaba del colchón y de las manchas que había sobre él. Estaba segura de que había sucumbido a las chinches y no quería que su cuerpo fuera el elegido para sus picaduras.

Después de varias noches, consiguió conciliar el sueño profundamente y sin pesadillas con Keith. No obstante, la tranquilidad con la que dormía duró poco, ya que a medianoche el soldado de guardia se acercó a su celda y, tras verla durmiendo, decidió divertirse un poco con la joven. A sabiendas de que ninguno de sus superiores se encontraba en la prisión esa noche, el joven sacó un manojito de llaves y abrió con cuidado la reja. Intentó hacer el menor ruido posible, sin embargo, los goznes de la puerta chirriaron por el paso del tiempo y el escaso cuidado, lo que produjo que Morrigan se despertase al instante, abriendo los ojos como platos y levantándose del suelo a pesar de que el sueño no la había abandonado aún del todo.

La joven lo miró a la espera de que le dijera a qué había ido a su celda a esa hora de la noche. Sin embargo, no hizo falta que el soldado dijera nada, ya que este entró lentamente y cerró la reja tras de sí sin dejar de mirarla de arriba abajo como el cazador que mira con deseo una presa a punto de cazarla. Morrigan apretó los puños y recordó unas palabras de Craig cuando le contó lo que los soldaos solían hacer a las mujeres en las prisiones. Rezó con todas sus fuerzas para que las intenciones de ese hombre fueran otras, pero el deseo que vio en sus ojos le confirmó lo que ya sabía.

—Vete por donde has venido —le dijo con rabia.

El soldado, que parecía tener su misma edad, sonrió de lado y se frotó las manos lentamente. Este giró la cabeza un momento para mirarla desde otra perspectiva y paseó la lengua por los labios. Poco a poco, acertó la distancia

que los separaba, provocando que, inconscientemente, Morrigan diera un paso hacia atrás intentando huir de algo que no deseaba.

—Me iré, claro, después de encontrar lo que he venido buscando.

—Buscas mal —respondió Morrigan—. Estás ante la esposa de Craig Murray, uno de tus superiores. Si no quieres acabar muerto, será mejor que te vayas.

—¿Murray? A tu marido le disparó uno de tus amigos, zorrita escocesa. No creo que venga esta noche a impedir que seas mía.

Con un movimiento rápido, la agarró del brazo y la acorraló contra la pared. Morrigan abrió la boca para gritar, pero su voz fue sofocada por los asquerosos labios de ese hombre que ya comenzaba a tocar partes de su cuerpo que eran destinadas exclusivamente a su marido.

—Mis compañeros morirán de envidia cuando sepan que he logrado amansar a la fiera —dijo tocándole un pecho.

—Lo único que le contarás a tus amigos es cómo la fiera logró hacerte las heridas.

—¿Qué heridas? —preguntó sin comprender.

Morrigan sonrió.

—Estas...

Levantó una pierna y pateó la entrepierna del soldado, que cayó al suelo retorciéndose de dolor. Ese momento de debilidad, Morrigan lo aprovechó para levantar su puño y clavarlo una y otra vez con todas sus fuerzas en la mejilla de su atacante hasta abrirle varias heridas en la mejilla y labios. A pesar de que el soldado aún seguía en el suelo, sin entender cómo no podía defenderse de aquella fiera, Morrigan clavó sus puños esta vez en el costado del dragón, consiguiendo que lanzase su primer aullido de dolor. Sin embargo, cuando Morrigan preparaba un nuevo ataque, el soldado se giró hacia ella con el puño cerrado y le dio un sonoro puñetazo a la joven, que logró lanzarla hacia atrás y chocar contra la pared que tenía justo detrás.

Lanzando una maldición, la joven se llevó la mano al lugar afectado, haciendo un gesto de dolor cuando sus dedos tocaron el lugar del golpe. Sentía que un ligero mareo la invadía y sacudió la cabeza para alejarlo de ella. No obstante, ese momento lo aprovechó su atacante para levantarse del suelo y volver a aprisionarla contra la pared con las manos en el cuello de la joven.

—Eres una maldita perra escocesa que no tiene derecho a vivir.

El soldado apretó con fuerza los dedos, dejando a Morrigan sin posibilidad

de tomar algo de aire. La joven boqueaba intentando respirar, pero sus pulmones se quedaban sin aire por momentos.

—Cuando mis superiores vengan mañana, creerán que tú misma has decidido quitarte la vida antes de ser ajusticiada en el patio.

Morrigan intentaba con desesperación apartar las manos del soldado de su cuello, sin éxito. A medida que pasaban los segundos, la joven se veía sin fuerzas para seguir atacándolo y las piernas apenas lograban mantener su peso. Sentía que la cabeza iba a explotarle debido a la falta de aire al tiempo que la vista comenzaba a fallarle por momentos.

—¿Qué está haciendo, Robinson?

Una voz atronadora sonó junto a la reja de la celda, provocando que el gesto en el rostro del soldado cambiara al instante y dejara de apretarle con tanta saña el cuello a Morrigan. La joven cayó al suelo a los pies del dragón aspirando todo el aire del que era capaz y tosiendo con fuerza mientras las pulsaciones de su corazón volvían poco a poco a la normalidad.

Robinson se apartó de ella y se acercó a William Gordon, al que Morrigan ya había reconocido a pesar de la oscuridad.

—Te he hecho una pregunta, carcelero —dijo peligrosamente.

—Señor... esta presa... —titubeó—. Esta presa me ha agredido. Solo estaba defendiéndome.

—La estabas estrangulando, Robinson. Esta mujer está bajo mi protección. Morirá, claro está, pero cuando yo diga y como yo decida. ¿Le queda claro, soldado?

El muchacho asintió y, a una señal de Gordon, abandonó la celda bajo la atenta mirada de su superior.

—Se le acaba el tiempo, señora Murray —le dijo antes de dar media vuelta y dejarla sola mientras se recuperaba del ataque.

Cuando William Gordon se dirigió hacia su despacho, tuvo una idea. Deseaba zanjar de una vez por todas el tema que le preocupaba y llevarle buenas noticias al rey, que lo esperaba con impaciencia en Londres.

Tras cerrar la puerta, Gordon se dirigió a su escritorio y se sentó frente a un papel en blanco mientras pensaba las palabras exactas a redactar para poner en busca y captura a Iain Campbell. Estaba seguro de que desde su escondite aún no sabía que su hija estaba encarcelada, y seguramente no saldría de él bajo ningún concepto, por lo que debía incentivar su salida si quería acabar con ello cuanto antes.

Tomó la pluma y escribió:

Yo, William Gordon, ordeno a todos los soldados del reino que busquen y capturen cuanto antes a Iain Campbell por sedición y robo durante años a las arcas de nuestro querido rey. Si en dos días no ha sido encarcelado o él mismo decide entregarse, su hija, Morrigan Campbell Murray, morirá ahorcada en su lugar.

Gordon escribió esas mismas palabras en varios pliegos para enviarlas a todos y cada uno de los señores de las tierras cercanas para que ayudasen a buscar al hombre al que deseaba encontrar por encima de todo. Y si no lograba encontrarlo, aquella bella jovencita moriría en la horca de esa misma cárcel para escarmiento a todos los que tuvieran planes para robar, atacar o planear cualquier otra cosa contra los soldados ingleses.

No sabía cuántos días habían pasado desde la escaramuza en la casa de Gordon cuando Craig despertó en su cama. Ni siquiera sabía con exactitud lo que había ocurrido para tener un enorme vendaje cubriéndole gran parte del costado. Al instante, Craig giró la cabeza para comprobar si Morrigan estaba junto a él. No obstante, el lugar destinado a su mujer estaba completamente frío, y de hecho había indicios de que no había sido ocupado al menos durante esa noche.

Se preguntó una y otra vez qué podía haber ocurrido esa fatídica noche. Lo último que recordaba era que Gordon había pedido llevar el cañón para demoler su propia casa con los ladrones dentro, pero no estaba seguro de que lo hubieran empleado, pues había perdido el conocimiento antes de descubrirlo.

Craig intentó levantarse, pero un fuerte dolor le atravesó el costado, dejándolo sin fuerzas y provocando que volviera a tumbarse contra las blancas sábanas de seda. Su gemido de dolor fue escuchado por uno de los sirvientes de la casa que se encontraba velándolo hasta que despertara y se abalanzó contra la cama para ver cómo se encontraba.

—¡Señor! —exclamó, sorprendido—. ¡Es un milagro!

Craig lo miró sin entender. Los rescoldos de la fiebre aún le provocaban escalofríos y le hacían sentir tan débil que apenas podía mantener los ojos abiertos para mirar al joven que lo había acompañado durante los días de su recuperación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con la voz ronca debido a los días en los

que no había probado el agua.

El joven fue a la mesita a por un vaso con ese líquido para que lo bebiera al tiempo que le resumía todo lo ocurrido en su ausencia y mientras había estado recuperándose.

—Señor, por lo que sé, le dispararon cuando intentaban apresar a los... — El joven miró hacia la puerta y bajó el tono—... a la señora. Dos días después, lo trajeron varios soldados pensando que no lograría recuperarse, ya que la fiebre aumentaba por momentos, pero gracias a los emplastos de Mary se ha recuperado.

Craig suspiró y se incorporó con la ayuda del joven.

—¿Y Morrigan?

El sirviente suspiró y torció el gesto.

—Se la llevaron un día antes de que lo trajeran a usted, señor. Está presa en Fort William.

Craig intentó levantarse a pesar del dolor.

—¿En Fort William? —preguntó levantando la voz—. ¿Desde cuándo? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Seis días, señor.

—Eso es demasiado tiempo.

Craig hizo un gesto de dolor mientras se incorporaba y apoyaba todo su peso en los pies. Un ligero mareo lo invadió y tuvo que apoyarse en la mesilla que había justo al lado de la cama, pero enseguida se recuperó y buscó su ropa.

—Esa cárcel no es un buen sitio para alguien como Morrigan.

—La señora es una mujer fuerte —intentó animarlo.

—Eso es lo que más temo, Sam. Una mujer como Morrigan puede convertirse en un reto para quien quiera domarla.

Con la ayuda del joven, Craig logró vestirse y, haciendo caso omiso al dolor, se aproximó a la puerta.

—¡Espere! —llamó su atención.

Craig se volvió hacia él y lo miró, expectante.

—Hay un par de guardias en la puerta, señor.

La expresión del rostro de Craig mudó por completo y la ira lo invadió a pesar de los esfuerzos por intentar calmarse ante una situación como esa.

—Gracias, Sam.

Craig abrió la puerta de golpe y, al instante, dos soldados a los que no

había visto jamás aparecieron en su campo de visión, cortándole el paso.

—¿Se puede saber qué demonios hacen en mi casa? ¿Acaso estoy detenido?

—No, señor Murray, pero el señor Gordon nos pidió que permaneciéramos aquí hasta que despertara y le entregáramos esto.

El soldado le extendió una carta que contenía el sello personal de William Gordon. Extrañado, Craig levantó una mano para agarrar el sobre y, tras abrirlo, leyó el contenido de la carta, lo cual produjo que su corazón se acelerara por momentos. Las manos comenzaron a temblarle y temía preguntar por aquella misiva. Sin embargo, levantó la mirada y preguntó:

—¿Cuándo han enviado esto?

—Ha llegado hace un rato, señor Murray.

Craig respiró aliviado. Durante unos segundos creyó que ya había pasado el tiempo y Morrigan estaba muerta. Tenía dos días para hacer todo lo posible para salvar a su esposa. No podía perder el tiempo, y poco le importaba si la herida se abría.

—Necesito hablar con el capitán Gordon.

—¿Se ha recuperado ya, señor? —preguntó uno de ellos.

—Eso no importa —respondió a pesar de que sentía que su costado se rajaba a medida que caminaba hacia las escaleras—. Quiero hablar con él. ¿Dónde se encuentra?

—En Fort William, señor.

Craig asintió y agradeció que le hubieran llevado esa carta. Bajó las escaleras casi volando. El tiempo corría en contra de Morrigan y debía hablar con Gordon cuanto antes para buscar una solución que lograra sacar de la cárcel a su esposa.

Después de cabalgar hacia la prisión de Fort William, el estado de salud de Craig había empeorado, pero poco le importaba. Los ánimos por salvar a Morrigan lo instaban a seguir. Dejó el caballo a cargo del primer soldado que se cruzó en su camino y después corrió hacia el despacho de Gordon.

Cuando pasó por un lado del pasillo de las celdas, Craig miró en esa dirección, preguntándose en cuál de ellas estaría encerrada Morrigan. Sin embargo, sabía que sin un permiso del propio Gordon no podría visitarla a pesar de desear con toda su alma romper esa regla y buscarla para ver cómo se encontraba.

—¡Qué sorpresa, Murray! ¡Ha vuelto usted de entre los muertos! Nadie creía que se recuperaría.

—Gracias, señor, por su confianza —contestó irónicamente intentando contener la ira que sentía hacia él—. Señor, cuando he despertado me han dicho que mi esposa se encuentra en esta prisión, y déjeme decirle que me ha sorprendido mucho que ya haya sido juzgada y condenada antes de que yo me recuperase.

Gordon torció el gesto.

—Como ya le he dicho, nadie pensaba que iba a recuperarse, Murray. Y ya sabe que llevaba mucho tiempo detrás de esa banda. Lo que me sorprende es que usted no supiera nada como marido de una de los miembros de la banda.

—Todos los cargos que se atribuyen a mi esposa son falsos.

—Déjeme decirle, Murray —dijo mientras sacaba un papel de un cajón de su mesa—, que aquí tengo una declaración jurada de Liam Martin en la que confiesa haber visto a su esposa matando a dos de nuestros soldados y ayudando a escapar a Keith Cameron, del que no sabemos nada.

Craig leyó la declaración de Liam Martin y estuvo tentado de rajarla ante las narices de Gordon, pero debía actuar como requería su cargo y la delicada situación en la que Morrigan se encontraba.

—Esto es falso.

—Eso no me interesa. La verdad es que poco me importa la suerte de su querida esposa, Murray. Sin embargo, como habrá leído en mi misiva, quiero la cabeza de su suegro, Iain Campbell. Su vida sí que me importa y deseo matarlo a él en lugar de ver a su preciosa mujer colgando de una horca, aunque haya pertenecido a esa banda.

—Si me está preguntando dónde está el padre de mi mujer, déjeme decirle que no lo sé. Hace años que no lo veo y no sé dónde se esconde.

—Entonces su querida esposa morirá en el lugar de su padre si no lo encuentra. —Gordon le señaló la puerta—. El tiempo corre, Murray.

Sin embargo, Craig se mantuvo en el sitio mientras lo miraba a los ojos.

—Señor, para confiar en su palabra necesito algo.

—¿Duda de mí?

—Ha detenido a mi esposa mientras yo me encontraba convaleciente... Por favor, no me haga responder a eso... Quiero una declaración jurada suya en la que confirme que liberará a Morrigan cuando su padre sea ajusticiado.

Craig vio como Gordon apretaba los puños y sus labios se convertían en una fina línea apenas visible. Sin embargo, con paso lento, Gordon se dirigió hacia su mesa, se sentó en la silla y escribió al tiempo que decía en voz alta:

Yo, William Gordon, afirmo que la señora Morrigan Campbell Murray será liberada de todo cargo en el momento en el que su padre, Iain Campbell, se presente ante estos muros y se entregue para ser ajusticiado por sus delitos contra la corona.

Cuando la terminó, Gordon estiró la mano y le cedió la carta a Craig, que la aceptó con una media sonrisa y la esperanza de poder salvar a tiempo a Morrigan.

Esa misma tarde, Morrigan recibió de nuevo la visita de William Gordon. Estaba harta de sus continuas exigencias para que le confesara dónde se encontraba escondido su padre y deseaba que aquel hombre se olvidara de ella hasta el día en que la ajusticiaran.

—Señora Murray, tengo una noticia que comunicarle.

El capitán entró en la celda con aires de autosuficiencia y cerró la reja tras él. Después, miró a Morrigan, que lo observaba sin ningún tipo de interés.

—Ya hay fecha para su muerte, querida.

Morrigan levantó una ceja. No podía creerse el tono de voz que empleaba Gordon al hablar con ella de un tema tan delicado como aquel. Le daba la sensación de que estaba contento y lo expresaba como si fuera una gran noticia.

—Dentro de dos días, si su padre no ha venido a entregarse, usted será ajusticiada por sedición y robo.

Morrigan no contestó. No tenía el ánimo para hacerlo. Se encontraba en una situación demasiado delicada para ella y solo deseaba que todo acabara cuanto antes y esos dos días pasaran con rapidez. La joven miró hacia otro lado con la esperanza de que Gordon se marchara al ver que no le hacía el caso que deseaba y se abstrajo recordando a su padre. La última vez que habían estado juntos se había enfadado mucho con él y apenas habían tenido un momento para hablar y disculparse por las palabras que se habían dedicado el uno al otro. Sin embargo, para ella su padre era un ejemplo a seguir. Era un hombre del que siempre había estado realmente orgullosa. Iain Campbell siempre había estado preocupado por las personas de su clan y sus amistades más cercanas, robando para cualquier persona, sin importar los colores del clan que portaran en sus *kilts*. Su padre había mostrado su valentía en más de una ocasión y siempre había deseado lo mejor para su hija, incluso en el momento en el que firmó las capitulaciones de su matrimonio con Craig. Su

padre sabía a quién le entregaba a su hija y Morrigan, con el paso del tiempo, había aprendido a entender ciertas acciones de su padre.

Iain fue el primero en tratarla como a una igual, sin importar que fuera una niña cuando le regaló su primera espada o cuando ella misma le pidió que le enseñara a usar el arco. Para él, su hija había sido su prioridad a lo largo de los años. Y Morrigan sabía que la formación del grupo se debía a que confiaba en ella y a que quería que mostrase al mundo su valía como persona y como mujer, sin importar la tarea que fuera a llevar a cabo. Siempre pensó que su padre era un hombre adelantado a su tiempo, con pensamientos que poco tenían que ver con la gran mayoría de los hombres del clan, ya que muchos no aceptaban que una mujer entrenara con ellos a la espada o al arco.

Morrigan sintió un nudo en la garganta. Le encantaría ver a su padre una última vez, saber qué pensaba de ella y de todo lo que habían conseguido a lo largo de esos últimos meses. Le habría gustado abrazarlo y ver la bondad en sus ojos antes de morir. No le importaba que fueran a juzgarla. Lo harían por algo que realmente había hecho y de lo que no se arrepentía. Pero se encontraría sola en el patíbulo. Sin embargo, no temía ni a la muerte ni a las personas que iban a infringírsela.

—Creía que le gustaría saber cuándo va a morir, señora Murray.

Morrigan giró la cabeza de nuevo hacia la reja y miró, sorprendida, a Gordon. Se había abstraído tanto en sus pensamientos que pensaba que estaba sola, sin embargo, este la observaba con detenimiento intentando descubrir sus pensamientos.

—Pensaba que se había ido, señor Gordon —dijo obviando las palabras del capitán.

—¿Sabe? Estos minutos la he estado observando. —Morrigan elevó una ceja—. No he podido evitar preguntarme cómo es posible que una mujer haya sido capaz de capitanear un grupo de hombres, y cómo es que ellos lo han permitido.

—La respuesta es muy fácil —contestó—. Hay que ser inteligente. Y una persona inteligente sabe cómo parecer lo contrario. Estará conmigo en que lo contrario siempre será más difícil, es decir, alguien con poca inteligencia jamás podrá parecer inteligente, como usted bien sabe...

Gordon frunció el ceño ante la afirmación de Morrigan sobre su escasa inteligencia. El capitán apretó los puños y dio un paso hacia ella, pero se contuvo finalmente sin dejar de mirarla.

—La gran mayoría de vosotros pensáis que una mujer es débil, solo se preocupa de coser y no es inteligente. Todos ustedes han conocido a la Morrigan Campbell perfecta que trata con gusto a personas como vosotros y que algo tan banal como la ropa le resulta un tema excelente de conversación. Sin embargo, déjeme decirle que, gracias a mi inteligencia, he podido pasar desapercibida y mostrar una faceta de mí que no existe. No deberían subestimar el poder de la inteligencia de una mujer por el mero hecho de serlo, capitán Gordon...

Morrigan esbozó una sonrisa de lado. A pesar de estar sola con él en aquella celda, se sentía muy por encima de Gordon. Le había confesado abiertamente, por primera vez, que efectivamente los había engañado a todos y que uno de sus objetivos se había cumplido: mostrar a todos que tenía la capacidad suficiente para llevar a cabo grandes empresas.

Gordon se acercó a ella lentamente sin quitarle los ojos de encima. Paseó la mirada una y otra vez de arriba abajo por la anatomía de la joven, la cual no se inmutó ni un ápice con aquella observación.

—Vuestro marido siempre presumió de esposa y siempre me pregunté qué tendría de especial una simple escocesa que no tuviera una inglesa. Y ahora lo acabo de confirmar: sois una mujer extraordinaria, señora Murray. Ese porte elegante y a la vez rebelde y orgulloso; esa melena despeinada; vuestra mirada felina; esa altanería a pesar de estar a las puertas de la muerte... Cualquiera otra mujer se pasaría sus últimas horas llorando. Sin embargo, usted, señora Murray, mantiene la compostura.

Gordon se acercó tanto a ella que Morrigan dio un paso atrás, asqueada por el posible contacto de su piel. No quería ni siquiera un roce de su parte, ya que era una persona a la que siempre había odiado por su mal proceder con los escoceses y la fama de mujeriego y sádico no ayudaba en absoluto para desear su contacto.

El capitán colocó ambas manos alrededor de la cabeza de Morrigan y acercó la cara a la de la joven.

—No se atreva a tocarme o será el primero de los dos en morir —dijo siseando las palabras.

—No puedo dejar pasar esta oportunidad para intentar domar lo que mi querido señor Murray no ha podido...

Gordon aproximó el rostro a Morrigan, pero cuando estaba a punto de besarla, una voz a su espalda lo obligó a separarse de ella a regañadientes:

—Señor, ha recibido una carta urgente.

Morrigan vio cómo apretaba los puños y se giraba para marcharse. Sin embargo, cuando ya se encontraba fuera de la celda se volvió para mirarla y le dijo:

—Recuerde, señora Murray: dos días.

CAPÍTULO 22

El día había amanecido lluvioso, lo cual provocaba que los caminos se llenaran de agua e impidieran cabalgar con la premura que deseaba. Antes de que el primer rayo de sol comenzara a aparecer por el horizonte, Craig ya se había puesto en marcha para ir al lugar que deseaba. Durante toda la tarde del día anterior había estado haciendo las investigaciones pertinentes para descubrir el paradero de Iain Campbell. Por nada del mundo deseaba volver a verlo, pues era el verdadero culpable de que su esposa estuviera a punto de caminar hacia el patíbulo. A pesar de eso, era el único que podía salvar a Morrigan de las garras de la muerte y limpiar su nombre.

Le había resultado muy difícil dar con las personas adecuadas para descubrir dónde se encontraba la casa del padre de Morrigan. Sin embargo, había cabalgado sin descanso hacia el pueblo donde había vivido Morrigan durante toda su vida hasta su matrimonio y había logrado encontrar a algunas personas de confianza de Iain. Le había costado mucho que hablaran de él, ya que no se fiaban de Craig a pesar de ser el marido de Morrigan por su condición de soldado del ejército inglés y por tener sangre inglesa. Pero en el momento en el que dijo que la vida de Morrigan estaba en peligro, le habían dado los datos necesarios para continuar con su búsqueda.

Y allí se encontraba entonces. Casi se había echado a reír cuando lo había descubierto. No podía creer que esa casa estuviera tan cerca y a la vez tan lejos de su casa. Aquel lugar era de muy difícil acceso y nadie era capaz de aventurarse a través del supuesto bosque encantado que lo precedía. Tras este bosque, una pequeña cabaña, escondida, que desde la distancia había visto cómo humeaba la chimenea, lo cual indicaba que dentro se encontraba su morador. Las historias que contaban de ese lugar eran tan tétricas y escalofriantes que desde muy niño había tenido pesadillas, sin embargo, cuando dejó de creer en hechizos y maldiciones, ese lugar pasó a ser como cualquier otro.

Craig se encontraba realmente cansado y hambriento, pero quedaba muy poco tiempo para que Morrigan fuera ajusticiada y debía actuar cuanto antes,

ya que no podía permitirse llegar tarde.

—Allá voy... —se dijo a sí mismo.

Craig instó al caballo para que continuara su camino y se acercara a la casa cuanto antes. Miró el paisaje y no entendió cómo es que aquel lugar se había convertido en objeto de temor entre todas las personas a las que conocía, incluidos los ingleses. Era un bosque tremendamente hermoso, donde el canto de los pájaros rompía el silencio que lo había acompañado durante todo el viaje y el viento suave que llevaba las gotas de lluvia le acariciaba la cara, prometiéndole una nueva etapa en su vida.

Cuando por fin se encontró frente a la casa, Craig desmontó y miró a través de una de las ventanas, pero no logró ver a nadie. Después se acercó a la puerta y llamó con insistencia, esperando a que alguien abriera para recibirlo. Instantes después, esta se abrió lentamente, casi con sorpresa de que alguien buscara su ayuda y tras ella apareció un rostro conocido al que apenas había visto un par de veces en toda su vida:

—Hacía semanas que te esperaba —dijo con seriedad.

Craig dio un paso hacia él.

—Tenemos que hablar.

Desde que Gordon le comunicó el día de su muerte, las horas habían pasado demasiado rápidas para Morrigan. Aquello le había sorprendido, ya que desde que se encontraba en prisión había perdido la noción del tiempo, incluso no tenía ni idea de cuántos días habían pasado desde su llegada a Fort William, pero esos dos días habían pasado demasiado rápidos, algo que agradeció al cielo, pues no podía soportar más los gritos de la cárcel ni el acoso de los guardias.

Hacía ya varias horas que el alba había llegado y Morrigan no sabía con exactitud a qué hora sería ajusticiada, aunque a medida que pasaban las horas suponía que sería a la hora del mediodía.

—Hoy es el día, zorra escocesa... —se había burlado uno de los soldados que solía patrullar por los pasillos de la cárcel.

Durante toda la mañana, Morrigan había sido consciente del ajetreo de todos los soldados. Ese fue el primer día en el que no escuchó los gritos de las personas a las que torturaban. Parecía que todos estuvieran pendientes de ella y de su ejecución. Sin lugar a dudas, Morrigan era la protagonista de aquel lluvioso día.

Cuando el sol estaba a punto de alcanzar el mediodía, unos pasos lentos

llamaron la atención de la joven. Varias personas se aproximaban a su celda y Morrigan supuso que el momento había llegado. Sus últimos minutos de vida eran aquellos y quería grabar en su retina la imagen de todos y cada uno de los soldados que participasen en su ejecución.

Sin miedo alguno, la joven se levantó del suelo y, sin saber por qué, se arregló el vestido y atusó el pelo. Después, justo en el momento en el que Gordon aparecía frente a la reja de su celda, Morrigan levantó la cabeza, orgullosa, mostrando una seguridad y una falta de miedo que llamó la atención de los cinco hombres que habían acudido para llevarla al cadalso.

—Es la hora, señora Murray.

A una señal de Gordon, dos de los soldados abrieron la reja y entraron con unos grilletos en las manos para ponerlos en las de la joven, que levantó los brazos para ayudar a aquellos hombres, quienes la miraban de reojo con una mezcla de sorpresa y admiración por la entereza que mostraba ante su inminente muerte.

—La espera la horca, señora.

William Gordon se hizo a un lado con una amplia sonrisa en los labios. Morrigan se dio cuenta de que aquel hombre realmente disfrutaba con las muertes de sus presos, pero no iba a mostrarle ni una sola pizca de debilidad en sus últimos momentos. Siempre habían visto la fiereza y seguridad con la que vivía y no estaba dispuesta a mostrar lo contrario en un momento como aquel.

Cuando la joven pasó por su lado, ladeó la cabeza y sonrió ligeramente:

—Espero verlo pronto en el infierno, William Gordon —siseó.

El aludido no modificó la expresión de su rostro y la siguió con la mirada a través del pasillo para después salir al patio por otra puerta diferente.

Cuando la puerta del patio se abrió para Morrigan, esta tuvo que cerrar un instante los ojos para acostumbrarlos a la luz. Durante muchos días había estado en una celda con escasa luz y ahora que las nubes se habían disipado un momento, el sol brillaba en todo su esplendor.

Cuando por fin se recuperó, Morrigan fue empujada hacia la horca, donde ya se encontraba el verdugo que abriría la trampilla para ejecutarla. Este mostraba su rostro cubierto con una tela negra en la que dos agujeros dejaban entrever unos ojos oscuros.

—Dios la guarde, señora. —La voz de una mujer llamó su atención y cuando Morrigan giró la cabeza en su dirección, descubrió que se trataba de

una vecina de su mismo clan a la que habían ayudado con parte del dinero robado durante esos meses.

Aquella mujer la miraba con una expresión apenada e intentaba mostrar una sonrisa de ánimo para la joven, que le devolvió una sonrisa totalmente sincera de verla tan recuperada de su enfriamiento. A su lado había un par de muchachos que ya sobrepasaban la quincena y acompañaban a su madre. Morrigan los recordaba, aunque hacía ya más de cinco años que no los había vuelto a ver. Los jóvenes le sonrieron, al igual que su madre, y en sus labios se dibujaron un “gracias” por todo lo que Morrigan había hecho por ellos.

Un soldado volvió a empujarla, sin embargo, no le importó. Morrigan seguía con la sonrisa en los labios, ya que en ese momento vio que todo por lo que habían luchado había dado sus frutos y habían logrado salvar a muchas personas con ese dinero robado. No le importaba morir sabiendo el buen trabajo que habían realizado.

Morrigan levantó la cabeza, orgullosa, y subió los peldaños que la separaban de la cuerda de la horca. A su espalda podía escuchar las risas y mofas de los soldados ingleses mientras era conducida a la muerte, pero no le importó, tan solo tenía la mirada fija en el frente.

El soldado que la acompañaba la detuvo justo al lado de la cuerda y se la enrolló alrededor del cuello. Con una sonrisa en los labios, la apretó más fuerte de lo habitual y le preguntó:

—¿Un último deseo, zorra?

Morrigan giró lentamente la cabeza hacia él y, mostrando una expresión de auténtico asco, contestó:

—Verte colgando de una soga exactamente igual a esta.

La sonrisa del soldado desapareció de golpe y escupió a la joven a la cara para después bajar las escaleras y ver la escena desde abajo. El verdugo esperó a que Gordon estuviera frente a ellos y leyera los cargos contra la joven.

—Señora Morrigan Campbell Murray, se la acusa de haber robado numerosas veces en las casas de varios soldados del imperio británico, además de rebeldía y desobediencia a las leyes de nuestro reino. Como castigo, ha sido condenada a morir en la horca este 29 de mayo de 1740. Que Dios, nuestro Señor, guarde su alma del infierno...

Cuando William Gordon terminó de leer los cargos, varios soldados comenzaron a tocar suavemente los tambores. En ese momento, el verdugo se

frotó las manos y se aproximó a la barra de madera que abriría la trampilla que había bajo sus pies.

Morrigan echó una mirada a su alrededor, mirando uno por uno a los allí presentes hasta que uno de ellos llamó su atención. La joven creyó que, debido al ajetreo, había visto mal, sin embargo, volvió a fijar su mirada en aquel hombre que había justo enfrente de ella. El rostro de ese hombre estaba cubierto por una capucha negra, pero, a pesar de eso, Morrigan lo reconoció al instante. El corazón de la joven comenzó a latir con fuerza y, por primera vez, se puso nerviosa. Inconscientemente, miró hacia William Gordon, que mostraba una sonrisa sádica en el rostro, por lo que estaba segura de que no había reconocido al hombre que había burlado la seguridad de la cárcel y se encontraba entre el público asistente a la ejecución.

Iain Campbell le dedicó una sonrisa a su hija y mostraba una seguridad en su rostro que hacía tiempo que no la había visto. Su padre tenía el rostro cortado por el frío de todo el invierno y unas ojeras negras adornaban la cuenca de sus ojos. Vestía el *kilt* con los colores del clan Campbell y, por lo que parecía, era totalmente nuevo. De su cadera pendía el *sporrán* y una espada, y sus hombros estaban cubiertos por una chaqueta totalmente nueva. Sobre él, una capa de terciopelo lo abrigaba de la brisa primaveral. Le dio la sensación de que su padre se había preparado a conciencia con ropa nueva para ir hasta allí a ver la ejecución de su hija, pero no entendía cómo era posible que hubiera burlado la seguridad de aquella cárcel y ningún soldado lo hubiera reconocido.

En ese instante, el sonido de la barra de madera llamó su atención. Morrigan levantó la mirada y vio que al fondo aparecía lo que parecía ser un fantasma. Durante unos segundos, la joven dudó sobre si ya estaba muerta y Craig volvía de entre los muertos para llevarla junto a él, sin embargo, el propio William Gordon dirigió la mirada hacia el fondo del patio cuando los gritos de Craig llamaron su atención.

Gordon levantó una mano para frenar el movimiento del verdugo sobre la barra de madera, que soltó al instante. Frunciendo el ceño, esperó a que su subordinado subiera las escaleras y explicara el motivo de parar aquella ejecución, aunque fuera la de su esposa.

—Craig... —susurró Morrigan cuando lo vio de cerca.

No entendía el motivo que había llevado a los soldados ingleses para hacerle creer que su marido estaba muerto, aunque sí vio que caminaba con

cierto cansancio y en su rostro mostraba una expresión de dolor y palidez.

—¿A qué se debe esta interrupción, Murray?

Craig intentó no mirar a Morrigan y centrarse en lo importante: liberarla. En sus manos portaba el mismo papel que el propio Gordon había escrito indultando a Morrigan.

—Señor, aquí tengo, de vuestro puño y letra, el indulto a mi esposa.

—Sí, pero se le olvida algo, Murray. Debía traerme a otra persona en su lugar.

Craig esta vez sí miró hacia Morrigan y le pidió perdón con la mirada. Después, volvió a mirar a Gordon y sonrió de lado.

—Me parece que debe mirar al frente, señor.

En ese instante, Iain Campbell dio un paso al frente al tiempo que retiraba de su cabeza la capucha que lo cubría, mostrando ante todos su identidad. Los soldados que había a su alrededor, incluso el propio Gordon, mostraron una expresión de sorpresa y desconcierto. Sin embargo, reaccionando con rapidez, el capitán lo señaló y les ordenó:

—¡Apresadlo!

—No... padre —susurró Morrigan al darse cuenta de lo que iban a hacer—. ¡Padre, no!

El verdugo ya estaba quitando del cuello de la joven la cuerda y soltándole los grilletes de las muñecas. Morrigan intentó impedir que golpearan a su padre antes de que lo subieran al cadalso en su lugar, pero fue en vano. Craig se dirigió hacia ella y, tras agarrarla del brazo, la llevó lejos de la horca, ocupando el mismo lugar que había tenido su padre instantes antes.

—¡Señor Campbell! —Gordon mostró una sonrisa amplia—. Me alegra saber que usted es una persona de valor y prefiere morir en el lugar de su hija. Por un momento pensé que era tan traicionero y desleal que dejaría morir a su querida hija.

—Acabemos con esto de una vez, Gordon. No tengo todo el día... —contestó Iain con una sonrisa.

El verdugo, a una señal del capitán, rodeó el cuello de Iain con la cuerda y, sin esperar más tiempo, abrió la compuerta.

Morrigan miraba con lágrimas en los ojos a su padre, que no le quitó la vista de encima mientras su cuerpo perdía el suelo y caía a la nada. Le dedicó una última sonrisa a su hija antes de que la cuerda de la horca rompiera su cuello, llevándose su último aliento de vida.

—Adiós, padre —susurró Morrigan, incapaz de mirar al frente mientras el cuerpo de su padre se balanceaba de un lado a otro.

Craig mantenía los brazos alrededor de su esposa hasta que Gordon se aproximó a ellos y volvió a entregarle a joven el indulto.

—Por esta vez se ha salvado, señora Murray.

Morrigan levantó la mirada y escupió.

—Váyase al infierno, William Gordon.

EPÍLOGO

Julio de 1740.

Morrigan sonrió cuando los brazos de Craig rodearon su cuerpo. Hacía ya más de un mes que habían enterrado a su padre en el pequeño cementerio de la familia Campbell, donde también estaba enterrada la madre de Morrigan. Después de eso, habían pasado unos días en la antigua casa de la joven, rememorando viejas historias con los allí presentes y agradeciendo a todas las personas que se habían acercado al funeral para despedir a Iain Campbell.

Durante todo ese tiempo, Morrigan y Craig se habían tomado un tiempo para estar juntos. Habían pasado muchas cosas entre ellos y necesitaban recobrar la calma y recuperarse de las heridas físicas y emocionales que habían aparecido con todo lo ocurrido. La fea herida de Craig ya había dejado de supurar y se estaba cerrando a la perfección, aunque le habían recomendado moverse poco para evitar que se abriera y volviera a perder tanta sangre.

Los sirvientes habían recibido a Morrigan preparando una fiesta para ella. Después de descubrir que era ella la líder del grupo de ladrones, su estima hacia la joven era aún mayor, ya que varias de sus familias se habían visto ayudadas por ella. La sonrisa de la joven volvió a aparecer poco a poco, a medida que los días iban pasando y el luto de su corazón iba levantándose.

A los pocos días de volver, Morrigan le confesó a Craig que dos de los sirvientes habían enterrado a Keith en los alrededores de la casa, aunque lo suficientemente lejos y escondido de las vistas de la gente. Sin embargo, Craig mostró su desacuerdo con aquella decisión, ya que pensaba que Keith Cameron debía tener un lugar mejor donde reposar para siempre, por lo que pidió que lo enterraran en el panteón familiar, donde algún día serían enterrados ellos.

—¿Estás seguro de ello? —le preguntó Morrigan.

—Para ti siempre ha sido alguien muy especial. Así estaréis también juntos cuando tú mueras, que espero sea dentro de muchos años...

Morrigan sonrió y besó a Craig. Sabía que su marido había sentido celos de Keith en más de una ocasión, incluso él mismo se lo había confesado varias veces. Sin embargo, aquella acción de Craig mostraba el amor que sentía hacia ella y la aceptación de la decisión que había tomado la joven de enterrarlo cerca de su casa.

Durante muchos días, Morrigan había ayudado a los sirvientes a recomponer todas las habitaciones de la casa, debido al huracán de dragones que entró por la puerta el mismo día de su detención. Habían dejado la casa patas arriba, por lo que Morrigan había trabajado sin descanso para recuperar el esplendor de su hogar y borrar las huellas de los casacas rojas. Por eso, después de todo, aquella mañana Morrigan se permitió quedarse en la cama durante unas horas más, provocando que Craig también se quedara con ella bajo las sábanas y acariciando con suavidad la aterciopelada piel de la joven.

—Craig, aún no te he pedido disculpas por todo, ni te he agradecido lo que has hecho por mí.

—Solo he hecho lo que debía. No podía permitir que me arrebataran a la mujer de mi vida.

Morrigan sonrió y se dio la vuelta para besarlo. Lo empujó contra el colchón y apoyó la barbilla en el pecho de su marido.

—Soy una mujer difícil. ¿Por qué me quieres?

Craig sonrió y la abrazó con fuerza.

—Porque cada día es todo un reto para mí.

—¡Oye! —se quejó Morrigan con una sonrisa.

—Eres una mujer inteligente, con unas ideas muy arraigadas y defensoras de las mismas a pesar de que podría traerte problemas. Eres valiente, luchadora, leal, buena, hábil, intrépida, culta y...

—¿Y qué...?

—Bueno, ¿a quién no le gustaría tener en su cama a una fiera como tú?

Morrigan sonrió.

—Mi padre siempre me llamaba así, fiera.

—Ahora eres mi fiera.

Morrigan amplió su sonrisa y se sentó a horcajadas sobre Craig.

—¿Y quieres ver a esta fiera en acción?

Craig asintió y la atrajo hacia él para besarla con pasión, olvidando el miedo a perderla y todo lo vivido mientras habían estado separados. Por fin todo había pasado, y estaba seguro de que pronto sería olvidado.

Índice

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[EPÍLOGO](#)